



OSCUIRA
Redención



KRISTEL

AUTORA FINALISTA DEL 2^{do} CONCURSO INDIE DE AMAZON

RALSTON

OSCUIRA
Redencion

KRISTEL
RALSTON

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

©Kristel Ralston 2019

Oscura redención.

Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

SafeCreative: 1905110864261.

Diseño de portada: Karolina García Rojo ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, producto de la imaginación de la autora; cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“La clave de la vida es aceptar desafíos. Cuando alguien deja de hacerlo,
está muerto.”

-Bette Davis.

CAPÍTULO 1

Chase detestaba perder, y esa noche tuvo un partido de mierda. Si el idiota de Schölle no lo hubiese empujado contra el vidrio de la pista de hielo, la posibilidad de anotar en el marcador no se le habría escapado. Cuando se recuperó de la caída, los cinco segundos que quedaban de juego ya se habían esfumado y con ellos, la victoria que tanta necesitaba para pasar a los Playoffss.

Al salir de la pista, el humor de Chase empeoró.

Cuando entraron en los camerinos, el casco protector quedó de lado y también su paciencia. Le entregó el *stick* a uno de los asistentes del equipo y avanzó hasta los vestidores. El entrenador les aseguró a todos los jugadores que el desempeño en la pista fue sólido, pero a Chase le importaba un bledo. Si no ganaba, no servía de nada. Su enfoque era siempre llevar la delantera limpiamente, y batirse con quien fuese sobre el hielo hasta lograr anotar en la net contraria. Punto.

Se duchó con la rapidez que le proporcionaba los ocho años de práctica como jugador profesional en la NHL, seis de los cuales había ejercido como uno de los delanteros estrella de los Chicago Warriors. El chorro potente de agua caliente ayudo a su espalda, pero sabía que al día siguiente estaría en la camilla de masajes, porque los golpes que había recibido fueron bastante brutales. No solía quejarse, pero se temía que en esta ocasión sus costillas habían sufrido, a pesar de la protección del equipo con el que jugaba siempre, un poco más de lo normal.

—Vamos a un bar con los muchachos, ¿te unes, Beckett? —le preguntó Olaf Kerrotov, el goalie del equipo desde hacía cuatro años.

—Prefiero quedarme en el hotel. No me apetece darle titulares a la prensa hoy cuando tenga ganas de hacer alguna estupidez si estoy bebido —replicó.

Kerr, como le decían todos, se encogió de hombros. Agarró una botella de Gatorade y se la bebió en pocos sorbos, después la lanzó al bote de basura.

—Si te animas estaremos en el bar Belmonte Side.

—De acuerdo...

Después de ajustarse la corbata del traje, y que usaban todos jugadores antes y después de cada juego como regla de imagen, caminó a paso de tornado con la intención de salir del estadio para reunirse con sus compañeros

antes de que llegasen al hotel en el bus del equipo, y ya después cada uno iría por su lado a hacer lo que se viniese en gana. Un periodista intentó entrevistar a Chase, pero lo esquivó. Esa actitud con la prensa conseguía que su agente, Buck Kye, le diera un discurso sobre la necesidad de mantener una aproximación más solícita con los periodistas.

Chase tenía su propia filosofía y prefería no perder el tiempo tratando de ser más cercano, porque solo leía frases tergiversadas o comentarios salidos de contexto en los titulares, después de las dichas entrevistas. Tampoco esperaba laureles o párrafos aduladores, pero las mentiras que salían publicadas lo cabreaban. En una ocasión, incluso se tomó la molestia de acudir al editor de uno de esos periódicos para pedirle una rectificación, y lo que obtuvo a cambio fue otro titular en el que se lo tachaba de busca pleitos y caprichoso. Desde entonces, procuraba dejar los asuntos de comunicación a los ejecutivos de los Chicago Warriors.

Él resolvía sus problemas sobre la pista, a puñetazos o empujones cuando lo sacaban de quicio, y no estaba interesado en darle espacio a los cotilleos mal intencionados fuera de la pista. La NHL toleraba las peleas, al menos hasta que los jugadores involucrados en la riña dejaban un poco de sangre sobre el prístino hielo; después la intervención de los árbitros se volvía inminente. Sí, el hockey era un deporte tan noble como salvaje, y quizá por ese detalle encajaba a la perfección con Chase, no por el aspecto noble, no.

Entró en el bus del equipo y se acomodó en el último asiento. No le apetecía ser sociable en esos momentos, y sabía que el estado anímico de sus compañeros no era mejor que el suyo. Estaba frustado y necesitaba desfogar esas emociones. Mientras avanzaban sorteando las calles de Nashville, el teléfono no dejaba de vibrar en su bolsillo derecho. Revisó de mala gana la pantalla para ver de quién se trataba. Soltó un bufido al ver el nombre de su madre.

Nellamy Linard era la última persona con quien le apetecía hablar en ese instante o en cualquier otro para ser sincero. Guardó el teléfono. Una llamada de Nellamy, porque él había dejado hacía muchos años de decirle `mamá`, era sinónimo de problemas. «Que se las arregle sola al menos por una vez», pensó, y no sin sentirse culpable. A pesar de que ya habían pasado muchos años desde que abandonó el tóxico entorno en el que se había criado, la sombra de su conflictiva infancia continuaba acechándolo. Los periodistas se darían un festín si llegasen a enterarse de lo que él había ocultado dentro del negro baúl de su pasado.

Cuando estuvo en el hotel caminó a lo largo del pasillo, y después fue hasta el elevador. Presionó el botón del piso siete y esperó con impaciencia.

En esos momentos ninguna vista le era agradable, ni siquiera el lujoso espacio en el que estaban hospedándose durante su paso por Nashville. En esa jornada no solo habían perdido el partido, sino la posibilidad de acumular los puntos que les hubiera permitido entrar a los Playoffs de la Copa Stanley.

Su capacidad de recuperación física a los veintiocho años continuaba siendo óptima, pero ese día se sentía particularmente apaleado.

Quizá en el pasado había sido un cabeza hueca, muy dispuesto a disfrutar de todo lo que la fama, el dinero, y los buenos genes físicos que le había otorgado el universo, pero tenía que pensar en su futuro profesional. No se estaba convirtiendo en una persona más joven, y la rapidez con la cual los *rookies* de las diferentes divisiones de la liga manejaban el *stick* y se movían sobre la pista era brutal. No le costaba seguir el ritmo, pero Chase sabía que era un asunto de que pasaran dos años más para empezar a sentir los estragos de las lesiones en un deporte en el cual los profesionales solían retirarse a los treinta y cinco o treinta y seis años de edad. Cada derrota, como la de esa noche, le parecía más desalentadora que la anterior.

Necesitaba descargar su frustración, pero no con alcohol en un bar con sus amigos de los Warriors. Sabía que el hotel tenía una piscina muy grande y un jacuzzi. Tal vez combinar ambos le vendría estupendo para relajar los músculos. Con eso en mente decidió bajar a la piscina, pero debía primero dejar la maleta en la suite.

—Chase, espera, ¡Chase! —exclamó una voz femenina tras él.

Chase gruñó por lo bajo. «Una *fan* de aquellas que esperan que sea el padre de su hijo o que la mantenga de por vida.» Segundos después tuvo a la chica frente a frente. En esta ocasión se trataba de una rubia de ojos castaños y boca exhuberante pintada de rosa. El equipo de seguridad del hotel iba a tener quejas de su parte. Aunque, viéndolo bien, quizá la idea de relajarse en la piscina podría ser dejada de lado por algo más atractivo como lo era el tener sexo con una mujer dispuesta a complacerlo de todas las formas que él pudiese sugerir.

Necesitaba perder la conciencia, a través del placer que le podía producir un orgasmo mientras penetraba un cuerpo suave y dispuesto. El rostro de la dueña de esa anatomía quedaría en el olvido al día siguiente, como era habitual. No tenía que pensar en los sentimientos ajenos más allá del fin del acto sexual: placer. Punto.

Él ya había tenido una cuota bastante extensa de amantes cuyos nombres o rasgos faciales se habían convertido en simples borrones de su memoria, y lo prefería de esa manera. Nadie salía herido y ambas partes la pasaban bien durante unas horas. Máximo unos cuantos días.

No quería a ninguna mujer cerca que pretendiese domarlo como si fuese un animal salvaje o un reto por alcanzar. Chase se consideraba un jugador de hockey de extremo a extremo, pero no incluía robarle la novia a nadie ni andar con mujeres casadas por más de que hubiera interesantes propuestas al respecto.

La idea de cambiar su forma de vida por una persona estaba fuera de la ecuación. Si alguna ilusa creía posible erosionar sus murallas de hierro, le daba pena. Su corazón estaba lleno de la tinta negra que el pasado había escrito. No tenía remedio, y su salvación continuaba siendo el hockey.

—¿Sí? —preguntó de mala gana. Le pareció que la chica no pasaba de dieciocho años. Él no era ningún perverso. Le gustaban las mujeres, no las chiquillas deseosas de complacer, pero sin tener la experiencia para conseguirlo. Tampoco era un maldito tutor sexual—. ¿Qué sucede?

La muchacha tenía una camiseta de los Chicago Warriors, con su número —por supuesto— el diecinueve. Ella lo miró sin aliento. Como si jamás hubiese visto el sol brillar hasta ese instante. Quizá en otro tiempo aquello le habría resultado interesante a Chase, pero ese fervor absurdo empezaba a causarle hastío. Algunas personas creían que su vida personal era igual de vibrante dentro y fuera del hielo; nada más alejado de la verdad. Aunque, ¿quién era él para intentar detener esos pensamientos cuando implicaban más ventas en la taquilla?

—Logré pasar la seguridad —dijo la muchacha en un jadeo, muy parecido al que hubiera podido emitir una persona después de haber corrido un campo de fútbol completo—. Solo quería decirte que eres el mejor. ¡El mejor! Te adoro, Chase, y el hecho de que hayas perdido hoy para mí no significa nada. Siempre serás un ganador. El mejor de todos —sonrió ampliamente.

Chase la miró un largo rato. Tenía unos pechos grandes, cintura esbelta, y por la falda tan corta que llevaba se veían unas piernas fabulosas. Él odiaba las adadoras; odiaba las *grupies*, pero cuando estaba tan cabreado le venían estupendamente para diluir su frustración como ocurría en ese instante.

Le dedicó una mirada de arriba abajo sin ningún ápice de remordimiento.

La miró como si estuviera evaluando una joya expuesta para el beneplácito de un mercader. Se preguntaba si esas chicas carecían de verdad carecían del

mínimo de autoestima o era todo parte de un teatro. Por Dios, ella era una belleza y podía conseguir a alguien más acorde a su edad. Aunque, una vez más, él sabía que era el dinero y la fama los que impulsaban a esas muchachas a ofrecerse como su pasatiempo en la cama. Algunas lo buscaban por la anécdota de contar a sus amigas que se habían acostado con un famoso jugador de hockey; a él, eso, le parecía más patético todavía.

Le era difícil discernir el verdadero motivo de la gente para acercársele y no confiaba en las intenciones de otros, menos cuando su propia madre continuaba recordándole esa lección de vida. Al menos sabía que su agente recibía dinero para cuidar de sus intereses profesionales, y era una transacción que no tenía nada que ver con la amistad. Buck sabía que si a Chase le iba bien, a él de igual forma; no existían mentiras al respecto y todas las pruebas estaban respaldadas por un poderoso equipo de abogados. «Cuentas claras, compañías duraderas», decía un refrán popular.

—¿Qué tanto me adoras? —le preguntó en un tono de aburrimiento.

—¡Eres el amor de mi vida! —dijo con la voz exultante, los ojos brillantes de emoción y tocándole el hombro juguetonamente—. Y quiero verte sonreír.

No era la primera vez que una mujer se lo decía. Tampoco la primera que, luego de confesarle su falso amor, estiraba la mano para tocar su miembro con pasmosa arbitrariedad e incluso, las más atrevidas, hallaban la forma de frotarse contra su cuerpo para que él comprendiera los atributos que tenía a la mano para disfrutar como mejor le pareciera. Lo buscaban mujeres descaradas, recatadas o que fingían serlo, solteras, casadas, y también cazafortunas. De estas últimas abundaban. Lo buscaban por el hombre que creían que era; ninguna era capaz de ver debajo de la superficie, ni él lo permitía. No necesitaba a nadie hurgando en su vida personal e intentando afianzar un vínculo que no estaba dispuesto a fortalecer.

—Ahora solo tengo ganas de sexo. Abrir las piernas de una mujer y clavarme dentro de su humedad —dijo con desparpajo. No tenía tiempo para sutilezas ni tampoco estaba pensando en los sentimientos ajenos.

—¿Me estás intentando seducir? —preguntó la chica agitando las pestañas.

«Ilusa, y con poca estima por sí misma, definitivamente», confirmó Chase con desprecio. A él solo le interesaba desahogarse, y para eso no requería conversación. Si ella estaba más que dispuesta a servirle de punto de recepción de esa necesidad, le parecía bien. No iba a negarse a sí mismo el placer.

—Por supuesto... ¿Te gustaría tomar algo en mi habitación? —preguntó con

esa línea de diálogo que estaba desgastada de las veces que la había utilizado.

Durante un breve e intenso período fue algo promiscuo, y reconocía que le gustaba la variedad. Sin embargo, cuando se vivía tan a tope como lo había hecho, empezaba a sentir aburrimiento. Eran escasas las mujeres que lo sorprendían de verdad, en aspectos más allá de simples asuntos entre sábanas, pero por lo general Chase no tenía intención ni tiempo para invertir en ellas. Tan pronto como salía de la cama, las olvidaba.

—Me encantaría —replicó ella acompañándolo cuando Chase empezó a caminar de nuevo hacia la suite. En este viaje no le habían asignado compañero de habitación, que por lo general solía ser su mejor amigo desde hacía años, Pilsen.

—Okay.

—Eres tan guapo, Chase...

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, porque eso era lo más importante.

No era imbécil. Si se trataba de una trampa para hacerle mala prensa diciendo que había abusado de una menor, la NHL (Liga Nacional de Hockey, por sus siglas en inglés, de Estados Unidos) y su equipo lo pondrían en lista negra y seguramente afrontaría un maldito juicio. No, gracias. Había escuchado varios casos de jugadores de alto rendimiento de diferentes disciplinas, cuyas carreras terminaron por escándalos sexuales. Él no iba a engrosar la lista, menos cuando todavía le quedaban varias temporadas de hockey por delante. Dar munciones para que lo acribillasen en la prensa, con o sin argumentos, era estúpido.

—Veintidós...—dijo mordiéndose el labio inferior con picardía. O al menos eso dedujo Chase que trataba de hacer.

—No me gustan las mentiras —le dijo con dureza.

La chica, al ver que quizá la oportunidad de tener sexo con el hombre al que adoraba, y por el que vivía prácticamente enchufada a los partidos de hockey parecía estar a punto de esfumarse, se apresuró a sacar su identificación y la extendió hacia Chase con nerviosismo.

—Tengo la suficiente experiencia para hacerte pasar un buen rato —se apresuró a agregar, mientras él leía el DNI.

Él sabía que podía ser falso, pero si algo aprendió cuando vivía en refugios de mala muerte durante las frías noches de Chicago fue a elaborar documentos para los niños adinerados menores de edad que querían entrar a los bares y discotecas en la ciudad. Revisó los sellos. La identificación era legítima.

—Rosie Huffings. Veintidós años —dijo él sin demasiado entusiasmo.

Le devolvió el documento. Él deslizó la tarjeta magnética sobre el panel, y cuando escuchó el “clic”, entraron.

Chase se quedó atónito cuando puso un pie en la alfombra beige. Dejó caer a un lado la maleta, que llevaba al hombro, con despreocupación.

La habitación no estaba vacía como habría esperado.

—¿Qué demonios? —preguntó cuando vio a una mujer guapísima, sentada sobre su cama, y elegantemente vestida con traje de ejecutiva que de seguro habría sido comprado en Neiman Marcus o alguna costosa tienda de ropa femenina. Llevaba zapatos de punta, y el cabello castaño recogido en tocado alto. En la expresión de ese rostro no se adivinaba ni un ápice de complicidad o intención de ser amigable.

La mujer miró a Rosie con desaprobación, y esta se sonrojó.

—Hola, señor Beckett —saludó la desconocida con un tono formal—. El entrenador en jefe, Argos Ryster, me indicó en dónde podía encontrarlo.

—Mmm —murmuró en un gruñido.

—Este hotel le pertenece a uno de sus patrocinadores y ellos pagaron mi vuelo desde Chicago hasta Nashville. No dudaron en darme la llave electrónica cuando les dije a los gerentes de este fantástico hotel que yo formo parte del equipo de trabajo de los Chicago Warriors. Usted tiene muchos fans —dijo con suavidad e intentando contener una sonrisa al ver que había interrumpido una sesión de sexo a punto de concretarse. A ella no le iban a pagar por preocuparse de la vida sexual, frustrada o exitosa, de un jugador de hockey sobre hielo—. Eso es bueno.

—¿Y...? —preguntó Chase cruzándose de brazos.

—Y ahora mismo esta guapa jovencita —miró a la rubia— va a abandonar la habitación, y así usted y yo vamos a tener una seria charla sobre su imagen pública.

Al darse cuenta de que era ignorada, Rosie se aproximó al sensual deportista de un metro ochenta y cuatro centímetros de estatura, y lo agarró del brazo para llamar su atención. Él bajó la mirada como si se hubiese olvidado de que ella estaba allí.

—Al parecer mis planes han cambiado, Rosie —dijo Chase sin emoción.

—Será mejor que me vaya... —susurró la chica con decepción—. Te dejaré mi número —rebuscó en el bolso un trozo de papel, garabateó un número, y lo guardó en el bolsillo del pantalón de Chase—, llámame cuando quieras para retomarlos. Estaré aquí en Nashville dos días más, pero si tú me lo pides te seguiré a la siguiente ciudad en donde jueguen los Chicago

Warriors. —Luego cerró con suavidad, y su presencia fue olvidada por completo en la suntuosa suite.

Chase sacó el papel de su bolsillo, lo arrugó en un puño y lo lanzó sin reparar en dónde cayese. Luego dirigió toda su furia a la mujer que acababa de arruinarle el polvo de la noche.

—¿Quién rayos eres, y qué crees que estás haciendo aquí? —preguntó acercándose. Parecía estar lanzándole dagas de hielo con sus ojos grises.

—Alicia Krutcher —replicó sin sentirse intimidada.

En la vida, ella se había enfrentado a peores situaciones que un jugador de hockey con mala reputación, cuerpo esculpido y rostro de ángel caído. La voz acerada de ese hombre en particular no le causaba ningún efecto. Había estudiado el perfil de Chase y sabía que si él atisbaba un milímetro de debilidad la destrozaría con sus palabras y le quitaría la oportunidad de continuar el trabajo para el cual la habían contratado. Un trabajo que no podía perder bajo ninguna circunstancia.

Reformar a Chase dejaría su carrera como relacionista pública en el ojo de otros posibles clientes. Su agencia lo agradecería muchísimo, y también su futuro económico. Se puso de pie y estiró la mano con una postura profesional. Él solo miró la mano con perfecta manicura, pero no la tocó.

Alicia bajó la mano sin sentirse ofendida, y recordando que esa noche tal vez no era la mejor para soltar su discurso, pero no tenía otra oportunidad. Debía empezar su trabajo. Sabía que los Warriors habían perdido la entrada a los Playoffs para la Copa Stanley, y el mal humor de Chase era comprensible, pero no iba a disculpárselo. Conocía que, al menos de todo el estudio mediático sobre Chase que había hecho, cuando él no se salía con la suya tendía a ser indiferente, frío o distante con la prensa, y eso no resultaba en absoluto a favor de él, menos de los Warriors. Alicia se debía a sus nuevos clientes, y pensaba entregarles los resultados por los cuales estaban pagando una alta suma de dinero.

—Soy la encargada de mejorar su imagen pública, señor Beckett. Será mejor que modifique un poco su forma de dirigirse a mí. Me gustaría empezar con pie derecho —sonrió—. Le ayudará enormemente colaborar conmigo si quiere que su contrato con los Chicago Warriors pueda ser renovado con la bonificación económica, el reconocimiento y otras interesantes posibilidades.

Chase apretó los dientes.

—¿Qué tienes que ver con mi contrato, Alicia? —preguntó con desafío, tuteándola. Entrecerró los ojos de pestañas largas.

—Garnett McTavish, el dueño de los Warriors, contrató directamente a la agencia para la cual trabajo, Push Fire. Dejó en claro que mi veto de confianza será un punto que tomará muy en cuenta a la hora de decidir o no la renegociación, con su representante y demás integrantes de su equipo de trabajo, señor Beckett. Eso es todo —dijo con una sonrisa estudiada y que consiguió, lo sabía, sacar de quicio a Chase. No era su intención, pero acababa de descubrir que exasperar a ese hombre tenía un efecto casi afrodisíaco. Curioso... y preocupante.

O quizá todo lo que experimentaba tenía que ver con la adrenalina de empezar un proyecto que podría conseguirle la posición de socia en la agencia. Una posición por la que había trabajado arduamente, y este cliente era la cereza del pastel.

—¿Sabe, señorita Krutcher? —preguntó inclinándose, cuan alto era, sobre Alicia. Ella le llegaba, con zapatos de tacón, hasta la barbilla.

Si Chase estaba cabreado por haber perdido ante un equipo tan malo como eran los Swanton Knights, pues ahora ese cabreo era tres veces más intenso. Una desconocida acababa de invadir su privacidad, nada menos que amenazándolo, y no contenta con eso, le había evitado la posibilidad de echar un polvo.

La mujer elevó la mirada sin miedo. Chase tenía que reconocer que tenía unos preciosos ojos verdes, casi podía ver chispas de fuego ardiendo en ellos. Aparentemente estaba calmada, pero él sabía ver más allá. Se preguntaba si ese ardor tenía la misma fuerza cuando ella estaba a punto del clímax.

—Usted dirá —dijo ella con una calma que no llegó a convencerlo.

Chase sabía mejor que nadie la manera de lograr penetrar la mente de un oponente, y a partir de ese instante, Alicia se había convertido en uno. Esbozó una amplia sonrisa.

—Me acaba de arruinar mi entretenimiento sexual de esta noche, pero ahora sé quién será el reemplazo de Rosie —señaló la cama con una floritura burlona.

Alicia sintió un cosquilleo recorriéndole cada terminación nerviosa. Después de su experiencia en la última relación, y la causa de que estuviese residiendo en Chicago en lugar de Seattle, lo que menos necesitaba era experimentar cualquier tipo de emoción hacia alguien del sexo opuesto, en especial si se trataba de una persona como Chase Beckett. El hombre transpiraba problemas con ese rostro imponente y el físico de una estatua cincelada con mejores detalles que el David de Miguel Ángel.

Por supuesto que ella había visto incontables partidos de hockey, y sabía que Chase era la imagen de la ropa interior de una reconocida marca deportiva. Era fan de los Warriors, pero no por eso tenía que gritarlo a los cuatro vientos. Prefería mantener un perfil bajo.

Cuando su amigo, Brentt McTavish, le ofreció la posibilidad de entrevistarse con su influyente padre y dueño de los Chicago Warriors, Alicia no dudó en aceptarla. Esa era la oportunidad que necesitaba para convencer a su jefa, Kathrina Rhodes, de que tenía todas las habilidades profesionales para ascender de posición en Push Fire. «Si fracasas entonces lo hará también tu intento de ascender en mi agencia. Mantén todas las alertas con Beckett», le había dicho Kathrina antes de que los Chicago Warriors se convirtiesen en sus clientes. Los encargados de la publicidad y comunicación del equipo de Push Fire mantuvo sendas reuniones para ultimar honorarios, cláusulas de confidencialidad y demás papeleo, con los Warriors.

Garnett McTavish era un magnate intimidante, pero justo, y a pesar de que la conocía a Alicia desde hacía tiempo, por Brentt, le brindó la misma atención que hubiera prodigado a cualquier otro profesional con el que hacía negocios. Convencido con los servicios profesionales, como asesora de imagen que le había ofrecido Alicia en calidad de ejecutiva de Push Fire y con el apoyo de Kathrina, él le dijo que contrataría a Push Fire para los Chicago Warriors y si los resultados con Chase eran óptimos habría una bonificación y la posibilidad de que la agencia fuese una asociada perenne para asuntos específicos en la organización.

Cuando Alicia le contó a Brentt lo que había sucedido, este le aseguró que Chase era un tipo algo hermético, pero simpático cuando se le antojaba la gana, salvo si se tomaba en cuenta el mal humor que solía tener o la mala relación con los medios de comunicación, así como los constantes escándalos por las juergas a las que se dedicaba cada vez que perdía un partido, o al menos así había sido hasta hacía unos meses atrás. El reto era reformar la imagen de Chase ante la opinión pública, porque los Warriors no estaban en su mejor racha, y esos los titulares no ayudaban. Alicia no huía ante una situación difícil, aunque meterse en la guarida del lobo —como estaba haciendo en esos momentos— era toda una hazaña para una persona que, como ella, prefería mantener un perfil bajo.

—Me gustaría preguntarle de quién se trata, señor Beckett —dijo encogiéndose de hombros—, pero tengo un plan de trabajo que explicarle y un calendario para empezar. Los acertijos no me interesan.

La sonrisa pícaro de Chase se expandió.

Ella tenía que admitir que de cerca era mucho más guapo que en las fotografías o los vídeos. Llevaba el cabello negro, algo ondulado, peinado con estilo; poseía unos ojos grises desafiantes enmarcados por tupidas pestañas. Sus rasgos faciales marcaban ángulos varoniles que daban cuenta de un hombre no solo atractivo, sino devastadoramente sensual. Era un conjunto abrumador si a ello se sumaba también los músculos definidos que la camisa gris marengo dejaba entrever esa noche.

Cuando lo vio entrar en la suite, Alicia se fijó en el modo que el pantalón se ajustaba a unas piernas que gritaban virilidad. Sin embargo, ninguno de esos aspectos resultaba importante cuando su modo de subsistir dependía del éxito de ese trabajo para McTavish. Su ascenso profesional estaba en la línea de juego.

—Tsk.Tsk —chasqueó Chase—, mala respuesta, señorita Krutcher.

Ella no se apartó cuando él acortó la distancia entre ellos.

Ceder física o verbalmente resultaba una derrota cuando un hombre como aquel intentaba medir su capacidad de conquista; no importaba si esa conquista era profesional o personal. Alicia sabía medir las respuestas de otros, pero también generarlas y desafiarlas sin hablar. Aunque, en este caso, al parecer iba a tener que usar sus capacidades profesionales como relacionista pública de forma diversificada.

—No sabía que era un juego de adivinanzas, señor Beckett.

—Es verdad. No es una adivinanza. Prefiero ser más concreto.

En ese instante una mano grande y cálida la tomó de la cintura. Chase la acercó contra su cuerpo. Alicia sintió el aire de la habitación denso y cargado de electricidad. Su corazón empezó a palpitar a mil por segundo. Se quedó sin aliento cuando Chase se inclinó y dejó sus labios a solo milímetros de los de ella.

Todo en él gritaba `problemas´y corazones rotos, lo sabía muy bien. Su cercanía generó un aleteo en sus sentidos que habían permanecido aletargados. No podía dejarse llevar. Ese era solo un truco. Iba a mantener la voz cantante.

Tratando de ocultar el impacto que él le provocaba, la forma inexplicable en que esos dedos sobre su cintura parecían quemarle la piel a través de la tela de su ropa, esbozó una sonrisa y lo apartó. Sabía que no poseía la fuerza física para luchar con alguien del porte y musculatura de Chase, pero él no hizo amago de retenerla y se apartó. Eso la sorprendió, pues por lo general pocos hombres sabían aceptar cuando una mujer decía `no´, bien fuese física

—como ella acababa de hacer— o verbalmente.

Cuando elevó la mirada de nuevo, Chase mantenía una expresión distante. ¿Le habría afectado el roce de sus cuerpos tanto como a ella? Seguramente, no. «Eso no es lo que debe importarte», le recordó una vocecilla. Se aclaró la garganta.

—Hagamos un recuento de su historial, señor Beckett.

Con la confianza profesional que la caracterizaba, Alicia fue hasta el escritorio de la suite y tomó la carpeta, que había traído consigo desde Chicago, y la abrió. Esparció varias fotografías a todo color sobre la superficie. Se giró hacia Chase, apoyando el trasero contra el filo del escritorio, y se cruzó de brazos. Le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara a ver lo que ella tenía que mostrarle.

—Claro, hoy es el día perfecto para hacer una autoexploración de mi existencia —replicó él con sarcasmo, pero no se acercó—. De hecho, la hora perfecta, señorita Krutcher —pronunció el nombre con fastidio.

Él no obedecía órdenes, mucho menos de una mujer que intentaba hacerle creer que tenía el poder. Poco importaba que fuese una absoluta belleza, y que su timbre de voz —si no fuese por lo que estaba diciendo— parecía calmar su frustración de la noche. Esto último no era algo que pretendía compartir con la señoritinga aquella.

—Tiene veintiocho años de edad —dijo ella sin inmutarse por la burla de Chase—, una edad considerada importante en el progreso de una carrera profesional en la NHL. Su reputación es la baza que van a considerar los dueños de los Chicago Warriors o cualquier otro equipo para negociaciones a lo largo de los años que le quedan en la liga deportiva. La reputación que usted forje o destruya —dijo con media sonrisa— puede ayudarle o no a conseguir un buen pase cuando su contrato con los Chicago Warriors termine...—se aclaró la garganta para darle a Chase tiempo a digerir lo que estaba diciéndole—, a menos que su interés sea renovar el contrato. De ser ese el caso, la necesidad de mejorar su reputación es indispensable.

—¿Ah, sí? —preguntó apretando los dientes.

—Señor Beckett, unas temporadas adicionales que le garanticen un memorable retiro profesional en su cuenta bancaria, cuando este llegue, estoy segura de que va a ser muy beneficioso. Este verano su contrato con la organización termina, y las negociaciones de una renovación empezarán a gestionarse. Mi voto de confianza hacia su desempeño en el área de imagen pública será un factor que considerarán durante ese proceso. Estoy para

ayudarlo.

Chase la miró con indolencia.

—Interesante comentario —dijo con sarcasmo.

Alicia no se inmutó, porque ya estaba prevenida del carácter de Chase. Sonrió con amabilidad cuando el pulso en su cuello al fin empezó a calmarse.

—Ha provocado varios escándalos, muchos a decir verdad, entre ellos peleas en bares, viajes a clubes de strippers, y las últimas hazañas reportadas meses atrás incluyen fotografías con actrices porno que dejaron muy mal su imagen, y por ende, arrastró también la de los Chicago Warriors. No es nada prometedor —dijo ella—. Imagino que sus patrocinadores tampoco están muy contentos, pero ha corrido con suerte y continúan manteniéndolo como el rostro de sus marcas. Me gustaría que continuase siendo de ese modo, porque sus auspiciantes son aliados con los que podemos trabajar antes de que inicie la apertura de la temporada de contratos, el Draft, y todo el abanico de cambios que usted conoce al revés y al derecho.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, ligeramente, como si estuviera sopesando las palabras de Alicia, cuando en realidad poco o nada lo afectaban. Jamás le había importado la opinión de terceros. Nadie sabía quién era en realidad ni sus motivaciones para hacer lo que hacía, y de seguro tampoco les interesaba genuinamente. Lo único que querían era sacar provecho de su posición como jugador de un equipo con varias Copa Stanley en el palmarés. Querían ganar dinero a su costa sin importar las consecuencias de muchas de esas mentiras que se publicaban o circulaban. La vida le había causado tantas cicatrices que ya se consideraba blindado ante tantas estupideces.

Él era consciente de que gran parte de su sacrificio diario y las horas de entrenamiento, lo aprovechaban otros: publicistas, equipos de marketing, la prensa... «Parte del juego.» Había aprendido a lidiar con ello.

Estaba protegido tras una coraza que había construido a lo largo de su vida. Sin embargo, por un motivo que no alcanzaba a explirar, la voz de reproche y la mirada reprobatoria de la mujer que tenía ante él lo hizo sentir como el chico rebelde de catorce años apresado por la policía por tenencia ilegal de sustancias prohibidas. Claro que había sido embaucado, pero, ¿qué le importó a la policía la inocencia de un muchacho sin recursos? Su único crimen fue confiar en la persona equivocada y estar en el sitio erróneo. Al menos tuvo la suerte de contar con una abogada que sabía lo que hacía y no lo consideraba un caso más para ganar dinero a costa del Gobierno.

Se sentía de pronto sofocado, acorralado...

No tenía que darle ningún tipo de explicación a una mujer que se las daba de sabihonda. Se cruzó de brazos mirándola de modo insolente; porque si algo sabía apreciar era una mujer guapa, y esta lo era en toda regla. Con esa expresión de severidad, Alicia lucía más bien como una institutriz joven; obedecer normas a él se le daba fatal, de hecho, su especialidad era romper las reglas.

Le habría gustado callar la boca provocativa de Alicia con un beso, y lo único que le impidió ceder a sus impulsos fue que las alarmas en su cabeza le gritaron que un beso con ella no sería una buena idea... ni suficiente. Extraño y cabreante al mismo tiempo. Por otra parte, su cuerpo estaba cargado de adrenalina por todo lo que había sucedido esa noche en la pista de hielo, y su paciencia estaba al límite, al igual que su libido. En el momento en que Alicia lo miró, Chase prácticamente sintió que la sangre le bulló en las venas para luego concentrarse en sus partes bajas. Lo más curioso de todo era que Alicia no llevaba nisiquiera un atuendo provocativo.

—Imagino que estás muy tensa, ¿verdad? Mmm... Tal vez te interesaría dejar toda esa parafernalia informativa de lado y relajarte. Ese colchón es muy suave...—le hizo un guiño—, así que estoy seguro que si deshacemos ese horrible tocado que te has hecho hoy en el cabello, tu rostro dejará entrever que lo que deseas en verdad es alguien se encargue de darte placer. Puedo ocupar de ello, y créeme, lo último que pensarás es en tener quejas sobre mí.

Ella lo miró con severidad. Esperaba no estarse sonrojando. La forma en la miraba y hablaba... Sabía que era una completa mentira porque los ojos de Chase no brillaban como si realmente sintiese lo que expresaba. Más le valía a Alicia llevar claro que él no solo era un jugador dentro de la pista de hielo, sino también fuera de ella.

—Señor Beckett...

—No, no —dijo él, avanzando de nuevo hacia ella—, de hecho, creo que te vendría bien quitarte ese molesto sujetador y dejarme probar tus pechos. ¿Son grandes o pequeños y respingones? ¿Qué forma tienen? Apuesto que la de una gota de agua o una succulenta pera, ¿eh? ¿Te gustan que te chupen los pezones, Alicia? ¿Te excita?

—¡Señor Beckett! —dijo sonrojándose. No pudo evitarlo. El hombre era un demonio—. Basta.

Contuvo a duras penas las ganas de abofetearlo. Sabía que estaba provocándola e intentando hacerla sentir incómoda, y por más que mantuviese

un férreo autocontrol las preguntas de Chase consiguieron humedecer sus bragas. «Maldito sea.»

El le sonrió, porque de repente la idea de saborear y conocer los pechos de Alicia le pareció de lo más interesante. Muy, muy interesante. Bajo esa ropa ejecutiva se escondía un cuerpo exquisito, estaba más que seguro por la manera en que las curvas estaban moldeadas por la tela de alta costura. Él prefería a las mujeres espigadas, altas y sofisticadas, cuando de mantener una aventura se trataba. Sin embargo, para echar un polvo le valía cualquiera.

La manera de moverse y gesticular de Alicia lo hacía desear conocer más de ella, no era habitual que una mujer lo intrigase. En un mundo de mujeres con pechos artificiales, cirugías por doquier y manerismos exagerados, ver una persona que parecía por completo natural e indiferente ante la idea de seducirlo, le parecía refrescante. Muy refrescante.

—¿De esa forma te gustaría llamarme en la cama? —indagó con sonrisa sardónica—. No me molestaría en absoluto. Pareces saberlo todo sobre mí, tal vez ya tengas conocimiento también de que me gusta tener el control en la cama.

Chase no iba a caer en el ridículo juego de mantener las distancias. Si ella pretendía intimidarlo con sus acusaciones, él pretendía hacer otro tanto con comentarios fuera de sitio. Se sintió complacido por haberla afectado. Aunque, si Alicia intentaba mirar hacia el bulto que presionaba contra su pantalón, notaría que la idea de ella desnuda causaba un gran efecto también en él.

Alicia detestaba que Chase empezara a jugar con ella. Solía ocultar su dolor o su tristeza bajo una pared de concreto que ella llamaba 'profesionalismo', pero también podía —y debía— utilizarla en esos momentos que no tenían que ver con la tristeza, pero sí con su empeño de hacerse escuchar.

—¿Va a tomarme en serio? —preguntó cruzándose de brazos—. No tengo tiempo para perder.

—Te tomo con toda la seriedad del caso, Alicia —dijo haciéndole un guiño.

Ella contuvo la necesidad de rodar los ojos. Los hombres guapos y mujeriegos que disfrutaban siendo encantadores no le interesaban, aunque eso no implicaba que dejara de apreciar los atractivos del sexo opuesto. Chase era la tentación con pantalones, y dudaba de que sin ellos, también... «Detente, Alicia.»

—Me alegra que así sea, señor Beckett. Le recuerdo que mi trabajo para los Chicago Warriors consiste en elaborar un plan para mejorar su imagen pública y por ende la del equipo. Su colaboración no solo es requerida, sino *exigida*.

—No me diga, y si no colaboro, ¿qué?

—Su contrato con los Chicago Warriors estará en una situación incierta, y usted se hallará en la interesante posición de conseguir un nuevo equipo o ser un agente libre. Lo que su grupo de trabajo consiga primero —sonrió al notar que ahora tenía la atención de Chase—, así que le recomiendo que procure colaborar conmigo. —Él la observó con desdén—. Este es un trabajo que será de mutuo beneficio. Push Fire, la agencia para la cual trabajo y que fue contratada por el dueño de los Warriors, logrará más prestigio. En su caso, al obtener mi voto de confianza, la renovación de su contrato fluirá en el sentido que usted y su agente, Buck, lo deseen.

Él apretó los dientes. Maldición. Amaba el hockey más que a nada en el mundo. Era su pasión y razón de continuar aguantando una vida sin sentido, carente de luz, pero impregnada de éxito. Si esa mujer era enviada del dueño de los Warriors y sus asesores, entonces la situación no pintaba para nada alentadora. Estaba a merced de la molesta mujercita de curvas incendiarias e impactantes ojos.

—¿Me estás amenazando? —preguntó sin ocultar la rabia en su voz, y cambiando el tono de flirteo que había utilizado hasta hacía pocos segundos.

Ella negó con la cabeza.

—Simplemente estoy respondiendo a su pregunta con honestidad. Yo soy la encargada de enviar un informe cada cierto tiempo sobre su agenda de trabajo para generar titulares más... digamos justos —comentó con suavidad, pues estaba consciente de que a un atleta profesional, exitoso y adinerado, no le gustaba que le dijeran lo que debía o no hacer. Sí, ella estaba entrometiéndose en un campo minado, pero ese era su trabajo y pensaba tener éxito—. Véame como una aliada, porque es lo que soy, y también una facilitadora para contribuir en su carrera. Solo eso.

—¿Me vas a tutear? —preguntó Chase a cambio. Quería que lo dejara a solas para intentar asimilar lo que estaba diciéndole, y también para recordar en su cabeza el juego de esa noche e intentar encontrar sus fallas.

—Si es lo que quieres...—replicó Alicia. Podía hacer pequeñas concesiones en su intento de lograr los propósitos en mente—. No hay problema.

—Hay muchas cosas que quiero, pero no puedo tener. ¿Acaso no es la historia de todos?

Ella asintió, pero no le pasó por alto la expresión de frustración de él.

—Puedes conversar conmigo. Tengo un contrato de confidencialidad, así que estás seguro al hablar.

Chase soltó una carcajada.

—Necesito descansar. Adiós, Alicia —le señaló la puerta.

Ella asintió, pero no recogió las fotografías. Las dejó, a propósito, esparcidas sobre el escritorio. Se apartó de la cercanía de Chase y de su embriagadora colonia. La mezcla amaderada con toques de calicanto estaba minando sus fuerzas. Que un hombre oliese maravillosamente, además de ser tan guapo y exitoso, era una debilidad que, estaba segura, cualquier mujer comprendería.

—Mañana me pondré en contacto contigo, Chase. Te explicaré todo lo que tienes que hacer y verás que es pan comido si realmente haces un esfuerzo. — Él la miró con aburrimento, mientras esperaba a que saliera de la suite—. ¿Está claro? —le preguntó insistiendo en obtener una respuesta.

—Tan claro como el hecho de que, si no sales en este momento de mi habitación, serás el reemplazo de Rosie en mi cama. Y créeme, Alicia, no vas a salir indemne una vez que te haga mía. ¿Es lo que quieres?

Alicia apretó los dientes y le lanzó una mirada heladora.

—Lo que quiero es tu colaboración —dijo—. Tu rol como jugador de hockey es primordial, y también lo es el mío como relacionista pública encargada durante los próximos tres meses. Tienes antecedentes de ser conflictivo en tus inicios de la carrera, así que intento recuperar tu buen juicio y convertirlo en una forma perenne de vida mientras seas jugador activo de la NHL, con o sin los Warriors. Mi trabajo no incluye acostarme contigo ni con ningún otro hombre cuya mayor hazaña fuera del hielo es marcar puntos en la cama. Peor si esos puntos incluyen strippers. Tengo un vuelo que tomar hacia Chicago —dijo esto último con suavidad recordando la persona tan especial que esperaba por ella en casa—. Estoy segura de que un descanso te vendría estupendo después de la batalla en el hielo. Lamento que esta noche no haya podido ser una celebración para el equipo, pero estoy convencida de que la próxima temporada obtendrán lo que desean. —Él solo la miró con los brazos cruzados—. Buenas noches, Chase.

Ella salió de la habitación y, contrario a lo que él hubiera esperado, la puerta se cerró con un suave `clic` en lugar de un portazo.

Con una sonrisa felina, Chase se acercó al mini-bar y abrió la botella de Johnny Walker. Sirvió todo el contenido y en un solo trago acabó la bebida. Se quitó la ropa y apagó la luz. Eran casi las diez de la noche.

De pronto, la idea de dormir era más atractiva que bajar a darse un chapuzón en la piscina. Iba a necesitar de toda su energía mental para lidiar con la hermosa señorita Krutcher las próximas doce semanas.

Cerró los ojos y agarró su miembro con la mano pensando en ella y en cómo sería cuando la tuviese desnuda bajo su cuerpo. Porque él siempre conseguía lo que deseaba. Tarde o temprano, Alicia estaría en su cama. De hecho, encontrar las debilidades de la guapa mujer sería una aventura interesante. Moviendo su mano con firmeza, de arriba abajo sobre su sexo erecto, se imaginó cómo recorrería esas curvas y la haría jadear de placer.

Esa noche iba a dormir plácidamente.

CAPÍTULO 2

Con una sonrisa, Alicia dejó el carry-on a un lado y se acercó para abrazar a su hermano. Se alegraba de haber logrado la custodia de Dax pocos años atrás.

—¿Terminaste la tarea o tienes algún pendiente? —le preguntó con los brazos en jarras al ver que había puesto en pausa la Play Station. Era pasada la medianoche. Su hermano debería estar durmiendo, aunque no podía reprocharle que la esperase. Era un chico de buen corazón, rebelde a ratos, pero mucho más fácil de manejar que cualquier otro niño de su edad.

—Ya sabes —se encogió él de hombros—, la tarea más difícil es matemáticas y la dejé para que me ayudes.

Ella meneó la cabeza. Era madre y hermana al mismo tiempo. No era nada fácil, pero jamás se iba a arrepentir de haber luchado por Dax. Su hermano merecía una mejor vida, en lugar del sufrimiento y el escrutinio de la prensa en Seattle.

—Vale —contestó. Le resultaba difícil negarse a ayudarlo, en especial cuando ella era todo lo que Dax tenía como un referente de adulto responsable—. Lo haremos después de cenar... A menos que no tengas hambre.

—Es tarde, pero sí tengo hambre —sonrió.

—¿Te portaste bien con la señora Andrews? El cumpleaños es el martes, así que iremos a comprarle algo pronto.

—A veces empieza a contarme historias que cree que jamás me ha dicho, y me da sueño, pero sé que nos ayuda, entonces finjo que estoy interesado... No puedo portarme mal con ella, porque no soy desagradecido.

Alicia contuvo una sonrisa y caminó hasta la cocina. Sacó la comida congelada y la dejó en el microondas. Gillian Andrews vivía en el piso inferior y era un sol. No solo recibía a Dax cuando él volvía de la escuela y le daba de comer, sino que en ocasiones dejaba comida lista para que Alicia la descongelase al volver de la oficina. Hoy le venía de maravilla, porque la comida de los aviones —por más que fuese primera clase— era lo peor para el estómago. Al menos en su caso particular.

A cambio de su amabilidad y tiempo, Alicia le pagaba el mismo salario por hora que hubiera recibido cualquier trabajador, aún bajo las protestas de Gillian que argumentaba que tenía suficiente dinero de su jubilación. Incluso

se enfadaba cuando le llevaba bolsas llenas con comida del supermercado, pero la sonrisa de agradecimiento nunca dejaba la expresión de la anciana que había visto días mejores cuando su esposo, Jim, no tenía episodios con el Alzheimer.

—¿Sigues jugando ajedrez con Jim? Eso le ayuda con la memoria.

Él hizo una mueca y asintió.

—Ya sabes que sí, Al —murmuró llamándola por el apodo cariñoso—. Siempre lo dejo ganar.

Estaba orgullosa de su hermano. No quería que repitiese los errores del padre de ambos ni que cayese en un círculo destructivo al crecer.

—Me alegro, porque la señora Gillian y Jim son lo más cercano a una familia. Además de Maya —dijo haciéndole un guiño.

Los Andrews habían decidido no tener hijos, así que la jubilación de ambos les servía para vivir bien y tener una persona que se encargase de sus necesidades de aseo básico en la casa. Alicia imaginaba que los habían acogido como parte de la familia que nunca tuvieron.

—La tía Maya no ha venido por aquí hace unas semanas, ¿regresó a vivir a Seattle? —preguntó Dax, aún con el juego God of War en pausa.

—Recuerda que Maya está trabajando en un nuevo proyecto arquitectónico y viaja mucho. Le diré que la echas de menos, aunque de seguro pronto vendrá y podemos salir a comer con ella —dijo sonriéndole.

Él quería mucho a Maya, y su mejor amiga se había convertido en la versión menos estricta de una hermana mayor para Dax, así que era un buen equilibrio cuando estaba alrededor. Lástima que viajase tanto y la viesen menos que antes. Gracias a la tecnología, al menos mantenían contacto por mensajes de texto, pero jamás sería lo mismo que compartir un café y cotillear cara a cara.

—Ah... Por cierto, Johnny me invitó a pasar el fin de semana en su casa. —Colocó de nuevo en pausa el juego de la consola mirando a su hermana sobre el hombro, mientras ella esperaba a que el microondas terminase de calentar la comida—. ¿Está bien si voy? Sus padres harán una barbacoa y tal vez vayamos al cine. Realmente me gustaría. He sacado buenas notas, Al...

Alicia sentía que era importante que Dax aprendiera a tomar decisiones por más pequeño que fuese. Le gustaba poner en una balanza los puntos negativos y positivo para que él razonara, y solo después le daba su opinión.

En los tiempos de Facebook e Instagram se requería una investigación que iba más allá de las simples referencias de terceros. Ya no se podía confiar en

nadie, menos con un niño de ocho años. Corría con la suerte que, en esta ocasión, sí conocía personalmente a la familia de Johnny. El matrimonio Fielding tenía tres hijos, y el amigo de Dax era el menor de todos. Le parecía una familia muy amable y la mamá, Karyn, era parte del comité de padres de la escuela. Tenían un grupo de chat en el que se comentaban las últimas novedades o inquietudes. Eso le daba tranquilidad a Alicia porque sabía que, indistintamente de dónde estuviese debido al trabajo y los clientes de Push Fire, cualquier detalle en lo relacionado a los estudios de su hermano estaría siempre al alcance de un chat.

—Sé que te has esforzado y estoy feliz al respecto. Ven a cenar, y luego hablamos de los planes del fin de semana. ¿Qué te parece? —preguntó, aunque en realidad era una orden. Dax lo sabía.

—Bueno... —murmuró a regañadientes—. Tu vuelo se retrasó, y yo estaba esperando que llamaras de un momento a otro para decir que no llegarías a tiempo. ¿Te fue bien en Nashville? —preguntó acomodándose en una de las cuatro sillas del comedor de mesa redonda—. Es decir, ¿conseguiste el trabajo?

Cada tanto ella solía conversar sobre sus proyectos para que su hermano estuviera consciente del tipo de actividad que realizaba día a día. En ocasiones, si creía que a Dax podría interesarle, le contaba si uno de sus clientes era famoso.

En este caso con los Chicago Warriors sintió el impulso de ocultar la identidad de su cliente. Su hermano era fan a morir e insistiría, hasta convencerla, que le permitiese hablar con Chase Beckett. Ella no podía abrir la posibilidad de darle acceso a su vida privada a Chase, porque al ser un atleta que buscaba las debilidades de su oponente para doblegarlo y ganar, también haría lo mismo con tal de que ella desviase su misión de generar una nueva reputación para él. Consideraba a ese delantero de los Warriors un peligro porque no lo podía descifrar. La situación le resultaba enervante, y la forma en que su cuerpo parecía reaccionar a él, abrumadora.

—Sí, conseguí el empleo —murmuró—, y espero que sea todo un éxito porque con este cliente, el dinero extra nos vendrá genial. Si consigo el ascenso en la agencia te prometo comprarte un nuevo par de patines para que sigas yendo a tus clases de hockey en la posición de goalie. ¿Qué tal eso?

Dax asintió con una sonrisa. Compartía los vibrantes ojos verdes de su hermana, pero a diferencia del cabello castaño de Alicia, él tenía el cabello negro.

—Al... Papá llamó hoy —murmuró de pronto.

Ella dejó lentamente el tenedor sobre el plato de cerámica beige.

—¿Qué quería? —preguntó con un tono casual, cuando en realidad hubiese querido dejar escapar una palabrota.

No le gustaba saber que su hermano escuchaba las mentiras que Justin podría estar diciéndole en el afán de tenerlo de su lado. La justicia había dejado claro que no podía acercarse a sus hijos salvo que hubiera una orden de beneplácito de parte de un juez. Para satisfacción de Alicia, su padre iba a continuar tras las rejas un largo período, para cuando saliera de la cárcel, Dax ya sería un adolescente con suficiente criterio para no dejarse embaucar por las falsas promesas.

—Prometí llevarme de paseo a Universal Studios en California —dijo con un tono de clara emoción.

Alicia soltó un largo suspiro. Las charlas sobre el padre de ambos solían salir a flote cuando había una presentación en la escuela, una reunión de padres de familia o en cualquier instante en que Dax viese la necesidad de sentir una reafirmación masculina en ciertos aspectos. Ella trataba de hacer lo mejor, día a día, en su intento de suplir a sus padres en la vida de su único hermano.

No era nada sencillo conservar las lágrimas tras una pared de indiferencia cuando todo lo que quería era hacerse un ovillo y tener una varita mágica para poder cambiar la realidad. Tenía que mostrarse fuerte, cuando sentía quebrarse por dentro; valiente, cuando tenía miedo; estricta, cuando prefería ser indulgente; y fría, cuando sabía que era la única opción para que su hermano fuese criado del mejor modo.

—Papá está en la cárcel y no saldrá hasta dentro de seis años. Eso ya lo sabes Dax, y no quiero que albergues falsas esperanzas. Vivimos en Chicago, y papá es consciente de eso, así como de que el parque de diversiones más cercano a nosotros es Florida. Ten presente que él siempre va a intentar manipularte. No quiero que sufras más decepciones —le dijo con tono cauto, pero también firme.

El chico entreveró la comida con el tenedor. Permaneció pensativo un largo instante y luego se llevó un poco de comida a la boca. Comieron en silencio durante varios minutos. Alicia dejó que su hermano procesara lo que fuese que estuviese elucubrando en su cabecilla.

—Nunca has querido decirme cuál fue el crimen que cometió, papá, Al. Solo me has dicho que no es una buena influencia y que es mejor no tratar de

pensar en que va a volver algún día... Mis amigos en la escuela hablan de sus padres, pero a mí me da vergüenza decirles que el mío está en la cárcel — bajó la mirada—, y ni siquiera sé el motivo...

No era la primera ocasión que su hermano le preguntaba al respecto. Decirle que el padre de ambos estaba en la cárcel fue de por sí bastante duro, y asegurarle que no saldría en varios años, peor. Cuando todo eso ocurrió, Dax tenía cinco años, y le dio la noticia en presencia de la trabajadora social y de un psicólogo infantil que la preparó para la forma de decírselo y el tono a emplear.

Las causas de que Justin Krutcher estuviera tras las rejas prefirió guardárselas por un largo período, porque no se trataba solo de un asunto en particular, sino de un conglomerado de acciones. «Hizo cosas malas y que no le gustó a la policía. Entonces decidieron castigarlo enviándolo a la cárcel.» Esa había sido, brevemente, la explicación que le dio a su hermano años atrás.

No podía subestimar la capacidad de comprensión de un niño, pero sí que podía tratar de explicarle la verdad sin ser cruda. A veces era preferible recibir una noticia dura y real, a escuchar una mentira. Al menos en esto último tenía experiencia.

—Papá le robó la identidad a una persona, y pretendió ser un gestor de inversiones a gran escala. Engañó y enfadó a empresarios millonarios. Era un buen actor, porque de lo contrario no hubiera podido llevar a cabo su fechoría durante más de cuatro años —dijo con amargura.

Dax la miró un largo rato antes de asentir.

—Es decir, ¿fingía ser una persona para robar a otras?

Cómo odiaba Alicia esa conversación.

—Sí, exacto, Dax.

—¿Fue él el causante de la muerte de mamá? —preguntó en un susurro.

Ella tomó una profunda inhalación y estiró la mano para tomar la de su hermano. Le dio un suave apretón.

—Aparentemente... Lo siento, Dax. Quizá más adelante podamos hablarlo durante más tiempo ya es medianoche, pero sí quiero que sepas que esto es tan difícil para mí de sobrellevar como lo debe ser para ti tratar de entenderlo. Solo debes estar seguro de que siempre me tendrás a tu lado.

Él apartó la mano, y después empujó el plato a medio acabar.

—Voy a seguir jugando —murmuró ignorando el tema, pero antes de abandonar el comedor miró a su hermana—: ¿Me vas a dejar ir a casa de Johnny?

Alicia le sonrió con dulzura.

—Si terminamos la tarea de matemáticas, sí. Luego voy a necesitar un largo baño porque ha sido un viaje agotador.

—Okay, Al —replicó yéndose a lavar las manos. Quería jugar videojuegos, pero si terminaba la tarea, como su hermana le acababa de decir, podría entretenerse con la consola de Johnny durante todo el fin de semana. Odiaba ver a Al tan agobiada por el trabajo. Su padre era un mentiroso y había matado a su madre, así que lo mejor era continuar diciéndole a sus compañeros que no sabía nada de él más allá del hecho de que estaba en la cárcel—. Te aviso cuando tenga los ejercicios de matemáticas en los que necesito que me ayudes.

—De acuerdo, cariño. Procura ser diligente, y dejar solo aquellos que sean muy complicados. Debes dormir tus horas, ¿vale?

—Sí...

Dax había sido muy pequeño cuando el mundo tal como lo conocía Alicia se derrumbó de pronto. El pasado de ambos no era un tema que a ella le gustase tocar, y cuando llegaba la oportunidad de hablarlo era bastante cuidadosa en su elección de palabras, todo eso incluía memorias de su madre, Sandy, y los viajes que eran borrones en la memoria de su hermano.

No quería que Dax sintiese odio por su padre, porque la elección de lo que debería o no sentir era de él por completo. Era lo justo, por más de que ella quisiera transmitirle todo el dolor y la rabia que sintió cuando la policía apareció en la puerta de su casa para decirle que Justin había sido detenido, y que su madre estaba en terapia intensiva debido al accidente de tránsito que había terminado en ese periplo de policías, hospitales y prensa alrededor. Todo ocurrió en una noche que se transformó en el inicio de varios meses de incontables pesadillas.

Alicia despreció más a su padre por atreverse a llamar y pretender crearle expectativas a Dex de que podrían en algún momento recuperar el tiempo perdido, sanar el dolor, y jugar a ser una familia feliz. Imposible. Eso era imposible. Jamás volverían a recuperar lo que Justin y su mala cabeza habían destruído.

Se incorporó para poner la vajilla en el lavaplatos, mientras lo hacía consideró solicitar a la Penitenciaría Estatal de Washington que se prohibiesen las llamadas de Justin a sus hijos. No le costaría nada levantar el teléfono para llamar a su abogado, pero Dax tenía derecho de hablar con su padre, aún cuando este hubiera arruinado sus vidas. Su trabajo, como hermana, era generar un espacio de confianza para que Dax pudiera contarle lo que sucedía

y así ella sería capaz de aconsejarlo. ¿Por qué le era todo tan complicado?

Abrió el grifo de agua y se lavó las manos; las secó y después se aplicó crema humectante. Sacó una botella de vino y la descorchó. Sirvió un poco en una copa y la bebió de golpe. El calor del licor le quemó la garganta hasta que la suave calidez se anidó en su estómago. Se sintió más calmada.

Lavó la copa y salió de la cocina.

—Dax, ya es hora de apagar esa consola, ni pienses en seguir jugando —le dijo a su hermano, mientras él se terminaba de cepillar los dientes—. Y no olvides recoger esos legos. No tenemos servicio, y créeme, después de tantas horas de trabajo lo último que me apetece es recoger tu desorden.

Con la pasta de dientes haciendo burbujas en su boca, Dax asintió.

—Bien, regreso en un momento para ayudarte con la tarea.

El niño volvió a asentir.

A solas en su habitación, después un reparador baño, y con Dax durmiendo plácidamente en el otro cuarto, Alicia se acomodó bajo el edredón de su cama tamaño queen. El viaje de ida y vuelta desde Chicago a Nashville, en un mismo día, le había dejado varias impresiones. La primera, que Chase Beckett iba a ser un hombre complejo de manejar. La segunda, que más le valía blindarse contra cualquier intento de flirteo que él tuviese como estrategia orientada a distraerla y decidir lo que él quisiera hacer, mas no lo que ella tenía planeado llevar a cabo según su agenda. La tercera y última, que no veía la hora de conocer la verdadera naturaleza de un hombre que tenía mala fama en los medios de comunicación, pero una reputación de acero sobre el hielo y otro tanto con las mujeres. La emocionaba la perspectiva de cada nuevo cliente, y podría jurar que la fachada de Chase era un escudo protector. La pregunta era: ¿de qué se protegía tanto?

Maya: ¡Hey, chica! Mañana tengo libre y acabo de llegar de Cleveland hace tres horas. Nos hace falta actualizarnos. Yyy... ¡Quiero presentarte a alguien! ;) ;) ;)

Alicia se rio al leer el mensaje de texto.

Era tan típico de Maya intentar buscarle pareja. Apenas tenía un año en Chicago, y sí, claro que había tenido un par de citas, aunque ninguna prosperó más allá de unos besos subidos de tono. La pasó bien, pero no le apetecía complicar su vida con alguien que no consideraba que valía la pena el esfuerzo. Su panorama no era igual al de cualquier veinteañera. Claro que no.

Alicia era una excelente juzgadora de personalidades, porque era parte de su trabajo saber conducir acciones para lograr determinadas reacciones de sus clientes. Solo se trataba de analizar y encontrar patrones de comportamiento. Cada día aprendía algo diferente. Una de sus pasiones era leer todo lo que caía en sus manos sobre el lenguaje no verbal.

Si las personas fuesen conscientes de lo mucho que dejaban saber sin ni siquiera hablar serían más cuidadosos al momento de interactuar socialmente. Aunque claro, tal vez eso crearía una sociedad más paranoica de lo que ya existía. Por otra parte, en lo que se refería al sexo opuesto, sus prioridades no estaban enfocadas en tener novio, sino en criar bien a su hermano y mantener el empleo con la tirana de Kathrina para lograr una posición como socia de Push Fire.

Alicia: ¿Otra vez? ¡Maya, no cambias! Pues vamos por unos tragos. Dax estará en casa de un amiguito todo el fin de semana.

Maya: Aprovecha para que tus partes femeninas también tengan una fiesta =P

Alicia soltó una carcajada. La pantalla plana que tenía frente a su cama estaba encendida, pero en silencio. Ella se tomaba muy en serio todo su trabajo, y estudiaba lo que decían de la NHL, en especial de los jugadores estrella de cada equipo. Al siguiente día pensaba iba a pedirle a su asistente, Margaret, que hiciera un seguimiento de los blogs más importantes de aficionados de hockey, influencers, y también que le enviase un reporte diario de los trending topics de las redes sociales más importantes. No pensaba dejar pasar ni un solo detalle.

Alicia: Imagino que no estás consultándome, sino que ya le dijiste a tu amigo que estoy disponible.

Maya: Eso es lo bueno de que me conozcas tan bien, jajaja. Él acaba de ser contratado en el departamento de ventas. Apenas llego a la oficina, después de cuatro días fuera, y ya tengo las mejores noticias. Soy tu carta de la buena suerte =) ¿Le doy tu número de teléfono?

Alicia: Mmm... No sé, no me interesa mucho un hombre que quizá puede vender un cigarrillo a una tabacalera.

De inmediato los tres puntos suspensivos saltaron en el iMessage.

Maya: Eso implica que es bueno en su trabajo ;) Mañana nos vemos en la noche. ¡Sábado de menear las caderas y echar un polvo! No te me vayas a oxidar, por Dios, que para eso no tengo tips de ayuda. Y ya me dirás cuando Garrick te contacte. Le mostré una foto tuya, y se quedó boquiabierto. Y eso es

poco decir, porque el tipo es un bombón que tiene a las mujeres babeando.

Alicia volvió a reírse. Dios, su amiga estaba loca de remate.

Alicia: Oh, Maya, espero que no haya sido una de esas fotos en bikini que utilicé en el concurso de belleza hace años.

Conocía que su amiga usaba esos archivos para conseguirle citas, y después empezaba casi a recitar su currículum profesional. Sabía que lo hacía con cariño, pero de verdad, Maya podía llegar a ser demasiado loca en sus ideas. Una ocasión, antes de conocer a Brentt, le presentó a un tipo aspirante a mago y quería que Alicia fuese parte de uno de sus actos con espadas. Ella prácticamente huyó de ese restaurante.

Maya: ¿Lo siento? =P

Alicia: Pfff, no, no lo sientes en absoluto.

Maya: Jajaja, te veo mañana en el bar de siempre. Love youuu. PD: Ponte algo sexy, ¿de acuerdo? Necesitamos motivar a Garrick, no que salga espantado si te ve usando esas bragas de algodón de abuelita.

Alicia: Dios mío, vete a dormir, loca. ¡Te quiero también! Bye.

Dejó el teléfono de lado y programó la alarma. Los fines de semana se despertaba a las ocho para hacer el desayuno. Dax iba a quedarse con los Fielding, entonces aprovecharía —después de dejarlo en casa de Johnny— para pasar por Trader's Joe o Whole Foods y así dejar hecho el supermercado de la semana.

Todo era diferente ahora que prácticamente tenía un hermano-hijo que atender. Quedaba poco de la chica despreocupada que vivía por el entusiasmo de conseguir su título profesional e independizarse. El panorama pintó prometedor hasta que su padre echó a perder sus añoranzas.

Durante el tiempo que vivió en Seattle participó en un concurso de belleza para ser Miss Estado de Washington. Quedó entre las finalistas, y esa experiencia le sirvió de plataforma para conocer diferentes personas y ganar dinero extra modelando a la par de que hacía sus estudios en la universidad. Entre esas personas estuvo Yves Burrien, un jugador de hockey de los L.A. Titans, y que tenía familia en Seattle. Se conocieron en la zona VIP de un concierto de Bruno Mars.

La química fue instantánea y durante varios meses trabajaron en la relación a distancia, a pesar de la complicada agenda de viajes de él, y los horarios en la universidad de Alicia. Yves la introdujo en el mundo del hockey y ella aprendió un par de cosas sobre el deporte, aunque su mente en realidad había procurado asimilar todo lo vinculado a las gestiones de comunicación al

interior de la NHL, más allá del juego *per se*. Su interés no era ser agente deportiva, pero sí una relacionista pública con un campo amplio de conocimiento. La liga profesional de hockey movía cientos de millones de dólares al año, y pensaba que sería muy lucrativa cuando ella llegara a trabajar en una agencia que tuviese un equipo de hockey como cliente.

Conocer a los jugadores y a los directivos, esporádicamente, le resultó interesante. Un abanico de oportunidades pasaba ante sus ojos para que las tomara, disfrutara y aprendiera de ellas, y así lo hizo. Absorbió todo como una esponjita.

Con el paso de los meses, Alicia supo que no estaba diseñada para ser una novia trofeo ni tampoco tenía en su personalidad la capacidad de tolerar las infidelidades de Yves. Infidelidades que se distribuían, a todo el que estuviera interesado en los cotilleos deportivos, en forma de fotografías en los medios de comunicación.

Ella cortó la relación, a pesar de que estuvo enamorada, pero su orgullo y amor propio no le permitieron hacerse daño. Yves insistió durante varias semanas en que lo retomaran y trató de ganarse su perdón. No lo logró.

Esa ruptura fue el preámbulo de una debacle personal que desafió todas sus capacidades de asombro previas. Alicia podría escribir un libro entero de las contrariedades emocionales y financieras que afrontó cuando su padre tuvo el accidente automovilístico. El choque fue el que dio la alerta a las autoridades sobre la verdadera identidad del hombre que se hacía pasar por Charles Valet, Gerome Hastinne y Douglas Chastain, según el campo de trabajo que su padre aspiraba convertir en su próxima estafa.

El perfil de Alicia como participante de un concurso de belleza, las entrevistas que tuvo en medios de comunicación, los comerciales para los que fue contratada y su relación mediática con la estrella de los L.A. Titans, la convirtió en un blanco fácil cuando su padre fue descubierto por las autoridades. La pesadilla se incrementó al verse obligado a dejar los estudios durante un periodo para cuidar a su madre que estuvo en coma durante cuatro agónicos días, antes de morir. Se sumó a ello el juicio de su padre, y la batalla por la custodia de Dax. Con veintiún años de edad, el mundo tal como lo había conocido se hizo añicos.

Agobiada por las miradas indiscretas, los murmullos, los titulares de la prensa, y su incesante necesidad de darle a Dax la vida tranquila que un niño de cinco años merecía, ella decidió retomar sus estudios online. Después de meditarlo mucho, aceptó la idea de Maya de mudarse a Chicago. Pero no

cambió de residencia hasta que, luego de una intensa búsqueda de empleo y entrevistas por Skype, además de una presencial, logró que Push Fire la contratase.

Maya tenía un trabajo que le permitía viajar por todo el país con base fija en Chicago, y Alicia no dudó en aceptar la oferta de vivir los primeros meses en su apartamento. El hecho de que hubiese dos habitaciones extra fue estupendo, y Dax se adaptó rápidamente a esa nueva vida. No dejaba de hacer preguntas, pero Alicia había aprendido a desviarlas o responderlas sin mentirle.

Las amigas eran las hermanas de corazón que una elegía en la vida, y con Maya, Alicia sabía que no se había equivocado. Le dio tristeza, por más que viviesen en la misma ciudad, cuando consiguió que la aplicación para alquilar un piso con Dax fuera aprobada. Apreció que su vida empezara a tonarse más estable, además Maya siempre estaba cuando tenían que celebrar victorias o consolarse en las penas.

El trabajo en la agencia era otra historia. Su jefa era una tirana, sí, pero debía reconocer que poseía un amplísimo conocimiento del mundo de las relaciones públicas y tenía contactos inimaginables. La mujer era un vendaval cuando algo se cruzaba en su camino. Push Fire tenía cinco socios, y tres de ellos habían empezado como ejecutivos al igual que Alicia.

La leyenda que corría en la oficina era que esos socios demostraron a Kathrina que tenían las agallas para conseguir clientes de altos perfiles —por ende dinero para la empresa— y también que podían hacer un trabajo extraordinario si ascendían a la categoría de socios. El último socio que se unió a la agencia lo había hecho cinco años atrás, el mismo tiempo desde que se inauguró la segunda sucursal en Denver. Entrar a formar parte de la sociedad de Push Fire incluía contribuir con un capital económico, porque implicaba “comprar la silla”. No solo el talento era necesario en un mundo tan monetarizado y lleno de ambición.

Alicia sabía que el tramo por escalar era largo, y no pretendía perder el optimismo ante la idea de que era posible lograr convertirse en la socia más joven de la compañía en poco tiempo. Ambición no le faltaba. ¿Qué era la vida, si no una ruleta rusa? Ella creaba su propia realidad en lugar de supeditarse a las expectativas o ejemplos ajenos. No era fácil cuando se tenía veinticuatro años, un niño que dependía de que hiciera las cosas bien, y un trabajo demandante. ¿Tiempo para el romance? Complicado asunto, y estaba buscando nada en esas áreas. Aunque, por los mensajes de su querida Maya,

ella parecía no pensar igual.

Por otra parte, el haber contado con la ayuda de Brentt, su primer novio en la secundaria y con quien seguían siendo buenos amigos, fue un soporte inesperado, aunque bienvenido. Vivían ahora en dos polos opuestos del país, y jamás podría olvidar el apoyo que significó para ella y Dax cuando Brentt los invitó a quedarse en el chalet que tenía en las afueras de Seattle en el preciso momento que se desató la tormenta en los tribunales para juzgar a su padre por estafa y otros delitos, y luego durante los preparativos para el sepelio de su madre.

Cuando Alicia lo llamó para despedirse, antes de partir hacia Illinois, Brentt le dijo que su padre acababa de terminar una nueva sede para los Chicago Warriors y que estaba buscando asesoría para tratar de mejorar la reputación de sus jugadores. También le confesó que el equipo de relaciones públicas de los Warriors no se daba abasto con los desastres de Chase Beckett, entonces fue cuando Alicia le dijo que quizá podría hacer algo al respecto.

Cuando estuvo segura de que era el momento idóneo, ya perfectamente establecida en Chicago, Alicia telefoneó a Brentt. Veinticuatro horas más tarde, él le consiguió una cita en la oficina del esquivo billonario que tenía como progenitor, Garnett McTavish. Con esa reunión, Alicia logró un paso importante: atraer la atención de Kathrina, como una ejecutiva con más potencial que el resto de sus compañeros de trabajo para llevar clientes de alto perfil a la compañía. No estaba haciendo nada que careciera de ética, tan solo utilizando sus posibilidades para labrar el camino hacia el objetivo que buscaba.

Alicia necesitaba que los Chicago Warriors estuviesen muy contentos con su trabajo. Primero, porque estaba de por medio la confianza de Brentt, y segundo, porque disfrutaba de trazarse objetivos y cumplirlos. Entre más complejos, mejor.

Así que le era indispensable que la organización notara resultados, para poder aventurarse a la oficina de Kathrina y ofrecerle una suma económica — que había ahorrado durante años, pensando que en algún momento importante de su vida podría servirle—, que le permitiese ser socia de Push Fire. En la agencia contaba el talento, la lista de clientes, y el dinero para aportar en el capital societario.

La presión era fuerte. Si su día a día era agitado habitualmente, al despertar —dentro de unas horas—, lo sería todavía más...

Entre coordinar los eventos de Push Fire, procurar que a su hermano no le faltase nada, y sus clases de yoga, la posibilidad de tener una cita romántica era remota. Su corazón ya había tenido suficientes fracturas en el pasado y ya conocía lo que implicaba involucrarse con una persona de alto perfil mediático.

No le interesaban los jugadores de hockey. Su experiencia con Yves era suficiente referente para evitarle repetir ese tipo de equivocaciones. Así que, desde ese punto de vista, la atracción física que había sentido al tener a Chase a pocos centímetros de distancia carecía de importancia. Además, Dax merecía estabilidad, mas no una hermana que tuviese hombres entrando y saliendo por la puerta. Aunque era consciente de que tampoco podía detener su vida por él ni por nadie.

Salir con el tal Garrick no le parecía una mala idea, no porque quisiera una relación romántica, sino porque, ¡por favor!, como cualquier chica le gustaba sentirse halagada, atraída y seducida por alguien del sexo opuesto. No necesitaba nada permanente. Maya jamás la pondría en contacto con alguien que no mereciera la pena para darle aunque sea la oportunidad de tomar un café juntos. Al menos esperaba que Maya hubiera madurado en sus gustos después del aspirante a mago que le presentó en la secundaria.

Soltó un suspiro, y apagó la televisión.

No había escándalos titulares por ahora en ESPN ni en FOXSports que merecieran considerarse importantes para su trabajo con los Warriors. Al siguiente día, o incluso en la madrugada, todo podría cambiar, pero de momento iba a tomar un merecido descanso. El reloj marcaba casi las dos de la madrugada.

Soltó un largo bostezo.

Solo tenía que pasar los próximos tres meses creando una agenda social diferente a lo que implicaban fiestas, desmanes, strippers o escándalos, en el día a día de Chase Beckett. También tenía que lograr que los medios de comunicación hablasen maravillas de él, lejos y dentro de la pista de hockey. O qué mejor, que no hablasen del todo de Chase salvo que fuese para referirse al buen desempeño de los Warriors.

Lo tenía todo calculado. Pronto tendría que reunirse con Chase y su agente para coordinar el calendario de trabajo. ¿Qué podría salir mal?

CAPÍTULO 3

Las facilidades del nuevo estadio oficial, Sword Arena, en el que se preparaban físicamente los Chicago Warriors eran fabulosas. Poseían dos gimnasios, piscina olímpica, tres saunas, zona de rehabilitación física, patio exterior, y dos restaurantes en los que servían comidas individualizadas según las necesidades dietéticas de cada jugador. La infraestructura era una monstruosidad de varias decenas de millones de dólares. Chase imaginaba que el dueño debía estar muy cabreado por la derrota en Nashville, y no nadie podría culparlo.

Después del entrenamiento rutinario de ese día, los jugadores acordaron hacer una barbacoa en casa de Keith Lampard, el capitán. Keith llevaba siete años en el equipo, dos como capitán, y era un líder respetado en la liga. Su esposa le había dado dos hijas, y el hombre no podía ser más feliz si se lo propusiera. Chase solía pensar que eran pocas las personas que tenían suerte en lo que se refería a las relaciones familiares. Chase solo conocía relaciones rotas.

A pesar de las bromas habituales durante la jornada de esa mañana, el ánimo en el equipo se sentía bajo. Todos sabían que ganar y perder era parte de un ciclo. Tenían como propósito mejorar siempre, superarse a sí mismos, aunque no dejaba de escocer haber tenido una derrota que los llevaba al final de una temporada que no había estado maracada por el mejor hockey que sabían jugar. Ahora estaban fuera de los Playoffs y no habría oportunidad de pelear para disputar la Copa Stanley.

Los jugadores ganaban millones de dólares anualmente, y los fans esperaban resultados. Los Warriors no podían decepcionar, menos a los dueños del equipo ni al equipo administrativo que habían depositado su confianza en el talento de cada uno.

El hockey parecía desde fuera un deporte que proporcionaba mucho dinero de forma rápida y fácil, sin embargo, el público ignoraba el sacrificio físico y personal al que estaban sometidos los jugadores, en especial aquellos que tenían una familia. Los viajes de la temporada, que a veces duraban hasta siete días fuera de la ciudad central, conllevaban un compromiso muy grande.

Muchos de los deportistas en la NHL solían perderse el nacimiento de sus hijos, aniversarios, cumpleaños, y sus matrimonios a veces podían acabar en

distanciamientos fríos a menos que la contraparte entendiéndose de verdad lo que era estar en una relación con una agenda apretada e impostergable. El precio de la fama y el éxito, al menos en los años más productivos de los jugadores, era muy alto. Para los que no habían formado aún su propia familia, entonces los compañeros de equipo se convertían en una. Las esposas y novias de los jugadores también entraban en la ecuación, las WAGS por sus siglas en inglés, apoyándose entre ellas cuando sus parejas estaban disputando partidos en otros sitios.

A Chase no se le hizo nada difícil abandonar a su familia disfuncional cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

Creció bajo la tóxica influencia de Nellamy, y además no sabía quién era su padre. Tampoco sentía interés por revolver el pasado, solo deseaba alejarse lo más posible. Cuando la oportunidad de jugar profesionalmente llamó a su vida, la tomó con voracidad. Volcó toda la rabia, culpa, y decepción en la pista de hielo. Se abrió paso entre los grandes sin amilanarse y consiguió llamar la atención de importantes patrocinadores en corto tiempo.

Cuando cumplió veinte años de edad levantó el preciado trofeo, la Copa Stanley, con el primer equipo de la NHL que lo fichó, Carolina Dragons. La sensación de euforia fue indescriptible, al igual que las semanas locas de sexo y juerga que le siguieron. Eso desembocó en un sinnúmero de cotilleos que se alargó varios meses como una sombra y con falsas alegaciones en su contra en la prensa.

A pesar de que las pláticas internas de que Chase sería un activo fijo en la organización de los Dragons, porque estaban satisfechos con su forma de moverse en el hielo, lo cierto es que la paciencia del gerente general, así como de los dueños, estaba medida por los titulares y el nivel de daño a la franquicia que creían que él estaba causando con sus noches de juergas en cada ciudad a la que iban. Poco tiempo después, antes de que terminase el verano aquel año, esa paciencia corporativa llegó al límite. Las negociaciones empezaron y él fue transferido a los Chicago Warriors.

¿Si acaso Chase se arrepentía de los excesos fuera de la pista aquel año? Sí, de cierta forma, aunque no podían culpar a un chico de su edad por disfrutar del dinero, la fama y el éxito, en especial si en su año de novato se había hecho con la Copa Stanley. Podía subírsete a la cabeza, y era lo que había ocurrido en su caso, pero su desenvolvimiento en la pista jamás decreció. Los Carolina Dragons le dieron la espalda, y la prensa se dio un festín.

Los Chicago Warriors vieron más allá del chico que le gustaba ir de fiesta; vieron el potencial que tenía como jugador a futuro y que podían moldearlo para encajar a la perfección con las necesidades del equipo. Pagaron una millonaria suma para que fuera un Warrior. La forma de agradecer era dejar lo mejor de sí en la pista, y lo hacía.

Claro que a Chase también le gustaba darse una buena vida, entretenerse yendo de fiesta, y salir con mujeres guapas. Trabajaba duro cada día, porque el hockey era su pasión, y requería un gran esfuerzo porque la competencia se tornaba más voraz con el paso del tiempo. Enfocarse en el deporte le evitaba regresar a su desastroso pasado y su infame infancia.

Cuando estaba en la pista de hielo su enfoque era firme y solo quería anotar en el marcador de la net contraria. Una vez que volvía a casa, la euforia se apagaba poco a poco hasta que —si tenía suerte de no despertarse con una pesadilla de por medio— un nuevo día de entrenamiento en el gimnasio llegaba para insuflarle motivación. La sed de gloria no había disminuido con los años.

Chase había sido nombrado MVP (El jugador más valioso, por sus siglas en inglés), tres años atrás cuando los Chicago Warriors ganaron por segunda oportunidad la Copa Stanley, la primera estando él en el equipo. El júbilo en esa ocasión fue muy diferente, porque en esta oportunidad su madurez como jugador le permitió asimilar mejor el momento. La prensa esperaba otro desmán de su parte, como ocurrió con los Dragons, pero no les dio motivos para hablar.

Cada uno de los jugadores de la lista del equipo que ganaba la Copa Stanley tenía un día entero para llevar el trofeo donde quisieran. Contrario a sus compañeros de los Warriors, Chase eligió pasar en su penthouse aquel año cenando comida italiana, con un exquisito vino de cuatrocientos dólares, viendo el reprise del partido y dispuesto a invitar a algunos de sus amigos para tomar unas cervezas antes de que acabase la jornada. No encontraba mejor forma de celebrar una victoria junto a las personas que habían hecho posible levantar ese trofeo.

Al menos ese fue el plan hasta que apareció Eve y lo arruinó todo.

—¿Me vas a dejar pasar? —le había preguntado mostrándole una botella de Cristal y una sonrisa digna de un anuncio para televisión.

Mirándola con hastío, él había mantenido la puerta entreabierta. No le había sorprendido lo más mínimo que estuviese ahí, pero sí le cabreó que hubiera elegido un día como aquel para joderle la existencia.

—No sé qué demonios quieres o qué haces aquí —le había dicho.

Ella se había encogido de hombros.

—Bueno, el ganador de la Copa Stanley tiene que celebrar. Y solo hoy me aventuré a venir a Chicago porque tenía el día libre en la oficina en Springfield, ¡mira qué buen momento elegí! Me encanta que sigas viviendo en este sitio, porque tu jacuzzi me hace tener ideas interesantes.

Las piernas largas y esbeltas, la cintura estrecha y los pechos de tamaño medio que cupían perfectamente entre las manos de Chase, era un conjunto anatómico que destacaba el vestido azul corto. Eve era muy bella, y sus ojos grises —de un tono menos intenso que los suyos— tenían la forma alargada de las almendras. El cabello negro era abundante y solía llevarlo largo hasta la cintura. Él había querido apartarse, pero la soledad que lo había rodeado esa noche fue más poderosa que su intención de echar a esa víbora o recordarse a sí mismo que Eve siempre sería una mala idea.

—No quiero compartir este día contigo —le había dicho entredientes en un último intento de aferrarse a su fuerza de voluntad—. Regresa por donde viniste.

Ella no le había hecho caso, y se invitó a sí misma.

Al entrar en el penthouse se quitó los zapatos de tacón y dejó de lado la botella. Cuando se dio cuenta del trofeo que brillaba en la sala, con la luz de las lámparas de araña de Swarovski que la decoradora había comprado para Chase, Eve había lanzado una exclamación de asombro y su sonrisa se ensanchó.

—¡Es mi día de suerte, vaya que lo es, la Copa Stanley nada menos! —había dicho antes de cerrar la puerta, volver hacia donde él se encontraba—. ¿Acaso no te gustaría desahogar toda esa adrenalina que te consume por dentro, Chase? Debiste llamarme antes para comentarme que hoy sería tu día con el trofeo. Imagino que te sientes muy solo rodeado de tanta opulencia, pero con una victoria que no llega a cubrir todas las expectativas que sientes hacia ti mismo. ¿Sabes qué habría hecho Alana si hubiese estado viva?

—No te atrevas a mencionarla —le había respondido perdiendo la paciencia.

—Mmm —había murmurado deslizando el cierre lateral del vestido hacia abajo, ante la mirada de Chase, hasta que la prenda cayó al suelo en un fru-fru silencioso de seda—. Puedo ayudarte a olvidar. Siempre.

Esa había sido la clave para claudicar en su intento de echarla. «Olvidar. Necesito olvidar lo que le hice a Alana...». Un adicional a su mala suerte que

justo esa noche la Copa hubiera estado con él.

Eve Mareck poseía la capacidad de echar a perder cualquier momento de mínima alegría. La odiaba porque con ella llegaban un sinnúmero de amargos recuerdos, sumados a una profunda sensación de culpa, por todo lo que sucedió en su vida antes de que hubiera sido elegido en el Draft de la NHL.

Aquella noche con el trofeo ganado había reincidido en ese tóxico vínculo acostándose con ella. Eve no merecía su consideración. Si había ido solo para tener sexo y bailar al son de la lujuria, él le devolvió exactamente lo mismo. Sus comentarios velados sobre el pasado, mientras se desnudaban y mordían la boca sin contemplación, solo consiguieron agujonearlo para tratarla en la cama con rudeza. Ella lo había disfrutado.

Con Eve, al menos después de la muerte de Alana, siempre había sido sexo cargado de furia, sin consideración de ninguna clase, provocación de ira y altas dosis de una lujuria perversa. Una vez que acababan la faena, él prácticamente la echaba de su lado, y ella no protestaba. Cuando se quedaba de nuevo a solas, Chase se sentía asqueado consigo mismo.

Podían pasar meses sin verla o recibir contacto alguno, pero en algún jodido momento siempre regresaba. El poco aprecio que podía haber sentido, ya no estaba; se había transformado en desprecio.

Ella prefirió abrirse de piernas a un hombre que le doblaba la edad, a cambio de una tarjeta de crédito ilimitada, pases VIP a todo sitio que quisiera, y la garantía de que al siguiente día tendría comida, un lugar en el cual dormir sin el terror de que la violasen o tuviera que congelarse en las calles. Chase podía entender esa necesidad de sentirse segura, pero jamás habría él caído tan bajo, así como jamás podría perdonar a Eve por el pasado.

El equipo de seguridad de los Warriors estaba avisado de que Eve Mareck no era bienvenida en el estadio ni a ningún tipo de evento privado. Chase no podía impedirle acudir a los partidos, porque eran públicos, y menos mal la mujer tampoco estaba interesada en departir con la multitud si no tenía un acceso directo hacia él. A veces, Chase no sabía si su madre y Eve se confabulaban en secreto para extorsionarlo por temporadas. Una, financieramente, y la otra, emocionalmente.

¿Qué sacaba Eve follando a un hombre que la despreciaba y la trataba en la cama como una fulana? Dios. Todo con ella era tan enrevesado y retorcido. La mujer no era un peligro en sí, físico, pero sí mental para una carrera deportiva que necesitaba de entera concentración. Cada episodio en que Eve aparecía coincidía con las fechas cercanas al aniversario de la muerte y

también el cumpleaños de Alana, pero en algunas ocasiones se había presentado en su puerta también en víspera de Navidad. Eran esos períodos en los que Chase se volvía loco, y la prensa se aprovechaba.

Ya habían pasado cinco meses desde la última ocasión que vio a Eve, pero se acercaba el aniversario de la muerte de Alana, y él empezaba a sentirse paranoico. Su mejor amigo en el equipo, Pilsen Van Dyere, Pils como todos le decían, sí sabía superficialmente sobre los episodios de Chase con Eve, pero no la verdadera razón por la cual él continuaba cayendo en las redes de la mujer. Y es que nadie podría entenderlo, porque no quería dejar caer las capas que cubrían su alma y hablar de su pasado. A nadie le importaba de forma sincera. Aunque Pils era un buen tipo, la desconfianza estaba demasiado arraigada en Chase.

Las mujeres en su vida solo habían llevado caos a lo largo de su existencia. No necesitaba eso. En su día a día solo tenía algo que valía la pena, que jamás le fallaba, y devolvía con creces su dedicación: el hockey. Pretendía que así continuase hasta que su cuerpo cediera y retirarse de la NHL fuese su única opción.

Chase estaba seguro de que los próximos días y semanas estarían copados de reuniones con los entrenadores, así como actividades con la Fundación Warriors of Chicago que ayudaba a los niños con quemaduras. Si a su panorama le tenía que sumar la reunión pactada para “mejorar su imagen” con Alicia Krutcher, entonces de seguro iba a tener un dolor de cabeza eterno.

Chase.

Años atrás.

El sonido de las sirenas a lo lejos lo instó a correr más rápido. Alguien había llamado a la policía eso seguro. “Quizá romper la ventana de la farmacia con una piedra pudo haber sido el detonante”, pensó con sarcasmo mientras intentaba alejarse lo más posible. Le dolían los pies, porque — como no podía ser de otro modo en su maldita existencia— sus zapatos estaban destapados. La mejor forma de repararlos había sido siempre enrollarles una cinta de embalaje gris, pero eso no le servía, menos esa noche con plena lluvia.

Podía sentir las ampollas quemándole la planta de los pies, sangrando, a medida que corría. El entrenamiento del siguiente día en la pista de hielo

iba a costarle mucho. Prefería no tener zapatos, pero el par de patines era su bien más preciado y los protegía con un sentido de férrea posesión. Vivía el día a día, porque pensar en sobrevivir veinticuatro horas más ya era un lujo. Solo tenía tiempo para el “aquí y ahora”. En esos momentos nada importaba.

El sonido de varios disparos también se sintió cerca, pero eso no tenía nada que ver con él, sino con la zona en la que vivía desde que era pequeño. Estaba en uno de los peores barrios de Chicago, Pullman, y las pandillas callejeras pululaban a la orden del día. La tentación de unirse a una era cada vez más fuerte, pero también era consciente de que al hacerlo su sueño de jugar hockey se iría al garete. Al menos tenía un sueño que lo mantenía vivo.

Los dueños de la farmacia de seguro tenían cámaras de vigilancia, se trataba de una cadena exitosa, así que él utilizaba pasamontañas negro cuando la medicación de Alana se acababa, y nunca iba a la misma sucursal; no era estúpido. Además, no creía que los medicamentos pudieran hacerle más falta a unos millonarios que a él. Se preguntaba cómo sería vivir sin tener que beber varios vasos de agua, uno tras otro, para intentar engañar al estómago cuando no había suficiente comida en casa, y su abuela, Nana, estaba ausente.

La lluvia arreció, pero Chase no se detuvo.

Sostenía con firmeza la bolsa de plástico y escuchaba el eco de sus pasos sobre los charcos de agua a medida que la distancia hacia su destino se volvía más corta. Los truenos rugían en el firmamento, pero la ciudad parecía ajena a ello. O quizá aquellos que estaban bajo el resguardo de un techo y la calefacción adecuada no necesitaban inmutarse o dedicar un pensamiento a los que vivían en circunstancias precarias en una sociedad que estaba supuesta a proveer a todos.

Llegó hasta el callejón que conectaba un solar vacío con la casa de dos pisos maltrechos en la que vivía. Haló la escalera de emergencia, desvencijada, que solía utilizar para escaparse. La colocó cerca de su ventana y trepó con rapidez. La ropa mojada era lo de menos. Se terminó de arrancar los remiendos que tenía por zapatos y caminó hacia la habitación de Alana. «Encontrar otro par de zapatos no era problema.»

Con la calefacción sin funcionar adecuadamente en pleno invierno, él se las había ingeniado para robar un calentador eléctrico. Al menos con eso sabía que su hermana estaba resguardada. El costo de la electricidad era

otro asunto, aunque no el que más le preocupaba por ahora. Tenía dieciséis años, y entre sus modos de generar ingresos estaba el hacer identificaciones falsas para los niños de colegios privados que querían pasar por mayores de edad en bares, discotecas o en tiendas para comprar licor o lo que fuese. Chase era recursivo, y había aprendido a serlo porque su madre prefería gastarse lo que ganaba como prostituta en vestidos nuevos o maquillaje. Si no fuese por su abuela, él y Alana habrían terminado en servicios sociales o en un correccional.

No podía olvidar que aquello sucedió, porque lo tenía marcado en la memoria.

Dos años atrás, él había llegado a casa más temprano de lo habitual. Dejó la pequeña máquina, con la que solía escanear las identificaciones falsas, y la cámara fotográfica que le habían alquilado, en la consola cerca del comedor. Le tocaba generar veinte DNI aquella noche. Había un nuevo bar en la zona pija de Chicago, y no quería perder la oportunidad de ganar dinero extra.

Escuchó un ruido extraño. A esas horas, su hermana debía estar con Eve en la escuela, y su abuela de seguro estaba jugando al bridge con sus amigas en alguna de las casas de alrededor, y su madre... De pronto, la idea de que algo le sucediese a Nellamy lo puso en alerta. No tenía armas, solo un cuchillo. Con sigilo lo sacó de su bolsillo. No era imbécil, y jamás andaba desprotegido. Colarse en sitios peligrosos y tratar de sacar dinero de forma ilegal, como fuese, era garantía de que algo podría sucederle, y Chase prefería tener algo con lo cual defenderse.

La habitación de Nellamy tenía la puerta ligeramente entreabierta, y los ruidos provenían de ahí. Con la respiración agitada por la preocupación, abrió la puerta de una patada, porque el factor sorpresa solía resultar más efectivo.

Se quedó en shock ante la escena que sus ojos visualizaban.

Su madre tenía un tipo encima, moviendo las caderas, penetrándola una y otra vez, mientras con las dos manos le sostenía los pechos. Las manos de Nellamy estaba afianzadas al colchón y el ruido de la madera vibrando ahora era más potente. No había nada que opacase el inconfundible sonido de dos personas follando.

—¿Qué carajos...? —preguntó, pillado por sorpresa, un tipo en la esquina.

La mirada gris de Chase enfocó a la derecha, el tipo estaba sentado en

una silla con los pantalones abajo, y masturbándose mientras observaba lo que ocurría en la cama. La acción en la cama y alrededor se detuvo. Había tres personas en esa habitación. Tres...

—Ch...Chase. —Nellamy apartó al tipo que estaba sobre ella y se cubrió con la sábana —. ¿Qué haces aquí a esta hora? ¿No deberías estar estudiando en lugar de vagar? —intentó arreglarse el cabello, pero al mismo tiempo miraba a su hijo con rabia.

—No fui a la escuela... Tenía un trabajo... —miró a los dos hombres que ahora se vestían rápidamente murmurando insultos velados.

El tipo que había estado follándose a Nellamy, le lanzó a la cama unos billetes.

—Esto no es lo que acordamos —dijo ella, contando el dinero.

—Date por pagada, mujer —le dijo el tipo de la silla terminando de abrocharse la camisa —, no terminaste la faena porque este mequetrefe interrumpió. —Luego se giró hacia Chase y sonrió con maldad al contemplar el cuchillo que temblaba en la mano adolescente—: Tu madre es una buena prostituta, la próxima ocasión intenta no interrumpir. Se perdió la propina con la que te habría comprado mejores ropas.

Sin poder moverse de la entrada de la habitación, con todo su mundo confuso, Chase observó cómo los hombres se marcharon y cómo su madre se vestía apuradamente. Después, Nellamy se acercó a él, y lo abofeteó.

Eso pareció sacarlo de su ensimismamiento y se tocó la mejilla. También marcó una ruptura sobre la imagen que tenía de su madre.

—¿Por qué...? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Me hiciste perder dinero, malagradecido. Maldita la hora en que no te aborté ni a ti ni a tu hermana. Par de sanguijuelas —soltó con rabia.

Chase no fue consciente de que las lágrimas empezaron a rondar por sus mejillas. Miró a Nellamy como si lo estuviese haciendo por primera vez.

—Eres una prostituta... —susurró—, ¿por qué? Tenemos esta casa... Pensé que trabajabas en la tienda de ropa de la señora Madeleine... Yo...

—Esto —se señaló a sí misma— es lo mejor que poseo. Tengo que sacarle partido. Es dinero fácil —se acercó a su hijo y le agarró las mejillas con una mano, olía a semen, sudor, y Chase quiso vomitar—, así que más te vale que lleves claro que el amor no existe. No eres digno de él, y jamás van a quererte a menos que lleves dinero en tu billetera. ¿Entiendes, Chase? Eso es lo único que queremos las mujeres. Dinero, cosas bonitas, una vida fácil.

Él meneó la cabeza, porque eso jamás se le había pasado por la cabeza.

Creía que su madre trabajaba mucho, y pasaba bastante tiempo escuchando a Nana y sus consejos... al menos los que le convenía. ¿Sabría Nana que su hija ganaba dinero acostándose con hombres distintos? ¿Alguno de esos hombres con los que Nellamy se había acostado, quién sabría durante cuánto tiempo, sería su padre biológico y también el de Alana? Era consciente de que esa pregunta jamás sería respondida.

—Nana...—susurró con mil ideas rondándole la cabeza.

Su madre le agarró el brazo, con fuerza, casi enterrándole las uñas.

—Si le dices una palabra a tu abuela, entonces tu hermana pagará las consecuencias.

Chase empezó a cambiar la sensación de dolor por una de rabia. Se safó del agarre de Nellamy y puso distancia.

—Jamás tocarás a Alana, ¿entendiste? Ella no es como tú. ¡No es como tú!

Nellamy soltó una carcajada.

—Eso lo decido yo. No sabes lo mucho que pagarían los hombres por tener una muchacha joven y virgen.

Se sentía destrozado y defraudado.

—Yo me encargaré de proteger a Alana —dijo con la voz temblorosa de la furia que rugía por sus venas—. Tú no vas a convertirla en una fulana.

—Largo de aquí —dijo con desprecio—. No necesito un adolescente dándome lecciones de ética. —Se rio con acidez—. Esta es la forma de ganar el dinero para pagar las facturas. ¿Qué esperas?

—Las paga mi abuela —dijo entre dientes, y con fiereza—. Sin mi abuela estaríamos de regreso de albergue en albergue.

—Mi madre...—se ajustó la bata e hizo una mueca—, esa puritana. ¡Lárgate de aquí! Arruinaste mi día, y ahora tengo que encontrar la forma de tener más clientes.

A su edad era bastante alto, y su delgado cuerpo se alzó con entereza.

—No en esta casa o se lo diré a mi abuela y a servicios sociales.

Nellamy sabía que Chase era de pocas pulgas, y que en este caso no podía contar con que mantuviese la boca cerrada. No necesitaba traer sus clientes a casa, como había estado haciendo, cuando sus hijos estaban en la escuela pública. Su madre sería un dolor de cabeza, si Chase abría la bocaza. Tal vez hablaría con una de sus amigas de oficio para rentar un sitio limpio y barato en el que cual poder hacer sus negocios. Era dinero fácil, y a ella siempre le había gustado tener cosas bonitas. Había nacido

guapa, y cuando descubrió el sexo y su capacidad de conseguir lo que quería de los hombres, el resto simplemente fluyó.

—Ni una palabra a tu abuela, y Alana seguirá estando en su simpática burbuja.

Chase solo asintió, y abandonó la habitación siendo una persona completamente diferente al chico que había entrado minutos atrás.

—¿Quién anda ahí? —al escuchar a su hermana, Chase volvió al presente, a la habitación de su hermana menor.

—Hey —susurró con la voz temblorosa por el frío que le calaba los huesos—, aquí estoy, Alana. Venga, abre los ojos. ¿O esperas a alguien más, eh? —preguntó bromeando.

El frágil cuerpo de Alana se removió entre las cobijas. Giró la cabeza hacia la derecha y vio a su hermano acuclillado. Sonrió con dulzura. Intentó estirar la mano, pero incluso ese mínimo esfuerzo le dolía. La leucemia la había debilitado mucho.

—Hola... —tosió— hola, rufián... Claro, esperaba a Adam Levine...

Chase sonrió y agitó la bolsa plástica que tenía en la mano. El cuadro de su hermana había empeorado porque debido a sus bajas defensas pescó una fuerte gripe.

—Traje tu medicina —le dijo sacando el contenido—. No sabes la aventura que tuve que pasar. Luego te lo cuento. No vas a creérmelo.

Ella volvió a esbozar una tenue sonrisa.

—¿Dónde está mamá...?

Él agarró la botella de agua y la abrió con facilidad. Ayudó a Alana a incorporarse y quiso llorar al sentir el peso tan débil. Le dio las píldoras y después el jarabe de vitamina. Ella tosía varias veces hasta que todas las píldoras estuvieron en su organismo. Chase se sentía impotente, porque su hermana debería estar vibrante de energía, saludable, riendo y divirtiéndose.

—Seguro en el trabajo —murmuró tratando de contener la rabia cada que recordaba cómo había descubierto a qué se dedicaba Nellamy Linaud.

Yacer en una cama, sin la atención médica óptima, con una madre que sabría el diablo dónde se habría largado, era injusto. Con catorce años, Alana era la sombra de la adolescente que era tan solo seis meses atrás. Se consumía día a día, y Chase no podía hacer otra cosa que reunir el coraje para conseguir lo poco que podía aliviar los efectos de la quimioterapia. Robar muchas veces era su única salida, y cada que lo hacía se sentía peor.

Solo debía recordarse que no robaba en su beneficio, sino para ayudar a Alana, y eso acallaba su conciencia.

—Oh, vale... Nana vino hace unas horas para darme algo de comer. Las sopas que hace son las mejores... Te dejó un poco, me dijo...

Nana era la única persona a quien le importaban sus nietos. Si no fuese por ella, no tuviesen una casa bajo la cual resguardarse. Nellamy apenas ponía unos cuantos dólares, aunque jamás sin quejarse de que era una persona demasiado generosa, en especial porque sus hijos solo se dedicaban a extraer dinero de ella como si fuese una alcancía.

A Chase le importaba una mierda que su madre se quejara.

Lo que contaba para él era tener un techo bajo el cual vivir, y tratar día a día de conseguir escuchar lo que los entrenadores les decían a quienes podían pagar las clases de hockey. Después de que él escuchaba algo, lo procuraba poner en práctica, mejorarlo.

La mal agradecida e irresponsable de su madre se dedicaba a largarse sin más cuando le venía en gana. Sin Nana, Alana no hubiera podido acceder a la seguridad social y el diagnóstico, que jamás podría ser oportuno aunque otros dijiesen lo contrario, no habría llegado en el tiempo adecuado para empezar el tratamiento con un atisbo de esperanza de que podrían vencer la enfermedad. A veces, Chase se preguntaba si acaso las grandes farmacéuticas se confabulaban con los políticos o millonarios para joder la salud de la gente y ganar más dinero.

—Qué bueno, ya bajo dentro de poco —murmuró viendo cómo los ojos de su hermana desenfocaban la mirada cada tanto, somnolientos—. ¿Has vomitado?

—Hoy, no... Ya han pasado los peores efectos... —dijo con voz queda—. Me pondré bien. Soy fuerte...

Chase le sonrió, aunque lo cierto es que sentía que cada palabra de esperanza de su hermana era un aguijón de dolor.

—¿Quieres que le diga a Eve que pase a visitarte?

—Llevas enamorado de mi mejor amiga desde que puedo acordarme —tosió levemente, y Chase le dio de beber agua—. ¿Por qué no la invitas a alguna parte?

Él hizo una mueca. Eve era como una mariposa. Necesitaba volar y si intentabas atraparla, sus colores se volvían opacos. Si alguna vez sucedía algo entre los dos sería porque ella lo propiciase, y Chase le seguiría la corriente. Eve era vibrante y hermosa. A diferencia de ellos, la vida que

llevaba era despreocupada y al menos sus padres tenían empleos fijos. No era adinerada, pero podía darse gustos y adquirir cosas que a él y a Alana le resultaban un gran lujo. Eve era buena con Alana, le llevaba dulces o libros, y desde que estaba bajo el tratamiento de quimioterapia, también iba todos los días a la casa con los apuntes de las clases, y, claro, con los más recientes cotilleos de la secundaria.

Chase estaba en la edad en que sus hormonas vivían a mil revoluciones, y la curiosidad sexual lo sobrepasaba. Sus fantasías estaban llenas de Eve, pero no podía tocarla hasta que ella lo quisiera. Él prefería aprender sobre la anatomía femenina en otros lados, por lo general al terminar de patinar, cuando las chicas se le acercaban. No era experto, aunque tampoco virgen. No quería parecer idiota cuando tuviera la oportunidad de besar a Eve, y hacer tal vez más que solo besarla...

—Porque primero tienes que ponerte bien antes de que te pueda permitir continuar teniendo alucinaciones —le dijo riéndose—. Ahora trata de dormir hasta que las píldoras hagan efecto. Voy a quitarme esta ropa mojada y vendré a acompañarte —señaló el colchón que había llevado desde su habitación hasta la de Alana para controlar si algo sucedía durante la madrugada—, ya sabes que debes lanzarme eso —le señaló una pequeña piedra que reposaba cerca de la mesita de noche— para que me despierte. Yo estoy alerta.

Ella se rio con suavidad.

—Porque tienes el sueño ligero... —bostezó—. Eres el mejor hermano del mundo. Vamos a vencer la leucemia, Chase.

Años después, Chase se continuaba torturando. Se consideraba culpable de que Alana estuviese varios metros bajo tierra en un maldito cementerio, en lugar de tener un buen empleo y sueños cumplidos, y por cumplir.

CAPÍTULO 4

Un vestido de lino color rojo, una chaqueta elegante de bordes interiores planos sin botones, y zapatos de punta rojos se complementaban con el cabello acomodado en una trenza francesa. Llevaba un maquillaje profesional, y había decidido realzar sus labios con un tono fucsia suave. Necesitaba proyectar una imagen comprometida, juvenil, y responsable al mismo tiempo. Alicia quería que los ejecutivos notaran que poseía las agallas y ganas de contribuir a la meta de los Chicago Warriors: mejorar la reputación de uno de sus jugadores estrella.

Ese era el segundo día de una nueva semana, después de la inesperadamente prometedor cita con Garrick el domingo en la noche. Maya que se ofreció a cuidar de Dax, así que Alicia disfrutó la velada sin preocupaciones.

Estaba de excelente humor. Claro, sus tazas de café ayudaban muchísimo.

Sus tacones resonaron sobre el suelo de madera.

Salió del elevador y caminó hacia la recepción principal. No era la primera ocasión que pisaba esas instalaciones, y el impacto no había disminuido, ese estadio era un lujo de detalles espectaculares que incluían fotografías a gran escala de todos los jugadores activos, y también de aquellos que formaron parte de las primeras divisiones de los Warriors. También había una galería interior, que el padre de Brentt la llevó a recorrer, tiempo atrás, como cortesía por la amistad que tenía con su hijo, en la que se exhibía la réplica de los trofeos ganados desde los inicios de la franquicia. Cuatro copas Stanley relucían, una junto a la otra, en grandes vitrales.

Una de las visitas que hizo Alicia al Sword Arena fue con Kathrina y los ejecutivos del departamento de comunicación del equipo al iniciar conversaciones típicas previa a la contratación de los servicios de Push Fire. Después de una larga junta de casi tres horas, lo siguiente fue revisar el plan de trabajo trazado por la organización y ajustarla con ideas sobre las cuales la agencia podía trabajar. Lo último, y más importante que se desarrolló en una reunión aparte, fue la discusión de los honorarios, y bonificaciones.

—Buenos días, Karol —saludó Alicia, recordando el nombre de la recepcionista de la zona corporativa ubicada en el tercer piso de la organización.

Para generar empatía, en cualquier nivel corporativo, era importante

aprenderse el nombre de la o las personas que tenían la clave a sitios de interés: la bodega, los camerinos, la salida de emergencia, la recepción, las asistentes personales, y todos aquellos contactos de menor rango que necesitaban un empujoncito con su ego para funcionar y ayudar. Así de básico, y así de fácil.

La mirada de Karol se iluminó. Punto de reafirmación para la teoría de los nombres que Alicia practicaba.

—Buenos días... ¿La relacionista pública de Push Fire? —preguntó como si estuviera disculpándose por no recordar cómo debía referirse a ella, pero consciente de que la credencial que portaba Alicia en la solapa de su chaqueta solo la llevaban personas que trabajaban para la NHL o un equipo autorizado.

—Alicia Krutcher —le sonrió estirando la mano, y la mujer la estrechó—. Tengo una reunión con Chase Beckett y su agente, Buck Kye, a las diez en punto de la mañana. —Miró su reloj de muñeca Cartier. No podía competir con la imagen de opulencia, sin antes emular una—. ¿Me puede anunciar, por favor?

—Oh, bueno —se aclaró la garganta—, lo cierto es que Chase tuvo un imprevisto. Me notificó que intentó contactarla, pero al no obtener respuesta él decidió continuar con sus actividades. Lo lamento.

«El hombre era cínico.»

Alicia creyó ver la pequeña burbuja de optimismo desvanecerse. Sabía que trabajar con Beckett no iba a ser sencillo, aunque no se imaginó que fuese a dejarla plantada en el primer día de trabajo. De ahora en adelante, lección aprendida, no pensaba darle el beneficio de la duda, y ni espacio para que la evitara.

—No pasa nada —dijo con una sonrisa—. Es comprensible —mintió. Los mandos bajos no tenían por qué saber lo que ocurría en las esferas corporativas altas. La información no les era útil, y se evitaban cotilleos.

—Por lo general el agente de Chase suele estar jugando golf, ya sabe que es la forma en que muchos de estos profesionales hablan de negocios, ¿desea que le proporcione el nombre del club? Buck es uno de los agentes que mejor se lleva con el personal de los Warriors, incluso el administrativo, y estoy segura de que al enterarse de este imprevisto le brindará una solución inmediata —le dijo con tono de disculpa, como si fuese ella la responsable de que Chase hubiera decidido atender otros asuntos sin considerar de por medio que habían acordado una reunión.

«Por supuesto que tiene a las mujeres de esta organización de su lado.» El

hombre podía crear desastres mediáticos, pero ese encanto endemoniado era el que lo mantenía en el lado bueno del género femenino. Alicia sabía que intentar reformar un hombre indómito o rebelde era una aspiración ridícula.

Esperaba encontrar a Buck en ese campo de golf y dejarle claro que si quería que su cliente renovase un contrato millonario, entonces más le valía asegurarse de que cumpliera el pacto que había hecho con los Warriors. Se despidió de Karol, y después fue hacia el elevador. No era una hora muy agitada, en especial porque ya todos los ejecutivos estaban en sus cubículos o en reuniones alrededor.

Las paredes del elevador estaban recubiertas por paredes de cristal. Presionó el botón de la planta baja, pero antes de que se cerrara la puerta una mano fuerte y bronceada la detuvo. Alicia miró al responsable de que estuviera perdiendo los preciosos segundos de su tiempo, y de pronto creyó estar alucinando.

No podía ser posible que, entre todos los horarios, edificios y ciudades, él estuviera allí... a pocos pasos de ella.

—¿Al? —preguntó Yves Burrien cuando las puertas se cerraron. La miró con sorpresa—. No sabía que vivías en Chicago... Vaya, ¿cómo has estado? —preguntó el ex de Alicia con su sonrisa encantadora.

El traje de Armani que llevaba le sentaba como un guante, pero, ¿cuándo había sido distinto? Yves era la versión moderna, en ángulos más marcados, de un joven Paul Newman combinado con el cuerpo de un atleta de élite.

Durante un breve lapso, Alicia consideró que tal vez tres tazas de café en la mañana tenían un efecto contraproducente. No sentía ya nada por Yves, aunque eso no disminuía el impacto de saber que estaba encerrado con ella en un espacio tan privado como aquel.

—Yves... Sí, ya llevo un tiempo en la ciudad... Trabajo en relaciones públicas en diferentes áreas de especialidad —dijo—. ¿Tu hermano está aquí trabajando todavía? —preguntó en tono casual, porque sabía que él tenía compromisos por todo Estados Unidos y Canadá debido a su profesión, y el hermano mayor de Yves, Thiago, era inversor de bienes raíces en Chicago. No había nada peor que hacer plática incómoda con un ex, en un elevador, en un primer día de trabajo que estaba resultando una arena movediza.

—Nunca devolviste mis llamadas y regresaste los obsequios que te envié sin abrir —replicó a cambio mirándola fijamente—. Me avergüenzo de cómo me comporté contigo hace tres años... He aprendido mucho desde entonces.

Ella se encogió de hombros. ¿Por qué el elevador no se movía más rápido?

—Creo que ese capítulo no merece responderse. No hace falta que digas nada al respecto. Ahora mismo —palmeó su maletín ejecutivo Burberry— tengo la cabeza llena de proyectos, así que pensar en el pasado no tiene sentido —sonrió.

Yves estiró la mano para apartar un mechón del rostro de Alicia. Ella de inmediato se apartó. Mensaje alto y claro. Podía ser amable, pero no estaba dándole carta blanca para creerse con el derecho de poder invadir su espacio personal.

—Lo siento... —murmuró Yves bajando la mano y guardándosela en el bolsillo—. Solo que después de este tiempo, el verte... Estás guapísima, Al. —Ella quería que dejase de llamarla así, pero decírselo le haría concebir la errónea idea de que la afectaba. Todo lo contrario. Le daba igual.

—Gracias, supongo.

Él sonrió.

—¿Sabes? Quizá es el destino...

—No creo en esas cosas, Yves.

—Verte me ha dado la respuesta que estaba buscando.

Alicia lo miró con cara de póker.

—¿Huh?

—Creo que tal vez aceptar la oferta para formar parte de los Chicago Warriors es una estupenda idea. Por cierto, Thiago ya no trabaja aquí, se mudó a Nueva York. Así que espero verte alrededor de la ciudad —le hizo un guiño.

En ese momento se abrieron las puertas del elevador.

—¿Dejaste los L.A. Titans? —preguntó con indiferencia.

Ella se había ido de Seattle para evitar que su hermano sufriera acoso escolar por el perfil de su padre, y ahora Yves tenía una oferta de los Warriors. ¿Qué había hecho para merecer un día que empezara con ese desastre?

—No, pero pronto será la temporada de renovación de contratos y el mío vence este año con los L.A. Titans. Las opciones están sobre la mesa y pienso estudiarlas todas. Unas más que otras, ahora estoy seguro de ello —sonrió e hizo un gesto para que Alicia saliera primero.

—Entonces, te deseo suerte en tus negociaciones —dijo sin más, y empezó a avanzar hacia la salida del edificio.

Si Yves aceptaba ese contrato, entonces tendría que verlo con frecuencia, lo quisiera o no. Iba a tratar de hacer control de daños y evitar que la viesen cerca de él en público, de darse la ocasión, porque lo último que necesitaba

era especulaciones en la prensa sobre su pasado, mientras intentaba rehabilitar la imagen del cretino que la había dejado plantada ese día. Estaba realmente cabreada, y Chase Beckett iba a escuchar un par de palabras de su parte.

—¿Qué hiciste esta ocasión? —preguntó Buck cuando vio a Alicia a lo lejos, y con una expresión de inequívoco enfado—. La muchacha tiene una actitud de que más te vale tener una buena excusa si no quieres ver tu cabeza rodando por este campo de golf.

Chase siguió la dirección de la mirada de su agente, sonrió para sí al ver el rostro furioso de Alicia, y se encogió de hombros. Ajustó sus manos alrededor del grip, y se preparó con un swing preciso antes de golpear la pelota blanca.

Nadie le ponía horarios. Y sí, probablemente estaba siendo un majadero al dejarla plantada sin más, pero tal vez así aprendería que las reglas y también el tiempo se medían acorde a su reloj. Además, él podía cambiar de parecer cuando se le antojase como cualquier otro atleta o ejecutivo con pendientes existenciales.

—Dijiste que la reunión era mañana, y con este desaire me haces cómplice de tu grosería a la persona que va a ayudarnos con tu imagen —continuó el agente—. Hemos hablado sobre la necesidad de ver titulares más benevolentes sobre tu comportamiento fuera del hielo. Tenemos un contrato, Chase, así que intenta sacar la cabeza del culo y olvídate de lo que sea que te esté atormentando.

Chase contempló el horizonte hasta que la bola cayó cerca del hoyo, pero no entró. Maldijo, frustrado, y después le entregó el equipo al caddie. Las ganas de jugar se habían acabado, y tampoco salió victorioso esta ocasión.

—Lo que debe contar son los puntos que hacemos cada jodida temporada y el esfuerzo que aportamos todos. Ayer tuve un día muy cansado, y no me apetecía lidiar hoy con alguien que estuviera dándome órdenes —dijo apoyando la mano sobre el hombro de Buck—. Creía que venir a jugar un rato, en medio del campo —abrió los brazos para demostrar a lo que se refería— me iba a ayudar. Supongo que no ha sido como esperaba.

—No creo que Alicia sea el tipo de persona que vaya a permitir que le hagas un desplante como este y no cobrártelo de algún modo.

Pronto, Alicia los alcanzó gracias a la ayuda de un carrito de golf, y llegó hasta la mitad del campo. Se bajó con diligencia y caminó con paso firme, a pesar de que sus tacones se hundían entre el césped y la tierra del campo. No

iba a darle el gusto a ese tonto de verla caerse de bruces o creer que llevaba las riendas de la situación.

—Buenos días —dijo Chase con una sonrisa encantadora, y eso solo irritó más a Alicia. Buck puso los ojos en blanco—. Imagino que Karol te dio mi mensaje.

—Esta situación no volverá a repetirse, Alicia —intervino Buck con un tono firme que encerraba una promesa—. Por favor, inclúyenos en tu agenda otra vez y dinos en dónde y a qué hora te viene bien reunirte hoy.

Ella le sonrió con sinceridad al hombre de cabellos entrecanos y nariz prominente. No era culpa de Buck que Chase actuase como un tonto.

—Gracias por tu disculpa, sé que jamás jugarías con el tiempo de otra persona. De momento ya no tengo espacios libres para hoy. El viaje a las afueras de la ciudad copó el tiempo que tenía pensado para trabajar con ustedes. Pero mañana a las dos de la tarde tengo un espacio, así que puedo incluirlos.

—Escoge el sitio —murmuró Chase, cabreado, pues no estaba habituado a que lo dejaran como segunda opción en la agenda de nadie. Por otra parte, sabía que Alicia bien podría estar mintiendo sobre el copado horario laboral, y él se lo tenía merecido.

El día siguiente era uno ajetreado, porque Chase había acordado jugar con los chicos del barrio en el que vivió de joven, mucho antes de ser famoso, de dos a cuatro de la tarde. Él solía visitar el centro comunitario deportivo dos o una vez al mes; llevaba equipos para todos o boletos para los partidos de hockey de los Warriors en Chicago. Era un asunto que lo trataba de forma discreta, y la hora de reunión que Alicia sugería era complicada. Ya se las ingeniaría para no descuidar sus actividades.

—En el restaurante Allion en el Four Seasons —dijo ella.

—Gracias, Alicia —replicó Buck.

Ella dirigió su atención a Chase.

—La próxima vez que quieras cambiar una hora de reunión conmigo, al menos ten la cortesía de no mentir diciendo que me llamaste. Si no estás puntual en el Four Seasons, mañana, entonces ya puedes hacerte a la idea de que tu renovación de contrato con los Chicago Warriors no contará con el veto favorable de Push Fire, es decir, mi veto. Créeme, Chase, Garnett McTavish confía en mi criterio profesional porque me lo he ganado a pulso en este mundo complicado de las relaciones públicas a punta de esfuerzo y no por acostarme con ningún director, agente o jugador —dijo mirando a Chase—.

Espero haber sido muy clara.

Él perdió la sonrisa de inmediato.

—No te atrevas a amenazarme con mi futuro profesional, Alicia —dijo inclinándose hacia ella con expresión mordaz.

—Si quieres echar a perder tus posibilidades de endulzar el monto para la renovación de tu contrato, entonces te ayudaré a conseguirlo porque solo tengo que emitir un informe y dimitir —replicó sin moverse.

Se retaron con la mirada durante varios segundos. El viento fresco del campo llevaba de un lado a otro el aroma de la naturaleza y una pisco innegable de tensión sexual. Las fosas nasales de Chase se inundaron del perfume de Alicia, y pronto el solo hecho de respirar le resultó una tortura. «Condenada mujer.»

Buck se aclaró la garganta rompiendo la tensión. Por lo general eran las mujeres quienes se exasperaban si Chase las ignoraba, y con una sonrisa o una palabra bonita todo quedaba arreglado. Le gustaba notar que no era el caso con Alicia, y quizá porque se trataba de un rol laboral y no un flirteo. Sin embargo, Buck podría afirmar que mucho tenía que ver el hecho de que Alicia fuese una mujer con carácter y agallas. «Tal vez, la presencia de Alicia le enseñaría a Chase una o dos cosas.»

—A las dos de la tarde, entonces, Alicia —comentó Buck—. Y por supuesto, la cuenta estará cargo de Chase.

—Sin duda, Buck —repitió el jugador antes de apartarse de Alicia y salir como alma que llevaba el diablo. No le gustaba que le hicieran una encerrona ni que lo amenazaran. Su poco buen humor estaba echado a perder por ese día.

Una vez que Alicia se quedó a solas con Buck, ella fue consciente de que había estado reteniendo la respiración. Dejó escapar el aire y soltó la tensión relajando la posición de sus hombros.

—Chase es una buena persona, pero tiene un genio de mil demonios, Alicia.

—Debe entender que no soy su niñera, y puede hacer lo que se le venga en gana, pero las consecuencias serán en su contra, no la mía. Yo siempre haré mi trabajo dando lo mejor de mí.

—Por lo general, el equipo de comunicación se encarga de apagar los incendios de los jugadores, y cabe agregar que en los últimos meses Chase ha mantenido un perfil bajo. Es la primera ocasión que él tiene asignada una persona que va a fijarse en su día a día o en medir lo que podría o no decir en público. Ni siquiera yo lo hago, porque jamás ha tenido sentido... o efecto.

—Las fotografías que se filtraron de Chase, aunque no hayan sido recientes,

en diferentes circunstancias acusándolo de ser el causante de la debacle en el desempeño de los Warriors no es algo que le haya gustado a Garnett. Me lo dijo abiertamente cuando mi jefa salió para atender una llamada.

Buck asintió.

—¿Conoces a la familia Garnett desde hace mucho?

—Brentt es un gran amigo —se limitó a decir—, y bueno, imposible que no conociera a Garnett. Él es una persona ocupada, pero jamás se niega a atender a los amigos de su hijo... —sonrió—. Así que una cosa llevó a la otra, y Push Fire entró en el juego con los Warriors y su equipo de comunicación.

—Lo llevo claro y debo reconocer que eres una jovencita muy persistente.

—¿Gracias?

Buck se rio.

—Es un cumplido, claro que lo es, Alicia. —Ella asintió—. Escucha, el equipo ha sido una familia para Chase, y quizá al estar trabajando tan de cerca puedas darte cuenta de que hay otros lados de él que no están expuestos al público ni a sus compañeros de equipo. Lo conozco desde que empezó su carrera profesional, no te diré que te espera una faena sencilla, pero sí puedo decirte que al venir aquí a plantarle cara te acabas de ganar su respeto. Pocos lo consiguen fuera del hielo.

—Este trabajo es tan importante para mí, como sé que lo es para ti y Chase, Buck. Estamos del mismo lado.

El hombre asintió.

—Lo llevo claro, y sé que Chase también, pero es testarudo. No está acostumbrado a que las mujeres se enfrenten a él —dijo con una sonrisa.

—Me di cuenta cuando Karol estaba disculpándose por Chase —comentó sintiéndose menos enfadada.

Buck sonrió de nuevo, aliviado de que la muchacha no hubiera tirado la toalla tan pronto, porque, ¿cómo iba a negociar sin ese voto de confianza, que el millonario de McTavish había dejado en manos de la agencia Push Fire, como requisito para la renovación del contrato de Chase?

—Me alegra entonces haber aireado el panorama, Alicia.

—No te preocupes, Buck, que yo me las arreglaré. He tratado con clientes más complejos. Y si necesito tu ayuda, escucharás de mí.

—No lo dudo —dijo Buck antes de empezar a encaminarse hacia su carrito blanco de golf, pero algo lo detuvo y se giró hacia a Alicia. Agregó—: Él te va a pedir disculpas cuando se le hayan bajado los humos del cerebro. Chase no es el cretino que todos creen, pero si te interesa o no encontrar lo que existe

bajo esas capas de indiferencia, pues te deseo mucha suerte. Es un libro cerrado con paredes de acero. —Alicia asintió—. Cualquier ayuda que pueda prestarte, ya sabes que cuentas con todo mi apoyo.

—Las ganancias de Chase también son las tuyas —afirmó Alicia.

—Exactamente —extendió la mano, y ella la estrechó—. Un último detalle.

—¿Sí?

—Asegúrate de ordenar lo más caro de la carta.

Ella soltó una carcajada, antes de subirse al mismo carrito de golf que la había ayudado a llegar al centro del campo. Puso dirección hacia la entrada del club ubicado en las afueras de Chicago.

Chase.

Años atrás.

—¿Qué tal fue la escuela ayer, al menos después de tanto tiempo de ausencia por el tratamiento? —le preguntó a Alana cuando ya habían pasado seis semanas desde el robo a la farmacia—. Has estado contemplando esa fotografía con tu uniforme de cheerleader mucho rato.

Ella se encogió de hombros.

—Me dio un bajón de azúcar, pero Eve estuvo a mi lado —dijo ante la expresión preocupada de Chase—. El doctor de la escuela me recomendó no volver hasta que estuviese fuera de peligro, porque mis defensas no son óptimas. ¡Pero ya estoy mejorando!

Él soltó un gruñido.

—El radiólogo nos explicó que después de un mes de que hubiera pasado la quimioterapia, si ya te sentías bien, podías asistir a la escuela de oyente. Han pasado pocas semanas, y si te dio un bajón de azúcar repentino significa que te has estado agitando físicamente, Alana. ¿Estuviste haciendo una actividad con tus amigas cheerleaders? —preguntó con severidad.

La muchacha de ojos azules bajó la mirada.

—Solo quise tratar de bailar un poco —susurró con la voz rota—, porque siento que toda mi vida se ha hecho pedazos, Chase. Un día estoy bien y cinco estoy mal. —Se señaló el pañuelo que llevaba en la cabeza, que antes de la quimio estuvo adornada con hermosos risos rubios—. Mi vida no es vida, y tan solo quise sentir que podía ser yo de nuevo, al menos antes de la

próxima quimio...

—Pusiste en riesgo tu salud —replicó él con firmeza—, así que de ahora en adelante le pedirás de favor a Eve que continúe trayéndote la tarea. Es más, incluso yo iré a hablar con tus profesores para que me digan lo que debes hacer. Tienes que graduarte, Alana. Vas a ponerte bien, y quiero celebrar el día en que salgas de la secundaria con tu título bajo el brazo.

Ella sonrió con tristeza.

—Eve es la mejor amiga que puedo tener, pero no puedo imponerle que haga de asistente escolar —se rio—. Y tú, sé que trabajas duro para entrenar en la pista de hielo, sé lo mucho que te cuesta conseguir el equipo necesario...

—No es una imposición para mí —dijo la voz de Eve desde la entrada de la habitación de Alana—. Ayudarte como lo hago es lo que tú harías por mí si la situación fuese invertida.

Los dos hermanos interrumpieron su charla para mirarla. Ninguno había escuchado la puerta principal abrirse, porque la música de Adam Levine sonaba a todo volumen.

La madre de ambos estaba trabajando fuera, y parecía haber dejado de fumar. Quizá Nellamy se dio cuenta de que su hija tenía accesos de tos que la dejaban más débil y exhausta por el humo del maldito cigarrillo. O tal vez tenía mucho que ver con el hecho de que Nana hubiera decidido mudarse con ellos de forma definitiva.

Ahora tenían comida caliente, pero no lo suficiente para llenar el estómago de un chico en crecimiento y que además hacía deportes como era el caso de Chase. Él no se quejaba. Seguía yendo a clases, tratando de sacar las mejores calificaciones, y después trabajaba medio tiempo limpiando pisos en un restaurante de comida china. Cuando acababa, con lo poco que ganaba, se iba en bus o a veces en bicicleta hacia la pista de patinaje. Se quedaba una hora escuchando las clases de hockey, que recibían aquellos con posibilidades de pagar, del entrenador del centro, y cuando se vaciaba la pista para dar paso a los aficionados de la comunidad, entonces Chase se dedicaba de tres a cuatro horas practicando todo lo que había escuchado decir al entrenador. Entre limpiar pisos en el restaurante chino cuando lo llamaban, hacer identificaciones falsas, y robar en las farmacias para conseguir la medicación que el seguro social no cubría, Chase sabía que tenía suerte de no estar en un correccional o haber muerto en una pelea callejera. No estaba tentado ni un ápice de formar parte de una pandilla,

porque sabía que ese sería el final de sus sueños.

El prefería estar ocupado la mayor parte del tiempo. Cuando se organizaban partidos de hockey para la comunidad y se armaban los equipos, Chase era el primero en apuntarse. Ese día en particular el complejo estaba cerrado por ser festivo y se estaba haciendo mantenimiento a la pista, así que había pasado el día en casa.

—Hola —dijo Chase con una gran sonrisa que Alana imitó—. ¿Cómo entraste?

Eve con su lustroso cabello ondulado que le llegaba hasta media espalda, se encogió de hombros sonriendo. Llevaba una falda corta y una blusa blanca de algodón. La ropa era sencilla, pero las curvas de Eve la hacían lucir costosa. Sin intentarlos, la chica tenía estilo. Su belleza tenía loco a Chase, pero intentaba no fijarse demasiado porque sus prioridades eran diferentes. Necesitaba hallar la forma de salir de ese agujero, y darle una existencia más cómoda a los suyos. Debería incluir en ese grupo a Nellamy, pero su madre era un mundo aparte.

—Tu abuela me dijo que estaban teniendo una fiesta y que era mejor si solo me aparecía —replicó con un brillo en la mirada. Ese brillo lo conocía Alana, porque era consciente de que su amiga estaba enamorada de Chase—. Ayer en la escuela no sucedió nada grave, así que no te preocupes. Yo me comprometo a traer la tarea de Alana siempre que ella lo necesite. ¿Para qué si no estamos las mejores amigas? —preguntó mirando a Alana.

—Gracias, gracias —dijo con cariño—. Ahora, ustedes dos —miró a su mejor amiga y a su hermano—: ¿Qué les parece si elegimos una película para pasar la tarde? Y no intentes decir que no, hermanito, porque hoy no puedes ir a jugar hockey. Así que las actividades de hoy, señores, serán elegidas todas por mí.

Debatieron un rato en seleccionar el filme. Se decidieron por “Jamás besada” con Drew Barrymore. No contaron con el voto de Chase, por supuesto. A su hermana, él no podía negarle nada. Alana era la única razón por la que no mandaba al diablo a su madre. Le dolería ver la expresión de Nana si se enterase a lo que se dedicaba su hija. Chase no iba a causarle esa tristeza.

—Qué ilusión de película —murmuró Chase haciendo una mueca. Eve se acomodó a su lado en el vetusto sillón frente al televisor.

Alana quedó en la otra esquina del sofá. Una vez que apagaron las luces para que empezara la película, la mano de Eve empezó a jugar sobre el

muslo de Chase.

Él la miró, y ella le sonrió.

La sola cercanía de Eve le causaba una erección que incomodaba sus pantalones. Si supiera las cosas que se moría por probar con ella, lo más seguro sería, conociéndola como lo hacía y tal como estaba jugueteando con la mano muy cerca de su ingle en esos instantes, que lo desafiase a ir más allá de un magreo subido de tono.

CAPÍTULO 5

—La consideraste en la misma categoría de todas las mujeres que suelen trabajar en la organización y se entusiasman ante la idea de ayudarnos — comentó Pils con humor, mientras bebía de una botella de cerveza en casa de Chase—. No creo que puedas utilizar tu consabido encanto para evitar que la tal Alicia olvide su idea de hacerte participar en los eventos o actividades que se le dé la gana con tal de que la prensa empiece a ver tu lado menos temperamental.

Chase bufó, y después acabó el contenido de su whiskey. Estaban escuchando música, jugando pool, y en ese preciso instante acababan de ver un partido de fútbol americano. Pils estaba esperando a que dieran las diez de la noche para ir al aeropuerto a recoger a Callie, su pareja, que llegaba desde Wyoming. No tenían una relación exclusiva, así que ambos veían a otras personas mientras estaban saliendo, pero eso no implicaba que Pils fuese un cretino y no se ofreciera a hacer ciertas cosas por ella, en especial cuando el sexo era tan bueno.

—Te aseguro que Buck no va a contradecirla —dijo con resignación.

Le debía una disculpa a la mujer, así que iba a dársela, porque Nana le había enseñado a reconocer sus estúpidas actitudes y rectificar. No era algo que hiciera siempre, sin embargo, él valoraba su tiempo, y el día anterior había dado por sentado que el suyo era más importante que el de otros. Debía cambiar de estrategia para distraer a Alicia y salirse con la suya: exponerse lo menos posible a la prensa y sus inquisiciones absurdas que no tenían nada que ver con el hockey.

Su disculpa no implicaría que fuese a dar el brazo a torcer si algo no le gustaba. Luego estaba esa indeseada lujuria al pensar en cómo sería tener los labios de Alicia dándole placer. Dios, necesitaba tener sexo. Era eso y nada más, lo que instaba a su lujuriosa imaginación a conjurar ideas con la persona menos idónea.

—Después de dejarla plantada, imagino que Buck le dará carta blanca, ahora más que nunca —dijo Pils, riéndose. Dejó la cerveza a un lado y calculó el tiempo que se haría desde el penthouse ubicado en Forest Glen hasta O'Hare. Veinte minutos—. Los dueños de nuestro equipo seguro tienen la intención de renovar contigo. Llevas una larga temporada como que te dejen ir,

además tienes el récord de ser puntero en el tablero de goleadores de la liga por dos jodidos años consecutivos. Vamos, Chase, eres un jugador con gran valor para el equipo. Garrett solo está desesperado, porque para él la imagen pública siempre ha sido un referente importante. Debe ser que está en medio de algún negocio millonario y quiere la menor cantidad de cotilleos posibles —se encogió de hombros—. Escucha, ser un *free-agent* puede ser una ruleta rusa, pero puedes jugar bien tus cartas.

—Jamás he estado en la posición de que otros equipos pudiesen ofertar por tenerme en su lista. Ser un *free-agent* implicaría no solo negociar duro, sino que, si las ofertas no me convencen, me hallaré en un escenario complicado —dijo pasándose la mano por el rostro.

La posición de los jugadores, una vez que su contrato estaba por expirar, era de dos vías por lo general. O tenían la suerte de que su equipo quisiera renovar el contrato y renegociar o se convertían en *free-agents*, lo que implicaba que estaban a merced de las ofertas de otros equipos y que no necesariamente podían cubrir las expectativas que tenían en el ámbito económico y de crecimiento profesional.

Chase estaba en una posición estresante, a la cual se sumaba el haber tenido una temporada sin entrar en los Playoffs, y ahora el hecho de que Alicia Krutcher poseyera un veto que el dueño de los Warriors estaba dispuesto a considerar como baza de medición para su renovación... La sola idea de que eso estuviese sucediéndole a un atleta ganador de medallas olímpicas con el equipo de hockey de Estados Unidos, ganador dos ocasiones de la Copa Stanley, y elegido dos años como MVP, le parecía humillante y estúpido. No se trataba de un asunto de ego, sino de respeto. Un respeto que debía contar por todo lo conseguido en el hielo. Malditos fueran los titulares amarillistas y las jodidas revistas del corazón que explotaban sin mirar cuánto daño hacían a los implicados en sus notas falsas con tal de elevar sus cuentas bancarias.

Suponía que Garrett debía estar muy cabreado para llegar a estas instancias, y en lugar de transferirlo sin más, como hicieron los Carolina Dragons años atrás, le estaba dando otro tipo de ultimátum. Era una situación de mierda, pero al menos se trataba de un asunto de extrema confidencialidad, y dependía de que él colaborase. No era fácil, pero podía intentar convencer a Alicia de darle el veto favorable, sin exponerlo tanto ante la prensa.

—Lo sé. Supongo que toda profesión tiene mierdas con las cuales lidiar. —Chase asintió, porque no era el único que pasaba por ese tipo de circunstancias—. Hay un factor que debes considerar, y no quiero agregar sal

a la herida, pero ¿has escuchado algo de ella?

Pils no necesitaba explicar a quién se refería. Chase se frotó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar.

—No, ya lleva meses sin contactarme —murmuró.

Era extraño que Eve no lo hubiese intentado buscar. Llevaba poco más de cinco meses desde la última ocasión que tuvo noticias de su existencia. Más concretamente de su vagina. La mujer podía ser una víbora infernal, y en la cama conseguía sacar su lado menos considerado; él buscaba el placer con la misma ferocidad con la que ella lo hacía. Eve solo compartía con él la necesidad de hacerse daño mutuamente a través del sexo sin límites ni consideración.

—Creo que deberías hablar de la situación con Buck... Al menos, así no seguirá pensando que a nivel personal eres un caso perdido, y que tu temperamento volátil en ciertos momentos del año no tiene un fundamento.

Chase soltó un suspiro exasperado.

—No tengo tiempo para liar mi cabeza con este tema, Pils. Es algo aleatorio y lo último que necesito es tener a la organización metiendo las narices en mi sucio pasado. —Pils asintió—. No se trata solo de renovar ese jodido contrato per se, sino de extender la posibilidad de que todo mi equipo personal de trabajo se retire con una buena cantidad de dinero en el banco al mismo tiempo en que yo ponga fin a mi carrera de hockey en la NHL, dentro de unos años.

Pils comprendía la situación.

En los niveles profesionales que jugaban, un grupo que incluía los nutricionistas, entrenadores, contadores, abogados, corredores de bienes raíces, coach, mánager, agente de medios, asistente personal a veces, era parte de lo que hacía que un jugador de élite estuviese enfocado en su desempeño y despreocupado de otros detalles de tipo administrativo o legal. Era un lujo en la profesión, sí, pero al ganar más de ocho millones de dólares anuales, como era el caso de Chase y Pilsen, resultaba imprescindible contar con especialistas en ramas específicas que los ayudasen durante y después de la temporada regular.

—Los Warriors, fuera o dentro del hielo, siempre te apoyaremos, ya lo sabes, sepamos o no los detalles de tu pasado. —Chase apretó los dientes, pero no dijo nada más, y asintió. Pils se incorporó y le dio una palmada fuerte en el hombro. Una forma de despedida masculina—. Tengo que ir al aeropuerto, Callie me espera.

—¿Tu folla-amiga de la temporada es así de buena que vas a recogerla al aeropuerto, eh? —preguntó Chase, porque Pilsen llevaba más de cuatro meses con la misma persona. Eso era inusual, así como la teoría de mantener una relación abierta, pero que no había intentado poner en práctica con la tal Callie Jones. Interesante.

Pils se encogió de hombros.

—Si no hay compromisos, entonces no hay problemas que resolver ni expectativas que satisfacer, más que las obvias —comentó riéndose.

—Salud por ese pensamiento —dijo Chase apagando el televisor. Iba a bajar a la piscina—. Que te diviertas.

Chase revisó las alertas de su teléfono. No tenía llamadas perdidas, tan solo las notificaciones de las redes sociales. Sintió alivio al notar que su madre no había insistido en otra llamada desde el día en que perdieron el partido en Nashville.

Quizá Nellamy estaba sobria y ya se habría dado cuenta de que el depósito de cuarenta mil dólares, que él le enviaba cada mes para que mantuviese cerrada la boca y no diese municiones hablando de la familia, constaba en los registros bancarios. Llevaba muchos años pagándole esa cantidad. «Una madre amorosa la mía, ¡qué suerte!» Toda la vida, Nellamy, había sido un parásito.

Chase observó a Alicia desde la entrada del restaurante.

Ella no había reparado en su presencia, pues parecía ocupada trabajando en el iPad, así que tuvo tiempo para estudiarla con calma a distancia. El cabello en esta ocasión lo llevaba en ondas suaves que quedaban a la altura de los hombros; los anteojos le daban un aire a aquellas bibliotecarias sexys; mientras trabajaba en la tablet se mordía el labio inferior con concentrada intención tratando de resolver lo que sea que tuviera ante sus ojos. Chase sintió el impulso de caminar rápido y probar esa boca. Lo cierto es que quería hacer algo más que solo saborear los labios de Alicia.

Conocía mujeres guapísimas, lo rodeaban todo el tiempo, y por más que quería, lo cierto es que la responda de Alicia continuaba atrayéndolo de un modo que no lograba explicarse. Todos tenían secretos, ¿cuáles serían los que escondía esa fachada de suficiencia y determinación de Alicia?

Tenía tres meses para averiguarlo.

Avanzó sobre la alfombra, guiado por el maître, y Alicia levantó la mirada.

—Hola, Chase —dijo y dejó la tablet a un lado. Se quitó los anteojos. Prefería utilizar las lentillas de contacto, pero su stock en casa ya se había agotado—. Me acaba de escribir Buck disculpándose porque surgió una reunión de último momento en su agenda, así que seremos solo tú y yo. No creo que tarde más de una hora en charlar sobre el plan de trabajo y recibir tus comentarios para ajustarlos.

Se acomodó frente a ella.

Tenían la vista de una parte de Chicago. El restaurante no solo era uno de los más caros, sino uno de los más prestigiosos gracias a las excelentes reseñas de expertos culinarios.

—Alicia —dijo en tono amable—, creo que empezamos con mal pie. Así que quisiera ofrecerte una disculpa por haberte dejado plantada. No estoy habituado a que me digan qué hacer, aparte de mis entrenadores, pero jamás debí infravalorar tu tiempo de trabajo.

Su comentario pareció sorprenderla, pero pronto ella lo disimuló con una tos y bebió un poco de agua. Al parecer, y eso no era diferente a lo que había experimentado a lo largo de su vida con otras personas, Alicia tenía una idea preconcebida de él basándose en lo que habría o no podido leer en los tabloides o escuchado de terceros. Claro, tampoco es que el día anterior él hubiese ofrecido la mejor impresión.

Su disculpa era sincera.

La conversación con Pilsen le había aclarado el panorama. En este periodo crucial de su carrera necesitaba enfocarse.

—Disculpas aceptadas, Chase. Solo quiero que sepas que este trabajo es tan importante para ti, como lo es para mí.

—¿Es así? —preguntó él con su profundo tono de voz. Sonrió de medio lado.

—Sí, porque si la organización está satisfecha con los resultados de mi trabajo, entonces yo puedo conseguir un ascenso en mi oficina.

—Nunca he creído que hubiese altruismo en los negocios, por eso prefiero el deporte... —murmuró él, mientras el camarero se acercaba para tomar la orden.

Tardaron dos minutos ordenando, y después volvieron a hablar sobre temas de trabajo. La voz de Alicia se tornó firme y empezó a enumerar todos los eventos que Chase debía atender y el tipo de respuesta que estaba supuesto a proveerle a la prensa en caso de que le preguntasen por su renovación de contrato, el desempeño del equipo o su vida personal.

—Por cierto, hoy es la fiesta de Violet Rodgers, habrá prensa, ¿te parece si ensayamos lo que no deberías comentar?

—¿La posición sexual que más me gusta? —bajó la voz para que solo ella lo escuchara—. ¿O tal vez no debería comentar sobre cómo fantaseo con hacerte correr con mi boca, Alicia? —Ella casi se atragantó. Tosió varias veces, y él, muy solícito con una expresión de fingida inocencia, le pasó el vaso con Coca-Cola—. Imagino que la respuesta es “no”.

—Eso es inapropiado —dijo Alicia entredientes. Chase se encogió de hombros con inocencia, pero el brillo sensual de sus ojos era indiscutible—. Estamos hablando de temas laborales.

—¿Es decir que existe algo personal o placentero que podrías estar interesada en hablar conmigo? —preguntó enarcando una ceja.

—Trabajo.

Él chasqueó la lengua.

—Qué aburrida.

—Esa soy yo —replicó sin amilanarse—. Ahora, no puedes faltar a esa fiesta. Procura no flirtear con nadie, porque las cámaras estarán atentas a ti, no queremos novias falsas o escándalos al respecto. Lo que nos interesa es el juego, tu capacidad y las buenas relaciones con el equipo. Trata de salir en las fotografías junto a los directivos de los Warriors. Si está Garnett, qué mejor, si no, entonces junto al gerente general o al entrenador en jefe. La idea es que la prensa y el público perciba que tú tienes a la directiva de tu lado, pase lo que pase.

—Entendido —replicó sin mayor interés.

Llegó la comida, y entre bocado y bocado, ambos discutieron los pros y contras. Tal como ella se lo esperaba, Chase no cedió ni un ápice cuando le preguntó sobre su vida personal o si existía algo que ella debería conocer para poder tener una respuesta en firme si llegase a ocurrir algún inconveniente.

—Mi vida personal no tiene por qué mezclarse con este trabajo —dijo Chase, después de haber bebido un exquisito vino blanco, y probado el salmón de la casa —. Y eso no es negociable, Alicia. Puedo ser flexible con tus fiestas de beneficencia, con mostrarme menos inaccesible con los idiotas de los periodistas, y cerrar la boca cuando alguien intenta provocarme —sonrió — y controlar los puños, pero si intentas utilizar mi vida personal como un elemento de este trabajo, yo mismo pediré que cesen tu contrato y busquen otra persona.

Ella abrió y cerró la boca. La fiereza con la que él estaba defendiendo ese

punto, tan solo le dejaba claro que, tal como le había dicho Buck el día anterior, Chase tenía muchas capas bajo esa aparente indiferencia y súbita dureza verbal.

—Jamás haría nada que te perjudique —dijo ella, mirándolo.

—Eso no lo sé, porque al igual que yo, tú tienes un trabajo que cuidar, y como cualquier persona estarías dispuesta a todo con tal de conseguir tu objetivo. ¿O me equivoco? —preguntó retándola a que mintiese o adornase la respuesta como de seguro muchos harían en su lugar. Ya tenía experiencia en ello.

Algunas personas vivían para complacer a quienes poseían más recursos, financieros o herramientas para adquirir riqueza, hasta el punto de comportarse como incesantes aduladores. Creían que, con sus comentarios lisonjeros, podrían introducirse de por vida en un mundo que les era por completo lejano.

Él despreciaba a los farsantes.

—No, no te equivocas, pero jamás cruzaría la línea de la ética.

Chase esbozó una sonrisa cínica.

—Eso tampoco lo sé, porque no te conozco. Y antes de que digas algo, no tengo interés en hacerlo. Tú eres una relacionista pública, y yo un jugador de hockey que acepta trabajar contigo, punto. Mis problemas no son los tuyos tras la puerta de mi casa o mi pasado.

Eso enfureció a Alicia. A pesar del tono amable, las palabras de Chase resultaban amenazantes. Ella tampoco iba a permitir eso. Podía charlar, pero si iban a negociar los términos, no le importaba pasar una hora más dejando sentada las bases de lo que sería esa relación de trabajo.

—La idea de ser tu amiga me interesa tanto como atragantarme con una cucharada de chile picante. —Él soltó una carcajada. El sonido era exquisito y caliente como el chocolate en pleno invierno. Chase era peligroso, sí—. Solo te estoy pidiendo transparencia. Si hay algo que crees que deba saber, antes de que una situación se descontrole, entonces tienes que confiar en mí, en que voy a resolverlo. Pero si me enfrento a algo a ciegas, entonces no podré ayudarte.

—Alicia, tienes mi promesa de que así será.

Su rápida capitulación la instó a mirarlo con los ojos entrecerrados tratando de averguar si acaso estaba tomándole el pelo. No halló nada que la hiciera sospechar, así que relajó los hombros. Había un momento para todo, y pronto empezaría a conocer e indagar sobre el pasado de Chase. Poco a poco.

Sabía que lo que fuese que él ocultaba no debía ser en absoluto agradable,

porque, al igual que lo hacía ella, se mostraba hermético en lo concerniente a su vida privada. Interesante saber que tenían algo en común.

De momento no iba a ejercer más presión. La idea era acercarse para ganar su confianza, no lo opuesto.

—Bien, gracias, entonces —dijo con suavidad.

Chase estaba vestido con un pantalón azul, y llevaba una camisa blanca que se ajustaba a la perfección a sus atléticos músculos. El cabello estaba peinado con esmero, y Alicia sintió ganas de enterrar los dedos para conocer la textura. Las mangas largas de la camisa ocultaban los tatuajes que llevaba en el brazo izquierdo. Ella sentía curiosidad por conocer de qué se trataba cada uno o el motivo que los habría inspirado, pero quizá se quedaría con esa curiosidad de por vida porque no pensaba preguntar al respecto, menos averiguarlo por su cuenta.

Fantasear con Chase era lo peor que podía hacer. Necesitaba pensar en su próxima cita con Garrick, el jueves en la noche.

—Tengo una pregunta—dijo él. Alicia asintió. Bebió dos tragos—. ¿Qué hay de ti? —Ella frunció el ceño con expresión interrogante—. Si tan de cerca vamos a trabajar, ¿hay algo que deba saber?

Se rio con suavidad y empezó a organizar sus cosas en la bolsa Yves Saint Laurent que había sido su auto-regalo de cumpleaños el año anterior.

—El cliente eres tú, no yo. Mi reputación no es la que necesita mejorarse.

—Hagamos un trato —dijo mirándola fijamente.

—Ya tenemos uno —le recordó, mientras sacaba las gafas de sol para tenerlas a la mano una vez que saliera del restaurante.

Chase se inclinó hacia adelante y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Ah, pero los tratos siempre se hacen en dos vías. Tú obtienes información sobre mí, logras que colabore, y si contribuyo, como bien lo has dicho, puedes lograr un ascenso en tu agencia.

—Y tú, mi veto favorable con Garnett McTavish —replicó sonriendo—. Ahí tienes, un ganar-ganar.

—Eso no es suficiente, ya deberías saber que los jugadores de élite como yo somos ambiciosos. Siempre queremos más... —dijo la frase en un tono seductor, pero su mirada era seria. Alicia sintió los pezones presionándose contra la tela del sujetador; agradecía haber elegido una chaqueta blanca que cubría bastante bien sus pechos—. Entonces, ¿qué te parece si por cada actividad que resulte en un reporte positivo de los medios, tú me cuentas algo sobre ti?

—Dijiste que no te interesaba ser mi amigo. —Él sonrió y guardó la tarjeta de crédito American Express Centurion que el camarero acababa de devolverle—. Las contradicciones no son parte del trato. Necesito claridad.

—Querer conocerte no implica que me interese ser tu amigo —dijo riéndose al ver la expresión confusa de ella—. Quiero conocer quién eres en realidad. Te puedo hacer una lista de personas que se refieren a sí mismas con iguales “características” cada vez que les pregunto sobre su vida, y me gustaría pensar que tal vez existe algo diferente en ti. Si voy a trabajar doce largas semanas, hasta que decidas emitir tu veto positivo o no a Garrett, al menos espero que no sea con un clon.

Alicia se cruzó de brazos.

No le gustaba el rumbo que estaba tomando esa conversación. Ella pensaba que ya tenían todo establecido. Él había leído el calendario de actividades, también las entrevistas pendientes a las que ella iba a acompañarlo, y las sesiones de fotos para proyectos con patrocinadores. Chase estuvo de acuerdo con el ochenta por ciento de las fiestas a las que tenía que asistir, y vetó todas aquellas que mezclaban sutilezas de índole política. Decía que él no apoyaba ni a los demócratas ni a los republicanos, y prefería que no lo involucraran o asumieran que tenía una posición política. Ella no discutió, pues concordaba en ese punto de vista.

—¿Por qué? —preguntó con testarudez.

Él se incorporó, y se acercó para ayudarla con la silla, anticipándose al camarero que estaba presto a hacerlo. El gesto de caballerosidad contrastaba con la rudeza con la que solía desempeñarse en el hielo, pero Alicia no hizo ningún comentario.

—Me gustan los rompecabezas, y tú eres uno muy interesante —contestó Chase susurrándole la respuesta al oído—. Nos vemos pronto en la sesión fotográfica para el calendario benéfico anual de los Warriors.

—Yo... —se aclaró la garganta—, de acuerdo. Gracias por el almuerzo.

—El placer ha sido todo mío —dijo haciéndole un guiño, antes de acompañarla hasta el garaje del hotel para que ella subiera al automóvil.

Lo miró desde el interior del BMW celeste. Estaba rodeada por el aroma de ese hombre, su imponente figura entremezclada con encanto e insolencia. Una fórmula muy peligrosa para una mujer.

—No intentes jugar conmigo. Después de la comida de hoy, ya deberías llevar claro que no soy una pieza de ajedrez. Sé lo que pretendes...

—No tienes idea de lo que pretendo, Alicia, ni idea —la interrumpió antes

de dar dos golpecitos sobre el techo del automóvil, para después apartarse e ir hacia el sitio en el que estaba aparcado su Ferrari negro.

«Oh, Dios», pensó ella encendiendo el motor del automóvil. De pronto sus manos estaban temblorosas como si se hubiera enfrentado a una situación de extremo peligro. Chase ni siquiera la había tocado, y la humedad que sentía entre sus muslos era indiscutible, así como la súbita ansia de hacer algo al respecto. «¿Qué ha pasado aquí, Alicia?», se preguntó, recriminándose, consciente de que no quería saber la respuesta. Esperó hasta que el Ferrari hubiese tomado la salida, antes de teclear en la aplicación de Google la dirección de su próximo destino.

Abrió la bolsa y sacó el perfume que estaba utilizando esa temporada. Blossom Elixir de Carolina Herrera. Roció una pequeña cantidad en espray, y sus fosas nasales pronto perdieron el rastro del aroma de Chase.

Encendió la radio, y sonó con un clásico, *A woman's worth*. Empezó a cantar a todo pulmón, mientras conducía en las calles de Chicago.

—Este whiskey está delicioso —dijo la voz de Eve—. Me ha mantenido caliente mientras tú llegabas.

Chase se detuvo en el umbral de la puerta de su penthouse.

—¿Cómo carajos entraste aquí? —preguntó acercándose y agarrándola del brazo. Ella no se inmutó cuando el vaso de cristal cayó sobre la alfombra con todo el contenido vertiéndose—. ¡Dime!

Eve soltó una risita tonta y lo miró con altivez.

—Ser encantadora con las personas adecuadas siempre ha dado buen resultado.—Chase la soltó con asco, y ella se tambaleó—. Llevo horas esperándote, cariño. Demasiado tiempo separados —hizo un puchero—, yo te he echado en falta. Además, tengo todo el derecho a estar aquí —amplió su sonrisa—, por los viejos tiempos. ¿O acaso los has olvidado todos?

Él no se molestó en responder, agarró el interfono y llamó al equipo de seguridad del edificio. No tardaron ni dos minutos en aparecer.

—Saquen a esta mujer de aquí —bramó.

Preocupados se acercaron a Eve para sacarla. Ella los esquivó con hastío y marcó espacio. Se cruzó de brazos y agarró su bolsa.

—Solo vine a darte un mensaje —miró a Chase de arriba abajo, mientras los agentes esperaban a que saliera por su propia cuenta antes de utilizar la fuerza.

—La copia de emergencia de mi llave, Eve —dijo él extendiendo la mano

—. Dámela, a-h-o-r-a.

De mala gana, ella se la entregó. Ese día llevaba unas botas altas, negras, que le llegaban hasta la rodilla. La falda corta era sexy, pero no vulgar. Estaba maquillada como una muñeca digna de un concurso de belleza internacional, porque Eve era hermosa como el pecado, y peligrosa como una picada de viuda negra. No era de sorprenderse que los agentes de seguridad la mirasen deslumbrados.

—¿No quieres escuchar lo que tengo que decirte, Chase?

Él miró a los agentes, no necesitaba cotilleos.

—Ustedes, esperen fuera, y no se les ocurra pensar que esta transgresión va a quedar sin consecuencias. Ninguna persona, aparte del gerente de seguridad de este maldito edificio, puede tener acceso a mi llave de emergencia. Me importa un bledo si es el Rey de España que necesita un lugar para calentarse su real culo. ¿Entendido?

Los dos hombres asintieron sin rechistar, y cerraron la puerta al salir.

Él apretó los dientes. Acababa de regresar del centro comunitario en Pullman, y tuvo una gran jornada. Los chicos le hicieron preguntas sobre técnicas con el *stick* en la pista, y también sobre cómo era vivir como un atleta que debía cuidar su comida y los horarios todos los días. Las horas que pasó con ellos se esfumaron con rapidez. Cuando creía que su día estaba orientado al éxito, claro, tenía que llegar Eve.

—Nada de lo que salga de tu mentirosa boca me interesa —dijo tratando de contener las ganas de echarla a empujones. Jamás había tocado a una mujer para lastimarla, pero los peores pensamientos los conjuraba Eve—. Me gusta mi privacidad, y acabas de invadirla. Largo de aquí.

Ella se encogió de hombros.

—No digas que no te lo advertí —se encaminó hacia la salida, y miró a Chase por sobre el hombro—: He intentado hacer lo correcto, y no me has dejado. Podemos ir a tu habitación y dar rienda suelta a esa rabia que no tiene sentido...

—Traspassar la propiedad privada no es hacer lo correcto, y ahora, ¡largo! —interrumpió cada vez más encolerizado.

—El gerente de seguridad consideró que podría ser una emergencia si tenía un mensaje personal que darte. Le enseñé dos fotografías de nosotros cuando éramos jóvenes. Obviamente, supo de inmediato que decir que te conocía no era un farol. —Se encogió de hombros—. No he traspassado tu propiedad —le lanzó un beso volado para provocarlo—, siempre tan dramático. Pero, como

preferas, me iré.

—Maldito el día en que decidí que tenías algo bueno en ti.

Ella se rio, presumida.

—¿Además de mi forma de darte placer? —preguntó, pero no estaba esperando una respuesta.

Una vez que la puerta se cerró, Chase barrió la mesa de vidrio, que estaba en el centro de la sala, con la furia de su mano. Todo se esparció alrededor, y aquellos objetos que cayeron fuera de la zona en la que estaba la alfombra, se hicieron añicos. La botella abierta de whiskey empezó a regar su contenido y él no se inmutó.

En un par de llamadas, Chase hizo que multasen al equipo de seguridad por incompetentes. Cuando Eve aparecía era el principio de la tormenta, y la sola idea de tener un traspies en esos momentos de su carrera lo preocupaba.

Agarró el teléfono de mala gana.

—Buck al habla —contestó su agente al segundo timbrado.

—Llama a mi corredor de bienes raíces para que se encargue de esta propiedad. Véndela de inmediato. No quiero tener vecinos ni un maldito equipo de seguridad que no sirve para la mínima mierda.

—¿Qué...?

—Hazlo, Buck, hazlo —dijo paseándose de un sitio a otro—. Y si quieres quedarte con una comisión, entonces pon el precio. El dinero no me interesa. Creía que ya había pasado... —se frotó la nuca con la mano izquierda sin dejar de pasearse de un lado a otro, mientras contemplaba el cielo nublado de la ciudad—. Vive lejos, pero no sé qué se trae ahora... No estoy en capacidad de tolerar esto...

El agente se aclaró la garganta. Estaba con su hija de diez años, así que aparcó el automóvil y le hizo un gesto a la niña para que hiciera silencio.

—Arreglaré el asunto de bienes raíces, de todas formas hace tiempo vienes comentándome que quieres cambiar de residencia, así que no pasa nada. Ahora, dime, ¿qué ocurrió? —preguntó con suavidad—. No puedo hilar las frases que murmuras, porque ignoro qué sucede en el contexto.

Buck estaba preocupado, porque era la primera ocasión que escuchaba a Chase tan fuera de sí.

—La maldita mujer —dijo como si su agente fuese estúpido al no comprender. Estaba cegado por la rabia.

—¿Ha ocurrido algo con Alicia? —preguntó Buck frunciendo el ceño. El cielo estaba listo para soltar una gran cantidad de agua en forma de lluvia muy

pronto.

Chase se rio.

—Si Alicia supiera quién ha venido hoy, entonces de seguro empezaría a tratar de meter sus narices en donde no le corresponde. Y créeme, Buck, ahora mismo solo necesito olvidarme de mis errores.

Buck sabía que el licor, el mal humor y Chase, juntos, era la peor fórmula. Esperaba que no hubiese alcohol involucrado en medio de las incongruentes frases de ese muchacho. Además, esa noche se celebraba el cumpleaños de Violet, la hija del gerente general de los Warriors, Munk Rodgers. La fiesta iba a festejarse en el piso 99 de la Wills Tower. Todos los jugadores estaban invitados, y Chase no podía faltar, menos cuando su futuro profesional estaba en un proceso de transición.

—¿Quieres que vaya a tu penthouse para que hablemos? Sé que cada cierto tiempo, algo ocurre que te saca de control. No entiendo a qué se debe, y después de más de una década trabajando contigo, me gustaría comprenderlo.

—Solo vende este sitio, Buck, de inmediato.

Buck se aclaró la garganta.

—Hoy es la fiesta de Violet Rodgers. Cumple veintiún años. —Chase maldijo por lo bajo, porque si no asistía, entonces Alicia lo freiría a punta de recriminaciones—. Te aconsejo que intentes hacer un control de daños antes de salir. No puedes faltar por ningún motivo ni dar a entender que algo va mal. Arregla tus líos o deja que otro se encargue, pero que no repercuta en este proceso.

—Lo último que necesito es socializar —gruñó—. Quiero irme de la ciudad unos días a tratar de organizar mi mente.

—No siempre podemos elegir lo que queremos. Nos vemos en la noche, Chase.

—Supongo. —Cortó la comunicación.

Ahora, Chase estaría todo el tiempo tratando de pensar qué habría querido Eve. Maldita mujer y sus juegos mentales. Faltaban varias semanas para el aniversario de la muerte de Alana, y era demasiado extraño que su ex apareciera con tanta antelación. Nada que saliera de la boca de Eve sería bueno, y si estaba tratando de lograr su interés, no iba a darle cuerda de la cual tirar.

Necesitaba quitarse esa rabia de encima. La única manera era yéndose de juerga o extenuándose hasta más no poder con las máquinas de ejercicios.

Se cambió de ropa para ir al gimnasio.

CAPÍTULO 6

Alicia giró el cuello de izquierda a derecha con una resplandeciente sonrisa. Maya iba a estar en la ciudad las próximas semanas, porque su proyecto principal estaba terminado, hasta que le asignaran el siguiente nuevo desafío. Aquella era una noticia genial para ambas amigas, porque la locura de una era la cordura de la otra.

—Me hacía falta un masaje —dijo mientras pagaban en la recepción—. La hora del almuerzo también puede ser considerada una pausa para relajar los músculos.

—Aún no me has dicho los detalles más interesantes del tema que estás trabajando —replicó Maya, acomodándose el pendiente de argollas de oro blanco en la oreja—. Y creo que puedes tener muchos.

Alicia se rio.

El sonido de los cláxones y el bullicio de la ciudad las rodeó súbitamente. Una hora atrás el ruido citadino se había opacado entre las paredes del centro estético. Que el servicio de masaje hubiese incluido una copa de champán fue más que bienvenido.

—Chase Beckett. Mejorar su imagen pública, y nada más que eso —dijo llamando a un taxi que se aproximaba.

El vehículo aparcó y se subieron.

—¿Es tan guapo en persona como en las fotografías? —preguntó Maya observando a su amiga con malicia.

Alicia miró el retrovisor en el que se reflejaba parte del rostro del taxista. Los Chicago Warriors eran el equipo oficial de la ciudad, por el que respiraban los fans del hockey en Illinois, así que no podía dar a entender más detalles, al menos para despistar al conductor y no supiera de quién hablaban. No iba a sabotearse echándolo a perder con una charla que podría parecer banal, pero que dejaría de serlo una vez que —quien quiera que fuese el testigo—, el rumor se filtrase en los alrededores.

—Honestamente, las fotos no le hacen justicia... Ah, ah, ah, quita esa mirada, Maya. La persona sobre la que acabas de preguntarme es solamente parte de mi trabajo. Así que no empieces a hacerte ideas. No quiero problemas.

—¿Te contactó Yves de nuevo? —preguntó, porque Alicia le había hablado

sobre el encuentro en el elevador.

—No, y espero que así continúe. A veces, me pregunto si la nube de eventos desafortunados ha decidido estancarse en mi cabeza.

Maya se rio.

—Procura ser optimista. Quizá ni siquiera acepte el trato. Ambas sabemos que tu ex no es el hombre más íntegro en el plano sentimental, ni el menos ambicioso en el material. Seguro pedirá un suma demencial. No sé si se lo merezca —se encogió de hombros—, al menos si consideramos cómo terminó la temporada para ese grupo —dijo evitando pronunciar el nombre de los L.A. Wings—. Él es la pieza perdida de un tablero destruido de ajedrez que no necesitamos.

—Mejor te pongo al corriente de una noticia más entretenida. —Maya sonrió de oreja a oreja—. Hoy tengo una cita con Garrick. La señora Andrews aceptó quedarse unas horas con Dax, mientras estoy fuera.

—Los Andrews son una pareja muy especial. Dales mis saludos. —Alicia asintió—. Y sobre Garrick, ¡te dije que el tipo era un encanto! —exclamó, complacida—. Soy la mejor Cupido. ¿A que sí?

—Que no te suba a la cabeza —sonrió—. No esperes anuncio de boda, por favor, porque ha sido una cita, y ahora, dos. No sé si acepte una tercera, porque los próximos meses están muy complicados. Desviar mi atención del objetivo principal en la agencia sería terrible.

—Eres muy lista, y creo que no existe un tiempo para medir cuándo debe o no una persona ser ascendida en una empresa. Tú tienes talento, trabajas muy fuerte, y eres eficiente. Si Kathrina no se da por enterada, pues pérdida para ella. Solo lleva claro que, si no lo consigues en Push Fire, lo harás en otra agencia.

—Gracias por el voto de confianza. Significa mucho para mí...

Maya le dio un suave codazo para quitar la expresión meditabunda de Alicia.

—Un poco de sexo lo volverá todo más descomplicado —dijo, sin importarle que su amiga se sintiera mortificada porque el taxista estaba escuchando—. Tampoco te pongas tan seria, eh, que tienes veinticuatro años, no sesenta.

Alicia hizo una mueca fingiendo enfado.

—Maya, Dax dice que eres la mejor con la consola de Play Station y quiere verte. En serio, no sé cómo tienes tiempo de aprender a manejar esa niñerías.

—Bah, es una forma de quitarse el estrés, tal vez deberías apreciar esas

aficiones de vez en cuando. Ya sabes, por ese tema de “la niña interior”, blablablá.

Alicia soltó una carcajada.

—Si me engancho a una consola puedo olvidar quién es el adulto en la casa, así que prefiero que tú seas quien entretenga a mi hermano, y yo la que ponga disciplina.

—Yo, con gusto. —El taxi se detuvo, pero el taxímetro continuaba marcando. Ambas habían decidido dejar los automóviles en sus oficinas, porque encontrar parqueo en Chicago era tan complicado y costoso como en Nueva York—. Quiero que me cuentes cada detalle de tu trabajo —le dijo dándole un abrazo—, y si hallas un prospecto soltero y que creas que me convenga, me lo presentas. Ya sabes, una compensación por tu exitosa primera cita con Garrick. Y quién sabe si con la segunda te apuntas un tanto en la cama.

—¡Maya! —dijo, avergonzada porque en esta ocasión el taxista no pudo aguantar la risa—. Aquí tienes mi parte del dinero del trayecto —le entregó varios billetes—, nos vemos pronto.

—Sí, seguro que sí, y este dinero lo guardo para los cocteles cuando nos veamos de nuevo —le dijo antes de que se cerrara la puerta del automóvil. El taxista tomó la dirección hacia el otro lado de la ciudad en el que Maya tenía su oficina.

El restaurante era pequeño, privado, y ofrecía una excelente carta de postres. Al menos, eso era lo que le apetecía a Alicia en esos instantes, en lugar de una cena demasiado complicada. Tenía dos horas para estar con Garrick y definir si valdría la pena invertir su tiempo en una cita adicional o si acaso eso sería todo entre ambos. Se sentía atraída por él, aunque no hasta el punto de emocionarse. ¿Ese era un signo de algo en particular de lo que tuviera que preocuparse? Esperaba que no...

Esa tarde, al volver a la oficina después del SPA, había revisado con su equipo de trabajo las cuentas que manejaban. Todo parecía ir sobre ruedas, así que de momento sus nervios estaban calmados. Los titulares en la sección de Sociedad, sobre el cumpleaños de Violet Rodgers, no tenían comentarios en lo referente a Chase. El hombre estaba cumpliendo su parte del trabajo.

Margaret, su asistente, le entregó un dossier de las noticias que concernía al portafolio de clientes, en especial la información vinculada al hockey. Alicia no podía perder un detalle. Respiraba y bebía noticias todo el tiempo. A veces

se sentía abrumada, pero era la vida que había elegido llevar. Entre esas notas de Margaret, Alicia había leído que el penthouse de Chase estaba a la venta.

Los temas de bienes raíces le daban igual, siempre que no hubiese quejas de los vecinos, comentarios sobre situaciones que pudieran poner en riesgo la reputación o insinuaciones de que el sitio era en realidad un desastre. Chase podía vender si quisiera toda su colección de automóviles, con tal de que no incurriese en líos de índole fiscal.

—Estás un poco distraída —dijo Garrick. Llevaba traje de oficina, a diferencia de ella que había tenido tiempo de ir a casa a cambiarse—, ¿seguro todo va bien? Puedes contarme —sonrió.

—A veces las ideas del trabajo suelen colarse por mi mente, lo siento.

Garrick agarró la copa de vino tinto y bebió un par de sorbos.

—No tienes por qué, además, Maya siempre habla maravillas de ti. — Alicia se rio y de inmediato la sonrisa afable de Garrick se ensanchó; era el tipo de hombre sencillo y de modales predecibles y que invitaba a confiar... Aunque, ¿cuántos psicópatas eran así? «Deja la paranoia, Alicia.» —. No solo eres guapísima, sino también valiente al haber decidido criar a tu hermano y mudarte desde el otro lado del país para asumir nuevos retos.

Alicia le había hablado sobre Dax, muy superficialmente, y también sobre el ajeteo de la mudanza desde Seattle. Era una manera bastante cortés de charlar sobre sí misma sin revelar nada importante. Aquello se lo tenía aprendido como un guión de televisión, y funcionaba para evitar dar pie a más preguntas.

—Oh, mi mejor amiga es un caso especial —dijo jugueteando con la servilleta de tela. Su teléfono estaba vibrando desde hacía rato, pero había decidido ignorarlo. Si acaso se tratase de Dax, el número identificado hubiera sido el de la señora Andrews. Y en esta ocasión, la pantalla reportaba “número desconocido” —. Nos conocimos cuando éramos pequeñas, y gracias a ella decidí moverme a Chicago. Así que es el cariño el que habla por Maya.

Garrick asintió y cuando el camarero se acercó, pidieron los postres. Un cheesecake New York para ella, y uno de chocolate para él.

La jarra de té caliente estaba a medio consumir. Alicia disfrutaba de una bebida caliente después de la cena.

—Esta cena ha sido magnífica, pero te confieso que me gustaría, más que permanecer en este sitio hablando y hablando, poder besarte —dijo Garrick.

Alicia se quedó con la taza de té a medio camino de su boca. Se aclaró la garganta, y bebió hasta que el líquido le calentó la garganta con lentitud.

—No sé qué decirte... —murmuró al cabo de un rato.

Sí, Garrick tenía un atractivo exótico, una mezcla entre los rasgos de Rami Malek y los ojos de Chris Evans. El toque de sex-appeal que la hubiera deslumbrado parecía inexistente, a cambio se sentía cómoda, porque él parecía el perfecto caballero. Se preguntaba, no podía evitarlo, si en la cama sería igual de... considerado. Y no por el lado de complacerla, sino en creatividad o ímpetu. ¿O sería el tipo de hombre que preferiría tener sexo en un sitio convencional y en las mismas posiciones siempre?

Vamos, no es que ella fuera la próxima instructora del Kamasutra moderno, pero le gustaba un hombre que no temiese tomar lo que quisiera y entregarlo con la misma pasión. Imaginar a Garrick en esa película con ella no le era posible; parecía no encajar en ese escenario.

—Un “sí, yo también quiero besarte, Garrick”, vendría fantástico —dijo para romper el súbito momento de incomodidad con Alicia.

Ella jugueteó con la cucharita del cheesecake y removió la crema.

—Me ha gustado pasar tiempo contigo... —empezó a decir Alicia, y él ocultó su expresión de momentánea decepción por la falta de evidente interés de ella. Todavía tenía el resto de la noche para convencerla de que salir juntos en más citas iba a ser una apuesta de la que no iba a arrepentirse—. Solo siento que no nos conocemos lo suficiente como para...

—¿Vas a responder? —preguntó de pronto, mirando el teléfono de Alicia, mientras la luz de este se encendía y apagaba—. Te prometo que no me molesta. Sé que el tipo de trabajo que manejas no puede postergarse en caso de emergencia. Y ya vamos por el postre —le hizo un guiño—, así que no pasa nada.

Otra persona se hubiera enfadado porque no le prestaba atención al completo. Garrick de verdad parecía un buen tipo. ¿No sentirse tan atraída por él, como le hubiera gustado, implicaba que estaba empezando a tener cortocircuitos neuronales? La química se tenía o no. Tal vez, Garrick estaba alrededor para solo ser su amigo...

—Gracias —murmuró deslizando el dedo sobre la pantalla.

Le hizo una seña dándole a entender que se ausentaría tan solo un instante. Después salió del restaurante. No le gustaba hablar temas laborales frente a personas que no tenían nada que ver con sus asuntos, en especial si apenas los conocía.

—Soy Alicia Krutcher, y tengo diez llamadas perdidas de este número.

—Dios, menos mal que me llamas de regreso.

—¿Buck? —preguntó desconcertada al reconocerlo. Era extraño que él la llamase a esa hora, en especial si no había nada alrededor que diese cuenta de un run-run de que existía una emergencia. La angustia de repente empezó a invadirla.

—Sí, se me descargó el teléfono y estoy usando uno provisional de un empleado del hotel. —Alicia no entendía nada—. Estoy con Chase en The Península Chicago, la policía está por llegar, tienes que venir. Todo es un mal entendido y cuando vengas te lo explico todo. Por teléfono no puedo hacerlo.

—¿La policía? ¿Cómo...? —Un sinnúmero de ideas, ningún optimista, se le cruzaron por la mente—. Voy hacia ese hotel de inmediato.

Regresó al interior del restaurante y sin pensarlo agarró la chaqueta roja y se la puso sobre el vestido negro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Garrick—. Estás muy agitada. Espero que no sea nada grave el mensaje que recibiste con esa llamada.

Ella lo miró, como si recién hubiera recordado que estaba en una cita. Soltó una exhalación. Fue a sacar dinero para pagar su parte de la cena, pero él no lo permitió.

—Errr... Lo siento —se ajustó el cuello de la chaqueta y después se colgó la pequeña bolsa roja al hombro—. Yo... Este cliente que acaba de llamar está en un problema y tengo que ir a hacer una evaluación de la situación.

—¿A las nueve y media de la noche? —Al ver la expresión resuelta de Alicia, él pareció recapitular—. Yo te llevo, no pienses en pedir un taxi.

Una vez que la cuenta estuvo pagada, y Garrick dejó una generosa propina ambos se levantaron de la mesa.

—Garrick... Hay algo que necesito pedirte —dijo mientras escribía frenéticamente a Margaret, esperando que la mujer tuviese cerca el teléfono.

—Por supuesto —dijo él con la mirada en la calle. Estaba lloviendo, y las plumas del parabrisas iban de izquierda a derecha con fuerza—. Dime.

—Quizá conozcas a alguien famoso, no puedes divulgar nada de lo que veas o pudieras escuchar. Y necesito que firmes un documento con DocuSign de inmediato.

Él frunció el ceño.

—Esto es demasiado extraño... ¿Un documento?

Por un instante, Alicia bajó el teléfono al regazo, y lo hizo tan solo porque Margaret respondió y le aseguró que iba a monitorear la prensa y las redes sociales para confirmar si algo se habría filtrado con el nombre de Chase. También estaba en camino un documento estándar de confidencialidad para

que Garrick lo firmase.

El asunto era peculiar, pero si él se había ofrecido a acompañarla, entonces Alicia debía asegurarse —más allá de la “confianza” que pudiese o no emanar de Garrick— de que legalmente estuviese obligado a no abrir la boca. Los Chicago Warriors no eran del tipo de clientes que perdonaría que a la relacionista pública se le escapara información privilegiada y delicada.

—Aquí tienes —dijo Alicia a cambio, extendiéndole su teléfono—, por favor, firma esto. —Él, al igual que muchos ejecutivos, tenía firma digital. Sabía reconocer un NDA (Un acuerdo de no divulgación), así que no rechistó—. Lo aprecio, en serio... —murmuró Alicia—. Sé que un NDA es extraño, pero en mi trabajo soy muy cuidadosa, porque mis clientes son de alto perfil por lo general.

Él asintió, pero su expresión no dejaba de ser inquisitiva.

—¿Vas a resolver el misterio? —La miró reojo mientras giraba a la izquierda en un semáforo—. Esta es la situación más estrambótica que he vivido en una cita, y no es una queja —dijo riéndose.

Alicia soltó un suspiro, y lo miró también con una expresión de disculpa.

—Es un cliente muy grande. Los Chicago Warriors.

—Wow. Okay. Ya firmé tu acuerdo, y prometo mantener la boca cerrada.

—Lo sé —dijo ella con alivio, al tiempo que reenviaba el acuerdo firmado al departamento legal de Push Fire con copia a su asistente—. Gracias.

No necesitaba remitir esos simples detalles a Kahtrina. Después de todo, la mujer no era ni abogada, ni iba a servirle de ayuda durante su faena con los Warriors. Ella solo quería resultados, no le importaba cómo Alicia los consiguiese.

Les tomó menos de veinte minutos llegar al The Península Chicago. Alicia le pidió a Garrick que la dejara afuera del Museo de Arte Contemporáneo que estaba a poco más de cuatro minutos a pie. No le gustaba caminar con tacones tan altos, en especial si no eran de trabajo, pero no tenía alternativa. No quería perder tiempo.

—Me gustaría dejarte en la puerta de tu apartamento, aunque el mío es una interesante alternativa, así que te veo dentro del hotel cuando acabes tu trabajo —le dijo Garrick con una sonrisa, antes de que ella se bajara. Alicia no tenía cabeza para seguir el hilo de un flirteo.

Cuando llegó al Z Bar, famoso por su vista panorámica de la Magnificent Mile, una barrera de seguridad le impidió el paso. Llamó a Buck. Una vez que el agente apareció en la puerta y habló con los encargados de seguridad del

hotel, logró poner un pie en el interior, no sin antes escuchar los murmullos de los curiosos al menos eran pocos, sin embargo, eso no detenía el impulso de mantener los teléfonos a la espera de sacar una toma sobre lo que ocurría dentro del bar-restaurant, además de las cámaras de los teléfonos que pugnaban por obtener una toma de lo que estaba ocurriendo dentro. Por suerte no encontraban en plena calle y cerrar la vista o procurar cercar el entorno era más sencillo.

—¿Qué sucedió? —preguntó a Buck, mientras observaba la espalda de Chase a varios pasos de distancia, en una silla alta con un vaso a medio acabar de licor; parecía ajeno a lo que lo rodeaba. El bar estaba vacío, salvo por el gerente general, un par de empleados a lo lejos, y ellos.

—Una camarera joven estaba siendo acosada verbalmente por un cliente, recibiendo insinuaciones sexuales, y después el hombre la intentó agarrar de las nalgas. Chase escuchó y vio todo, así que intervino. Se salieron las cosas de control, y el tipejo lo acusó de estar ebrio y atacarlo sin motivo. No había muchos clientes, demos gracias por eso, pero el staff del bar escuchó lo sucedido.

—Dios mío...

—La camarera le agradeció a Chase, aunque tiene que reportar los detalles a la administración; serán ellos quienes juzguen si pierde o no su empleo por todo este desastre. El gerente general, Jerry Bruckheimer, está hablando con sus empleados ahora mismo. Le dejé claro que los Chicago Warriors no iban a permitir una difamación y más le valía que su staff mantuviera la boca cerrada. Me aseguró que todos tienen un acuerdo de NDA.

Alicia soltó una exhalación de alivio, aunque no era solución suficiente.

—Espero que no crean que el cliente tiene la razón —murmuró Alicia, furiosa—. Al parecer los NDA equivalen al periódico en los asuntos corporativos estos días, más que otros tiempos. —Buck asintió—. ¿Qué pasó con la policía? Créeme que mientras venía de camino la angustia me corroía. No vi a ningún agente, solo a los miembros de seguridad del hotel.

—Mientras estabas de camino, la policía llegó, sí, pero explicamos que no había nada de qué preocuparse. El oficial dio por buena la explicación, en especial por la mirada de rabia de Chase cuando le narró lo sucedido.

—¿Quién llamó a la policía?

—No lo sabemos todavía, pero a estas alturas carece de relevancia.

—Buck, ¿y qué ocurrió con el cliente? El tipo a quien Chase golpeó.

—No podrá volver a hospedarse en ningún sitio vinculado a los dueños de

estas cadenas hoteleras. Se le cobrará un importe extraordinario por su actitud, y ya el asunto quedará en manos de los abogados de este lugar y los de él.

—¿Los abogados de Chase...? —preguntó ella.

—No. No habrá demanda, porque el cliente al final aceptó haber cometido una grave ofensa, y ya tendrá que vérselas con el hotel y su equipo legal. Los Warriors no tiene que ver, gracias al cielo. Alicia, yo me encargaré de que Bruckheimer, que por cierto es un hombre muy cabal, mantenga a raya los comentarios. —Ella asintió—. Será mejor que hables con Chase. No está de muy buen humor.

—Lo supongo, gracias por llamarme... Cuando esté todo en orden voy a necesitar que el hotel emita un comunicado de prensa. Y yo debo revisarlo antes de que vaya a los medios.

Buck asintió.

—Al parecer te saqué de una situación personal —dijo Buck al ver el vestido negro ajustado, las sandalias de tacón alto, y el cabello ondulado de Alicia. Era la primera ocasión que la veía con un atuendo que no tenía nada que ver con asuntos de oficina—. Lo lamento, no te habría interrumpido si no fuese importante.

Garrick la esperaba, y no podía permitirle el paso al bar. No solo era poco profesional, sino que se trataba de un asunto delicado. Le escribió un texto diciéndole que no sabría a qué hora se desocuparía, pero él le respondió asegurándole que esperaría en el lobby hasta que terminase lo que tuviera que hacer.

Ella no se molestó en replicar.

—Era una comida con un amigo, nada trascendental —dijo con sinceridad—. Gracias por avisarme, Buck. ¿Puedes confirmar si las cámaras de vigilancia están funcionando? No pueden salir las grabaciones del hotel y filtrarse.

—Ese es un tema zanjado, me encargué de que una persona de mi equipo llegase y lo verificara, pero puedes hablar con Bruckheimer si deseas reasegurarte.

—No hace falta. Yo me encargo del resto, gracias por hacer un trabajo que no es tu responsabilidad.

—Bueno, te llamé a una hora bastante complicada, así que no iba a quedarme sentado a que ardiese el infierno. Las pérdidas de Chase son las mías. Ahora, Alicia, no sé qué habrán hecho los clientes o qué fotografías habrán posteado en las redes...

—Sé que no pasará desapercibido el incidente, pero puedo controlarlo. Cuando llegué aquí, supe que no había nada en las redes en lo referente a esta noche. Y en caso de que aparecieran, me tocaría coordinar la situación. No hay líos; es mi trabajo y el de Push Fire —sonrió.

—Estupendo.

—Mi equipo y yo vamos a resolver este pequeño caos, Buck. Descuida.

—Me quedaré alrededor, y luego me reuniré de nuevo contigo por si me necesitas, aunque eres más que capaz. —Ella sonrió—. Ahora, te rogaría que antes que nada hablastes con Chase —dijo inclinando la cabeza hacia el lado en el que se encontraba su representado—. Insistió en quedarse hasta cerciorarse de que la camarera no iba a ser despedida.

—Oh...

—Por cierto —comentó algo preocupado por lo que Alicia pudiera estar pensando sobre Chase—. ¿Crees en la versión que te di sobre lo ocurrido?

—Sí —dijo sin dudar—. Claro que la creo.

Buck asintió con una leve sonrisa.

—Me alegro que así sea —replicó con alivio.

—¿Por qué no me llamaste a mí como primera opción? —preguntó a Chase sin recriminación en el tono de su voz. La hostilidad era la peor forma de acercarse a una persona en medio de circunstancias tensas—. Soy la persona adecuada para encargarme de estos detalles a tu alrededor.

Él no se giró hacia la voz que ahora le era familiar.

—Nada personal; estoy habituado a llevarlo todo a mi modo, y Buck es el que suele sacarme de líos cuando me hace falta —dijo de mala gana. No le gustaba responder ante otros, pero tampoco le parecía bien ignorar deliberadamente a una persona que trabajaba vertiendo agua para el mismo lado del molino.

—Para después acabar en las primeras planas de la sección de deportes... —murmuró Alicia.

—Avatares del destino —replicó sin dejar de lado su irritación.

Alicia posó la mano en el hombro de Chase.

Finalmente, él giró la cabeza para mirarla. Tenía el labio inferior ligeramente partido, sangre en la ceja y también en los nudillos de la mano derecha. Agarró el vaso y bebió un poco del líquido ambarino, y este quemó la herida. Hizo una mueca y tomó un poco de agua. El dolor le era familiar, porque era el que sentía después de una pelea en la pista de hockey, solo que

en el hielo su oponente era más fuerte y, por ende, las magulladuras más severas.

Sus ojos estudiaron el atuendo femenino de arriba abajo, y de abajo hacia arriba. Después apartó la mirada y frunció el ceño. No creía que ella se hubiera vestido tan elegante solo para ir a arreglar el incidente de esa noche. Claro que no. Alicia solía ir con sus aburridos trajes de ejecutiva que lo hacían fantasear con desnudarla y escucharla gemir su nombre al perder el control. «¿De dónde vendría?.» Ninguna de las posibles respuestas lo entusiasmaban.

Chase sabía que Buck ya le habría contado la versión de lo sucedido a Alicia. Si ella habría o no creído la historia, le daba igual. La gente solía condenarlo sin darle tiempo a explicarse, y él no se tomaba la molestia de argumentar a su favor. Una vez que la sociedad te etiquetaba no existía poder sobre la Tierra capaz de transformar esa opinión. Quizá algunos podrían darle el beneficio de la duda, y eso ya se consideraba como un éxito. «La maldita sociedad y sus estúpidas mediciones de estándares.»

—Chase... —dijo ella con suavidad tratando de llamar su atención otra vez—. Vine lo más pronto que pude, y me alegro que todo haya sido solo un mal entendido. Lo solucionaré.

Él bufó.

—Te perdiste el show.

Alicia se sentó a su lado. Cruzó una pierna sobre la otra y se inclinó un poco para agarrar la mano de Chase y apartarla del vaso de licor.

—Vamos a convertir lo que acaba de ocurrir en algo a tu favor.

—No escucho que estés recriminándome —dijo con sorna—. Y eso que has tenido tiempo para armar un interesante argumento.

Ella lo sorprendió con una sonrisa.

—Un acto de caballerosidad como el tuyo solo merece un agradecimiento del género femenino —replicó—. El licor no te va a ayudar por ahora, y todo saldrá bien.—Agarró una servilleta y la introdujo en el vaso de agua que él tenía cerca. Con suavidad alargó la mano y le limpió el rastro de sangre. Él mantuvo su atención en los ojos verdes. Después, Alicia aplicó el mismo gesto en la ceja lastimada, y en esta ocasión Chase solo apretó la mandíbula—. ¿Qué te parece si te llevo al médico? Buck me dijo que no permitiste que el hotel te ayudase.

Chase le agarró la muñeca con la mano lastimada, la derecha.

—La respuesta es *no*.

—¿Huh? Puede que necesites puntos de sutura —comentó con suavidad.

—No los necesito —dijo tajante.

Ella intentó apartar la mano, pero él no se lo permitió.

—Deberías vestirme así más seguido, te queda mejor que ese tocado severo y la ropa de ejecutiva que desmerece tus curvas. Eres hermosa y no deberías ocultarlo por creer que las personas no van a tomarte en serio al hacer tu trabajo. —Solo entonces, la soltó—. Imagino que estabas en alguna fiesta —agregó ya sin mirarla.

Alicia se quedó por un breve instante sin palabras. Se aclaró la garganta.

—Una cita. —Al sentir de nuevo la atención de Chase, por completo enfocada en ella, se sintió culpable. ¿Qué le pasaba? No le debía explicaciones a un cliente—. En todo caso, yo me encargaré de que todo salga bien —dijo tratando de mantener un tono de voz cauto—. Me alegra que el día de la fiesta de Violet Rodgers no haya ocurrido ningún contratiempo. —Él la contemplaba en curioso silencio—. Voy a coordinar todo para dejar claro que fuiste una parte importante en la defensa de una persona que estaba siendo acosada. Indistintamente del género o su tipo de empleo, y que lo habrías hecho por cualquiera que lo hubiera necesitado.

Él soltó una carcajada desdeñosa.

—Oh, Alicia, ¿acaso intentas ponerme un halo angelical ante la opinión pública? No creo que sea ese el camino más coherente.

Se incorporó y agarró la chaqueta que estaba en el respaldo de la silla. No llevaba corbata, porque la idea de esa noche había sido tan solo tener una cena en un sitio calmado. Ni siquiera pensó dos veces cuando el tipejo aquel manoseó a la camarera. Despreciaba a quienes se creían en el derecho de vulnerar a otra persona por el simple hecho de ejercer un poco de poder o tener una abultada cuenta bancaria.

—Es mi trabajo, sí, pero también podría sabotearte y hacerte perder tu posición ante los ojos de Garnett. Yo puedo conseguir otro empleo si este falla, pero dime, ¿puedes reconstruir tu carrera sin escándalos ni problemas, hasta el punto de elegir dónde, cómo y cuándo quieres tramitar tu pase de equipo?

Chase agarró el vaso de whiskey, que ella le había quitado instantes atrás, y lo acabó de un trago. Qué mal que el bartender hubiera decidido irse a la reunión de lo que fuera que estaba llevándose a cabo alrededor. Bien podría largarse, aunque Buck lo instó a quedarse hasta que estuviese seguro de cómo manejar el escenario. No era imbécil, y sabía que tarde o temprano llegaría

Alicia. La mujer se había ganado el aprecio de Buck el día en que se presentó en el campo de golf para dejar clara su postura por haber sufrido un desplante premeditado.

—Eres presumida, ¿exceso de autoconfianza? —preguntó.

—Ditto.

Él esbozó una mueca, porque la herida del labio se abrió. De mala gana se limpió con el dorso de la mano. Había descubierto que le gustaba ver las mejillas de Alicia sonrojándose cada vez que la provocaba. ¿Qué otras partes de ella se sonrojarían si él utilizara algo más que solo sus palabras?

—Entonces, ¿crees que puedas generar una noticia positiva sobre mí considerando este incidente, eh?

Chase estaba de pie, y de esa forma sus ojos estaban casi a la misma altura de los de Alicia, sin embargo, continuaba sobrepasándola por unos centímetros. Ella continuó sentada en la alta butaca del bar. El asiento le permitía la seguridad de un soporte sin dar a entender que lo necesitaba. «Benditos nervios.»

—Por supuesto —dijo ella de inmediato—. Revertiré la idea de que has creado un problema, cuando en realidad has hecho un acto encomiable... Aunque el tema de los puños —se encogió de hombros—, ya lo matizaré.

Alrededor, las mesas estaban siendo arregladas para —suponía Alicia— los comensales que llegarían cuando el bar abriese de nuevo. La clase de huéspedes en The Península Chicago solían ser CEOs, incluso políticos y también personas con alto poder adquisitivo, que preferían quedarse en sus habitaciones y ordenar *room-service*. Si acaso se cerraba un ala del hotel, entonces buscaban otro de los restaurantes que ofrecía el costoso lugar; fácil molestia de resolver, tal como todo lo que el dinero era capaz de remediar.

Le resultaba irritante que en dos horas cenando con Garrick, ella hubiese comprobado que en un segunda cita no había sentido ni un ápice de la intensidad que le causaba Chase, en solo diez minutos. No tenía idea de qué iba a hacer con esa atracción que resultaba molesta y peligrosa.

¿Quizá sucumbir a ella o utilizarla a su favor? ¿O ambas?

No era la primera ocasión que trabajaba con deportistas, pero sí la única en que estaba recordándose cada dos por tres que ese cliente implicaba un trampolín para su carrera. Quizá le hacía falta ir a fiestas que no fuesen por asuntos corporativos. Tal vez necesitaba más noches de parranda con Maya para conocer hombres que la instaran a olvidar a cierto jugador de hockey que sabía cómo fastidiarle el día hasta el punto de no dejar de pensar en él. A

veces envidiaba la libertad de Maya para salir y andar a su antojo; esas ventajas de no tener un ser humano que dependía de ti.

De forma súbita, Chase se inclinó hacia ella con una sonrisa pícaro. Alicia, como ya estaba empezando a acostumbrarse, no se inmutó.

—Te he dado dos buenas noticias en poco tiempo. —Lo miró sin comprender—. La primera, una fotografía sonriente en la fiesta de Violet; cero escándalos. La segunda, la oportunidad de ponerme en un ángulo favorable por mi buena acción de la noche.

—Sí... Lo has hecho —concordó.

Chase se acercó todavía más, porque sabía que su altura y físico tapaban por completo la vista de cualquiera que quisiera irrumpir en su conversación, en especial su agente. Los labios de ambos quedaron muy cerca.

—Acordamos que, por cada buena noticia de mi parte, tú me contarías dos aspectos personales tuyos.

—Yo nunca...

Él rozó los labios de Alicia con los suyos. Fue un toque tan ligero que, si no fuese porque estaba completamente sobria, hubiera pensado que era parte de su imaginación. Chase conjuraba todos los deseos que creía reprimidos. Si no ponía distancia pronto podía cometer una gran equivocación.

—Un acuerdo en el que no se emite una negativa en firme se asume como un consenso —estiró la mano y acarició la mejilla de Alicia—, ¿o me equivoco?

—¿Eres abogado acaso? —preguntó perdida en el aroma de Chase, la calidez que emanaba de su físico, y ansiosa de probar más de esos labios.

No era justo que, en lugar de lucir desaliñado, las magulladuras de la pelea solo hubiesen conseguido lo opuesto. No eran grandes marcas en su rostro, pero la ceja había sufrido el mayor impacto y también una parte del labio inferior. Imaginaba que con unos días se iría todo o un poco de hielo.

Para salir a la calle quizá tendría que convencerlo de utilizar maquillaje. Ese reto podría ser divertido si no tuviese la certeza de que Chase preferiría cortarse la mano. Y eso ya era bastante decir sobre la perspectiva.

—Del diablo —se rio—, eso, seguro que sí. —Bajó la mano—. ¿Con quién fue tu cita? Porque creo que, después de todo, probablemente necesite ir a hacerme revisar esta maldita ceja.

Se tocó con el dedo y la sangre de inmediato volvió a brotar de la herida. Agarró la servilleta que había utilizado Alicia minutos antes, y se limpió con cautela. No quería que se le abriese la herida, por más mínima que fuese, en medio de un partido de hockey, así que, le gustase o no, tendría que hacerse

chequear del médico. No era un común mortal; él vivía de su estado físico, así como tenía de escudo el astronómico seguro médico y de vida que pagaban los Chicago Warriors por cada jugador.

—No es alguien que conozcas, ni que deba importarte.

Le extendió la mano para que la tomase, para ayudarla a bajar del asiento. Alicia no despreció el gesto. Se ajustó el vestido; Chase no perdió ni un detalle. Con esa prenda endemoniada, que parecía rogarle que la quitara del paso para mostrar la piel que escondía, confirmaba que Alicia era una mujer deslumbrante.

—Al trabajar juntos, después de lo que acaba de ocurrir hoy, tal vez tengas que postergar tus citas románticas.

—No me digas... Y yo que creía que tenía libre albedrío. Oh, mira, qué pesar —expresó con fingido agobio.

Chase esbozó una leve sonrisa.

—¿Cuántos eventos hay en total en mi agenda con Push Fire durante las próximas semanas? Eliminando la fiesta de Violet. Si hacemos las matemáticas sabrás con certeza que apenas tendrás tiempo para flirtear con un tipo en una cita.

—Mi profesión la llevo a la par de mis responsabilidades personales. No descuido lo uno de lo otro —replicó con severidad—. La cantidad de eventos es irrelevante, lo que cuenta es el propósito de lo que se pueda conseguir con ellos. Y si decido dormir una hora o sufrir de amnesia porque me da la gana de irme a una cita es mi problema. Tú, por otra parte, preocúpate de cumplir tu parte del trato.

—Tsk. Tsk —chasqueó la lengua—. Ningún hombre va a disfrutar el hecho de que su pareja salga cada dos por tres, dejándolo siempre de lado, en especial si es para ir a ver a otro hombre. El mismo hombre cada ocasión, y que no sea él.

—Tú y yo no estamos viéndonos en ese plan —dijo entre dientes, tratando de mantener a raya un pensamiento que le carcomía las entrañas: la idea de mordisquear la boca de Chase y saber cómo sería tener a un hombre como él esperándola con ansias y deseo—. Trabajamos juntos, nada más que eso. —Deseaba conocer la intensidad de su pasión. Quería saber si sería capaz de resistir lo suficiente, si él llegase a envolverla en la estela erótica de todo su interés sensual—. Ni más ni menos.

Chase bajó la mirada hacia los pechos de Alicia, y sonrió complacido cuando notó cómo los pezones pugnaban por hacerse notar bajo la tela del

vestido.

—Un aspecto interesante tu declaración —comentó sin apartarse—. Por cierto, mi capacidad de leer el lenguaje corporal es eficiente. Tu cuerpo es muy elocuente, y me parece que, desde la primera ocasión que me viste, decidió comunicarse conmigo.

—No seas arrogante, Chase —le dijo con fastidio—, y no me trates como si fuese una de las chicas que van detrás de ti como cachorrito en el afán de complacerte. No soy tu oponente ni intento serlo, ya te lo dejé claro el otro día. Ahora, Garrick me está esperando en el lobby, y me gustaría que dejaras de hacerme perder el tiempo con comentarios absurdos. —Lo cierto es que no tenía idea de cuánto tiempo más su cita, fallida o no, la esperaría. Minutos atrás, para no ser descortés, finalmente le había respondido el último mensaje y le dijo que tardía mucho, Garrick le contestó de regreso diciéndole `okay`—. Cuando acabe aquí, me iré, así que tengo tanta prisa como tú de que esta noche toque a su fin.

Él inclinó la cabeza hacia un lado. Se preguntaba si el sabor de la boca de Alicia sería igual o más adictivo que el de su sexo. No era una interrogante de fácil respuesta, pero no era el tipo de hombre que se quedaba con la duda. Tarde o temprano iba a descubrirlo, por supuesto.

—Eso significa que aún no te has acostado con él, ¿verdad?

Alicia apretó los puños a los lados. No debería sorprenderle el descaro de Chase.

—No es de tu incumbencia.

—Mmm... Si juzgo por tu desesperado intento, fallido claro, de pretender que no puedes esperar a verlo, entonces podría deducir que no has llegado a esas instancias. Tal vez un poco de sexo te haría bien —hizo un gesto con la mano como si no encontrase las palabras—, para relajarte. Eso es. Un poco de relax, Alicia.

—¿Terminaste tu ridículo intento de analizarme?

Él se encogió de hombros como si solo le hubiese preguntado por el clima.

—Te espero en la sala de emergencias del hospital más cercano. ¿Crees que haya prensa alrededor? —preguntó él de repente.

«Condenado hombre», pensó Alicia, porque él sabía que el trabajo tenía que ir primero en esta ocasión, y al pedirle que lo acompañara al hospital estaba arruinándole la posibilidad de volver a casa con Garrick. «Cretino.»

—No puedes ir a un hospital —dijo, pero sabía que Chase solo lo decía para provocarla—. Tengo que llevarte con el equipo de médicos de los

Chicago Warriors o pedirles que vayan a tu casa. Como no estás de emergencia —le señaló la ceja que ya había dejado de sangrar—, entonces te toca esperar a que resuelva todo esto desde aquí, para ganar tiempo.

—Como prefieras. Es tu trabajo después de todo.

—Exacto. *Trabajo*. Ahora, intenta hacer cualquier cosa que no implique fastidiarme con tus provocaciones.

La mirada de Chase se iluminó de pronto.

—¿Te provooco? Qué confesión tan interesante —dijo para tomarle el pelo. Y claro, las mejillas femeninas se sonrojaron para su placer personal—. Tú también me provocas, y más de lo que puedes imaginarte.

—Insoportable —murmuró ella por lo bajo.

Con la suave carcajada de Chase, ella se apartó.

Alicia le escribió un mensaje a Garrick diciéndole que no podría estar con él tal como había previsto y que era mejor si lo dejaban para otra ocasión. Era lo correcto. No le parecía justo tenerlo esperando. La respuesta que recibió fue inmediata, él le propuso salir al siguiente día. Alicia le confesó la verdad: que sería mejor si no volvían a verse en un plano de interés romántico, porque no creía que la chispa entre ambos fuese lo que buscaba. La respuesta de Garrick llegó en forma de un emoticón de cara triste sumado a dos “pulgares arriba”.

Ella se guardó el teléfono en la bolsa, y luego se acercó a Buck. Ambos se instalaron de inmediato en una de las mesas vacías e improvisaron un escritorio de trabajo. Ya se habían filtrado las imágenes en las redes sociales, así que Alicia debía ser ágil. En el caso de Buck, él estaba en contacto con el equipo legal de Chase buscando algún detalle para tomar precauciones.

Se tardó más de una hora, entre las conferencias telefónicas con Margaret y con las dos personas junior en su equipo diario de trabajo en Push Fire, Melanie y Fabrizzio, en dejarlo todo a punto. Tal vez otras personas hubiesen realizado el trabajo en treinta minutos, pero ella procuraba ser minuciosa. No era infalible, aunque sí podía decir que hacía un porcentaje superior del esfuerzo requerido.

Después de aprobar el comunicado de prensa que saldría a nombre del hotel, Alicia elaboró el documento que se emitiría bajo el logotipo de los Chicago Warriors. Recibió las sugerencias del gerente de comunicación del equipo, Trentos Moriner, y luego Margaret empezó a hacer el envío

sistemático de emails y los ejecutivos junior programaban las redes sociales y contactaban a los influencers pertinentes. Las llamadas les llegaban sin parar a los teléfonos. Era una maratón el responderlas.

Cuando terminó la última llamada, Alicia soltó un largo suspiro. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un instante. No vería los resultados hasta dentro de un rato, así que solo le tocaba esperar al informe de Margaret. Al amanecer volvería a hacer un monitoreo de información para constatar el alcance e impacto de la gestión. Sabía que se trataba de un asunto “pequeño”, si lo comparaba con la ocasión en que fotografiaron a Chase mientras dos mujeres semidesnudas le hacían un baile de striptease. No quería imaginarse la pesadilla que fue para Trentos.

En su caso, la meta no era apagar los “incendios” que causara Chase, sino evitarlos a toda costa. A diferencia de Trentos, ella tenía un tiempo límite para probar su valía, para sí misma y Push Fire. Por eso, cualquier pequeño caos se consideraba una hecatombe. Al menos, ella lo veía de esa forma.

—¿Tienes alguna actualización sobre el hombre que se peleó con Chase? Al menos, lo espero, porque has hablado bastante con Bruckheimer —le preguntó Alicia, mientras apuntaba unas notas en el teléfono.

—Se llama Bruno Castellonni, un coleccionista de arte, y Bruckheimer reiteró que el hotel le prohibió la entrada a cualquiera de las marcas asociadas a la cadena. Los abogados de ambas partes estuvieron en contacto. Castellonni se disculpó y aceptó no poner una denuncia por la agresión de Chase. También dijo que pagará una indemnización a la camarera. La que ella pida.

—Me parece bien, ¿la camarera, Cherry-Lynn me parece que se llama, quiere presentar cargos? —preguntó, preocupada por la muchacha.

—Lo cierto es que se negó a presentar cargos.

—Yo lo habría hecho... —expresó con convicción.

—Cherry-Lynn argumentó su decisión basándose en que Chase hizo justicia por ella al dejar a Castellonni en el suelo.

Alicia sonrió. Era una excelente forma de verlo.

—Eso hizo, sí. Es una forma de verlo.

—Te dije que Chase tiene muchas facetas —replicó el agente deportivo.

Alicia asintió.

—¿Cherry-Lynn, perderá su trabajo? Es algo que me preocupa, Buck.

—Para nada. El sistema de protección para trabajadores en el hotel es uno de los mejores. Le ofrecieron un abogado por si quería denunciar el hecho. La unión de empleados de esta compañía es muy fuerte, y Bruckheimer garantiza

los derechos. No van a despedirla.

—Me enfada que este tipo de cosas continúen ocurriendo, pero al mismo tiempo agradezco que, cada tanto, algún hombre le ponga freno a un abusador.

—Estoy de acuerdo contigo, ¿Chase te ha dicho algo más que creas necesario comentarme? —le preguntó Buck.

«No precisamente en la línea profesional», pensó Alicia.

—Nada indispensable, sin embargo, me queda una duda. Sé que tú no hubieras permitido que se marchara la persona que cenó con él... A menos hasta que yo hubiese llegado para pedirle que mantuviese la boca cerrada.

—Estaba con un amigo, y solo después de que este se marchó fue cuando Chase notó lo que estaba ocurriendo con Cherry-Lynn. No hay daños que controlar.

—Vale —dijo Alicia—, entonces creo que es todo aquí, Buck.

—Me alegro haberte conocido en tu campo de acción. —Ella asintió—. Ha sido una noche agitada e imagino que es el trajín habitual de este trabajo.

—Lo es, sí... Buck, te mantendré informado de cualquier detalle, si lo necesitas, y ya sabes que antes de comentar cualquier cosa debes primero hablarlo con Trentos o conmigo para unificar los mensajes, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, y ahora creo que merezco irme a dormir. Este muchacho va a acabar con lo poco que me queda de vida —dijo en referencia a Chase.

Ella se rio.

—Bienvenido al club de las relaciones públicas.

Cuando Alicia terminó de hablar por teléfono con la señora Andrews para asegurarle que volvería pronto a casa, el bar ya estaba por completo vacío. No había guardias de seguridad y los camareros se habían retirado. El sitio estaba cerrado para el resto de la noche. Junto a ella quedaban tres tazas de café, un par de pastitas de dulce, y varios sachets de azúcar. No sabía cómo rayos lograría conciliar el sueño.

Al parecer Bruckheimer había instruido que no fuesen interrumpidos mientras utilizaran el área para trabajar. El gesto se agradecía. Alicia entreabrió la puerta para verificar que el pasillo estuviese despejado, y menos mal, cuando miró a uno y otro lado, así fue; aunque resultaba mejor prevenir.

Una vez que tuvo sus pertenencias de regreso en la bolsa, la certeza de que solo estaban ella y Chase la embargó de sopetón. Durante el tiempo que había estado trabajando con su equipo de la agencia, junto a Buck, creyó sentir la mirada de él cada dos por tres. ¿O habían sido imaginaciones suyas? Todo era posible cuando el cansancio y el estrés se mezclaban con la tensión sexual.

—Todo ha salido bien —dijo acercándose con desenvoltura hasta Chase. Intentaba actuar resuelta y sin nerviosismo—. Ya es hora de que el equipo médico te revise esa ceja lastimada. Quizá no está sangrando, pero deben curártela.

Él descruzó los brazos.

—¿Me acompañarías? Ha sido una noche traumática para mí —dijo bromeando, y al mismo tiempo guió a Alicia hacia la salida.

Ella soltó una carcajada. Chase sonrió también porque el sonido le resultó melódico y encantador.

—Creo que te la podrás apañar solo; yo debo ir a casa a ver a Dax —dijo sin pensarlo y con despreocupación.

Iban a bajar dos pisos más por las escaleras de emergencia, luego irían hacia el elevador del personal de servicio, así lograrían salir discretamente del suntuoso hotel. Ese era el plan estratégico, y lo pusieron de inmediato en marcha.

Que los vieran salir juntos a esas horas, solos de un sitio como aquel, no era lo más idóneo. Alicia no quería tomar riesgos innecesarios. Otros colegas podrían tacharla de paranoica, pero esos colegas no tenían en sus manos la carrera de Chase Beckett y sus varios millones de dólares en juego.

De pronto, él se detuvo y Alicia casi se dio de bruces. La estabilizó con las dos manos sujetándola de los brazos.

—¿Sales con un hombre, pero tienes una pareja esperándote en la cama? —preguntó con disgusto, y la soltó—. Y pensar que soy yo quien necesita mejorar la reputación —se rio con incredulidad.

Ella puso los ojos en blanco.

—Dax es mi hermano, Chase, y ahora, muévete que tengo que llegar a casa lo antes posible. Es casi medianoche.

Esa respuesta lo puso de excelente humor, pero no lo dio a entender. Deseaba a Alicia, y debía llevar claro que la vida personal de ella no tenía por qué afectar su humor, ni positiva ni negativamente.

—Sigues debiéndome dos respuestas, Alicia —dijo de pronto, mientras bajaban los escalones. Ella lo miró sobre el hombro, sin soltar el pasamanos.

—Te acabo de dar a conocer el nombre de mi hermano, eso vale por una —murmuró, mientras llegaban al piso en el que debían salir para poder utilizar el elevador del servicio del hotel.

Caminaron hasta la puerta de hierro que comunicaba las escaleras de emergencias con el interior del hotel. Antes de que Alicia pudiera cambiar de

dirección para abrirla, él empezó a avanzar bloqueándole el camino, así que no le quedó de otra que retroceder manteniendo una expresión de desconcierto.

Estaban en la semipenumbra.

—Oh, pero yo no te he hecho ninguna pregunta —replicó Chase hasta que la espalda de Alicia quedó contra la pared. La bolsa cayó al suelo—. Me diste una información que no requerí, pero que aprecio.

Él estaba devorándola con la mirada. La privacidad de esa área, la hacía más consciente de Chase. Sabía también que ir al médico no era urgente, pero hubiera sido una excelente excusa para que él tuviera algo que hacer, y para que ella pudiese regresar a casa con Garrick. Plan fallido.

—Chase... —susurró ella. La miraba como un depredador, pero ella no se sentía como una presa, sino como otro depredador en igual de condiciones—. Creo que deberíamos salir ahora mismo.

—¿Vas a negar que te sientes atraída por mí?

Alicia no quería que el aroma de la costosa colonia, la fuerza que él exudaba, y la sensualidad de su voz, estuvieran fuera de su alcance. Estaba en serios problemas.

—Eso carece de sentido —dijo.

Sintió el cuerpo temblar cuando él se acercó hasta su oreja y le dejó un beso suave en ella. Después empezó a dejarle un reguero de besos a largo del cuello.

—Me siento atraído por ti, Alicia. Sé que es en dos vías.

—Sería un escándalo de proporciones desmesuradas si alguien... —Él le mordió el cuello con delicadeza, y ella soltó un jadeo—. Chase, no es tan sencillo. Debemos irnos de aquí.

—Lo haremos a nuestro propio ritmo, no te preocupes. Incluso puede que seas tú la que prefiera retrasar nuestra escapada de este lugar. —Colocó las manos, a cada lado de la cabeza de Alicia, contra la pared para que no escapara de su mirada—. Somos adultos, y tú una persona muy discreta ¿o me equivoco?

—Debes ir a ver a un médico.

—¿Control natal? —preguntó, y se rio al ver cómo Alicia abría los ojos de par en par—. Acostarnos juntos será inevitable, ¿por qué perder el tiempo jugando a hacernos los tontos? —Ella abrió y cerró la boca—. ¿Vas a intentar postergarlo o prefieres utilizar las posibilidades que tenemos para explorar esta atracción?

—No he venido a seducir ni a ser seducida. Además, tienes muchas mujeres que darían lo que fuera para tener sexo contigo. Si me acostase contigo, al día siguiente tendría que ver cómo desfilas con un sinnúmero de mujeres en mis narices, y sería yo quien tendría que arreglar los desastres alrededor de ellas. No, gracias.

—¿Pides exclusividad? —preguntó frunciendo el ceño.

—No he pedido nada, porque no estoy aceptando nada. Tan solo te estoy exponiendo mi punto de vista.

—Tal vez sea mujeriego ante los ojos de muchos, pero tengo un código de ética: jamás me acuesto con una mujer para después estar con otra si de por medio hemos acordado mantener una relación monógama, que por cierto no es algo que he hecho muy seguido, pero sé respetar un pacto.

—Me siento atraída por ti, sí, tal y como otras mujeres con dos ojos funcionando —comentó—. Podemos trabajar juntos sin mezclar placer con negocios

—Otras mujeres no están aquí, ni me interesan. Tú, sí.

Su lado analítico la instaba a no creer en esa clase de argumentos. Si la convicción en la voz de Chase no estuviese acompañada de una expresión de certeza, que solían tener sus líneas faciales, cuando estaba serio, tal vez fuese más fácil calificar ese comentario de banal o falso.

—Mi trabajo es importante, porque otra persona depende de mí, y echar a perder lo que tengo, para empezar desde cero, no está el marco de lo que es coherente.

Él asintió, pero en esta ocasión su expresión se suavizó.

—¿Acaso gozar de una buena salud sexual no también es importante? —preguntó acariciándole la mejilla con los nudillos lastimados. La piel de Alicia parecía de seda—. Dame solo una noche.

—¿Una noche...? —preguntó, algo confusa.

Chase le colocó las manos en la cintura. Una noche no le bastaría, con ella no, sin embargo, podría negociar más adelante. De momento solo necesitaba una respuesta de aceptación.

—Aceptaré una noche si es lo que estás dispuesta a darme.

Alicia sabía que le quedaba poco en el tintero para argumentar una negativa. Continuar escuchando el debate interno entre su “angelito bueno” y el “angelito malo”, no estaba resultando productivo, porque el ganador del debate era obvio. No podría decir que ese era un riesgo calculado, pues no había una red que la sostuviese si llegase a caer.

—Una noche —dijo mirándolo con seguridad—. De acuerdo...

Chase sonrió, y frotó con descaro su pelvis contra la de ella. Quería que sintiera, todavía más, la intensidad del deseo. Podría intentar mantenerse alejado, podría buscar una mujer que dejara sus instintos saciados, sin embargo, sabría que ninguna de ellas le quitaría la sed que experimentaba por beber cada gota del placer de Alicia. Para un hombre acostumbrado a estar con una y otra amante, según le conviniese, la presencia de ella era una exquisita sorpresa envuelta en un paquete con neuronas de altísimo funcionamiento incluidas. ¿Qué tal con eso?

—¿Sabes? Hay acciones que no necesitan palabras que las acompañen —comentó Chase. Bajó las manos hasta posarlas justo bajo los pechos femeninos. Se preguntaba a qué sabrían sus pezones, cómo se sentiría al tenerlos erectos en su boca.

Alicia apoyó las palmas de las manos en los hombros de Chase. Deseaba tocar cada parte con la misma ansiedad que un náufrago por llegar a tierra firme. Si él la tocaba en ese instante íntimamente, entonces sabría cuán recíproco era el deseo.

—Demostrarse es la única opción —comentó con audacia, y moviendo sus caderas, porque estaba segura de que, si continuaba frotándose contra él, iba a correrse. Era un juego peligroso y excitante.

A ese ritmo, la hora de salida del hotel sería en la madrugada. Su hermano la esperaba y perder de su horizonte ese punto esencial sería una irresponsabilidad.

Lo escuchó gruñir por lo bajo, y a continuación sintió las manos de Chase agarrando sus nalgas, acariciándolas, con determinación. No imaginaba un escenario en el que Chase dejara algo sin concentrar en ello toda su atención y pasión.

—Por cierto, Alicia, continúas debiéndome dos respuestas. —Le sonrió de medio lado. Sí, ella guardaba mucho más de lo que era visible a los demás. Aquella inteligente mujer era una hermosa contradicción.

—Pfff, es absurdo —murmuró. Sabía que se refería a la conversación que los había colocado en la posición en la que se encontraban en esos instantes; preguntas que no había querido responder. Al hombre no se le escapaba ningún detalle.

Chase solo se rio.

—Pregunta número uno. —Le acarició el caminillo que iba desde el mentón hasta el preciso sitio en que surgía el valle de los pechos. Qué difícil era no

tocarla en ese instante; pretendía tomarse un largo tiempo explorándola a conciencia. Ella no era una mujer con la cual tener un revolcón descuidado, menos la primera ocasión en que se acostaban juntos—. ¿Estás saliendo con alguien de forma seria? —le preguntó, porque jamás jugaba el rol de la tercera persona.

Su cabeza tenía claro que, si hubiese alguien en la vida de Alicia, él se encargaría de apartarlo. ¿De dónde salía ese lado posesivo con una mujer que apenas conocía? Estaba seguro que se trataba de un asunto ligado a la lujuria. Tampoco quería darle demasiadas vueltas a un tema que podría convertirse en un arma de doble filo para él a largo o corto plazo.

—Garrick solo fue... No, no estoy saliendo con nadie. —Alicia sentía el calor que emanaba de él, envolviéndola; le gustaba.

—Yo, tampoco. Interesante coincidencia. —Ella se rio. Chase se inclinó para morderle el labio inferior, lo haló ligeramente y luego lo soltó. Apartó la cabeza para poder sostenerle la mirada—. ¿Esperas que haga más que solo morder tu boca, Alicia, y acariciar tu trasero?

Ella inclinó el rostro para mejorar el ángulo en que se observaban. Le acarició los hombros con los pulgares.

Le gustaba saber que Chase era fuerte, porque la idea de sentirse deseada por un hombre como él, la halagaba, y también provocaba un cosquilleo en su sexo. La mezcla de deseo y estímulo a su ego femenino resultaba afrodisíaca.

—Pensé que eras del tipo que toma lo que quiere —replicó.

—¿Tienes la fantasía de que tome lo que quiera sin preguntártelo? Porque de ser ese el caso, el juego se tornaría más peligroso.

—Chase, Chase, Chase... —hizo una negación con la cabeza—. Mis fantasías son *mías*, no las comparto con facilidad. —Él enarcó la ceja que no estaba dolorida por la pelea—. Sí que puedes tomar lo que quieras cuando sepas que estoy dispuesta a dártelo, y ¿cómo lo sabrías? Pues básicamente porque no doy señales confusas cuando tomo una decisión.

—Quizá tu cuerpo sea elocuente, pero me gustaría mucho más escuchar tu voz diciéndomelo. Así no existen confusiones sobre lo que deseas entregar. No quiero una experiencia en la que se me acuse de tomar ventaja.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué significa eso, Chase?

Él soltó un suspiro.

—No quiero repetir las experiencias que otros deportistas famosos han tenido con mujeres que los han acusado de violación o abuso de algún tipo. No

digo que sean falsas acusaciones todas, pero yo prefiero evitar habladurías dejando los términos claros: tengo sexo, no busco comprometerme o tengo sexo y es solo entre ambos. Los límites de ambas partes están sobre la mesa. Si ellas quieren lo mismo que yo, entonces tenemos un acuerdo. Jamás hago avances sobre una mujer que me rechaza física y verbalmente. Una persona de mi perfil siempre está expuesta... Sé que no eres una mujer que pretende sacar ventaja, al contrario, trabajas para mi beneficio y el tuyo al mismo tiempo. — Ella asintió—. Si la persona no está en la misma sintonía que yo, pues sigo mi camino. Por eso, si tu interés por mí no existiese, jamás habría hecho ninguna clase de avances más allá de meros flirteos distantes.

—¿Y qué hubiese pasado si hubieras leído mal las señales, Chase?

—Habría asumido las consencuencias —dijo sin rechistar—. Jamás es mi intención causar malestar a una mujer que no desea mis avances, y si da las señales equivocadas. Puede resultar complejo establecer una línea como límite, pero después de tantos años en el ruedo, mis entrañas saben guiarme con pericia. No soy un animal.

Alicia podía entender la pesadilla que representaba para aquellos jugadores que eran acusados de agresión sexual. Si eran culpables, entonces le parecía genial que los castigara la ley. Si eran inocentes, la carrera de ellos quedaría marcada para toda la vida y su posibilidad de crecimiento en las ligas profesionales, arruinada.

Como si fuese lo más natural entre ambos, extendió la mano y la colocó sobre la mejilla de Chase. La barba estaba recortada y era suave al tacto.

—Te deseo, cuando haya algo que no me guste te lo dejaré saber. De momento —se sonrojó—, me gustaría que hicieras algo más que solo tentarme. Además, ¿ahora hablar de trabajo a la par de temas personales será también una constante que debo adicionar entre ambos?

Chase esbozó una amplia sonrisa. La completa aceptación de Alicia lo calmó.

—No solo esa va a convertirse en una constante —dijo resuelto. Le acarició la mejilla de nuevo—. Basándome en todo lo que me has dicho, entonces tengo una pregunta más para ti.

Él colocó su frente contra la de Alicia. Ambos respiraban agitados.

—¿Cuándo fue la última vez que besaste a un hombre y te dejaste llevar por completo en ese beso?

Los ojos oscuros de Chase eran capaces de atravesar la coraza de Alicia. Se sentía expuesta, desnuda... y también irremediamente atraída. No se

acostaba con uno y otro hombre por antojo; era selectiva. En esta ocasión iba a ejercer de malabarista con su vida y su carrera. Esperaba caer de pie; sana y salva, porque no había vuelta atrás. Bajó las manos y las colocó en los bolsillos traseros del pantalón de Chase. Él la miró con sorpresa, pero después le hizo un guiño y Alicia se rio.

El lado coqueto, y sin ese toque de atleta profesional presumido, le gustaba un montón, porque distaba de la expresión indiferente u hosca que tenía Chase fuera de la pista de hielo. Se preguntaba si sería un lado que mostraba a todas sus amantes. «No tiene propósito pensar así.»

—Imposible contestar a esa pregunta, porque no me has besado —dijo con irreverencia. No perdió detalle de cómo brillaron las pupilas impregnadas de un deseo que reflejaba lo que ambos sentían.

—Voy a compensar este descuido ahora mismo —dijo antes de bajar la cabeza hasta que sus labios tocaron con firmeza los de Alicia.

La sensualidad de ambos se asemejaba a dos olas chocando entre sí, yendo hacia la misma dirección y fundiéndose con una fuerza inigualable para tratar de llegar a la orilla. La boca femenina se abrió ante la petición silenciosa de la lengua de Chase, y se dejaron llevar por el sabor de la lujuria. Ella disfrutó de ese beso, se perdió entre gemidos, mientras sus dedos se aferraban a la suave textura del cabello castaño oscuro.

Dejó escapar un jadeo cuando él le subió la falda del vestido hasta la cintura. Alicia le quitó la chaqueta y después siguieron los botones de la camisa. Cuando sus dedos tocaron las marcadas abdominales, utilizó también la punta de sus uñas para trazar el contorno. Si esa fuese una tableta de chocolate, la devoraría hasta quedar satisfecha, pero no se cansaría. Claro que no.

Se retaban y saboreaban como si sus cuerpos se conociesen desde siempre y supiesen cómo causarse placer a través de sus bocas. Nada existía, solo ellos y el ansia de dar rienda suelta a los instintos. Chase apartó las manos de Alicia del zipper de su pantalón, respirando con dificultad, y detuvo poco a poco el beso. Ella abrió los ojos, despertando de un placentero letargo. Parpadeó varias veces.

—Aquí no —dijo él, apoyando la frente contra la de Alicia—. Debemos irnos.

—¿Huh? —preguntó estabilizándose cuando Chase le bajó la falda del vestido y dejó las manos sobre su cintura.

Sonrió, consciente de que estaba matándolo el haberse detenido, pero

también al saber que no era el único afectado. No quería que la primera ocasión con ella —por más de que Alicia creyese que iba a conformarse solo con una noche— fuese en una maldita salida de emergencia de un hotel.

Chase se abotonó la camisa y después se puso la chaqueta.

—Quiero hacer las cosas bien —dijo con sinceridad—. Podría tomarte aquí, sé que no me detendrías porque deseas lo mismo que yo, pero lo último que busco es que me catalogues en la misma lista de otros hombres.

—No sé qué...

Él la silenció colocándole el dedo sobre los labios inflamados por sus besos.

—De lo poco que te conozco, sé que lo próximo que pensarías es en desechar mis avances como un recuerdo o una buena anécdota. ¿Y sabes qué? No quiero ser una anécdota como de seguro lo soy para otras mujer. —Ella frunció el ceño—. Cuando no quede ni un espacio de piel entre tú y yo, lo vas a recordar siempre.

—No sé por qué me estás diciendo esto... —murmuró, todavía temblorosa y agitada—. Jamás pensaría que una persona podría considerarse una anécdota sexual como si no tuviese importancia. No sé qué clase de mujeres frecuentes, Chase, pero...

—Me queda poco autocontrol, y tú tienes que ir a ver a tu hermano —dijo a cambio, interrumpiéndola—. Cuando esté contigo no quiero que tu cabeza se llene de preocupaciones ni quiero interrupciones de ningún tipo.

—Puedo ser multifacética —sonrió—, pero si estoy con alguien me concentro en lo que quiero en ese momento: placer y diversión. Solo espero que sea igual de tu parte —le hizo un guiño juguetón.

—En el momento que te dije que tener sexo contigo no lo haría con otra persona, iba implícito que una noche no será suficiente. ¿Lo sabes, verdad? Si todo lo que estás dispuesta a darme es eso, te dije que lo tomaré, pero no pienses que no trataré de tener más días en tu cama. La ambición está en mis venas, y ahora que he probado tu boca, Alicia, créeme, contigo seré muy, pero muy ambicioso.

El palpito de su húmedo sexo le decía que era exactamente lo que quería escuchar. Debía ser honesta, y sí, una noche con Chase no le bastaría. Esa aventura tenía que empezar con la sinceridad, no con él, sino consigo misma.

—Lo sé, una noche no será suficiente —aceptó—. Pero, ¿y si me arrepiento de pasar una noche contigo?

Chase soltó una carcajada, le tomó el rostro a Alicia entre las manos, antes

de bajar la cabeza y quedarse muy cerca de su tentadora boca. No sentía su ego amenazado en absoluto.

—Después de lo que acaba de ocurrir con tan solo un beso, lo más probable es que tú decidas seducirme; puedes ser un verdadero peligro — bromeó.

—Presumido —dijo ella antes de apartarse para empujar la puerta de emergencia y salir al pasillo del piso del hotel—. Antes de ir a casa, tú debes ir al médico. Aunque sea solo para que te confirmen que no hay ningún problema. Eres un activo para el equipo de hockey, y si algo te sucede me culparían.

—Solo estoy seguro de mí mismo y creía que el drama no era lo tuyo. — Ella soltó una carcajada y él la siguió sobre la alfombra sin apartarle la mano de la delicada espalda baja—. Y no necesito un maldito médico, salvo que pretendas que una doctora sexy calme la necesidad de tener un orgasmo. — Ella le dio un codazo suave para que se callara—. Aunque para eso tendrías que comprarle una máscara con tu rostro.

Alicia soltó una carcajada.

—Eres una contradicción, Chase Beckett —dijo Alicia cuando llegaron al garaje—. Escribeme con los detalles que te digan los médicos o el médico, por más tonto que te parezca. Pediré un Lyft, y...

Chase se detuvo en seco. La miró, enfadado.

—¿Por qué crees que te dejaría ir en un automóvil, sola?

Ella se mordió el labio inferior, pensativa, y después se pasó la lengua humedeciéndose los labios.

—Puedo movilizarme como mejor me parezca —dijo cruzándose de brazos.

—Quiero dejarte muy claro que, mientras estés conmigo, no voy a perderte de vista. Cuido lo que es mío.

Eso la enfureció. Con ambas manos lo empujó del pecho, pero Chase permaneció inamovible. La fuerza de Alicia no podría equipararse con la de él.

—No soy propiedad de nadie.

Él apretó la boca y se apartó antes de agarrarla de la mano para que lo acompañase hasta el Ferrari negro.

—Claro que no, señorita independiente, pero tampoco eres Superwoman, así que prefiero que te enfades a que te suceda algo por andar sola en una noche mientras estás conmigo. Punto.

—Toda la vida me he manejado sola, gracias —rezongó y se sentó de mala

gana en el asiento del copiloto. Se ajustó el cinturón de seguridad—. Vamos a ver al médico, y después llévame a mi casa.

Chase sonrió.

—Como la jefa ordene. —Eso le ganó una mirada de irritación de Alicia—. Me gustaría saber si en la cama eres igual de mandona.

—Pues hasta que no estemos en una no vas a saberlo —replicó girando el rostro hacia la ventana, mientras él se reía.

CAPÍTULO 7

Chase controló las ganas de besarla de nuevo, porque si empezaba sabía que no podría detenerse. Aparcó y bajó del automóvil para acompañarla al interior del edificio. No le sorprendió que el conserje le preguntase por su día, y que Alicia le respondiese con amabilidad a pesar de que estaba agotada, porque ya era pasada la medianoche. Un ligero sentimiento de incomodidad lo asaltó, pues si no hubiera sido por el exabrupto en la cena, ella habría estado en casa más temprano.

Lo único que sabía, y porque ella se lo había contado, era que Alicia era nativa de Seattle y llevaba alrededor de un año viviendo en Chicago. Sin embargo, ignoraba cuál habría sido el motivo detrás de esa decisión. Sentía curiosidad por conocer a Dax, y el hecho de que no hubiese mención de padres, tíos o abuelos, lo intrigaba. Por lo general, las mujeres que tenía alrededor estaban más que encantadas de hablar de sus vidas, algunas incluso daban más detalles de los necesarios. Chase sabía que esa necesidad de compartir venía de la mano de la expectativa de que él hiciera lo mismo de retorno; jamás sucedía, porque él prefería su vida privada bajo siete llaves.

Generalmente, Chase prefería evitar cualquier tipo de información que pudiese generar lazos; tenía sexo con mujeres, no relaciones emocionales. Su sistema de interacción con el sexo opuesto en un plano diferente al físico estaba atrofiado desde hacía años. Alicia estaba abriendo, sin ser consciente, una compuerta inexplorada en Chase: curiosidad por conocerla de verdad, efervescente deseo que crecía en lugar de apagarse y el inesperado sentido de posesión. La certeza de que ella tenía la capacidad de minar sus hábitos de indiferencia, lo había instado a poner distancia; ese había sido otro motivo por el que detuvo el beso en el hotel. La pasión podría nublar sus sentidos un rato, pero no permitiría que llegase a afectar su juicio.

—La señora Andrews cuida a mi hermano —dijo ella presionando el botón del elevador—, aunque lo más probable es que Dax esté dormido.

La luz del panel de números llegaba hasta el piso doce. Así que todavía quedaban un par de segundos antes de que las puertas se abrieran.

—¿Estás nerviosa? —preguntó sin tocarla—. No voy a subir contigo si es lo que crees, aunque ya sabes que me gustaría poder hacer algo más que solo cerciorarme de que estás bien.

Ella sonrió, algo inquieta por el modo en que él la afectaba, y entró en el elevador en el instante en que las puertas de metal se abrieron.

—Lo sé... Debes ir donde el médico. ¿Me puedes escribir una vez que el doctor se haya marchado de tu casa o tú te hayas marchado del consultorio? Lo que sea que decidas, por favor, procura no ir a sitios públicos.

—Sabes que no tengo nada de lo cual preocuparme, sin embargo, para que constates mi propósito de mantener una relación laboral eficiente contigo, accederé.

—Ja-ja, qué gracioso —lo miró como si le costara pensar qué decir a continuación, así que solo murmuró—: Buenas noches, Chase.

Él le hizo un guiño antes de dar media vuelta para salir del edificio.

Cuando llegó a casa se deshizo de la chaqueta y el resto de la ropa, después entró a darse una ducha. Podía aliviarse con la mano, pero decidió esperar a que fuese Alicia —y no una fantasía sobre ella—, la causante de un orgasmo.

Al día siguiente, su primera tarea consistía en hablar con el corredor de bienes raíces para ir conocer en persona la nueva casa que estaba interesado en adquirir. Las fotografías no le bastaban, pues nada se equiparaba al asegurarse que compraba algo que valiese la pena y con lo que se sintiese cómodo.

Ubicada en Gold Coast, la propiedad era más grande de lo que sus necesidades le exigían, pero no le importaba. La seguridad de que podría tener mejores sistemas de vigilancia, al contratar una empresa privada, le bastaba como base para esa inversión inmobiliaria. Además, tenía el dinero para hacer lo que se le viniese en gana.

La casa de piedra caliza que quería adquirir contaba con una sala de cine, salón de billar, sala de música, bodega de vinos —parte del trato de la compra— y un área que Chase pensaba convertir en un gimnasio. En el último de los tres pisos había una piscina climatizada con techos de cristal. Aparte de la suite master, la propiedad tenía tres habitaciones y un garaje en el subterráneo con capacidad para tres automóviles.

Sus abogados iban a encargarse de los trámites de la compra, pues el penthouse ya había encontrado nuevos propietarios: un matrimonio joven interesado en vivir en una zona segura y con vecinos de alto perfil económico. No todos podían pagar tres millones de dólares por un sitio con vistas magníficas y guardianía privada en Chicago.

Durante demasiados años, Chase estuvo preocupado por no tener un sitio bajo el cual abrigarse y dormir. Sus primeros seis años de vida los pasó de

albergue en albergue, y estudiando gracias a la amabilidad de centros públicos.

En ocasiones, raras aunque no por eso menos difíciles, Nellamy, Alana y él, tuvieron que hacer acopio de varios cartones para dormir en plena calle, porque los albergues estaban copados. Hubo varios amigos de Nellamy que les dieron posada, pero cuando ella se dio cuenta de que no era posible continuar ese ritmo de vida sin ponerse a sí misma en peligro dejó de lado la soberbia y buscó a su madre. Desde entonces, Nana los ayudó de todas las formas inimaginables, y Chase se prometió a sí mismo que el día en que lograra dejar atrás la pobreza, jamás volvería a preocuparse por encontrar un techo que lo cobijase.

Cuando firmó su primer contrato compró una pequeña suite. A medida que su profesión fue generándole más ingresos adquirió mejores sitios hasta que se quedó con el penthouse. Un Ferrari negro, uno rojo y un Bentley vintage, eran sus posesiones preferidas. Caprichos, quizá para unos, aunque para él significaba un respaldo de estabilidad financiera. No era materialista, tan solo era consciente de que sus inversiones implicaban una compensación por todos aquellos tragos amargos que tuvo que vivir en su niñez, y ahora —de alguna jodida manera— intentaba resarcir.

Chase se puso un bóxer negro, y después le envió un mensaje de texto a Alicia diciéndole que todo estaba bien con su ceja así como los nudillos de la mano izquierda.

Él había recibido peores golpes en la pista de hielo, aunque ella prefería no darle el beneficio de la duda a una situación que, entre los jugadores de hockey, solía ser muy habitual: moratones, cortadas, lesiones, y más detalles por enumerar. Chase imaginaba que al tener un hermano a su cargo, la convertía en una mujer con un sentido de interés que a veces podría sobredimensionar las lesiones o golpes que recibían otras personas. No estaba siendo sexista. Solo sabía que, a pesar de la equidad de condiciones en hombres y mujeres, estas últimas solían ser más sensibles. Punto.

Además de sus entrenamientos y el recorrido en la que quería que fuese su nueva residencia, Chase tenía una sesión fotográfica para un calendario benéfico al día siguiente. Los fondos serían destinados a los albergues de la ciudad que acogían especialmente niños de la calle. Chase la consideraba una gestión muy personal, por su pasado, pero no tenía por qué decírselo a nadie.

Cuando Alicia le informó, días atrás, que existía esa actividad en la agenda de trabajo, él no rechistó. Lo aceptó de buena gana. No le gustaba tener a un

grupo de personas diciéndole lo que tenía hacer, cómo posar, porque no era un maldito modelo. Lo hacía por la causa detrás de esa tortura. Los actos de beneficencia no tenían nada que ver con la consabida manera de bajar el monto de los impuestos anuales. Chase tomaba muy en serio la situación de personas con menos oportunidades e ingresos.

La jornada de trabajo de un equipo de hockey no acaba con los Playoffs ni con la Copa Stanley. El circuito era continuo salvo por los tres meses del verano que solían ser libres para todos.

Él prefería mantenerse en forma y bajo un régimen de ejercicios estricto fuera de temporada también, porque luego de estar alejado de las pistas muchas semanas la recuperación de un estado físico óptimo costaba el doble de esfuerzo. Chase se acomodó en el colchón de su cama, pero antes de que pudiera cerrar los ojos para descansar, la luz del teléfono empezó a parpadear y la vibración a hacer ese molesto ruidito contra la madera de la mesa de noche.

De mala gana agarró el aparato.

El número era desconocido, y él no estilaba responder cuando no aparecía la identificación de uno de sus contactos. Buck ya le había reclamado al respecto. Considerando lo que había sucedido esa noche, que no se asemejaba para nada a los desmanes de otros tiempos, respondió.

—¿Quién es?

—Hijo querido, al fin respondes —dijo la voz chillona que le era tan conocida —, creo que, después de tanto tiempo de silencio, merezco que me escuches. Soy tu madre al fin y al cabo.

Si alguien era capaz de paladear la bilis en ese momento era Chase.

—¿Qué quieres? —preguntó con rabia.

—Intenté llamarte, y después le pedí a la única muchacha que realmente valora una amistad de tantos años que fuera a darte mi mensaje. Y la ignoraste. Pobre Eve.

Chase se estiró hasta el interruptor y encendió la luz de la habitación. Después echó la cabeza contra el respaldo de madera de la cama.

—Primero, no mereces nada. Segundo, te deposito cada mes el maldito dinero. Tercero, Eve es lo último que quiero alrededor de mi existencia. Cuarto, no tengo nada que hablar contigo —dijo con toda la intención de cerrar el teléfono.

—Escucha lo que tengo que decir si no quieres que olvide todo el dinero que me has depositado hasta ahora, y decida hacer una llamada a mi gran

amigo que trabaja para uno de las revistas deportivas que más críticas tiene contra ti, Chase Linard.

—Mi apellido es Beckett —expresó entre dientes—. Tus días de habilidades como prostituta acabaron hace mucho, y sin mi dinero estarías en la calle o solo viviendo de tu paupérrima cuenta de ahorros. No amenazas en vano, Nellamy.

—Que hayas cambiado tu identidad, utilizando el apellido de soltera de mi aburrida madre, no te hace menos hijo mío. ¿Qué te parece si me escuchas? —preguntó con irritación.

No podía creer el descaro de Nellamy. Imaginaba que no todos los seres humanos podían sentirse agradecidos de los padres que tenían, y él era uno de ellos. Los días en que creía que su madre podría cambiar estaban en el olvido.

Los niños y adolescentes llegaban a un punto de inflexión en determinado momento, el suyo ocurrió cuando Nellamy amenazó con vender a Alana al mejor postor sexual si Chase no mantenía cerrada la boca sobre el oficio que ejercía para comprarse banalidades y darse gustos. Aquello sucedía, mientras Nana se sacrificaba para que no faltara comida en la mesa de una casa que no era su responsabilidad.

—Si todo este numerito es para pedirme que te incremente tu mensualidad, no es necesario. Solo dime cuánto quieres, y desaparece otra vez de mi radar —dijo frotándose la nuca con la mano que tenía libre.

Le daría cualquier monto que quisiera con tal de que lo dejara en paz. La voz de su madre lo irritaba, lo enviaba al pasado e impulsaba a su lado irascible a tomar una forma destructiva. En el pasado, le importaba un bledo, y las consecuencias se traducían en titulares nada halagüeños para él como deportista. Ahora —por cómo pintaba el panorama en su carrera—, no podía dejarse llevar por ese monstruo que clamaba por salir a destruir lo que estuviese a su paso con tal de olvidar.

El alcohol no servía, alargar la lista de nombres confusos o rostros difusos de mujeres no le interesaba ya, mucho menos la idea de pasar una mala noche que solo traería como consecuencia una práctica de hockey pésima al siguiente día. Sus compañeros de equipo merecían su mejor lado sobre el hielo.

—Necesito un pequeño favor, Chase.

Él soltó una maldición. Nellamy no se inmutó, pues la relación con su hijo no solo era atípica, sino que encerraba una fuerte carga de manipulación y abuso emocional de la que ella parecía no ser consciente.

—Ningún favor que pidas será considerado pequeño. Así que, si estás

interesada en continuar recibiendo una generosa mensualidad, más te vale pensar bien lo que vas a decir a continuación. Ya he pasado demasiado tiempo tolerando tus chantajes, y no pienso permitir que eso se alargue. La próxima vez que quieras hablar conmigo solo vas a conseguir hacerlo a través de mis abogados y hasta ahí llega mi límite de tolerancia contigo o intentos de evitar convertirme en un calco de tu tergiversada idea de la forma de tratar a una persona que lleva tu ADN.

Nellamy soltó una larga carcajada.

—Oh, siempre tan temperamental, tesoro mío. ¿Sabes que Eve vino a verme el otro día y me comentó que no quisiste escucharla? Esa chica siempre me ha gustado para ti. Una lástima que tu hermana se haya muerto en las circunstancias más absurdas... —suspiró como si estuviese recordando que se había roto una uña días atrás—, y todo por la calentura de dos adolescentes que la dejaron morir.

Chase empezó a hiperventilar ante la intensidad de la frustración que lo invadió súbitamente. ¿Era posible odiar a tu propia madre? Por Nellamy no sentía ni un ápice de aprecio. Todo lo que ella representaba, lo asqueaba. Sin embargo, le era imposible deshacerse de la sensación de fracaso y culpa que le provocaba el solo hablar con ella. Las palabras que le había dicho, tantas veces, eran los mantras que —durante años— luchaba por vencer. “*No sirves para nada*”, “*Eres un niño bonito sin futuro*”, “*¿Hockey? No me hagas reír, Chase. Nadie apostará por ti, y si yo tuviese dinero ni loca invierto en ti*”, “*Ninguna mujer te querrá salvo que pueda obtener algo a cambio, así que más te vale que lo lledes claro*”. Sí, esas eran las palabras de su madre desde que él tenía memoria.

La persona que, aún con los exabruptos, continuaba creyendo en él era Buck; al hombre le debía todo su dinero en auspiciantes, así como la guía que había representado desde el día en que lo conoció en las pistas del centro comunitario. Fue Buck quien le ofreció pagar sus entrenamientos, comprarle un equipo adecuado; lo sacó de las calles y sus mañas, pero en especial confió en él. Buck solo tuvo una condición: que trabajase duro y que no se rindiese. Jamás le pidió exclusividad para representarlo, pero Chase llevaba claro que acabaría su carrera trabajando con él. La lealtad no necesitaba ser pedida, se ofrecía de forma espontánea y por eso resultaba una de las cualidades más sólidas del ser humano.

—Vuelve a mencionar la muerte de mi hermana y a asociarme en la misma oración, y vas a tener un equipo de abogados. Puede que seas mi madre por

causas naturales, pero jamás vas a conseguir que te perdone por todo el daño que nos hiciste a Alana y a mí, durante años, con tu egoísmo.

Nellamy suspiró, como si lo que estaba diciendo su hijo fuese un tonto arrebatado.

—Me tiene sin cuidado lo que creas o sientas, tesoro mío, en todo caso, lo único que quiero pedirte es que utilices tus contactos para conseguirme una mejor posición en la lista nacional de receptores de riñón.

—¿De qué hablas? —preguntó con sorpresa.

Nellamy siempre tenía alguna idiotez de por medio en su vida que conseguía no solo impresionarlo, sino cabrearlo. Llevaba mucho tiempo sin verla, quizá por eso cuando respondía las llamadas, el sonido de su voz le causaba escalofríos e irritación.

—Me diagnosticaron insuficiencia renal hace varios meses, y desde entonces he estado en tratamiento. Lo hubieras sabido si hubieses escuchado a Eve cuando tuvo la amabilidad de visitarte para darte mi mensaje o si hubieras respondido mi llamada días atrás —dijo fingiendo sentirse ofendida.

Por un breve lapso, Chase permaneció en silencio. Su madre le había mentido tantas veces que ya no sabía diferenciar si se trataba de una broma de mal gusto o un nuevo intento de sacarle dinero. Qué horrible resultaba no poder confiar en tu propia madre, ni ser capaz de entender lo que era ser parte de una familia. No se podía extrañar aquello que jamás había conocido. Siempre le había resultado complejo asimilar su lado emocional. Entendía la lujuria, pero no el amor.

—Si quieres más dinero, ya te dije, pídelo. No necesito que hagas este tipo de invenciones. Deberías considerar escribir una obra de teatro, porque el drama se te da fantástico. Nellamy, mañana tengo práctica de hockey así como reuniones que atender, y no puedo poner mi cabeza en orden mientras interrumpes mi sueño.

Ella era caprichosa, incongruente y egoísta. Chase estaba convencido de que, si no hubiera sido por Nana, Nellamy hubiera abortado a Alana.

—He estado utilizando el dinero que me das, pero se está agotando. No quiero seguir yendo a la clínica a que me pinchen y ver cómo limpian mi sangre como si fuese un bicho raro. —Chase se frotó los ojos con los dedos—. Puedo optar por un trasplante de riñón, eso fue lo que me dijeron los médicos. Las personas que se hicieron las pruebas de compatibilidad dieron negativo, incluso Eve. Esa chica es un diamante. —Chase sabía que su madre y Eve estaban cortadas por el mismo patrón de egoísmo y superficialidad—.

Así que estoy en la lista para recibir un donador, y quiero ser la beneficiaria que esté al inicio de ese grupo de personas. Tienes dinero y muchas personas que harían cualquier cosa por ti. No te costaría nada.

Chase bufó.

—No es nada extraño que, incluso si fuera cierto lo que me dices, en estas circunstancias intentes sacar ventaja sobre otros. Eres una joya —dijo con desprecio—, pero tendrás que esperar. Si no te llega a tiempo el riñón, entonces la vida será menos complicada cuando exhales tu último aliento.

Ella se rio, porque ese era el tipo de respuesta que ella le habría dado si los escenarios fuesen opuestos. No podía quejarse, en especial después de la barbarie que había cometido con su hijo al tratarlo como un apestado e iluso, por ignorarlo y después chantajearlo cuando logró tener éxito. Uno tenía que hacer lo que fuese para sobrevivir, y ella lo había hecho. No estaba arrepentida de nada. Lo volvería a hacer todo de nuevo si pudiese, menos tener hijos.

—No es un gran favor, es muy pequeño, solo un par de llamadas —dijo mirándose las uñas largas multicolor—. Utiliza tus dedos para algo más que mover un jodido palo de hockey. ¿Qué tan difícil es eso?

—Estás mal de la cabeza, Nellamy, si crees que voy a mover un solo dedo para intentar que estés en una lista de donantes como primera posible receptora. Jamás le haría eso a otros. Conforme llegan, reciben. Nadie está sobre un proceso de esa naturaleza. Que otros lo hagan, no significa que yo incurra en la misma injusticia, menos por alguien como tú que no merece más de la vida.

—Chase —dijo con rudeza—, ese no es todo el favor.

—No me digas... —replicó hastiado.

—Necesito que te hagas la prueba para saber si eres compatible para donarme tu riñón. Hazlo y no volverás a saber de mí.

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—Me impresiona tu nivel de osadía. Soy un deportista profesional en ejercicio, no puedo donarte un puñetero riñón sin acabar con mi carrera. Arruinaste mi niñez y adolescencia; no pienso permitir que destruyas lo único que vale la pena. Olvida que este número está disponible para ti.

Cerró el teléfono y después lanzó el aparato contra la pared. La pantalla se cuarteó por completo.

Él era consciente de que no iba a volver a dormir.

Dio un puñetazo sobre el colchón y apartó las sábanas. Abrió el clóset y

sacó su equipo de hockey. Se vistió con unos pantalones de deporte y una camisa. Agarró las llaves del Ferrari y salió del edificio hecho un bólido.

Siempre había una persona que custodiaba el estadio de los Warriors, las veinticuatro horas, así que podría ir a patinar sin importar el momento del día. Esa era una gran ventaja, en especial para momentos como los que estaba atravesando.

Tratar de gastar la energía en el hielo era lo único que podría sacarlo del estado anímico en el que se hallaba.

A pesar del sol en el firmamento al día siguiente, Alicia, estaba furiosa.

Se apartó del escritorio y lanzó la tablet sobre el pequeño sofá de dos asientos que había comprado cuando empezó a trabajar para Push Fire. Su color preferido era el azul, así que era el tono predominante en la decoración de su despacho.

Ni siquiera el té con valeriana, que se bebió minutos atrás, había logrado disminuir el estrés del día. Una de las grandes desventajas del internet era que resultaba imposible borrar el rastro de una fotografía por más que se deseara. Se podía pagar millones, sin embargo, siempre quedaría un enlace imposible de rastrear. Y ese era el panorama en esta ocasión.

La fotografía, pixelada debido a la distancia en que se había captado, de ella y Chase subiéndose al Ferrari negro, en el garaje del hotel, no dejaba dudas sobre la identidad del jugador de hockey. El rostro de Alicia no se identificaba, pero eso no era consuelo. Las especulaciones empezaban de inmediato para buscar quién era la misteriosa mujer que salía de un hotel de Chicago con el soltero de oro de la liga profesional de hockey.

Una llamada a la puerta la instó a dejar de pasearse de un lado a otro.

«¿Es que acaso Margaret no entendía que necesitaba estar sola?» El ritmo de trabajo era brutal, y uno de sus clientes había llamado a solicitar un reporte fuera del tiempo en el que habitualmente solían enviarse, así que el nivel de presión era elevado.

—Adelante —dijo de mala gana.

El rostro de Kathrina apareció en el umbral, y después los tacones rojos dejaron su huella sobre el material de la alfombra beige hasta que la mujer se sentó en el sofá. Dejó un grupo de carpetas y la tablet, que llevaba en la mano, a un lado.

—Al parecer no es el mejor momento para hablar —comentó a modo de

saludo cuando reparó en las tazas de té vacías y también de café que reposaban sobre el escritorio de Alicia. Cruzó las piernas con elegancia—, pero tendremos que hacerlo porque la mujer que estaba ayer con Chase ha levantado interés. Lo que no deseamos es que nuestro cliente se asocie de nuevo a escándalos de tipo sentimental, sino que los enfoques sean profesionales. Creía que Chase había acordado mantener un perfil alineado con la agenda de trabajo que le sugerimos. ¿Cómo sucedió este “desacuerdo” estratégico?

Alicia se acomodó en un sillón frente a su jefa.

—Lo sé —dijo en tono agotado. ¿Cómo le decía a Kathrina que la mujer de la fotografía pixelada estaba hablándole en ese instante? —. Y no ha sido culpa de él, ni mía, sino de las circunstancias.

Kathrina soltó una carcajada. Siempre era mesurada, incluso en sus expresiones, no podía ser diferente su risa.

—Esa es una explicación que me gustaría escuchar, pero en la versión ampliada.

Omitiendo lo ocurrido en las escaleras de emergencias, por obvias razones, Alicia le contó lo ocurrido en el bar, así como la gestión que —junto a Buck— improvisaron para salir del posible atolladero con la prensa, al menos hasta esa mañana en que se publicó la fotografía.

—Vaya... ¿Me repites entonces por qué te regresaste con él, y no lo hiciste en un taxi o un Lyft o Uber? Las opciones existían —dijo Kathrina moviendo las largas uñas rojas sobre el brazo del sofá.

—Puede sonar absurdo, pero Chase rehusó que saliera de noche sola, argumentando que había sido su culpa todo el embrollo. No quise discutir más el asunto, porque estaba agotada y lo último que pensé fue que hubiese alguien fotografiándonos en un garaje prácticamente vacío. Ha sido un error y pienso arreglarlo, no te preocupes.

Kathrina asintió, pero la sonrisa que esbozó a continuación no le gustó en absoluto a Alicia. Algo se traía entre manos.

—Por supuesto que vas a hacerlo, querida. —A pesar de tener cuarenta y ocho años, Kathrina parecía haber hecho un pacto con el diablo. Los años no se le notaban. Era la versión despiadada de Gwyneth Paltrow para los negocios, y utilizaba un tono dulce al hablar que instaba a sus oponentes a considerarla fácil de manejar. Ese era el gran error que muchos cometían, y del que ella se aprovechaba—. No habrá más especulaciones que no estén vinculadas al trabajo sobre la pista de hockey. Quiero que hables con Chase y

le propongas un acuerdo más coherente.

—No comprendo... —frunció el ceño—, ya tenemos un acuerdo de trabajo. La mujer sonrió y se puso de pie. Alicia no se movió.

—Vas a hablar con Chase y le propondrás que sean amantes ficticios. Le pondrás rostro a la mujer de la fotografía. —Alicia no pensaba decirle que era ella—. Y así mantendrás a raya otras versiones de terceros al respecto. Actúa según consideres oportuno para darle credibilidad.

—¿Qué? —preguntó abriendo los ojos de par en par—. Eso es imposible.

Aquello no era parte del acuerdo con Chase, y si se lo dijera, el hombre iba a armar un lío. Lo último que querría era que la gente lo considerase material para relaciones de largo alcance. Acostarse con él, una noche o varias era un asunto, pero pasar más tiempo del estipulado bajo un contrato legal, resultaría en un suicidio no solo profesional, sino también emocional a largo plazo.

—Claro que no. Hasta donde sé, tú no tienes interés en salir con jugadores profesionales. ¿Qué puede haber de malo en la ecuación? —preguntó, y Alicia tragó en seco—. Además, no te estoy haciendo una propuesta para que la evalúes. No estamos en iguales condiciones jerárquicas en la compañía, aunque apreció tu desenvoltura y gestión, como para que consideres que puedes darte ese lujo.

—Kathrina, no puedo imponerle semejante cosa a Chase —dijo con seriedad e ignorando la punzada de rabia por el recordatorio de su jefa. A veces podía ser insufrible—. Bajo ningún parámetro querrá anunciar que sale conmigo.

La mujer agarró el pomo de la puerta, mirando a Alicia.

—Insisto, no te lo estoy proponiendo. Esta es una orden. Y no hacen falta anuncios verbales a la prensa, sino acciones que hablen por sí solas.

—¿Quieres que me acueste con él como parte del trabajo? —le preguntó horrorizada. Acostarse con Chase, porque ella así lo deseaba, implicaba un escenario muy distinto al hacerlo porque su jefa se lo estaba tratando de imponer de una forma nada sutil—. No soy una prostituta de las relaciones públicas.

Kathrina la miró con indolente cansancio.

—Alicia, me parece que exageras. Jamás podría denigrar lo que este trabajo implica. Lo que decidas o no hacer, es asunto tuyo, no me interesa. Si quieres tener sexo con Chase, hazlo. Si no lo deseas, no lo hagas. Yo solo quiero resultados, y por “resultados” debes entender que, una vez que sepan que él tiene novia y se les pase la novedad, las únicas noticias que saldrán a la

luz serán aquellas concernientes a nuestros clientes: los Chicago Warriors y el mejor juego de su estrella, Chase Beckett. La dueña de esta historia “romántica” —torció el gesto con cinismo, porque esa era la usual expresión cuando alguien reprochaba sus puntos de vista— eres solo tú.

—No existen garantías de que él acceda... —dijo contrariada.

—Puedes considerar este nuevo desafío laboral como una licencia para que hagas lo que precises óptimo. No me consultes tus pasos. Si debes ir de viaje con él, lo haces; si debes dejarte fotografiar con Chase, hazlo. El tipo de tomas o lo que sea que ocurra es bajo tu responsabilidad. Delega el trabajo de tus cuentas, al menos lo más urgente, a Margaret, y monitoréalo de forma remota. Tienes a los dos juniors, así que explota su capacidad recursiva y délégalos más trabajo. —Alicia no se molestó en tratar de interrumpirla—. Estoy a tu disposición a cualquier hora del día, ya lo sabes. Confío en ti, porque tienes la ética y las agallas, no me defraudes. Necesitamos este cliente para poder enganchar a otros del mismo calibre financiero. Este no es tiempo de perder, porque el espectro competitivo es más brutal que nunca.

Alicia la miró con incredulidad y frustración. Lo que acababa de pedirle complicaba su existencia a un nivel por completo superior del esperado.

—Haré lo mejor que pueda... —murmuró por lo bajo.

—Ese es el espíritu de equipo, querida —dijo Kathrina antes de salir.

Chase.

Años atrás.

—¿Vas a venir conmigo? —le preguntó Eve.

Se encontraban a pocas cuadras de la farmacia que Chase debía visitar. En esta ocasión, sí contaba con el dinero necesario —cortesía de las identificaciones falsas que había hecho—, así que la idea de ser arrestado no era una preocupación en esos momentos. Iba a adquirir, legalmente, la receta para su hermana. Después tenía que ir al supermercado para hacer la compra con el dinero que le había dado Nana.

—No, Eve, primero tengo que llevar un par de cosas a mi hermana, y también tengo práctica de hockey más tarde.

Ella hizo un puchero.

—Pero, Chase, solo será un momento —murmuró acercándosele hasta que sus pechos quedaron contra él—. Me deseas y te deseo. ¿Qué tanto más

piensas hacernos esperar por algo que ambos queremos?

Llevaba una falda corta, sandalias bajas, y una blusa rosa. Gran parte de los chicos de la secundaria babeaban por ella, pero al parecer, Eve, era muy selectiva. O se acostaba solo con los tipos muy populares, que podían invitarla a comer a sitios bonitos, o estaba a la espera de que Chase finalmente diese su brazo a torcer y tomara lo que ella, muy gustosa, le ofrecía con sutileza y —en ocasiones— con descaro.

—No tengo cabeza por ahora, Eve —replicó sin mucha convicción.

Sus hormonas estaban a toda máquina y su cuerpo pedía a gritos tener la posibilidad de fundirse en el de esa muchacha. Quería sentirla, tenerla solo para él; lo ponía rabioso la certeza de que se había acostado con otros. Aunque no estaba en la capacidad de juzgar cuando él había tenido su cuota de chicas. Se preguntaba, sintiéndose tonto por el solo hecho de ponerlo como una duda en su existencia, si acaso Eve experimentaba algo más que solo ganas de acostarse con él o si quería algo más que echarse un polvo.

—Hagamos un trato —le dijo enmarcándole el rostro con sus pequeñas manos—, tú haces la compra de todo lo que tengas pendiente, y yo te espero en mi habitación. Mis padres se fueron de fin de semana a una cabaña en Búfalo. Mi hermano está con sus amigos en Louisville. Así que tengo la casa para mí. Es nuestra oportunidad, ¿vas a echarla a perder? Si tanto te preocupa, guardaremos la comida en el frigorífico, y cuando te marches, la sacas. Todo irá bien, ¿qué dices? —preguntó inclinándose para halar el labio inferior de Chase con los dientes.

Él dudó un instante, pero lo que decía Eve tenía sentido. No pasaba nada. Su hermana estaba tranquila viendo televisión; Nana de seguro estaría concentrada en alguna costura o hablando por teléfono; y su madre debía estar ocupada ejerciendo el oficio más antiguo del mundo en alguna parte de la extensa ciudad en la que vivían.

Después de tres meses de batallar con la Leucemia, Alana estaba en un estado muy frágil. Al menos, el invierno ya había pasado y la posibilidad de una pulmonía era remota. Las alergias, causadas por la Primavera, eran otro cantar. Chase luchaba cada día por conseguir todo lo que el médico enviaba a comer a su hermana. La vida en las calles haciendo mandados o robando, entre estudiar y practicar hockey, le permitía costear cosas que su abuela no podía. Nana ya hacía lo suficiente por ambos, él era consciente.

No le era posible recordar la última ocasión en que había hecho un sacrificio pensando solo en él. El egoísmo no estaba en su carácter, así que

tal vez podía tener una indulgencia con Eve; la deseaba a Eve con cada fibra de su cuerpo. Debido a la intensidad de esa emoción podría barajar la teoría de que estaba enamorado de ella.

Los chicos también tenían inseguridades cuando se trataba de una muchacha guapa y popular como Eve. Chase era más corpulento y no tenía acné como otros chicos de su edad, y eso influía en su nivel de autoconfianza con el sexo opuesto. «Solo será una indulgencia momentánea.»

—De acuerdo... —murmuró—. Te veré en tu casa, Eve.

—Lleva condones —susurró al oído riéndose con coquetería—, varios.

Chase deslizó la mano por la espalda de la muchacha hasta alcanzar el trasero respingón. Le dio una palmada, no sin antes estrujar la firmeza. No era un hombre que se dejara llevar solo por los pechos de una mujer; sabía apreciar un par de nalgas bien puestas y Eve las tenía.

La muchacha lo tentaba a un nivel inimaginable. La certeza de que ella era la persona que ayudaba a Alana solía ser lo que detenía sus avances, pues no quería que —si las cosas no iban bien o se volvían incómodas— Alana sufriera las consecuencias.

Por otra parte, no podía morir con las bolas azules si el alivio para ello estaba ofreciéndose a ayudarlo. Su hermana estaba bien de momento, y no le faltaba nada.

—Eve —replicó Chase—, ya vete o voy a tomarte en un jodido callejón.

Echando la cabeza hacia atrás, ella se rio, antes de hacerle de la mano y tomar el camino que llevaba a la estación de buses. Iba a ser una tarde interesante, pensó Eve, mientras se alejaba.

CAPÍTULO 8

El proceso de mudanza había terminado para alivio de Chase. La compañía de seguridad, que ahora iba a proporcionarle el servicio, era la mejor en la ciudad. Le causaba alivio saber que no tendría que lidiar con administradores incompetentes que ignoraban lo que implicaba tener un equipo de vigilancia con todas las capacidades al ciento por cien. A veces solo se necesitaba tener sentido común, ¡por favor!

Buck se ocupó de todos los detalles junto a los abogados. Lo único que Chase hizo fue firmar los cheques y contratos, además de abrir las cajas que contenían sus pertenencias para organizarlas; la distribución la haría poco a poco. De momento tenía una cama inmensa para disfrutar; el jacuzzi para aliviar los músculos, después de un día de trabajo; y su nueva cocina surtida con todos los implementos.

La decoración de la casa pensaba dejársela a Molly Sanders, una eficiente decoradora de interiores que solía cobrar miles de dólares, pero ya conocía sus gustos y trabajaba acorde a ello. Prefería lo elegante y práctico, que generase una sensación de amplitud, a un lugar plagado de detalles que terminaban agobiando.

Chase tuvo esos días para llenar su cabeza con estrategias bajo las órdenes del entrenador del equipo. La prensa desconocía que no vivía ya en el mismo sitio, así que pudo pasar desapercibido, pero sabía que —después de la fotografía del hotel— esa paz no tardaría en desaparecer. Imaginaba que Alicia estaba furiosa, y le llamaba la atención que tan solo le hubiese pedido que mantuviera un perfil bajo hasta que pudieran hablar en persona sobre el incidente.

Ignoraba qué se traía Alicia entre manos, sin embargo, no quería arruinar la buena disposición que reinaba entre ambos. La sesión fotografía para el calendario benéfico —debido al proceso de mudanza— se había postergado para el día siguiente, así como el resto de actividades de su agenda con Push Fire.

No podía controlar lo que se decía en los medios, y la presencia de Alicia iba a ser de gran ayuda para los próximos meses. No iba a reconocerlo ante otros, pero tal vez se lo dijese a ella en algún momento. Era orgulloso, no estúpido, y sabía reconocer la valía de los demás.

Él no solía permitirse distracciones, pero Alicia conseguía —sin proponérselo—colarse en su imaginación. La sola idea de ir descubriendo poco a poco lo que escondían las prendas de ropa femenina, lo excitaba. Le parecía un reto personal ser capaz de brindarle placer a una mujer que sabía conducirse a sí misma con aplomo y seguridad. ¿Qué le gustaba? ¿Cuáles eran sus puntos erógenos? Chase sabía que existía fuego cociéndose lentamente en cada poro de esa curvilínea mujer, y también que su pasión en las sábanas sería recíproca con la de él. No había mejor demostración, de que estaba en lo correcto, que el beso en el hotel. Si un beso lo tenía en ascuas, no quería ni pensar en cómo sería cuando la tuviese a su entera vista: desnuda y cálida.

El timbre de lo alertó que el tiempo de organizar las cajas a su alrededor había acabado. La única llave de entrada la tenía él, y la copia de emergencia, Buck.

Bajó las escaleras y abrió la puerta.

Se encontró con la vista más interesante en varios días: Alicia. Llevaba un vestido en tono violeta, zapatos de tacón nude que realzaban sus piernas, y las suaves tiras del vestido que parecían acariciar la piel de satén de los hombros. En el brazo sujetaba una chaqueta y una bolsa Louis Vuitton. El cabello lo tenía recogido en una trenza francesa y se había aplicado un maquillaje discreto, pero capaz de destacar sus altos pómulos y exhuberantes labios.

Estaba hermosa, y Chase se sintió satisfecho de que hubiese dejado, ese día al menos, los trajes demasiado formales. Tal vez habría comprendido que la ropa no le conseguía respeto, sino la actitud, mientras utilizaba aquello que la hacía sentir cómoda y segura de sí. Ella era una mujer muy lista. Él suponía que Alicia no era del tipo de persona que acataba sugerencias con facilidad salvo si consideraba que se trataba de argumentos genuinamente válidos.

—Me alegro de poder hablar aquí, en lugar de hacerlo en las oficinas de los Warriors —dijo Alicia a modo de saludo con una sonrisa, pero él notó que no había sinceridad en este gesto. Frunció el ceño. «¿Qué ocurre aquí?» —. Sé que estás ocupado terminando de organizar las cosas de tu mudanza, así que seré breve.

Él sonrió al verla nerviosa, pero también se sintió intrigado.

—Estaba arreglando un poco —dijo haciéndole un gesto para que entrara, y cuando lo hizo, él cerró la puerta antes de ajustar la calefacción en el panel digital—. Todavía me quedan espacios por decorar, claro, pero al menos lo más importante está listo. ¿Te sirvo algo de beber?

Ella lo miró e hizo una negación con la cabeza.

Había pocos muebles y apenas un sofá en forma de L en la sala. Una gran chimenea de mármol oscuro ofrecía un vistazo de lo que podría llegar a ser esa casa una vez que estuviese al ciento por cien. Alicia estaba nerviosa, a pesar de que había tenido tiempo suficiente para elaborar una explicación coherente para la propuesta que su jefa le ordenó ejecutar. Tal vez no se trataba de la propuesta en sí, sino de la persona a quien iba a decírsela.

—Chase, quisiera hablar sobre los próximos pasos a seguir en nuestra agenda acordada previamente —dijo sin más preámbulos.

Él asintió estudiándola.

—¿Segura no te apetece nada de beber?

—Estoy bien, gracias...—dijo sin evitar fijarse en los pies descalzos de Chase. Le parecieron muy masculinos y con las uñas bien cuidadas. Una sorpresa, pues en general los hombres solían darle poca importancia (ella no entendía el por qué) a ese tipo de detalles que eran esenciales y nada tenían que ver con la vanidad.

—Puedes acomodarte en el sofá y dejar la chaqueta en esa puerta que ves a tu izquierda que es el guardarropa, lo acabo de descubrir esta mañana. Espero que mis modales no te parezcan de la edad de piedra, el ser anfitrión no es mi fuerte, puedes preguntarle a cualquiera. —Ella se rio, y la ligera tensión se disipó un poco—. Si lo necesitas, el cuarto de aseo está al final del pasillo de tu derecha. La segunda puerta.

—Vale, gracias...

Él fue hasta la cocina, abrió el frigorífico y sacó una cerveza. Todavía le quedaba por hacer la compra para llenar todos los anaqueles con las latas de comida, además de surtir el frigorífico con carnes y vegetales. Solía almorzar en la cafetería del estadio, porque ya conocían su dieta habitual, pero una de las cosas que aprendió de pequeño era a cocinar, así que cuando le daba pereza conducir o llamar a Pils para ir a algún sitio, él mismo preparaba su dieta. Consideró la posibilidad de contratar a un chef, sin embargo, él disfrutaba su privacidad y tener una persona invadiendo su espacio, por más de que no estuviese todo el tiempo en la casa, lo ponía algo neurótico.

Con botella en mano volvió a la sala. Le gustó ver que Alicia estaba cómodamente sentada, y leía el Chicago Tribune. Leer el periódico de la forma tradicional era una de las pequeñas cosas rutinarias de las que Chase disfrutaba. Le fascinaba la tecnología, aunque el gusto táctil del periódico no era equiparable, así como tampoco lo era el aroma de un buen libro en las manos.

—¿Qué es lo que quieres comentarme? —preguntó bebiendo dos tragos. Dejó la botella a un lado, y se acomodó para mirar el perfil de Alicia. Por lo general, ella jamás rehuía su mirada—. Me tienes intrigado.

Con una profunda respiración, ella giró ligeramente su torso hacia él. Chase llevaba una camiseta negra con cuello en V que se le ajustaba al cuerpo para crear un pecado visual. El jean descolorido cubría cada músculo como si hubiese sido diseñado solo pensando en él. Si a eso le añadía el toque desordenado del espeso cabello castaño oscuro, algo húmedo, y el aroma del jabón masculino, el cuadro resultaba tentador.

—Es un asunto de trabajo —dijo sonriendo con cautela—. Y no lo traería a colación si no fuese porque te incumbe de una manera, digamos, muy personal. —Él enarcó una ceja. Todavía tenía un ligero moretón debido a la pelea, pero el labio ya estaba bastante bien—. No es una decisión que pueda exigirte que aceptes, te anticipo, aunque sí me gustaría que la consideres desde un punto de vista positivo.

Chase acortó la distancia en el sofá, hasta que su muslo estuvo contra el de Alicia, le apartó el cabello del rostro y le tomó la mejilla derecha con la palma de la mano. Ella se sorprendió por el gesto, pero no lo rechazó; elevó la mirada.

—¿Qué ocurre? Sé que el trabajo con el asunto del bar resultó muy bien. Al menos no he tenido que ir a la oficina del gerente de comunicación —sonrió—, y ese es un gran avance.

—Yo quería hablarte casualmente de la fotografía...

La intimidad que reinaba entre los dos se fusionaba con la incertidumbre y el deseo. La casa los aislaba por entero haciéndolos más conscientes el uno del otro.

—¿Qué hay con eso? Tu rostro es inidentificable, porque la toma está pixelada. El punto de interés, menos mal, no eras tú. Y los rumores de mi vida privada parecen siempre saltar de un modo u otro a la palestra pública —dijo esto último con resignada frustración—. La mayor parte de lo que dicen son mentiras, así que eso no es algo que pueda preocuparle a la gente de mi equipo. Y sé que a ti tampoco.

—Lo sé...

—¿Entonces, cuál es el problema? —le preguntó dejándose capturar por la sincera preocupación que notaba en esos ojos verdes.

—Mi tarea es procurar que las especulaciones sobre tu vida amorosa no opaquen noticias que queremos resaltar: tu carrera y los Warriors. —Se puso

de pie. Chase se inclinó hacia adelante en el sofá y colocó los codos sobre las rodillas, sin perder detalle de los movimientos femeninos. Le gustaba la combinación entre grácil e imperturbable que Alicia conseguía sin esfuerzo—. Mi jefa entró a mi despacho el día en que te comenté que tenía algo importante que decirte en persona, y tú estabas complicado de tiempo debido al cambio de casa —se aclaró la garganta—, Kathrina me dejó claro que quería resultados.

Chase se frotó el puente de la nariz.

—Los diste, Alicia, ¿qué espera ella, que seas la nueva reina del control? Apenas empezamos este proceso... Tal vez sea mejor que tenga unas palabras con tu jefa. No me gusta que me den instrucciones, las acepto a regañadientes porque el objetivo final concuerda con mi única motivación de vida: jugar hockey profesional durante varios años más con un buen contrato de por medio. La presión mental a la que estoy sometido es suficiente, y sumarle la que tú ejerces en lo que respecta a mis actividades extracurriculares es bastante. Prefiero tener unas palabras con tu jefa y dejarle claro que no soy una marioneta, y tú no eres una ejecutiva sin criterio.

Ella se aclaró la garganta, porque la confianza que él demostraba hacia su trabajo y capacidad la dejaba sorprendida.

—No necesito un defensor, Chase, pero gracias por el voto de confianza.

—¿Acaso crees que no he leído tu trayectoria, Alicia?

—Yo...

—No subestimes mi capacidad de análisis ni interés cuando de mi futuro se trata. Si no hubiera considerado que tenías las habilidades profesionales para hacer un buen trabajo yo mismo hubiera hablado con McTavish para que despidiesen a Push Fire y le hubiese ofrecido mi compromiso de acceder a los lineamientos que necesitaban, bajo mis condiciones claro, con otra agencia. Te sugiero que no subestimes mi fuerza de voluntad para cumplir un propósito fuera del hielo.

Desde su altura miró a Chase, que continuaba en el sofá.

—Mi jefa me exigió que te propusiera, durante estos meses, fingir que somos una pareja ante la opinión pública.

—¿A qué responde esta loca idea? —preguntó incorporándose. Agarró a Alicia del codo con firme suavidad para que lo mirase—. Explícame.

Ella soltó un suspiro y dejó caer los brazos a un lado. El toque de Chase la desconcentraba. No quería tenerlo demasiado cerca, al menos no, mientras tenían temas importantes que tratar. Por razones obvias, la consolaba que él no

hubiera hecho una indagación profunda de su vida, sino solo de su perfil profesional en la página web de la agencia. Sabía que no tardaría en enterarse de su romance con Yves, aunque eso la tenía sin cuidado porque ya había pasado demasiado tiempo desde entonces. Lo que sí la mortificaría sería que Chase supiera de su padre. Y ni siquiera lograba entender el por qué, pues ella no era la delincuente ni estafadora.

—Si la prensa rosa cree que estás conmigo, entonces podrán fastidiar a gusto, pero siempre tendré yo la voz cantante en lo que puedo o no decir sin cometer equivocaciones que den pie a murmuraciones innecesarias. Cuidaré tu privacidad de esa manera y podrás concentrarte en lo que de verdad vale la pena. Así todo se enfocará en lo que hagas en la pista y con tu equipo de hockey —dijo con convicción.

Él inclinó la cabeza un poco hacia la izquierda, estudiándola.

—Con ese contexto, entonces no está tan salido de tono el plan de Kathrina.

Alicia hizo una mueca. Chase era un hombre que prefería que lo dejaran en paz, y no solía tener vínculos sentimentales duraderos. No tenía que tener un IQ de 180 para deducirlo o crear una teoría extraordinaria para sacar conclusiones.

—Sé que no te gusta estar atado a nadie, lo comprendo —dijo—. Sé también que tienes necesidades físicas —carraspeó—, pero si accedes a este plan, lo que hagas o no con tus amantes carecerá de importancia siempre y cuando seas discreto. Y por `discreto` me refiero a que las hagas firmar un NDA.

Chase soltó una carcajada.

—No ha sido un chiste —dijo, enfadada. Solía ser muy frontal cuando deseaba algo en un hombre, pero la situación aquí era atípica y se sentía fuera de lugar—. La idea no fue mía, y este escenario cambia todo. —Él tan solo la miró todavía con la risa bailándole en los labios—. ¿Me explico?

Chase colocó las manos sobre los hombros de Alicia, le acarició con los pulgares la piel desnuda que la tela violeta de los tirantes no cubría. Ella se estremeció; mantuvo el contacto visual.

—Primero, no estoy interesado en otra mujer, porque la única que quiero en mi cama está aquí —comentó Chase, ella se sonrojó—. Sé que necesitas que te lo reitere para estar segura, así que no me molesta repetirme. No voy a acostarme con otra persona, mientras esté contigo. Eso va en doble vía, y tú lo aceptaste también. —Ella se mordió el labio inferior—. Ahora, Alicia, ¿una sola noche contigo? —se rio con suavidad—, ya sabemos que eso carece de

coherencia. No intentes hacerme creer que el beso del otro día no te afectó; ni que la cercanía entre los dos es combustión pura. Tampoco te engañes creyendo que este nuevo escenario te permitirá alejarte de la certeza de que terminaremos juntos una o varias noches. —Alicia iba a decir algo, pero se lo pensó mejor y cerró la boca—. La petición de tu jefa tan solo ayuda a la causa, sin crear inconvenientes de discreción ante los ojos de quienes trabajan contigo. ¿Existe alguien más que sepa sobre la propuesta? —preguntó Chase.

Ella se frotó, de forma breve, la nuca con nerviosismo.

—No, no. Kathrina puede ser un poco cretina, pero jamás comprometería la reputación de su propio grupo de ejecutivos entre sí o ante otros.

Chase asintió.

—¿Qué hay de tus compañeros de equipo? —preguntó ella refiriéndose a los demás jugadores de hockey.

—¿Qué con ellos?

—Quiero saber si tengo que preocuparme de algo en lo que respecta a su capacidad de mantenerse lejos de los cotilleos y evitarnos problemas...

—Lo único que buscamos es ganar, ayudarnos y apoyarnos, lo que hagamos en privado se queda guardado. Los cotilleos que dañen a los demás están prohibidos por un pacto implícito en todo equipo que aprecie la buena relación de trabajo, y en nuestro caso, somos también una familia. No tienes que preocuparte, porque la causa es la única que cuenta.

Ella aspiró el aroma masculino tan propia, entremezclado con la colonia que Chase utilizaba siempre. No sabía cuál era la marca, y tampoco iba a preguntársela, pero si lograba identificarla en una perfumería no dudaría en pedir una muestra gratis. Así de patética era la situación. O quizá solo era falta de sexo.

—¿Cuál sería esa causa? —le preguntó Alicia.

—Explorar el deseo que existe entre los dos —dijo con una sonrisa pícaro.

—Tres meses... —dijo en voz baja, pero no necesitaba hablar demasiado alto, porque estaban solos—. Pueden suceder demasiadas cosas en este tiempo...

—Sí, y también en un minuto, Alicia. Es una ganancia para los dos desde cualquier punto de vista —dijo esbozando una sonrisa.

—Quiero ser muy frontal —dijo con seriedad—. ¿No tienes problema en fingir que somos una pareja durante el tiempo que dure este proceso, hasta el día en que debas sentarte con los ejecutivos del equipo a dialogar sobre el estado de tu contrato con los Chicago Warriors?

—Es correcto —replicó él.

—Sin importar lo que pueda o no suceder a nivel personal entre ambos, no implica que vaya a endulzar los informes que debo enviarle periódicamente a Garnett McTavish sobre lo que hacemos como parte de la agenda laboral. ¿Lo llevas claro, verdad? Esto es indispensable.

Chase cambió la expresión tranquila por una casi ofendida. Hizo una mueca.

—No te respetaría como profesional si considerase que fueses capaz de permitir que tus emociones influyeran un proyecto que es importante para ti, y para mí. Solo espero la más honesta opinión en todo lo que trabajemos —aseveró con firmeza.

Ella arrugó la nariz. Tenía unas cuantas pecas que, a diferencia de otras mujeres, le gustaban, así que no se molestaba en cubrirselas con maquillaje.

Cada que conversaba con Chase, lograba encontrar más que un simple caparazón bonito con millones de dólares en la cuenta bancaria. El estereotipo del atleta profesional que tenía mucho músculo y poco cerebro, no aplicaba. Aquello le generaba curiosidad por saber más de él. Era peligroso intentar conocerlo en profundidad, pero al menos poseía la certeza de que ese vínculo tenía fecha de caducidad y no involucraba el corazón.

—De acuerdo, gracias por tener una elevada opinión de mí. Ahora, ¿hay algo más que quieras agregar o comentar?

Él sonrió y agarró a Alicia de la cintura. Por simple acto reflejo, ella colocó sus manos sobre los pectorales para sostenerse ante el impacto de sus cuerpos.

—Contigo no tengo que pretender, llévalo claro: me gustas y te deseo. Puedes decirle a tu jefa que es una ficción si es lo que ella quiere escuchar, pero, entre tú y yo, sabemos la verdad. Voy a aprovechar cada oportunidad para ser muy convincente, en público, de que estamos juntos.

—Las indiscreciones están fuera de sitio —zanjó.

A ella le hubiera gustado saber si el eco de las palpitaciones de su corazón se podían escuchar en la casa. Su sistema circulatorio nunca había estado trabajando más a toda máquina como en ese instante.

—Lo que haga en la intimidad contigo se queda entre ambos. No soy exhibicionista —le hizo un guiño—. Además, solo tengo que conseguir que me mires de cierta forma, Alicia, y así tú serás convincente también... Al fin y al cabo estamos los dos en esta peculiar estrategia temporal de relaciones públicas.

Alicia quería besarlo como no recordaba haber anhelado algo en mucho tiempo. Solo el recuerdo del beso en el hotel era suficiente para que empezara a imaginar escenarios sexuales con Chase en los momentos menos apropiados. «Lo que diría Maya cuando supiera todo este embrollo.»

—¿Y cómo piensas hacer eso? —le preguntó.

Le gustaba escuchar sus respuestas, atrevidas a ratos, asertivas en otros, pero en general, le agradaba que el discurso de Chase siempre estaba marcado por una franja de sinceridad. Esto último, tal vez, se debía a que poco o nada le importaba lo que dijese los demás, salvo que tuviera que ver con su desempeño como atleta profesional. Él conseguía hacerle perder la capacidad para recordar todos los motivos por los cuales acostarse juntos no era el mejor plan.

Chase era la imagen de lo prohibido; la tentación de la que ella solía huir, porque prefería desembarcar en puertos seguros y en esta ocasión no existía un punto de retorno una vez que el ancla se elevase sobre la correntosa agua que los rodeaba. Las carreras profesionales de ambos estaban al otro lado de la orilla y si no sabían navegar con sigilo en medio de la situación, los dos perderían. Se habían convertido, sin pensarlo o desearlo, en un equipo que remaba hacia el mismo destino. Y ese destino incluía sexo y pasión. Chase era la receta perfecta para el desastre, sin embargo, ¿cuándo una mujer había rechazado la posibilidad de una aventura que podría ser única y fugaz? Alicia no quería ser la primera ni la última de la lista.

—Oh, no esperarás que te lo diga con palabras —contestó.

La voz de Chase vibraba con la exquisita melodía de una cascada en pleno bosque, y ella era la única invitada al espectáculo que calmaba sus sentidos, causaba cosquilleos en su piel y despertaba la imaginación sobre las tonalidades, la fuerza y cadencia que podría conocer a través de él. Le gustaba sentirlo cerca, y esa revelación resultaba un embrollo, en especial después del peso de las murmuraciones maliciosas durante su vida en Seattle.

—Dilo como te parezca más elocuente —replicó ella sin cortarse.

La boca de Chase se amplió con lentitud en una sensual sonrisa.

—Alicia —le dijo poniendo el índice sobre los labios pintados de rosa—, no pienses demasiado. Me comportaré en público, pero en privado pienso aprovechar al máximo este acuerdo —murmuró subiendo las manos por la cintura hasta dejar los dedos justo en la parte baja de los pechos.

—Hoy solo vine a...

—¿Tienes que atender alguna actividad ahora mismo? —le preguntó,

interrumpiéndola, con la boca muy cerca de esos labios ligeramente entreabiertos.

—No, pero...

—Entonces no hay prisas. ¿No es acaso una magnífica coincidencia que yo también tenga el resto del día despejado? —preguntó, aunque no esperaba respuesta.

Las neuronas de Alicia habían desactivado el modo 'precaución'.

Cuando la boca de Chase se cerró sobre la suya, abrió los labios para recibir la cálida invasión y salió al encuentro de la pasión que encendía sus sentidos. La oleada de deseo barrió su inhibición, dejándola tan solo con la descarnada necesidad de satisfacer el palpitante anhelo.

Él deseaba que Alicia perdiese el control; que se dejara llevar sin restricciones. Le gustaba que la calidez de la deliciosa forma femenina amoldándose a la suya. Devorar esa boca era una experiencia en sí misma, le encantaba su sabor. Intensificó el beso, pero no era suficiente. No con Alicia.

—Quiero tenerte para mí el resto de la tarde —le dijo agarrándola de las nalgas, las apretó con ansias—. Te necesito ahora —continuó, y empezó a mordisquearle los labios—, y quiero saber si quieres lo mismo. No hay vuelta atrás.

—Sí... —susurró Alicia, y él la impulsó hacia arriba para que enlazara las piernas alrededor de su cintura—. Te necesito también, Chase.

Él sonrió contra la boca femenina.

—No te voy a dejar caer —le aseguró cuando empezó a subir las escaleras con ella en brazos. Alicia aferró sus manos al cuello de Chase. Lo podía sentir, a través de la tela del vestido, la erección. Quería tocarlo y probarlo. Deseaba tenerlo en su interior, ensanchándola y llenándola con fuerza, sin restricciones. No necesitaba un amante suave ni delicado en ese instante. Lo que quería era la intensa sexualidad en su espectro más primitivo.

—Lo sé —murmuró una vez que Chase alcanzó la puerta de la master suite. No se molestó en cerrarla. Nadie iba a interrumpirlos.

Colocó a Alicia sobre el colchón de sábanas grises, y continuó besándola. Sus narices se rozaban, sus cuerpos creaban fricción, y ambos eran conscientes de que con un breve esfuerzo se correrían juntos con rapidez, estando vestidos. ¿Qué tal con eso?, pensó Alicia, perdida en las sensaciones de tener a Chase haciéndola sentir sexy. No se consideraba una mujer pusilánime que requería de la aprobación de un hombre para saberse bella, y eso no equivalía a dejar de sentirse halagada cuando alguien del sexo

opuesto, como Chase, la deseaba tanto.

Alicia gimió, enterrando los dedos en los cabellos de Chase, mientras los besos conseguían hacerla sentir como si estuviese derritiéndose, fundiéndose con ese hombre tan sexual y hermoso. Una oleada de adrenalina la invadió por completo, recorriéndole cada terminación de su cuerpo con brío. No le interesaba pensar en temas o situaciones que no tuviesen que ver con las emociones que experimentaba en ese momento, sumergiéndola en un perfecto océano de lujuria.

Le ayudó a Chase a quitarse la camisa, y luego lo miró extasiada. La piel bronceada la invitaba a probarla. Tenía las abdominales definidas y ella las recorrió con las yemas de los dedos, y marcó el camino de ligero vello que llegaba hasta el elástico del pantalón. Sonrió, mirándolo.

—Estás muy vestida todavía —dijo él, y le quitó los zapatos, lanzándolos a un lado. Le recorrió las piernas con las manos, disfrutando la tersura de la piel, y al mismo tiempo subió la falda del vestido. Cuando llegó hasta las bragas, la miró con sensualidad—. Ah, qué interesante. Bragas de seda negra. ¿Preparada para mí?

Ella se rio.

—Eres muy presumido. Me visto para mí, pero me alegro que disfrutes mi buen gusto por la ropa interior —replicó.

—Mmm...

Las manos de Chase fueron hasta la parte de atrás y agarraron las redondeces de los glúteos. Introdujo las manos en el elástico y empezó a deslizar la prenda hacia abajo. En ningún momento dejó de mirar las expresiones que iban cruzando por el rostro femenino; sorpresa, anhelo, pasión... Le gustaban todas.

La dejó desnuda de la cintura hacia abajo, y se arrodilló entre sus piernas; las separó para exponer sus secretos ante él. Alicia no lo detuvo, porque moría por saber lo que Chase haría a continuación.

—Tu sexo es lo más erótico que he visto —le dijo Chase—, tan brillante de deseo —le acarició la humedad suavemente y ella movió la pelvis, pidiendo algo más que solo ese roce—, tan sensible. —Le sonrió antes de quitarse el pantalón y dejarlo a un lado.

—No es justo, yo estoy casi desnuda —protestó señalando el bulto que presionaba contra el bóxer—, quiero verte, Chase. —Se incorporó un poco sobre los codos, mirándolo con decisión—. Desnúdate.

Él esbozó una sonrisa complacida.

—Ah, ya veo que sí eres mandona en la cama —le dijo, y ella se sonrojó—. Me gusta que sepas lo que quieres. —Se quitó el bóxer y Alicia lo miró, atónita—. ¿A gusto con lo que observas? —preguntó enarcando una ceja.

Ella admiró ese cuerpo desnudo con éxtasis. El hombre debería estar en los museos griegos y romanos. Claro que era deportista, y todos esos músculos definidos debían sus estructuras al ejercicio, pero era el paquete al completo lo que conseguía revolucionar sus neuronas.

—Errr... Sé que el cuerpo femenino puede ajustarse a un miembro viril, pero Chase... Eres muy grande... —se mordió el labio, y lo miró. Con cautela se incorporó hasta quedar de rodillas, y Chase se acercó e imitó la postura. El fuego que expedían las miradas de ambos podían crear una combustión inmediata.

El miembro viril vibró, y Alicia notó que las venas que lo rodeaban eran tenues salvo por una en particular que instaba a deslizar la lengua para probar la velocidad con la que corría la sangre en ella. Imaginaba que, debido a que Chase solía posar para una marca de ropa interior, estaba por completo depilado. Y eso conseguía que todo se viese mucho más grande. De cualquier forma, estaba segura, la impresión de ese miembro viril no cambiaría. El glande brillaba, y Alicia consideró que jamás había visto algo tan glorioso. Se sentía exultante, porque era la causante de ese efecto.

—Te tomaré despacio, poco a poco —le susurró, mientras la ayudaba a quitarse el vestido por la cabeza. El sujetador era de seda negra también, transparente, y los pezones erectos parecían pedir a gritos su atención. Él agarró el broche central y abrió la prenda. Los pechos se dejaron ver en su espectacular forma; eran grandes y las areolas rosadas; tenían la caída de dos gotas de agua; naturales y perfectos para él—. Me encantas —confesó inclinándose para llevarse un pezón a la boca.

—Oh... —murmuró Alicia, mientras sentía cómo le succionaba con atención cada uno de sus pezones, al tiempo que los dedos de Chase acariciaban su humedad.

Agarró el miembro de Chase y empezó a masturbarlo, de arriba abajo, con el mismo ritmo que él estaba masturbándola a ella. Sostener la portentosa virilidad, y sentir cómo cibraba bajo sus dedos era muy estimulante.

—Tus pechos me encantan —le dijo antes de lamer con detenimiento cada uno, sin dejar de mover sus dedos en la entrada femenina. Apartó un breve instante la cabeza para mirarla y sonreírle con malicia, Alicia tenía los labios entreabiertos y a medida que masturbaba a Chase sus pechos oscilaban,

y él aprovechaba la ocasión para devorárselos sin restricción. Los lamió, chupó y mordisqueó. Creía que podría pasar horas acariciándolos sin cansarse —. Si continúas tocándome, no voy a hacer lo que deseo, Alicia... —la penetró con un dedo y ella echó la cabeza hacia atrás—, y prefiero atenderte primero.

Todos los prejuicios que podía tener sobre él se desvanecieron. ¿Egoísta? Imposible. Ningún hombre que se preocupaba primero por el placer de su amante lo sería. Ella tenía curiosidad sobre los tatuajes de Chase, y quería preguntarle al respecto. Sin embargo, de momento, prefería quedarse con la intriga y pretender que apenas los notaba. Lo que sí podía decir es que el arte era hermoso, los detalles intrincados y había un nombre tatuado entre espinas que no podía leer muy bien. Entre tratar de concentrarse en su propio placer, y descifrar los tatuajes prefería lo primero.

—Oh, Chase, tú... —susurró cuando él adicionó un dedo en su interior, y empezó a acariciarla, yendo más adentro, frotándole con el pulgar el clítoris mientras sus dedos la penetraban una y otra vez—. Voy a...

—Córrete —le dijo agitando su mano con velocidad. Cuando sintió cómo las paredes íntimas succionaban sus dedos, Chase se inclinó para morder uno y otro pezón con fuerza. Haló los hinchidos botones con los dientes, sin lastimarla, y ella soltó un grito de placer clavándole las uñas sobre los hombros para no perder el equilibrio—. Déjate ir...

Alicia no quería que esa boca ni esas manos dejaran de tocar la melodía del placer tan diestramente. Cuando el orgasmo barrió sus fuerzas, apoyó la cabeza en el pecho de Chase. Él ralentizó las caricias de sus dedos, y su boca le besó el cuello. Su pene continuaba muy erecto; el nivel de deseo era tan grande que casi le dolía. Solo ella era capaz de aliviarlo, pero no quería ir con prisas.

—Quiero probarte, Alicia, por entero —le dijo después de un largo instante.

Ella apartó con suavidad el rostro del torso masculino, y fijo su atención en las facciones cinceladas con mimo por los ángeles pícaros del firmamento. Chase reparó en cada detalle. Alicia estaba sonrojada, con los labios inflamados, y cada parte de su piel tenía huellas de un rosa intenso a causa de las caricias. Él, la había marcado. La sensación de júbilo no podía compararse con otros momentos, con otras mujeres, y resultaba tan primitivo como honesto.

—Chase... Eso fue... —susurró inclinándose para besarlo en los labios, y

al notar las marcas que había dejado en los hombros con las uñas frunció el ceño—. Oh, ¿te lastimé?

—No tanto como el hecho de que continúo deseándote con una fuerza que no soy capaz de contener por más tiempo —le dijo sonriéndole, y devolviéndole el beso de forma lenta, pero muy posesiva.

La saboreó con intensidad y exploró su boca. Poco a poco fue inclinándose sobre ella hasta que Alicia quedó acostada y él, encima. La tocó, agarró con firmeza la carne tersa, apretó los pechos con ímpetu, la besó con locura y se perdió en las sensaciones, porque ella era recíproca. Le gustaba que fuera impetuosa en la cama, no se cortaba; tomaba y entregaba a partes iguales. Ambos gemían sin control, moviéndose entre las sábanas, agarrándose los cabellos con desenfreno, mientras se besaban con desparpajo, diciéndose lo que sentían a medida que se exploraban.

—¿Lista para mí? —le preguntó al cabo de un rato, apartándole con la mano los cabellos de la frente perlada de sudor.

Podía pasar largo rato besándola, pero anhelaba anclararse en lo más profundo de su pasadizo húmedo y cálido. Quería ensancharla y clamar su conquista, aunque estaba seguro de que, en esta ocasión, el que había sido conquistado por el deseo y asombro, era él.

—Sí, ahora, Chase —exigió elevando la pelvis—. Estoy tomando la píldora. Hace mucho que... —se aclaró la garganta—, no hay riesgo. Jamás he permitido a nadie que me tome sin un preservativo, pero... —cerró los ojos—, confío en ti. —Y no estaba mintiendo al decírselo a los ojos—. Por más absurdo que parezca, lo hago.

Él asintió.

—Me hago exámenes periódicos, y no he estado con nadie desde hace varias semanas. Eso no es habitual, pero tengo otros intereses ahora. —Ella sonrió—. Algo en ti es diferente... Gracias por confiar en mí...

Ella sonrió con súbita timidez.

—Sé que jamás harías algo para perjudicarme. Puedes ser un cretino —él soltó una sonora carcajada—, pero tienes suficiente honor en un escenario como este.

—Ahora que estamos muy claros, separa esas torneadas piernas para mí y termina con esta frustración sexual que llevo desde el día en que te conocí —le pidió al oído antes de apoyarse en el colchón para darle un poco de espacio y no agobiarla con su peso. Le acarició el sexo con la mano, y al notar que continuaba muy húmeda sabía que se deslizaría con facilidad en su interior.

—Bésame —le dijo. Abrió los muslos para que él pudiera ubicarse en su entrada. Lo acarició con la mano antes de ayudarlo a posicionarse en el vértice de su vulva. Con el glande a punto de sumergirse en ella, Alicia elevó la mirada. Le tocó la ceja lastimada, y después recorrió las facciones del rostro; le agarró las mejillas con ambas manos y lo acercó—. Bésame, y tómame —le susurró moviendo la pelvis hasta que la punta roma entró parcialmente.

—Tus deseos son órdenes —le hizo un guiño antes de introducir solo unos centímetros más de su miembro en el suave canal.

Ella agitó las caderas de nuevo, y el brillo oscuro en la mirada de Chase destelló con perverso placer. La tenía en donde deseaba: dispuesta, a su merced y con un nivel sexual que se equiparaba al suyo.

—Demonios, Chase, tómame ahora... —murmuró entre dientes antes de, con una sonrisa triunfante, él la penetrara por completo con una sola embestida. Arqueó la espalda, mientras su cuerpo se ajustaba a la invasión.

—Estás tan apretada... —dijo jadeando, y empezó a moverse, mirándola, besándola. Los pechos de Alicia se movían contra su torso al compás de la agitada respiración de ambos, y el agitado vaivé de sus cuerpos.

—Sí... Mmm... —gimoteó Alicia consciente de que estaba empapada, y tan ansiosa, como él, de perderse en la laberíntica misión de liberar sus deseos hasta alcanzar el clímax.

—Eso es, cariño, muévete conmigo... Sí, así, Alicia...—jadeó moviéndose con ritmo, presionando, tentando. A ratos le mordisqueaba la boca, para después bajar la cabeza hasta capturar uno de esos exquisitos pechos y succionarlos.

—Chase, más rápido...—Ella le rodeó las caderas con sus piernas, y con los talones en las nalgas de Chase lo instó a que llegase más profundamente en su interior. El sonido de la fricción de sus cuerpos, la forma en que gemían, era lo único que acompañaba al impacto que estaban creando mutuamente—. Sí... Así... —murmuró entre sonidos incoherentes.

Girando las caderas, ensanchándola y llenándola por entero, Chase ondeó la pelvis hasta que su cuerpo no pudo resistirlo. Quería ver la expresión de ella. Necesitaba saber que estaban en la misma frecuencia. Con otras mujeres jamás le importó, pero la mujer que estaba volviéndolo loco en ese instante era la excepción. Su cerebro no podía registrar más información, porque su atención estaba centrada en dar y recibir el placer máximo para los dos.

—Mírame, Alicia —la instó con la frente perlada en sudor—, mírame

cuando alcances el orgasmo...

—Yo... Ah... —balbuceó tratando de mantener sus ojos conectados a los de Chase. Le arañó la espalda con las uñas cuando el placer la zarandeó sin piedad.

Un gemido intenso y gutural lo acompañó, casi al mismo instante que a ella, mientras se vertía en el interior femenino. Ella podía ejercer presión para apretarse más alrededor del miembro viril, y así lo hacía porque la expresión de torturado placer en Chase resultaba un estímulo para su propio deseo. Alicia tembló y dejó que su cuerpo poco a poco se relajara. Nunca había experimentado un deleite similar, y la conexión que sentía con Chase había sido muy poderosa. Debía recordarse, para su sanidad mental, que esa experiencia tenía fecha de caducidad, pero podía ser difícil mantener ese objetivo en mente cuando estaban desnudos y vulnerables.

—Alicia —le dijo al cabo de un rato, todavía unidos íntimamente, tomándole el rostro entre las manos—, eres un encanto en la cama. —Con facilidad, la colocó sobre él—. Tu cuerpo es un oasis natural.

Alicia le sonrió.

—Tú no has estado nada mal, además tu cuerpo creo que puede apreciarse sin causar mucho lío —dijo riéndose cuando él le dio una palmada en el trasero. Con las manos apoyadas sobre el pecho de Chase, sus cuerpos desnudos piel con piel, no podía pensar en un mejor sitio para estar.

Intentaba encontrar los motivos para escapar de esa cama, y no los hallaba, así como tampoco hallaba razones para arrepentirse. Estaba convencida de que, si pudiese retroceder el tiempo, se habría acostado con él de nuevo. Nadie la había hecho sentirse sexy, hasta el punto de mostrarse confiada en sus instintos sexuales. Era consciente de que Chase tenía más experiencia, pero en ningún instante sintió inseguridad. Quizá tenía mucho que ver con la forma en que la tocaba, casi reverencialmente, y la manera en que la miraba, como si fuese la única mujer que de verdad le importaba. La hacía sentir especial, y allí radicaba la magia de Chase. Una magia peligrosa, porque con una pequeña muestra podía convertirse en una adicción.

—Estás muy callada, ¿todo bien? —le preguntó acariciándole la espalda. En otra circunstancia, ya se habría vestido y estaría ignorando a su amante de turno. Imaginaba que la certeza de que estaría tres meses con Alicia era un factor diferenciador, así como la mujer en sí misma.

—Solo no esperaba algo así... —murmuró, y después sonrió—. Por lo general no tengo aventuras sexuales...

Chase frunció el ceño.

—¿Te arrepientes?

Ella lo miró con seriedad.

—No, Chase. Tomé la decisión a conciencia.

Él asintió, después le tomó el mentón con los dedos.

—Voy a darme una ducha... ¿Me acompañas? —le preguntó.

Alicia vio el destello de malicia en esa expresión de Chase.

—Me parece que hay una idea implícita en esa propuesta —le dijo juguetona, mientras ambos se incorporaban de la cama. Chase avanzó hacia el cuarto de baño, y Alicia se deleitó con esas nalgas perfectas; darles un mordisco estaba en su lista de la tarde. «El baño será perfecto», pensó—. Pero, ¿sabes qué? Un baño suena genial —dijo riéndose cuando él la tomó para besarla profunda y largamente, al tiempo que ambos se metían en la ducha y la fuerza del agua caía sobre ellos.

Pasó un largo rato, sin que el baño hubiera sido la actividad principal, cuando ambos salieron con toallas rodeándoles el cuerpo. Saciados y con una sonrisa en el rostro, Chase llevó a Alicia a la cama.

Ella no sabía qué hacer o qué decir. Ignoraba cuál era el siguiente paso. No sabría si acaso debía agarrar su ropa e irse o no hablarle hasta el siguiente día y solo en lo relacionado a temas de trabajo. Dormir con alguien en plena tarde, sin más, no era su modus operandi, menos si no existía una relación sentimental de por medio, y si la persona en cuestión era su proyecto profesional decisivo para ascender en su carrera. Lo que había ocurrido con Chase era de lo más inusual.

—Hey... —dijo él, como si pudiera sentir la súbita tensión—. Di lo que tengas que decir, Alicia.

—No sé a qué te refieres.

—Frunciste el ceño como lo haces cuando te sientes frustrada con algo. — Ella abrió los ojos de par en par, confusa—. Te dije que soy bueno leyendo el lenguaje corporal de las personas. Y ahora he aprendido más sobre el tuyo — le hizo un guiño.

Ella soltó la respiración con suavidad.

—¿Qué debería hacer ahora? ¿Irme? —preguntó sin temor de parecer inadecuada—. ¿Llamarte mañana para la sesión de fotos de la marca Hermès, y acompañarte al hospital de niños que sufren problemas renales?

—Si fueras otra mujer, sí. Aunque de seguro eres la primera que tiene ese tipo de actividades conmigo —dijo tratando de ser gracioso.

—¿Quieres convencerme de que soy especial, cuando eres considerado el soltero de oro de Chicago?

Él se rio sin humor.

—Las mujeres quieren salir conmigo por el estatus que representa en sus cuentas bancarias, y por los tratos especiales en ciertas tiendas de lujo. Al menos, tú y yo, sabemos que la química sexual va acompañada de un mutuo interés profesional. No hay nada escondido en tus intenciones.

—¿En las tuyas sí? —preguntó riéndose cuando Chase se colocó sobre ella.

—Te demostraré que no —dijo apartando la toalla para dejarla desnuda. El cuerpo de Alicia era un mapa exquisito que él quería recorrer una y otra vez —. ¿Por dónde empiezo?

—Chase... —susurró, complacida y excitada de nuevo.

Antes de que la acomodase para probar su sexo con la boca, el teléfono de Alicia empezó a sonar. Se miraron como si recién fuesen conscientes que ese era un día como cualquier otro, y ella podía recibir llamadas repentinas de trabajo. Con agilidad, él se apartó de la cama y buscó el teléfono para entregárselo.

La forma en que Chase la devoraba con la mirada no iba a ayudarla a concentrarse en esa llamada. Ella agarró la sábana para ponérsela sobre los pechos. El nombre de su jefa era el que estaba en la pantalla del iPhone.

—Kathrina, ¿qué ocurre? —preguntó. No era su día libre, pero ya se había encargado de todos los pendientes para esa jornada. Después de la directriz que le dio sobre Chase, su jefa le comentó que solo la llamaría en una eventual emergencia. «Al parecer, ahora iba a enterarse de una.»

Chase, muy cómodo con su desnudez, se sentó de regreso en la cama junto a Alicia. Aprovechó para contemplarla mientras ella hablaba por teléfono. Le gustaba cómo, de un momento a otro, la seriedad se convertía en pasión, y la pasión en una exquisita pérdida de la mundana conciencia, si esta no tenía nada que ver con el placer.

La piel de Alicia era exquisita. Las uñas, cuidadas con mimo, de los pies llevaban un color entre rojo vino y cereza. Él no era muy bueno diferenciando tonalidades, pero sí sabía cuando una mujer se preocupaba de sí misma; no era vanidad, estaba consciente, sino un asunto de autoestima.

Durante la ducha que se habían dado, él aprovechó para hacer algo más que deleitarse con la boca adictiva de Alicia. Después de enjabonarse, acariciarse y lavarse mutuamente, le había pedido que apoyara ambas manos en la pared y le diese la espalda. Luego, la instó a separar las piernas. Él se acomodó en el

descansillo que tenía su inmensa tina de baño con el rostro en el vértice del sexo de Alicia; ella podía observarlo desde esa postura con facilidad, y él, con solo elevar ambas palmas de las manos, podía acariciar y estrujar esos magníficos pechos a gusto.

Por un largo rato disfrutó paladeando el clítoris de Alicia; se embriagó de su aroma; los gemidos, mientras le agarraba los senos, lo enloquecieron. Su boca succionó cada rincón del sexo femenino; su lengua lamió y presionó cada terminación nerviosa hasta que ella se corrió en su rostro. Él la continuó chupando y acariciando hasta que se calmó. Sin permitir apartarse las manos de la pared, Chase la había tomado desde atrás, penetrando la carne sensible. Con varias embestidas, sintiéndose profundamente anclado esa suavidad, succionado por ese guante cálido y estrecho, Chase la impulsó hacia otro orgasmo, y él se unió al clímax rápidamente. Después la giró y empezó a besarla con suavidad hasta que sus cuerpos se calmaron.

Lo que acababa de hacer con Alicia iba a marcarlo, porque sabía que podría arriesgarse a confiar en ella. Confiar era un lujo que no creyó tener disponible de nuevo. Sin embargo, no iba a tomarlo por entero de momento. Prefería ir con cuidado. Involucrarse resultaba un error, así que le era preciso recordarse el mantener su agenda habitual y no dar demasiada importancia a lo que ocurría con Alicia, dentro de las sábanas y durante las actividades profesionales. No era aficionado a crearse historias en la cabeza, así que era mejor enfrentarse a la realidad: el acuerdo de ambos tenía fecha de caducidad, iban a tener una relación sin ataduras por ese periodo y sin complicaciones. Las decepciones no eran parte del pacto. Todo claro.

Además, pocos se quedaban a su lado después de que conseguían lo que querían de él. En lo concerniente a sus compañeros de equipo, la organización en sí de los Chicago Warriors, y Buck, sabía que eran un sólido referente de hermandad o lealtad. Apreciaba y valoraba la suerte que tenía en ese sentido.

En el caso de sus amantes ocasionales, ellas obtenían dinero y notoriedad en sus tristes círculos sociales de altos vueltos, y él, a cambio, conseguía una mujer para echar un polvo cuando le apetecía y hasta que se hostigara de ella. Chase no era una víctima, porque era consciente de lo que implicaba acostarse con esas mujeres hermosas, ambiciosas y que no eran material para pareja a largo plazo: placer y desfogue de adrenalina. No creía que fuesen mejor que las prostitutas, incluso ahí radicaba una gran hipocresía. Al menos, las trabajadoras sexuales lo eran de frente. Algunas mujeres disfrazaban su precio, eligiendo al mejor postor (la cuenta bancaria más abultada) y pidiendo

cenas en sitios costosos, viajes sin más, y ser fotografiadas en las revistas más “chic” de sociedad. ¿Cínico, él? Nah, era realista y directo.

—Debo irme —murmuró Alicia bajándose de la cama para recoger su ropa—, surgió un imprevisto en la oficina y debo encargarme.

—Hey, hey —dijo acercándose para que detuviera el errático andar—, ¿qué ocurre? Calma.

Ella lo miró ajustándose el sujetador. Chase pensó que era un pecado capital cubrir esos senos hermosos. Llevaban horas juntos, y estaba dispuesto a continuar la faena, pero se temía que Alicia no estaba muy de acuerdo, al menos si tomaba en cuenta el modo en que estaba vistiéndose a toda prisa.

—Uno de nuestros nuevos clientes acaba de dispararle a su novia —empezó a explicarle—, y tengo que reunirme con Kathrina para ayudarla a analizar el control de daños y lo que podemos hacer para sacar al tipo de este embrollo. Es cliente de ella, acaba de decírmelo, pero necesita la mayor cantidad de apoyo de un equipo de ejecutivos de altos rangos de Push Fire. Se trata de un caso sumamente inusual. No es una situación sencilla, así que... —se encogió de hombros, mientras se ordenaba el cabello—, me toca ayudar porque es mi trabajo al fin y al cabo.

Él frunció el ceño, la observó vestirse a toda prisa y con movimientos frugales.

—De acuerdo... —dijo Chase mientras abría el cajón y sacaba un bóxer blanco. Se lo puso, y luego agarró un pantalón gris y una camiseta azul—. Mañana estaré en el estudio fotográfico. ¿Quieres que pase por ti antes de la sesión?

Él le hizo un gesto para que avanzara, y la acompañó hasta la puerta principal.

—No hace...

—Se supones que somos una pareja —interrumpió, porque ya sabía lo que quería decirle—. A menos que quieras empezar a fingir tu rol de mi amante de turno públicamente en otra actividad de la agenda de trabajo. Es tu decisión al fin y al cabo.

Alicia pareció unir, por fin, las neuronas en una misma dirección y recordar por qué, ella y Chase, estaban juntos en esa casa después de una maratónica sesión cargada de erotismo y sexo. Asintió.

—Sí, sí... Está bien. La sesión es a las nueve y media de la mañana, así que tendrás que pasar por mi apartamento una hora antes. Déjame todo a mí, y pronto saldremos de paso para enfocarnos en tu juego. ¿De acuerdo?

—Vale... —La agarró de la cintura y la acercó poco a poco—. ¿Un beso de despedida? No querrás perder la práctica, ¿verdad?

Eso logró que Alicia soltara una carcajada, y relajara los hombros. Chase conquistó su boca, y ella se perdió en las sensaciones, porque no recordaba un beso como todos los que Chase le daba. Sus besos eran salvajes y cautos; sensuales y poderosos; gloriosos y adictivos. Si continuaba aferrada a él, gimiendo contra su boca y frotándose contra la palpitante erección que presionaba contra su abdomen, no lograría salir nunca de la casa de Chase. Iba a perder el control, y si no llegaba a tiempo a la oficina, también su empleo. Kathrina, en su tono frenético, le dijo por teléfono todo lo que requería saber: si no estaba presente mejor no se tomaba la molestia de regresar al siguiente día al despacho.

Con renuencia se apartó de Chase. La brillante mirada oscura mantenía la intensidad del deseo, pero no se equiparaba con el que había tenido momentos atrás. Ella elevó la mano para acariciarle la mejilla, pero él puso distancia. Alicia frunció el ceño, y no quiso enrarecer el momento. Imaginaba que Chase había empezado a cerrarse en sí mismo. Ya tuvo lo que deseaba, y por supuesto, ella también. «Hasta la próxima que ninguno de los dos pueda controlar sus instintos», le dijo una vocecita.

—Debo irme —le dijo y se ajustó la chaqueta—. Mañana llega a tiempo a la sesión de fotos. ¿Recuerdas el resto de tu agenda? —preguntó en tono profesional. No era nada sencillo cuando su cuerpo sentía los estragos de la mejor sesión de sexo que había tenido en mucho, muchísimo, tiempo.

—No... —murmuró con las manos en los bolsillos—. Dímelas, por favor.

Ella estaba imposiblemente sexy, y a Chase le costaba más de lo que quería aceptar el mantener los dedos apartados. Necesitaba un espacio para calmar el remesón que Alicia acababa de causar en sus sentidos.

—En la tarde tienes una entrevista en ESPN sobre lo que ha sido la campaña de este año para los Warriors, y tus puntos de vista respecto a las posibilidades que posee cada equipo que jugará en los Playoffs. Después, te reunirás con tres influencers que apoyan los derechos GLBTI, para hablar de la inclusión en el deporte.

Él asintió. No existía ni un ápice del tipo jugueteón de hacía un rato. A Alicia no le sentó muy bien, pero no iba a quejarse. Si esa iba a ser la dinámica, pues podría aprenderla sin problemas. Una experiencia más, y en este caso, la disfrutaría al máximo. Claro que podía separar lo profesional de lo personal. ¿Quién dijo que ese era un reto que no estaba dispuesta a

conquistar?

—De acuerdo, cumpliré con todo.

Alicia abrió la puerta.

—Yo... Todo saldrá bien. Emitiré el primer informe a McTavish al final de la siguiente semana. Si tienes algún cambio de planes, en algún momento, tienes que decírmelo para ajustar tu agenda. No hay nada que sea irremplazable, pero sí que los propósitos de cada actividad son importantes.

Chase asintió y sostuvo el pomo de la puerta.

—Que vaya bien, te veo mañana —dijo.

—Vale... —murmuró.

«Chase y su fachada de indiferencia están de regreso», pensó Alicia. Ahora que conocía la naturaleza sexual y confortante que podía demostrar en la intimidad, no iba a tomar en cuenta el asunto. Solo iba a enfocarse en el hecho de que se sentía exultante, y que su clítoris aún mantenía ese ligero palpito que causaba la saciedad al tener sexo con toda la carga de ferocidad y sensualidad adecuada.

Iba a ser una larga jornada la de ese día con su jefa y el equipo Push Fire.

Le tocaría llamar a la señora Andrews o a su mejor amiga para saber si alguna podía quedarse con su hermano, no tenía hora de llegada. ¿Qué rayos habría impulsado al cliente de Kathrina a agarrar un arma y disparar? Las cosas que una relacionista pública pasaba eran tan raras como inverosímiles a ratos. Tal vez era eso lo que le gustaba de su trabajo: la variedad de situaciones y las múltiples aproximaciones que se podían hacer para salvar el día.

Mientras conducía por las calles de la ciudad se preguntaba cómo iba a explicarle a Dax la presencia de Chase durante los siguientes meses. Ni siquiera lograba acostumbrarse a la idea de que acababa de acostarse con Chase Beckett, y que había disfrutado de cinco, cinco, orgasmos. No quería ni imaginar cuántos más hubiera tenido se haber tenido el día completo a disposición.

Todavía podía sentir su sexo palpitando, y estaba segura de que levantarse al día siguiente iba a costarle un poco... o quizá bastante. Ninguna fantasía se asemejaría a la realidad de lo que implicaba acostarse con ese hombre tan lleno de estamina y encanto. La descolocaba y confundía. «Y yo que empezaba a considerar mi vida personal un poco aburrida... ».

Ni siquiera quería pensar en qué locura saldría de la boca de su mejor amiga cuando se enterase de lo suyo con Chase. No podía mentirle, porque

Maya era el equivalente a una hermana. Tal vez tenía ideas salidas de contexto, pero sabía que esas exrravagantes actitudes iban de la mano con el cariño entre ambas, y también porque su mejor amiga llegó tarde a la repartición de chips en el departamento de la coherencia. Alicia la adoraba. Si no fuese por Maya, ni ella ni Dax tuviesen una vida diferente a la de Seattle.

CAPÍTULO 9

Los integrantes del equipo del estudio fotográfico le pidieron a Chase que se alistara para empezar lo antes posible la sesión. El número de personas ese día era reducido, porque las tomas consistían en desnudos artísticos con los implementos de hockey, así como poses con escenarios que serían montados digitalmente.

Una vez que Chase dejó la ropa a un lado, lo rodearon encargados del maquillaje y luces. Lo primero que hicieron fue untar un aceite especial en la piel masculina, después le aplicaron base de maquillaje para el rostro y productos para el cabello, para así conseguir efectos consistentes bajo los lentes de las cámaras. De fondo había música de Drake alternada con Arctic Monkeys.

Detrás de escena, Alicia revisaba sus correos electrónicos. La noche anterior había llegado a casa a las dos de la madrugada. El cliente de Kathrina, Amaro Hasth, era el dueño de una compañía siderúrgica con nexos sólidos en China, y cuando encontró a su esposa haciéndole sexo oral a un desconocido en la sala de su casa, perdió la cabeza; agarró el revolver que tenía en la caja de seguridad y les disparó.

Se trataba de un doble homicidio, y por más que Kathrina y el equipo de Push Fire trataron de minimizar los daños fue imposible, porque Amaro los llamó cuando el crimen había ocurrido hacía ya varias horas y la noticia estaba esparcida sin control en los alrededores. Las pruebas eran sólidas, en contra del cliente de Kathrina, y lo máximo que lograron hacer esa noche fue blindar la mansión de Hasth con seguridad, establecer un vocero para la familia —o lo que quedaba de ella, en este caso Amaro y su hijo de nueve años— y trabajar con los abogados para que la menor cantidad de detalles fuesen emitidos públicamente a partir de la detención y el proceso que seguiría a continuación. Iba a ser un desastre, pero Kathrina estaba ya a cargo. Hasth era un cliente que pagaba un millón de dólares anuales a la agencia por servicios de asesoría, así que los esfuerzos de todos los socios de Push Fire estaban enfocados en él.

—Es súper sexy, ¿verdad, Alicia? —le preguntó alguien—. No sé cómo puedes trabajar con él y no perder la capacidad de raciocinio —agregó, riéndose.

Alicia se giró con el ceño fruncido. Una mujer rubia y de labios gruesos la observaba con expresión conspiradora. Recordaba que la muchacha se llamaba Megyn y se encargaba de la organización de eventos internos para la fundación que recibiría los fondos que se recaudaran con la venta de los calendarios. Los ejecutivos de las compañías que trabajaban con los Chicago Warriors no poseían datos personales de los jugadores, sino tan solo de sus representantes. En este caso, contaban con el número personal de Buck, Trentos Moriner y Alicia.

—No está mal —replicó consciente de que estaba apretando demasiado los dedos alrededor del iPhone.

—¿Sabes si está disponible esta noche? —preguntó mirando cómo los músculos de Chase se flexionaban para la toma que estaban produciendo en ese instante—. Yo termino mi turno en la oficina a las seis de la tarde. ¿Crees que podrías darme su número de teléfono personal? Prometo no decir que fuiste tú —le hizo un guiño.

«No está disponible ni esta, ni ninguna otra noche.»

—Tiene una agenda bastante complicada —replicó tratando de no ahorcar a Megyn con sus manos—. Además, no estoy en la capacidad de dar información confidencial de mis clientes... Supongo que podrías aprovechar para tomarte una fotografía o tener un autógrafo ya que estás aquí.

No debería sentir celos; era absurdo. Necesitaba recordar que Chase era una persona pública, y que ello conllevaba muchos fans que querían un poco de la atención. En el caso de las mujeres, obviamente ninguna estaba ciega y podían darse cuenta de que el hombre era un bombón, al saber que era soltero, la idea de acostarse con él no les iba a pasar desapercibida.

Incluso si estuviera casado, estaba convencida, lo perseguirían. ¿Lo más importante? Necesitaba llevar claro que ella y Chase solo estaban teniendo sexo bajo un acuerdo mutuo, y fingiendo una relación ante el público bajo un contrato de trabajo. Suponía que Megyn no había leído el internet esa mañana, pues ya estaban circulando sendas fotografías de Alicia de la mano de Chase saliendo de un café.

El iPhone no dejaba de vibrarle en la mano con llamadas y mensajes de texto de diferentes personas, unas conocidos, otras, no. El discurso estándar era el mismo para todos los que preguntasen: Ella y Chase estaban saliendo desde hacía varias semanas, pero solo lo acababan de hacer público porque les pareció el momento adecuado. Él estaba muy enfocado en su carrera y asumiendo los compromisos con la misma seriedad de siempre. Alicia

confiaba en él. Fue amor a primera vista. Se conocieron por asuntos de trabajo. No, el romance era demasiado reciente para hablar de algo a largo plazo; ellos lo llevaban día a día. ¿Fotos? Por supuesto. Sonrieron para las cámaras. ¿Un beso para los paparazzi? No, pero agradecían el interés. ¿Algún comentario? Sí, que Chase y los Warriors estaban trabajando arduamente para conseguir mejores resultados en la próxima temporada, y disputar los Playoffs. ¿Qué ocurrió con la camarera de The Península Chicago? Le tendrían que preguntar a los encargados del hotel, porque Chase hizo lo que cualquier otro caballero hubiera hecho, quizá no del mismo modo, pero la intención era la que contaba. ¿Qué hay de las amantes y prostitutas que suelen verse con Chase en diferentes fotografías? Ese es el pasado y todos tienen derecho a uno. Ellos preferían enfocarse en la relación que tenían ahora, y ambos tenían como prioridad sus carreras profesionales. ¿Pueden darnos una exclusiva del romance? Lo pensarían, dijeron antes de subirse al Ferrari.

—Bah —se rio Megyn con desparpajo—, lo que quiero es acostarme con él. He escuchado que no le hace el feo a ninguna mujer que tenga lo que le gusta.

—Mmm... ¿Qué sería eso? —preguntó Alicia sin interés y observando la sonrisa de Chase para la cámara. El hombre derrochaba encanto cuando se le antojaba la gana, y ella conocía de primera mano todo lo que era capaz de hacer con su cuerpo.

—Alguien que no quiera compromisos, que sea buena en la cama y que esté dispuesta a todo —dijo mordiéndose el labio inferior, mientras tomaba visualmente todo lo que le era posible de las nalgas de Chase. Él estaba de lado, con la pierna izquierda hacia adelante cubriéndole el sexo, las manos apoyadas en una estructura de acero, y cada músculo cincelado en perfecta sincronía. El proyecto era de los Warriors, y por eso un asistente de Trentos estaba alrededor. Alicia no tenía voto en las tomas que se iban a usar al final; su trabajo era evitar desastres mediáticos, mas no orgasmos femeninos espontáneos.

—Uh —murmuró Alicia sin interés—. Regreso dentro de un momento —dijo, porque no quería convertirse en otro caso de homicidio en la agenda de Push Fire.

Salieron de la entrevista de ESPN con gafas de sol para que los flashes no

los cegaran. Él prefería conducir el Ferrari, pero a última hora optaron por aceptar la idea de que un chofer sería lo más conveniente cuando hubiera actividades públicas en las que ambos estuviesen presentes. Así fue como Larry empezó a trabajar con ellos, y Buck les envió un Mercedes Benz.

Chase no solía tener guardaespaldas, porque creía que era capaz de defenderse, sin embargo, no podía arriesgarse con Alicia. Llamó a Buck, y en poco tiempo no solo tenían a Larry, sino también a dos guardias de seguridad.

—*¡Chase, Chase! Háblanos más de cómo tu vida de soltero...*

—*¡Hey, una sonrisa! Y, por favor...*

—*Chicos, ¡miren hacia acá! Una sonrisa...*

Ambos ignoraron los gritos de los fotógrafos.

Él tenía a Alicia agarrada de la mano para ayudarla a caminar entre los fotógrafos. Sabía que pronto se hostigarían, aunque de momento eran la noticia más comentada. Odiaba la situación.

Una vez que estuvieron en el asiento trasero del Mercedes Benz de vidrios tintados, Alicia se cruzó de brazos, observando la ciudad cubierta por un cielo casi oscuro. Se sentía agotada y también expuesta. Su consuelo consistía en que las estrellas del deporte, como el hockey, no causaban un nivel de interés a una escala desmedida como el de un actor de Hollywood al estilo de Chris Hemsworth o alguien de la talla de Tiger Woods y sus affaires sexuales.

Ella había acordado con Chase que no volvería a hablar con la prensa, y cualquier interés sobre su relación debía ser desestimado por él con una sonrisa y asegurando que todo iba genial, para luego cambiar el tema con asuntos de trabajo: hockey, campañas benéficas, eventos para ONGs, actividades de los Warriors, entrenamientos, etc. A partir de ese día empezaría a moldear la percepción social hacia Chase de una manera positiva, como un hombre de compromisos serios en su vida personal y profesional; sin escándalos. Los primeros pasos siempre solían ser los más difíciles, pero ya los habían dado.

El presentador de ESPN tuvo la delicadeza de no incomodarla con preguntas en el camerino, antes de que Chase saliera al aire; ella, por supuesto, no fue parte de la entrevista. Las miradas de curiosidad del staff fueron otro cantar, y experimentó una sensación *déjà vu* de sus tiempos en Seattle; eso no le sentó bien a Alicia, y por eso estaba callada y tratando de controlar sus inseguridades en el interior del vehículo.

—Todo el día ha sido un no parar, y lo último que me apetece es ir a un restaurante o pedir a domicilio. ¿Está bien si me quedo a cenar contigo? —le

preguntó Chase, consciente de que ella estaba distante, y eso era poco habitual, salvo que Alicia estuviese incómoda o enfadada.

Era interesante cómo se lograba conectar con una persona en tan corto tiempo. El sexo no era un factor determinante para Chase, en ningún aspecto porque no se comprometía a nada, sin embargo, su conexión con Alicia a nivel físico era impactante porque su primera aproximación a ella fue con la plena conciencia de que llevaban claro qué rol cumplía cada uno en esa ecuación.

—Creí que ibas a tener una noche con los muchachos —murmuró consciente de que el chofer estaba escuchándolos. Debían ser discretos.

Él la tomó de la mano instándola a mirarlo, y así lo hizo por simple acto reflejo. Chase pidió a Larry que subiese el volumen de la música, y de inmediato el sonido les brindó un poco de privacidad.

—¿Qué ocurre? —le preguntó acariciándole el interior de la muñeca con el dedo. Trazó círculos suaves en la piel.

El pulso de Alicia se aceleró, pero el toque inesperado de Chase ralentizó de súbito la presión que ejercían en ella los temores del pasado. Era absurdo que las murmuraciones del estudio la hubiesen inquietado, aunque un año lejos de Seattle parecía una eternidad, porque ya no era la misma mujer maleable ni crédula.

—Solo estoy agotada —mintió, y él apretó los labios. No recordaba haber cometido equivocaciones o decir algo salido de contexto—. Seguro a Dax le encantará cono... verte de nuevo —se corrigió como si el conductor todavía pudiese escucharlos—. Cocinar no es mi especialidad, aunque de seguro podré organizar algo sencillo. No esperes algo grandioso.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándola con interés.

—Impresionarte esta noche será todo un reto entonces —dijo con una sonrisa. Alicia enarcó una ceja—. Déjame a mí. Yo cocinaré

—¿Tú?

—Puedes descubrir lados que no conocías de mí —dijo.

—Eso sería interesante —replicó, riéndose, cuando él se acomodó para besarla muy cerca de la comisura de los labios. Había notado que la capacidad de Chase para hacerla olvidar de todo lo que no fuesen los dos, mientras se besaban o tenían sexo, empezaba a cobrar una dimensión peligrosa—. Sorpréndeme...

Chase la tomó de la cintura y la acercó hasta que la tuvo contra su costado.

—Créeme, lo haré —le susurró al oído.

Alicia elevó la mirada y conectó con los profundos ojos oscuros.

—Pero, y Dax, ¿cómo va...?

—Soy bueno con los niños —dijo Chase comprendiendo la preocupación—, no pasa nada. Yo me encargo.

—Estás muy mandón... —suspiró—. Por cierto, mi hermano se queda en casa de la señora Andrews hasta las ocho y media de la noche, porque es el día en que le ayuda a Jim a limpiar la colección de relojes antiguos. Tienes una hora y media para tratar de cocinar algo con lo que tengo en casa.

Él sonrió.

—Más que suficiente. Estás tensa, ¿hay algo que quieras decirme? —preguntó acariciándole el cuello—. Hasta donde sé creo que cumplí bastante bien con los lineamientos que me sugeriste. La sesión de fotos fue una tortura, porque odio que me unten aceites y boberías; ya tengo suficiente con tener que soportar la tortura de la depilación debido a mis campañas de ropa interior cada tanto con Calvin Klein. Malditas estupideces.

Alicia se rio.

La cercanía de Chase era abrumadora. Le gustaba sentirlo a su lado, porque parecía contagiarle vitalidad, y también porque despertaba la sensualidad que existía en ella y no se había atrevido a explorar en profundidad. Sabía que todavía quedaban muchas semanas por delante; la expectativa de todo harían en la cama era un aliciente más fuerte que la idea de ascender profesionalmente en Push Fire. ¿Qué tal con eso? El hombre era la sensualidad en pantalones, y poseía la capacidad de llevarla a un espacio sideral de placer.

—Calvin Klein paga bien —le sonrió con soltura—, además, la tortura vale la pena, al menos para mí.

Chase echó la cabeza hacia atrás y se rio. A ella le gustaba su risa más de lo quería o podría admitir.

—Sé que hay algo que te incomodó en el estudio fotográfico y en el plató de televisión. ¿Qué fue?

—Mmm...

—Explícame. —Le mordisqueó el cuello—. Me he portado bien todo el día, y creo que merezco una recompensa.

—Ya veremos —dijo disimulando una sonrisa.

Las ganas de subirse al regazo de Chase y quitarse la ropa sin contemplaciones parecían más fuertes que su sentido común. No podía dar un espectáculo al conductor; era una persona nueva y temporal, y a pesar de que Buck le aseguró que había firmado un NDA, ella no quería arriesgarse. Chase

lo hacía todo más complicado con su manera de tocarla o solo por el hecho de mirarla con descarnado interés haciéndola sentirse única. ¿Sería tan catastrófico creerse, por ese breve lapso, la fantasía de que podía tener a ese Dios del sexo cuando le apeteciera, y entregarse al placer sin pensar en las consecuencias?

—Será divertido —murmuró Chase sacándola de sus ensoñaciones sensuales. Suponía que el palpito de excitación entre sus muslos, al recordar el día anterior, no podía considerarse inesperado. Tragó en seco.

—¿Para quién? —preguntó mientras la mano traviesa de Chase le acariciaba el costado del pecho izquierdo—. En todo caso, depende de qué tan bien te comportes, entonces te lo contaré. —Ella se rio cuando él se inclinó para morderle el lóbulo de la oreja, y después tembló al sentir la lengua recorriéndole el contorno—. Detente... —susurró preocupada de que Larry pudiera estarlos observando.

Él se encogió de hombros, pero no se movió de la oreja, tan solo detuvo sus caricias con la boca y las continuó con la mano. Podía notar cómo los pezones de Alicia estaban fruncidos contra la tela de seda roja. Ahora que conocía el sabor y el tono exquisito que poseían, se le hacía agua la boca por volver a chuparlos.

—Eso no implica que evitarás hablarme sobre lo que te sucede de verdad. Te recuerdo que, por cada buena prensa que yo genere, me debes contar algo personal.

Ella se rio, y meneó la cabeza con suavidad.

—Insistes con eso, lo más ridículo de la vida. No tengo nada que esconder, Chase, y a menos que tú quieras contarme los secretos que tan bien guardas del mundo, entonces no tiene sentido que trates de conocer los míos. Ese barco en el que se intercambiaba buen comportamiento por información, ya zarpó.

—Lo dudo mucho —dijo Chase.

—Mi pasado está olvidado —murmuró tratando de apartar el rostro, pero él fue más rápido y le sostuvo el mentón para que continuase mirándolo.

—Ah, ah, ah. Honestidad. ¿Recuerdas?

—No estamos en un programa de confesiones, y si tú preguntas, entonces también tendrás que darme algo a cambio —refutó.

Él suspiró llevándose una mano al corazón.

—Los orgasmos están tan infravalorados —dijo fingiendo resignación.

—Tonto...—susurró Alicia con una media sonrisa en los labios.

Chase no le permitió apartarse hacia el otro lado del asiento, como ella

intentó hacer, sino que mantuvo el brazo rodeándole los hombros hasta que llegaron al edificio. Larry les abrió la puerta, y Alicia aprovechó para informarle que lo esperaban al siguiente día a las nueve de la noche para llevarlos a la gala de uno de los principales auspiciantes de los Chicago Warriors.

El evento del día siguiente era organizado por la marca Rolex. Se trataba de un momento ideal para confirmar ante personalidades de altos perfiles de diversa índole, la relación era oficial. Además, Alicia disfrutaba de esas fiestas de trabajo, aunque en esta ocasión iba a tratarse de algo por completo distinto. En este caso no tenía opción.

Tenía que mostrar su mejor juego para el beneficio suyo, y el de Chase.

Alicia abrió la puerta de su apartamento, y lo siguiente que supo fue que tenía la espalda contra la pared y Chase la besaba frenéticamente. Dejó caer las llaves al suelo y pronto le siguió la chaqueta.

—Chase... —susurró.

—Si no hubiera sido porque estoy tratando de colaborar para el bien común —le dijo quitándole la blusa roja por la cabeza; ella se rio—, te habría llevado hasta la habitación de utilería del estudio fotográfico —le bajó el zipper de la falda beige, dejándola en ropa interior—, y estuviéramos en todos los medios de prensa de Chicago por un motivo ajeno al que pensamos —murmuró—. ¡Demonios! Alicia, mira estas bellezas —dijo acariciándole los pechos—, en lencería roja. Date la vuelta.

—Bésame primero.

Él no tardó en probar esa boca , una y otra vez, cada ocasión con tanta fiereza que Alicia echó hacia atrás la cabeza. Le colocó las manos en las nalgas para apegarla contra su cuerpo, y ella le enredó los dedos entre los cabellos. Chase paseó su boca por las mejillas femeninas hasta recorrerle el cuello con sus labios; cuando volvió a sumergirse en el sabor de esos labios; cuando el beso se volvió más voraz; él tomó los senos para acariciarlos y pellizcar los pezones sobre la tela del sujetador que los cubría.

—Desnúdate —pidió ella mordiéndole el labio con fuerza—, porque si tú crees que estás al mando, vas muy equivocado.

Él sonrió contra la boca de Alicia. Todo el jodido día había tratado de hacer algo más que solo escucharla dándole instrucciones, y verla sonreír alrededor con esa ropa que marcaba sus curvas. El picor que experimentaba

en los dedos de las manos por el afán de acariciarla era intenso. Deberían darle una medalla por haber resistido la jornada completa de trabajo con las bolas azules.

Alicia parecía ajena al efecto que le causaba con sus miradas furtivas o cuando lo estaba analizando intensamente como si de verdad él le importase. Sabía que solo era una charada, y Chase no iba a dejarse llevar por esa fantasía del pasado, ya tenía una lección aprendida. Sin embargo, podía confesar que la atención que ella le ofrecía era reconfortante; no tan confortante como cuando se abría a él y le permitía fundirse en lo más profundo de su cuerpo.

—Muy bien, como la señorita ordene —murmuró con la respiración entrecortada, al tiempo que parecía estar elaborando una intrincada obra de arte por la forma en la moldeaba con sus manos expertas—, aunque eso será después...

Alicia se rio, no sin antes quitarle la chaqueta, el pantalón y después la camisa azul, hasta que estuvo en ropa interior como ella. Los movimientos para quitarse la ropa eran impetuosos, y sus miradas chispeaban al colisionar.

—¿Qué...? —preguntó con sorpresa cuando súbitamente él la giró.

—Creo que tendremos que conformarnos con pedir a domicilio —le dijo desabrochándole el sujetador desde atrás. Ella sintió el aire fresco en la piel y sus pezones se frunció—. Sí, definitivamente eso haremos —continuó Chase moviendo la pelvis contra el trasero femenino.

—Chase, quiero tocarte —susurró.

—Primero, las damas... —dijo, y ella creyó sentir su sonrisa.

—A veces creo que lo usas como una excusa, porque te gusta más tocarme que permitirme hacerlo contigo —se quejó en un murmullo.

—Solo verte es un placer, Alicia, y ahora, siente —le susurró.

Las manos de Chase le ahuecaron los pechos, alzándolos como si fuesen la pieza más exquisita que hubiesen tocado. Los acarició con osadía, y con los dedos empezó a apretar los pezones. Sabía que ella disfrutaba el sexo con una combinación de rudeza y erótica suavidad.

Alicia movió el trasero contra la erección. Le gustaba la forma en que él la tocaba, con esas palmas ardientes concentradas en sus senos. Sentía las puntas doloridas de los pezones, pero la fuerza con la que él las pellizcaba le provocaban una descarga de adrenalina que se traducían en pulsantes vibraciones en su sexo. Deseaba tenerlo dentro, experimentar la fricción de su sexo contra el suyo, que no creía posible soportar estar más tiempo de pie si él

pretendía extender más esa tortura.

—No es justo —se quejó estirando las manos hacia atrás para tocar la erección sobre la tela del bóxer—, te quiero dentro de mí. Ahora.

—Mmm —susurró Chase apartando las manos de los pechos y deslizándolas por la cintura, hasta que sus dedos tocaron el elástico de las bragas. No tenía tiempo ni paciencia para quitárselas como la primera vez, así que las desgarró y después las lanzó a un lado. Ella jadeó, pero no protestó.

No pensaba dejarlo tomar el control, no esta vez. Se giró para quedar cara a cara con Chase. Le dedicó una sonrisa que era una mezcla de picardía y anhelo. Sentía sus labios íntimos hinchidos, la vulva húmeda y palpitante, y necesitaba calmarse del único modo posible: sentir la dureza masculina penetrando su carne hasta llevarla al principio del final. *La petite morte*. El éxtasis.

—Chase, hoy harás lo que yo quiera —dijo respirando con dificultad.

Él subió las manos y le acarició los pechos de nuevo, porque le cantaba escuchar el ligero gemido que Alicia emitía cuando lo hacía. Chase sabía que, si solo se dedicaba a chuparlos y complacerlos, era cuestión de pocos minutos para que ella llegase al orgasmo. Alicia cerró los ojos por un instante, y él aprovechó para deslizar un dedo palpando la húmeda entrada de su vulva.

—Mierda, estás tan mojada...

—Ah, no —replicó tomándolo por sorpresa cuando agarró el bóxer y lo deslizó hacia abajo—. Apóyate en la pared, señor Beckett.

Chase bajó los dedos y le acarició el rostro.

—Alicia...

—Si mi placer es el tuyo, entonces tienes que saber que es en doble vía —le dijo antes de acuclillarse en la alfombra hasta que tuvo el vibrante miembro viril cerca del rostro—. Solo disfruta, ¿puedes hacer eso sin ser tan mandón?

Él se rio, pero sonó más a un gruñido de un animal que no estaba listo para ser domado. No tenía otra salida y tampoco iba a negar que la idea de que Alicia lo tomara con la boca estaba fuera de sus fantasías.

Le apoyó las manos en las caderas, y lo sintió estremecerse y vio el brillo del líquido pre-seminal. Se inclinó para lamerlo, y después le succionó el glande. Su sabor salado le parecía único, pero nada le parecía suficiente; las ansias de conocerlo todo de él en la cama resultaba abrumadora. Lo deseaba con tal intensidad que creía estar conociendo una parte de sí misma que no sabía que existiese.

De hecho, esta era la primera ocasión que hacía sexo oral. Sus relaciones

pasadas fueron interesantes, pero jamás le habían brindado la confianza y la libertad de hacer a su antojo. Con Chase no se sentía juzgada, sino motivada a pedir y tomar lo que deseaba en la cama. Resultaba estimulante desde todo punto de vista.

—Joder...

—Imagino que es un sí —dijo Alicia, antes de tomar la mayor parte de la erección con glotonería. La kryptonita en que se había convertido ella era una amenaza para su equilibrio físico. Se apoyó parcialmente contra la pared y se permitió disfrutar.

Lo sintió temblar, mientras lo probaba una y otra vez; notó el ondular del abdomen de acero tratando de mantener el ritmo de la respiración. Le acarició la parte interna de los muslos con las uñas, y con su lengua lo paladeaba. Después, llevó las manos hacia las nalgas duras y las apretó para traer a Chase más hacia sí.

Él era grande, y no estaba segura de poder tomarlo por entero hasta lo más profundo con la boca, así que le rodeó el miembro con ambas manos y empezó a masturbarlo. Mantuvo el mismo ritmo con la boca, succionándolo en diferentes intensidades, aprendiendo cada reacción y disfrutando el poder femenino que sentía.

—Alicia... Sí, eso es —dijo Chase sintiendo que estaba en el paraíso. Apartó una mano de la pared para acariciarle los cabellos—. ¿Te gusta, eh?

—Mhum —murmuró sonriéndole con un hambre voraz en su mirada.

Él echó la cabeza hacia atrás, disfrutando de las caricias. Podía notar que no era experta en el sexo oral, pero el inocente entusiasmo resultaba más afrodisíaco que una mujer que fuese versada. Y, nuevamente, su lado posesivo salía al encuentro sintiéndose feliz ante la idea de que fuese el primero en recibir ese detalle sexual.

—Me voy a correr en tu boca... Si no quieres que eso ocurra vas a tener que parar, cariño —le dijo apretando la mandíbula para contenerse.

Alicia se apartó, solo un poco; tenía las mejillas sonrojadas, los labios inflamados y los ojos excitados. «Dios, era más de lo que puedo soportar.»

—¿Lo hice mal? —le preguntó con un ligero tono de inseguridad.

Chase le acarició la mejilla, y después pasó el pulgar por el labio inferior. Ella le mordisqueó el dedo. «Sí, era kryptonita pura», pensó él.

—Al contrario...

Entonces, ella sonrió abiertamente, y lo siguiente que hizo fue volver a lo que estaba haciendo con tanto gusto. Lo complació con tal pericia que Chase

no pudo controlarse más y explotó en su boca. Alicia continuó masturbándolo, ya con suavidad esta vez, hasta que estuvo segura de que había extraído de él la última gota.

Durante un breve instante Chase estuvo con los ojos cerrados. Después se apartó de la pared, y tomó a Alicia en brazos para ponerla en pie. La depositó en el sofá negro de la sala; se acomodó sobre ella.

—Eso fue fantástico —le dijo con sinceridad—, no hacía falta que me dejaras terminar en tu boca.

Ella le acarició las cejas. Le gustaba que eran gruesas y le daban un aspecto más oscuro a sus ojos. Era imposiblemente hermoso.

—Quería hacerlo... Siempre he querido hacerlo... —susurró—. Antes no me sentía con la confianza de... —sonrió con timidez—, así que...

Chase frotó su nariz con la de ella, riéndose con suavidad.

—Gracias por el honor —dijo sinceramente antes de inclinarse para besarla. La escuchó ronronear, pero estuvo un largo rato disfrutando de su boca, y recuperándose del orgasmo anterior. Poco a poco su cuerpo volvió a cobrar la estamina habitual, y fue cuando le deslizó la mano derecha, hasta colocarla entre los muslos cálidos. Sí, claro que estaba empapada—. Ahora, ábrete para mí, preciosa Alicia...

—¿Chase? —jadeó.

—¿Sí?

—No te contengas conmigo... Soy tan fuerte como tú, y no voy a romperme...

Él la miró, y sus ojos oscuros parecían más ardientes. Ambos tenían el cuerpo perlado en sudor. No sabían qué tiempo había transcurrido, ni les importaba.

—Vas a ser mi ruina, mujer —le dijo antes de colocarse y tomarla con un firme empujón. Sus ondulaciones de cadera se tornaron urgentes y vehementes.

—Oh... —gimió Alicia elevando las caderas.

Empezó a moverse con ella, escuchándola gemir, mientras se deslizaba una y otra vez en la empapada cavidad. Chase le chupó los pechos, que se movían con cada embestida, y después alcanzó de nuevo el vértice en el que estaban sus cuerpos unidos. Le frotó el clítoris con la humedad que de ambos emanaba, y tuvo la certeza que Alicia era el mejor sexo que había tenido.

Al cabo de pocos segundos, la escuchó soltar un sollozo de satisfacción que él atrapó con su boca en otro beso desenfrenado. Continuó estimulándola,

siguiendo el ritmo secreto que sus cuerpos marcaban. Alicia se estremeció, y Chase sintió cómo su miembro se agitaba en el interior femenino, hasta que un segundo orgasmo barrió toda conciencia en ambos.

Él tomó una profunda respiración al cabo de un momento y se incorporó sobre los codos, mirándola.

—Wow, Alicia —dijo.

Ella sonrió con los ojos todavía nublados de placer.

—Lo sé... —sonrió—. Nunca había sido así para mí. Sé que tú...

Él la silenció con un beso suave esta vez.

—Sí, quizá tenga más experiencia en ciertos aspectos, y solo por eso soy capaz de decirte la verdad. Y es que tampoco ha sido igual con otra persona.

Alicia estiró la mano para acariciar la mejilla de Chase.

—¿Quién eres en realidad, Chase Beckett? —preguntó en un susurro.

—Solo un bastardo con suerte —dijo con ligereza, apartándose para darle espacio—. Y creo que ahora es momento de ducharnos, aunque me gustaría mucho utilizar el mesón de tu cocina para algo más que hacer la cena de est anoche. —Miró el reloj. Alicia soltó una carcajada—. Tenemos treinta minutos. A menos que no te importe que llegue tu hermano dentro de poco...

Ella se incorporó con rapidez y expresión de incredulidad. «¿Cómo carajos se había ido el tiempo tan rápido?», pensó.

Al verla tan apurada, Chase se rio. Ella le dedicó una mirada mordaz que a él no le afectó, porque solo estaba jugando para ver su reacción. Por lo general, mantenía su cinismo en los más altos niveles, sin embargo, con Alicia le resultaba fácil relajarse, en especial si ya había tenido el gusto de escucharla gemir su nombre varias veces en la cama o en donde fuese que la tomara.

—Debiste decirme... —se quejó agarrando la ropa que estaba en la alfombra.

—¿En qué parte con exactitud? —le preguntó, cruzado de brazos y muy a gusto con su desnudez. Podía apreciar, al estar de pie junto al sofá, cada una de las curvas femeninas—. ¿En la que me pedías que te penetrase más duro o aquella en que gemías sin control cuando estabas a punto de alcanzar el orgasmo?

Con la ropa en brazos, despeinada y sonrojada, Alicia lo miró con desafío.

—Qué vulgar... —murmuró pasando de lado, no sin antes empujarlo.

La respuesta masculina fue una carcajada, antes de tomarla en volandas y llevarla al cuarto de baño. En esta ocasión, sí tuvieron que darse una ducha,

porque Dax estaba a punto de regresar. Lo último que a Chase le apetecía explicar era por qué Alicia olía a sexo, y por qué él estaba semi desnudo en la sala del apartamento.

No. Eso no iba a suceder.

En la vida, él ya había tenido suficiente con los hombres que entraban y salían de su casa, que lo humillaban o insultaban, mientras se follaban a Nellamy por unos dólares. La impotencia de sentirse desplazado en su propio hogar no era agradable. No se trataba de la edad de un niño o una niña, sino del respeto que merecía por el simple hecho de ser quien habitaba en la casa.

Tal vez su relación con Alicia fuese temporal, pero si Dax era la única familia que ella tenía, no se atrevería a faltarle el respeto permitiendo que los encontrase en una situación tan íntima. Ese chaval de diez años de edad era quien vivía en ese apartamento, y Chase, solo un extraño.

Chase.

Años atrás.

Desnudos, con el sudor de sus cuerpos todavía fresco sobre la piel, se quedaron con la mirada en el techo. Cada cual en un lado de la cama. Chase no podía creer que, al fin, se había acostado con Eve. No podría comparar sus fantasías con la realidad, porque estaba sorprendido.

—¿Haces siempre lo mismo con todos? —le preguntó apretando los puños a los costados. La sábana de la cama de Eve los cubría.

Ella soltó una carcajada. Se incorporó y se colocó sobre él, asegurándose de que su pelvis y la de Chase conectaran. Se frotó contra el cuerpo juvenil masculino; su estructura difería de los otros chicos de su edad, porque parecía más fuerte.

—Vamos, ¿no creerás que voy a responder eso, cierto? —le dijo meneando las caderas cuando sintió que él empezaba a recobrar la erección. Llevaban casi dos horas follando. Chase agarró con fuerza la cintura de Eve y la detuvo—. ¿Qué? —le preguntó desafiante y sonriendo con picardía.

—Te hice una pregunta y quiero una respuesta.

—Por otros no siento lo mismo que contigo —replicó.

El teléfono de Chase estaba en silencio, pero cada tanto él podía

escuchar la vibración del aparato sobre la mesa de noche. Ella, cuando notó que no estaba prestándole suficiente atención, decidió ponerse a horcajadas y cabalgarlo. Por supuesto, él olvidó lo que no tuviera que ver con la locura que estaba viviendo en la cama de su fantasía juvenil hecha realidad. Eve era perfecta: pechos pequeños y respingones, pezones del tono del capuccino, piernas esbeltas y un trasero que invitaba a hacer algo más que solo acariciarlo. El cabello era sedoso y él había disfrutado enredando los dedos cuando la besaba con salvaje descaro.

—Veamos qué tan aventurera eres —dijo hasta que la tuvo bajo su cuerpo —. ¿Qué opinas del sexo anal?

Ella lo miró abriendo de par en par los ojos. No sabía si Chase estaba echándose o no un farol. Frunció el ceño, y vio cómo él se reía.

—Idiota.

—Quiero tener algo contigo que no le hayas dado a nadie más, Eve —dijo con tono posesivo. Le separó las piernas y se colocó en la entrada húmeda —. Así que, dime, ¿qué podría ser lo que me diferencia de esos estúpidos que se acuestan contigo?

Eve lo miró con desconcierto, porque no tenía idea de qué podría decirle. Al notar su incertidumbre, Chase la penetró en una sola embestida. Gimió y echó la cabeza hacia atrás; ella empezó a moverse, pero notó que él no seguía el ritmo. Que estaba estático, mirándola.

—Chase...

—¡Dímelo, maldita seas! —explotó.

—Eso es tener doble moral... Tú te acuestas con otras.

—¡Porque imaginaba que eras tú quien estaba en esos momentos! — confesó apretando los dientes por el esfuerzo que hacía para no moverse.

Eve se mordió el labio inferior. Sonrió, complacida. Elevó las manos y acarició el ceño fruncido de Chase. Empezó a contonear la pelvis, generando fricción entre sus cuerpos con suavidad. Él cerró los ojos y soltó una palabrota.

—Es solo sexo —le susurró ella. Él creyó sentir alivio, pero no se movió —. No puede ser otra cosa, Chase, porque mis planes son diferentes — murmuró—. Contigo es... Tú eres el chico que siempre he deseado.

Él odiaba experimentar esa necesidad de escuchar una reafirmación. Ese era otro de los motivos por los que despreciaba también a su madre; había creado un vacío de inseguridad emocional que lo ponía en una circunstancia de vulnerabilidad.

El teléfono vibró, pero Chase volvió a ignorarlo. Se apartó del cuerpo de Eve, porque no podía concentrarse en varias cosas al mismo tiempo.

—Bien —replicó, porque tampoco quería mostrarse vulnerable; sabía que eso no iba a ayudar a su causa con Eve—, tú eres la chica que siempre he deseado también. Y eres mía a partir de hoy, ¿lo entiendes? —Ella asintió—. No habrá terceros —murmuró sin saber bien qué era lo que estaba pidiéndole—, a menos que no te importe que yo me siga acostando con otras.

—No habrá terceros, Chase.

Él asintió, pero el teléfono no dejaba de vibrar. Se estiró para alcanzarlo, pero Eve se lo impidió tomándolo de la muñeca. Hizo una negación con la cabeza, y lo miró con esos ojitos de gato perdido.

—Ya ha vibrado más de cinco veces —dijo él—. Tal vez, Nana se quedó sin batería o Alana no se siente bien —continuó alarmado.

Ella le sonrió con dulce picardía. Contó en la alfombra de su casa cuatro condones usados. No iba a desperdiciar la oportunidad de agregar unos cuantos más a su cuenta con Chase.

—Puede que sea una falsa alarma o alguna persona llamando por temas de marketing... —ronroneó—, no quiero que nos interrumpan. Lo que sea que busquen, no vale la pena, porque nuestra tarde es más divertida. ¿No te parece?

Ella le agarró el miembro y lo acarició. Él cerró los ojos.

—No sé... —murmuró Chase.

—Te estás alarmando por nada —volvió a acariciarlo, y con el dedo esparció la gota de líquido casi transparente alrededor del glande.

Él apretó los dientes, porque Eve era tan hermosa que dolía mirarla. Y ahora, desnuda bajo su cuerpo, no creía posible saciarse de ella en un largo rato. Quizá, ella tenía razón, y todo estaba en orden. Durante demasiados meses había vivido en la paranoia de que alguien en su familia pudiera necesitarlo; lo único que lograba calmarlo era el hockey. Ese instante, en la casa de Eve, era un momento que finalmente podía decir que estaba eligiéndolo a conciencia y sin temor. Estaba agotado, agobiado incluso, de pensar en los suyos a costa de su propio bienestar. ¿Qué tenía de malo ser egoísta por una sola tarde?

—Alana está bien, tú mismo lo dijiste, Chase —continuó ella llevando las manos al cuello de Chase para que la mirase a los ojos—. Además, tu abuela debe estar entretenida viendo alguna película o curioseando revistas para

hacer croché. Y tú y yo ya sabemos en qué está metida tu madre. ¿Por qué no puedes dejarte ir? Creo que soy una excelente compañía... ¿O no? —preguntó haciéndole un puchero.

Chase asintió.

El número que aparecía en la pantalla le era desconocido, como todos los que solían asociarse a las llamadas de sus amigos de la calle que lo buscaban para que ayudase en algún robo menor o elaboración de las famosas credenciales falsas para niños adinerados.

—Tienes razón —dijo, él sonriéndole—, tal vez me he vuelto paranoico.

—Puedo corregir eso con un truco especial —murmuró enredando las piernas alrededor de las caderas masculinas—. Te mostraré.

Chase sonrió y se olvidó de sus temores infundados. Ambos volvieron a sumergirse en una vorágine de hormonas alocadas, bocas en la necesidad de probarlo todo, y cuando ya no pudieron resistirlo, volaron.

Cuando Chase regresó a la casa, dos horas después de la última llamada perdida, la propiedad estaba a oscuras. Frunció el ceño y subió las escaleras del portal de dos en dos. El sonido de la televisión lo calmó un poco. Sonrió. Imaginaba que, a esas horas, su abuela debía estar haciendo su caminata diaria habitual.

Chase había ensayado mentalmente lo que iba a decirle a Alana. No quería que su relación con Eve fuese un secreto, ni tampoco una situación incómoda. Tomó una profunda respiración cuando empujó la puerta semiabierta de la habitación de su hermana. El brillo de la televisión iluminaba la estancia, y el volumen estaba bajo.

La encontró dormida, así que se acercó y le colocó la mano en la mejilla.

Una sensación de pánico lo invadió. Su hermana tenía la piel fría, a pesar de tener un edredón y sábanas cubriéndola. La calefacción ya no era un problema esos días, gracias a la generosidad de un vecino que les había obsequiado un calentador portátil para mejorar la temperatura de la habitación de Alana.

—Alana, Alana, despierta. ¡Hey, despierta! —le dijo zarandeándola con suavidad, y tratando de obtener una respuesta. Un nudo en la garganta le decía más de lo que su cerebro se negaba a aceptar—. Por favor, despiértate, Alana —susurró con lágrimas en los ojos—. Hermana, di algo, por favor. ¡No te puedes ir...! ¡Alana, dime algo, Alana! —empezó a llorar

agarrando el cuerpo lívido entre sus brazos y meciéndose con ella.

Con manos temblorosas, sin dejar de sostener a su hermana, llamó al 911. Después reparó en el aparato que yacía entre las sábanas de Alana. Con la respiración estrangulada, sosteniendo el cuerpo inerte entre sus brazos, Chase revisó el historial de llamadas. Ese aparato era nuevo. ¿De dónde lo habría sacado su hermana?, se preguntó. Vio las últimas llamadas que había hecho su hermana. Se le encogió el corazón, y la ola de culpa lo engulló sin piedad.

Todas y cada una de las llamadas de Alana fueron para él. Todas y cada una de las llamadas, él las ignoró, porque había preferido follarse a una mujer. Porque era un bastardo y un egoísta. Un asesino.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuró una y otra vez contra la sien de su hermana—. Soy un imbécil... Oh, Alana... —lloró con desconsuelo—. Esta es mi culpa... Esta es mi culpa... Lo siento...

Chase recordó que no era el único que se preocupaba por su hermana, así que llamó a su abuela y le pidió que volviese a casa lo antes posible. No le dijo de qué se trataba, porque no quería causarle un shock en el caso de que estuviera con extraños. Imaginaba que su abuela deduciría, por el tono tembloroso de su voz, que no era un asunto fácil de conversar.

Nana llegó a los pocos minutos, en el preciso momento que los médicos subían el cuerpo de Alana en una ambulancia. Chase no podía aceptar que su hermana no volvería a sonreírle ni gastarle bromas.

Chase abrazó a su abuela un largo rato, sin poder hablar, y consciente de que había cometido el mayor error de su vida. Prefirió escuchar a una mujer. Pudo haber respondido el teléfono en incontables ocasiones, y optó por no hacerlo, aún cuando sus instintos le gritaban que lo hiciera.

Él sostenía todavía el teléfono que había encontrado en la cama de Alana.

—¿Esto de quién es? —le preguntó a su abuela.

Ella lo miró con tristeza.

—Se lo obsequié hoy, cuando te fuiste a hacer la compra...—bajó la mirada —. Alana me dijo que el teléfono que tenía no registraba correctamente algunos datos. Lo compré en una bagatela —sonrió con pesar—. Ella insistió en que era perfecto para lo hacía le falta, y eso era llamar si llegase a presentarse alguna emergencia...

Chase asintió y tragó en seco.

—¿Dónde estabas? —le preguntó a su abuela en un susurro.

—*Mi caminata diaria... —dijo con la voz entrecortada—. Fui a ver si necesitaba algo, pero creí que estaba dormida... No quise despertarla... No quise... Yo... Debí comprobarlo... Debí... —Él bajó la cabeza, escuchando a su abuela. La abrazó con más fuerza—. No quise despertarla...—susurró la anciana de nuevo con profundo dolor en su voz contra el hombro de su nieto—. Ignoro en dónde está Nellamy... No sé cómo localizarla...*

—*Esto es mi culpa, Nana... Solo mi culpa. —Se sentía impotente. Se sentía como un maldito y bastardo egoísta.*

Nana le dedicó una mirada apesadumbrada. Lo tomó de la mano.

—*No, mi vida, no lo es —murmuró la anciana con dulzura.*

Pasaron horas cuando ya todo el triste proceso había pasado por las autoridades, incluidas declaraciones, trámites y demás. Solo entonces Nellamy apareció en casa. La mujer llevaba el maquillaje intacto y un nuevo par de zapatos, ¿lo primero que hizo al poner un pie dentro de la propiedad? Abofetear a Chase.

Él se tocó la mejilla, en shock.

—*¿Cómo pudiste abandonar a tu hermana, maldito seas? —preguntó entre una y otra bofetada, ante el llanto de Nana pidiéndole que se detuviese.*

Chase aguantó los golpes sin inmutarse. Sin derramar una sola lágrima, porque sentía que merecía lo que Nellamy estaba haciendo.

—*¿Dónde estabas? —le preguntó a gritos, mientras Nana intentaba empujar a su hija, sin éxito—. ¿Dónde estabas todas estas horas, jodido muchacho?*

—*En casa de Eve... —replicó Chase—. Con Eve...*

Nellamy parecía echar humo por las orejas.

—*Follándote a una muchacha, mientras tu hermana estaba muriéndose. ¿Acaso no me prometiste cuidar de Alana para evitar que la ofreciese al mejor postor? Mira nada más la calidad de promesa que haces —le gritó con crueldad, ante la expresión horrorizada de Nana—. No solo desperdiciaste una gran forma de generar ingresos, sino que la mataste. Literalmente. —Después se apartó, cruzándose de brazos—. Recoge tus cosas, y lárgate, Chase.*

Nana no soportó más, y agarró a su hija de brazo. De pronto parecía un gigante a sus sesenta y nueve años de edad con la fuerza que solo brindaba el amor por las personas que adoraba: Alana y Chase.

—*Tú, mujerzuela, recoge tus cosas. Esta es mi casa. La pago yo, así como*

soy yo quien cuida de mis nietos —dijo la anciana con determinación—. No quiero volver a verte, Nellamy.

Chase continuaba inmóvil. Incapaz de decir algo coherente. Estaba aturdido.

—Pues no has hecho bien tu trabajo —le replicó Nellamy zafándose de agarre—. A ver si este no se te muere —dijo. Se giró para mirar a Chase—: Eres una decepción. Recuerda bien mis palabras: ninguna mujer va a quererte si no sabes usar lo que tienes entre las piernas, y tampoco si no tienes una cuenta bancaria abultada para ofrecerles. Resultas un desperdicio con tus sueños de grandeza. ¡Jugador de hockey, mira nada más!

Él agachó la cabeza.

Nana se acercó a su nieto, que temblaba de rabia y culpa, y lo abrazó.

—Lárgate, Nellamy, ya no eres bienvenida. He tolerado demasiado por el bien de mis nietos. Ha sido suficiente. Chase no tiene la culpa de la muerte de su hermana, y no necesita a una madre cruel que intente hacerle creer semejante patraña. Si para la medianoche no te has ido, entonces llamaré a la policía —dijo Nana sorprendiendo a Nellamy—. ¿Crees que no sé a qué te dedicas? Subestimas mi edad e inteligencia, muchacha ingrata. Chase es un adulto y hará muy bien su papel profesional, cualquiera que elija, en la vida. No te necesita. Y cuando triunfe sobre esos patines no llegarás a él, al menos no mientras esté viva. Fuera de aquí.

—Vieja estúpida —murmuró Nellamy.

Chase miró a su abuela con lágrimas en los ojos. Ella y Alana habían sido siempre su soporte, dándole ánimos cuando les contó que un hombre llamado Buck Kye le había ofrecido patrocinarlo y entrenarlo. ¿Cómo se llegaba a la gloria y el infierno en una sola semana? No quería pensar en el día que Nana le faltase.

—Puedes ir al sepelio de Alana, Nellamy, pero no quiero ver a ninguno de tus infames clientes. Ya has avergonzado suficiente a esta familia.

Nellamy se encogió de hombros, y empezó a subir las escaleras. Se detuvo en el cuarto escalón tan solo para girarse y mirar a Chase.

—Eres culpable de lo que le ocurrió a Alana, ella era tu responsabilidad, y no habrá ningún discurso que logre cambiar la realidad de lo ocurrido. — Sin más, continuó su camino, mientras Chase cerraba los ojos experimentando una tristeza profunda y un gran vacío en el alma.

El servicio fúnebre tuvo la asistencia de los profesores de Alana, y algunas de sus compañeras de clase; así como amigos del barrio. Buck y su familia estuvieron dándole apoyo a Chase, a pesar de solo haberle ofrecido pocos días atrás ser su patrocinador y responsable para tratar de llevarlo a las ligas mayores de hockey.

Cabisbajo y meditabundo, estaba sentado en la primera fila de la iglesia escuchando al sacerdote, sin estar presente de verdad. La autopsia reveló que su hermana sufrió un paro cardiorespiratorio. Por más que Nana insistía en que no habrían podido ayudarla, aún estando en casa cuando sucedió, él continuaba sintiéndose culpable. ¿Y si hubiera respondido las llamadas? ¿Y si no hubiera cedido a la propuesta de Eve, habría llamado a los paramédicos a tiempo para salvar a Alana?

Cuando féretro de su hermana bajó, él echó una rosa mientras veía cómo los sepultureros ponían tierra. Durante todo el servicio estuvo esperando a que Eve llegase. Necesitaba alguien que comprendiese el nivel de su dolor como solo lo podría hacer la mejor amiga de Alana, y que era la muchacha de quien estaba enamorado.

Horas más tarde, con las gotas de lluvia cayendo a trompicones en el campo santo, Chase se apartó de la tumba de Alana. Estaba empapado de agua. No quería tomar el bus de regreso a casa, así que hizo el largo camino a pie.

—Chase...

Él se giró hacia la voz de Eve. Estaba vestida con una falda de negra y una blusa blanca. La chaqueta que llevaba para protegerse de la lluvia era de cuero. Sostenía una sombrilla azul con puntos blancos. El agua repiqueteaba y salpicaba las botas negras.

—¿Por qué...? —dejó la pregunta al aire. No necesitaba terminar la oración.

Ella bajó la mirada.

—No podía verla así... No podía. Mi mejor amiga se ha ido, mi confidente, y la persona que me comprendía de verdad en este mundo... —dijo con un sollozo.

Él fue a acercarse para abrazarla, aliviado de saber que comprendía su dolor, pero ella se apartó. Chase frunció el ceño.

—¿También te sientes culpable por no haber estado con ella? —preguntó con suavidad. Eve negó, y lo miró con ojos llovidos—. Han sido días difíciles, Eve...

Ella asintió.

—Pienso día y noche en que pude haber contestado el teléfono —murmuró Chase, acariciándole la mejilla húmeda—. Me siento...

—Te sugerí que no lo hicieras, pero al final, la decisión era tuya... —dijo en tono defensivo, y limpiándose sus propias lágrimas con fastidio—. No busques consuelo tratando de que me sienta igual que tú —expresó en un súbito tono que Chase no había escuchado nunca en Eve: desapego e indiferencia. Un trueno resonó a lo lejos, precedido de relámpagos.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó, sorprendido.

Apartó la mirada, y después giró el rostro hacia él.

—Antes de acostarme contigo... Antes de acostarme contigo debí decirte algo, pero te he deseado tanto desde hace mucho tiempo... No quería que me rechazaras...

Él acortó la distancia y la observó con ojos atormentados.

—Habla con claridad.

—Estoy embarazada. —El cerebro de Chase no creía capaz de registrar más información catastrófica en su existencia, al menos durante un largo período—. El papá de este bebé quiere casarse conmigo... Es mayor a mí, pero le he dicho que sí, porque me ofrece una mejor vida, salir de este asqueroso barrio... No necesito estudiar... Tendré mejores posibilidades. Él tiene dinero, Chase, incluso puedo ayudarte con un poco para que compres implementos para el hockey, y...

—¿Qué carajos estás diciendo? —preguntó interrumpiéndola, pasándose los dedos entre los cabellos, furioso—. ¿Te acostaste conmigo antes de ayer, mientras tenías el hijo de otro hombre en tu vientre y con el que piensas casarte? —gritó fuera de sí—. No soy un proveedor de servicios sexuales a domicilio, maldita seas. ¡Y no necesito el jodido dinero de otro hombre!

Ella dejó rodar lágrimas por las mejillas, pero Chase creyó sentir cómo el corazón empezó a recubrirse de escarcha helada. Lágrimas de cocodrilo.

Él la agarró de los hombros con fuerza y la sacudió para que lo mirase.

—No soy un jodido juguete sexual para nadie. Creía que sentías lo mismo por mí, que yo por ti. Ni siquiera has terminado la secundaria, ¿vas a ser una mantenida porque crees que los seres humanos son moneda de cambio? Me das asco, Eve. ¿Qué fue de esa promesa en la que no había terceros entre los dos? —le preguntó respirando agitado.

—Chase...

Él la soltó con asco. Estaba destrozado.

—Eres tan asquerosa como Nellamy... —agitó la cabeza—. Eres una víbora con un bonito coño; eso es todo. Un coño que ni siquiera vale la pena volver a tomar; porque ha sido tan usado que no se siente nada especial.

Chase empezó a dar pasos largos sobre las aceras inundadas, mientras a lo lejos escuchaba su nombre en la boca de Eve. Jamás volvería a confiar en ninguna mujer. A medida que avanzaba, el muchacho que todavía creía que era posible enamorarse y ser correspondido, se desvanecía como un terrón de sal en el agua.

Ese fue el inicio de una relación de odio entre él y Eve, con encuentros agridulces cada año durante el cumpleaños de Alana o el aniversario de su muerte.

CAPÍTULO 10

Desde la mesa, copa de vino en mano, Alicia lo observaba moverse con desenvoltura. El aroma de la mezcla que estaba en la olla era delicioso, y no podía negar que estaba sorprendida de saber que Chase tenía espíritu de chef. Suponía que era una de las varias facetas que no dejaba ver a menudo. O quizá, nunca.

En la cama, él era demandante, casi tanto como había descubierto que lo era ella; en el hielo, parecía una fuerza de la naturaleza capaz de destrozarse todo a su paso para obtener su objetivo: ganar. Por supuesto que había visto incontables partidos de los Chicago Warriors. Alicia intentaba imaginarse un escenario en el que Chase pudiera sentirse dolido o afligido, y no lo lograba; parecía inmune a cualquier amenaza. ¿Cuál era su talón de Aquiles?

—Huele estupendo, ¿me vas a decir finalmente qué estás cocinando? —le preguntó—. No me gustan las sorpresas cuando tengo hambre. —Dax llegaría en cinco minutos, y estaba tratando de elaborar en su mente una explicación coherente que no implicase una mentira.

Él la miró esbozando aquella espectacular sonrisa que solía borrar la habitual expresión arrogante en una más cercana y cálida. Alicia podía entender el por qué las mujeres babeaban cuando él sonreía. Y, por supuesto, Buck sacaba provecho de ello a través de las negociaciones con auspiciantes importantes.

—Lomo Stroganoff —le hizo un guiño—. Menos mal cuentas todos los ingredientes que una casa “normal” suele tener en el frigorífico.

Ella asintió, y bebió la última gota de vino. Dejó a un lado la copa y se apoyó contra el respaldo de la silla alta cruzando los brazos.

—Estoy a cargo de un niño de diez años, así que la comida chatarra suele ser un recurso de emergencia. —Él dejó a fuego lento la cocción, y chequeó que el arroz estuviera listo—. ¿En qué momento aprendiste a cocinar?

Se giró hacia Alicia. Imaginaba que toda mujer tenía algún truco invisible para conseguir que un hombre perdiese momentáneamente el sentido. Él jamás se habría ofrecido a cocinar a alguien con quien estaba acostándose, simplemente, porque no permitía que la intimidad rozara esos escenarios, y porque revelaba lados de su vida que prefería mantener al margen. Con Alicia, inexplicablemente, experimentaba ganas de sorprenderla y mostrarle que no

era el cretino. No sabía qué carajos estaba ocurriendo y las súbitas ganas de salir del apartamento lo invadieron.

—Mi abuela me enseñó... —dijo como si careciera de importancia—. Yo era un adolescente en crecimiento, y practicaba hockey, necesitaba alimentarme bien, y no teníamos mucho dinero; éramos pobres. La poca comida que llenaba nuestra mesa tenía que ser medida, y también saludable. Nana quería que pudiese desenvolverme en la cocina en cualquier etapa de mi vida —se encogió de hombros—. Con el paso de los años, le tomé afecto a la idea de cocinar, porque descubrí que podía relajarme. Una lástima que tenga pocas oportunidades de hacerlo debido a mi agenda deportiva.

Alicia procesó todo lo que estaba diciéndole. Asintió.

—¿Tu abuela, en dónde vive?

Chase bajó la mirada.

—Falleció hace dos años...

—Lo siento —murmuró Alicia—. ¿Tienes más familia? —preguntó.

El brillo en la mirada de Chase, cuando la mencionó, era el mismo que solía tener ella cuando su padre la llevaba de paseo o le prestaba atención, mucho antes antes de darse cuenta que era un vulgar estafador y mentiroso. Imaginaba que el amor de ese hombre por su abuela era profundo.

Él negó con la cabeza, mirándola con fiereza.

—Mi hermana murió, años atrás, de Leucemia. No tengo familia —dijo, porque no consideraba a Nellamy bajo ese concepto—. Estamos el hockey y yo. Es todo lo que necesito para salir adelante o mantenerme enfocado.

Alicia podía notar el dolor en sus palabras, pero también el mensaje detrás de esa última frase. A Chase le gustaba el acuerdo que tenían, y no pensaba a largo plazo.

Ella quería pretender que no le afectaba el recordatorio, aunque después de haber estado en sus brazos y compartido tantas horas juntos resultaba difícil. No pensó demasiado, y se acercó para abrazarlo.

—Me apena mucho saber eso, Chase. Sé que el hockey es tu vida, y espero que algún día puedas encontrar otra razón para sonreír como lo haces cuando estás sobre el hielo —susurró abrazándolo de la cintura. Lo sintió tensarse, aunque no la apartó; tampoco hizo amago de devolverle el abrazo. Alicia elevó el rostro hacia él—. Quizá, más adelante, podríamos ser amigos...

Él le acarició los labios con el pulgar.

—Solo quiero disfrutar este tiempo como pactamos, hasta ahora. ¿Ser tu amigo? No, Alicia, eso ya decidimos que no iba a funcionar. Los amigos no

tienen ganas de tener sexo como nosotros.—Alicia se sonrojó, aunque trató de mantener una expresión de indiferencia. Prefería la brutal honestidad a las mentiras; y ese era Chase: brutal y honesto—. Puedo darte titulares optimistas y mantenerlos después de los eventos que tengamos —se acarició la barba recortada con estilo, en forma ausente—. No creas que esta brevísima muestra de domesticación es parte del trato, lo hago porque es consecuencia de las circunstancias, y me siento cómodo.

Ella se rio. «Ah, aquí volvía el hombre que se protegía tras murallas de hierro.» Si él iba a fingir que el sexo entre los dos era increíble, pero que no existía de verdad una conexión especial, ¿quién era ella para sacarlo de su error? Los hombres eran como las mulas: entre más las empujabas, menos se movían.

—No quiero que enfoques toda tu atención en mí —dijo ella con sarcasmo—, porque ¿qué ocurriría si eres tú quien pierde la perspectiva? —preguntó sonriendo, antes de apartarse. Prefería tomar la situación a la ligera. Además, me alegra que te sientas cómodo a mi alrededor, solo un detalle... —Él enarcó una ceja—. No te pongas demasiado cómodo. —Le hizo un guiño, y Chase soltó una carcajada. Se lo tenía merecido. Ambos sabían en qué terreno estaban pisando... o eso creían.

Dax abrió los ojos desmesuradamente cuando su hermana lo recibió en el apartamento. No creía estar alucinando... Miró alrededor con expresión confusa. Y cuando ella le sonrió, el corazón empezó a palparle con rapidez. El hombre que estaba en la sala de su casa no era un holograma. ¿Verdad que no?

—Cha...Chase Beckett —dijo Dax cuando su jugador favorito se acercó, mientras Alicia cerraba la puerta del apartamento—. ¿Cómo... Qué haces aquí? ¡Woow! Esto es la bomba.

Chase sonrió y estiró la mano. Dax la estrechó con un apretón firme, pero en absoluto comparado a la fuerza del invitado de esa noche.

—Encantado de conocerte, Dax.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó abriendo la boca en una O exagerada.

Alicia sintió el corazón derretírsele de ternura, porque su hermano era un niño alegre, pero la ilusión que veía en su rostro en ese momento era única. Imaginaba que ella hubiera tenido una reacción similar si un día se encontraba

a Drake en la misma situación, en ropa informal, y llamándola por su nombre.

—Soy amigo de Alicia... —Dax miró a Alicia boquiabierto ante el hecho de que su hermana le había ocultado una información tan vital como aquella—, y estamos trabajando en un proyecto. —No era mentira—. ¿Está bien si vengo por aquí de vez en cuando? Eres el hombre de la casa después de todo —le hizo un guiño.

Dax hizo una entusiasta afirmación con la cabeza.

—Al —le dijo a su hermana—, ¿por qué no me contaste que vendría Chase Beckett a la casa? Le pude haber dicho a mis amigos de la escuela, ¡woow!

Alicia se rio.

—Porque el proyecto es un secreto. No puedes contárselo a nadie. Ahora, ¿qué te parece si vas a lavarte las manos, dejas tus útiles escolares en la habitación, para que vengas a cenar? Así me cuentas tu día, y yo te hablo un poco sobre el mío. ¿Eh?

—Ya cené...

—Oh, una pena —intervino Chase dándole un mordisco a una manzana, mientras observaba el intercambio de los hermanos—, porque hoy cociné. No suelo hacer eso casi nunca —se encogió de hombros—, imagino que te lo perderás.

Dax pareció recapacitar. No quería desperdiciar ningún momento con su jugador preferido. Y de hecho, lo que más deseaba era un autógrafo. ¡Estaba en su apartamento! ¡A poca distancia de él!

—Sí... Vale... ¿Me podrías firmar tu jersey? —preguntó con inseguridad.

—Después de cenar, claro.

—¡Genial! —dijo con una amplia sonrisa y se perdió en el corredor que llevaba a las habitaciones del apartamento.

Alicia se rio, y después miró a Chase. Le parecía sexy incluso la forma en que mordía una condenada manzana. Estaba enloqueciendo, definitivamente. Necesitaba aparentar indiferencia, porque él mantenía la guardia reforzada para que nadie fuese capaz de entrar a husmear en sus secretos.

Al menos, Alicia ahora sabía que tuvo una hermana, y que no tenía familia una vez fallecida su abuela, Nana. No le mencionó nada de sus padres. Qué pesar no tener alguien que te quiera incondicionalmente y a quien recurrir para celebrar o llorar o buscar refugio. Ella tenía suerte al contar con Maya, y su pequeño hermano. Su familia no era tan amplia, pero los pocos miembros que vivían en Seattle se desentendieron de su existencia y la de Dax cuando su padre fue expuesto en todos los medios de comunicación. En lugar de tener esa

clase de personas alrededor, compartiesen o no su ADN, prefería estar en otra ciudad con quienes de verdad valían la pena.

Chase lanzó la manzana al basurero, y pronto se ocupó en terminar de preparar la comida. Probó la mezcla que había hecho y sonrió. Era uno de los platos que mejor le quedaban. El arroz estaba listo. Había zumo en el frigorífico, y él pensaba beber un poco de vino. Llamaría un Lyft para volver a casa.

Una vez que apagó la hornilla eléctrica, le siguió el extractor de humo. Le gustaba el apartamento de Alicia porque estaba lleno de recuerdos familiares, fotografías, medallas deportivas de Dax, y resultaba acogedor a la vez que amplio. Él era consciente de que ella lo seguía con la mirada. Se sentía algo confuso y a la defensiva. No podía explicar la razón, tan solo llevaba claro que no podía apegarse demasiado a la idea de estar alrededor de Alicia.

—¿Te ayudo poniendo la mesa? —se ofreció ella.

—Sí, porque no tengo idea de dónde están las cosas aquí —replicó riéndose. Cuando pasó a su lado, la tomó de la cintura. Ella lo miró con sorpresa—. ¿A qué hora se va a dormir Dax?

Alicia miró a uno y otro lado. Imaginaba que su hermano estaba buscando qué otras cosas, además del jersey, Chase podría autografiarle. Esperaba que no los pillara en ese momento, porque no podría explicárselo.

—Después de cenar, y que yo revise que haya hecho la tarea... Ahora, suéltame si no quieres dar razones a un niño de diez años.

Él le miró la boca con deseo. Se inclinó para besarla rápidamente. Después se separaron, pero Chase no apartó la mano de la cintura.

—Alicia, no quiero ofenderte, ni lastimarte. Solo estoy siendo sincero —dijo de repente ante una súbita necesidad de explicar su rudeza anterior.

Ella hizo una mueca.

—No soy experta en tener amantes esporádicos sin sentimientos de por medio, aunque estoy segura que dar explicaciones está fuera de lugar. Entiendo, Chase, que eres una persona muy privada, aprecio que compartas un poco de ti, pero no pongas en tu rostro esa expresión de susto si te sientes cercano a mí. No quiero atraparte, no quiero pedirte más de lo que hay entre los dos. Solo sé tú, porque cualquier cosa que suceda es mi responsabilidad.

—Puedes ser tan frontal como yo —dijo él—. Una cualidad que admiro.

—Lo peor de todo es que las horas extras no son pagadas para ofrecerte semejante gesto, ¿acaso no es refrescante que lo haga gratis? —preguntó ella, riéndose, antes de girar para agarrar la vajilla y empezar a poner la mesa.

Dax no cabía en sí de alegría. Estaba comiendo con su héroe, y escuchando cómo respondía todas las preguntas. Su hermana retiró los platos, y sirvió un té caliente para todos. Él sabía que ya casi era la hora de revisar las tareas con Alicia e ir a dormir, pero no quería que acabara ese día.

—Gracias por firmarme todo esto —dijo Dax contemplando el mug, el jersey, y varias fotografías, además de su palo de hockey y guantes.

—No hay de qué, campeón —replicó Chase agitándole el cabello con soltura. Estaba habituado a tratar con niños debido a la cantidad de actividades que se organizaban para la Fundación Warriors of Chicago, además de las visitas que hacía al centro en el barrio en que vivió hasta la adolescencia.

—¿Sabes? —dijo Dax frunciendo el ceño, como si hubiese recordado algo que necesitaba sacar de su sistema—. No eres el primer jugador de hockey que conozco, pero sí mi favorito —expresó esto último con entusiasmo.

Alicia se quedó con la taza a medio camino de la boca. Con temor a que el líquido se derramase preferió devolverlo al portavasos. Miró a su hermano, tratando de que él entendiese que debía mantener la boca cerrada, pero él estaba tan enandilado con la presencia de su jugador preferido, que la ignoró.

—¿Cómo así? —preguntó Chase. Cuando notó que Alicia observaba a Dax como si quisiera darle algún mensaje por telepatía, frunció el ceño. «Interesante situación.»—. Cuéntame, Dax.

—Ya es hora de dormir —dijo Alicia incorporándose.

Chase se cruzó de brazos, sintiéndose muy a gusto viéndola nerviosa. ¿Qué estaba ocultándole? Le sonrió al que, estaba seguro, sería su cómplice si lo permitía.

—Oh, vamos, Alicia, él puede ir después de que responda la pregunta —dijo con total tranquilidad, y miró a Dax—: Cuéntame, campeón, ¿a quién conociste?

—Yves Burrien era el novio de mi hermana cuando vivíamos en Seattle, y me llevó a ver varios juegos de hockey, pero yo siempre seguí apoyando a los Warriors —dijo Dax con orgullo—. Cuando estoy en la práctica de hockey a la que me lleva Al, yo intento igualar lo que haces en el hielo. —Chase asintió—. Me voy a dormir, mañana tengo examen de matemáticas... —Miró a su hermana—: Hice todos mis deberes, y estudié bien, lo prometo, ¿es necesario que revise mis tareas hoy?

Alicia necesitaba un escape, pero ya era tarde y Dax tenía que dormir. Además, era un niño responsable y no solía mentir. Si necesitaba ayuda, la pedía, sino, no.

—Mmm... —empezó a recoger la mesa—, sí, claro, cariño.

Dax, en un acto impulsivo, se acercó y le dio un abrazo a Chase, este se lo devolvió y después levantó el puño para que el pequeñajo pusiera el suyo. Con una gran sonrisa, el niño agarró todo el merchandising autografiado como si fuera el mayor tesoro que poseyera.

—Siempre apoyaré a los Warriors, y algún día seré como tú —dijo con ilusión.

—Excelente, ese es un fan leal —replicó Chase dándole una palmada en el hombro—. No quiero que seas como yo, sino la mejor versión de ti sobre el hielo.

Dax, asintió.

—¿Vas a volver...? —preguntó con súbito nerviosismo.

Chase esbozó una sonrisa, miró a Alicia de reojo, quien parecía estar muy ocupada colocando la vajilla en el lava platos automático.

—Por supuesto, hay muchas cosas sobre las que podríamos charlar.

—¡Yeiii! —exclamó antes de ir hasta Alicia y abrazarla de la cintura—: Eres la mejor hermana del mundo, gracias por traer a Chase. —Sin más fue corriendo a su habitación y cerró la puerta.

«¿El jodido Burrien había sido novio de Alicia?».

Permaneció en la silla, procurando calmarse. Yves, *el imbécil*, Burrien era una plaga en la liga. No tenía sentido de compañerismo, hablaba basura de otros jugadores, y en el hielo solía cometer faltas que había dejado a más de un deportista con graves lesiones. La ácida relación entre ambos era bien conocida a nivel interno, así que durante los partidos de la liga el entrenador, Argos, instaba a Chase a mantenerse enfocado, pero Burrien sabía tocar las fibras adecuadas para sacarlo de quicio e instarlo a liarse a golpes.

Chase detestaba a Burrien. El cabrón era la razón de que, cada ocasión que se enfrentaba L.A. Wings contra los Chicago Warriors, estuviera la mayor parte del partido en el banco de penalización. Ambos se habían causado al menos cuatro expulsiones durante las temporadas activas de hockey. Se alegraba de que el equipo de ese tarado no hubiera entrado tampoco a los Playoffss.

—Gracias por la cena —dijo incorporándose.

Alicia lo observaba con cautela.

—De nada...

—¿Por qué no me contaste sobre Burrien? —preguntó él, acercándose poco a poco, tal como un leopardo a punto de someter a su objetivo—. Me parece que hemos tenido suficientes análisis de mi comportamiento, y entre esos detalles las peleas sobre el hielo suelen ser un punto de comentarse...

La idea de hablar sobre Yves le era tan apetecible como un pepino con vinagre balsámico. Antes de presentarse en el hotel de Chase semanas atrás, había tomado la decisión, con aprobación de Kathrina, de que lo que ocurriese en la pista de hielo era problema de Trentos y su equipo de comunicación, mas no suyo; era lo lógico. Ese fue el motivo por el que no mencionó las peleas en el hielo como un asunto de importancia en la gestión de actividades de relaciones públicas. Jamás habría esperado que Dax conociera a Chase.

—No creía que tuviera importancia...—dijo con un aplomo que no sentía.

Él le agarró el rostro con ambas manos. Le acarició el labio inferior con dureza. Alicia tenía las caderas contra el borde del mesón de la cocina.

—¿No? —preguntó con falsa dulzura.

Ella hizo una suave negación. Sentía el corazón palpitándole a toda velocidad. Lo que ocurrió en su vida en Seattle no era parte del trato de conversaciones. El cliente en la ecuación y quien necesitaba restaurar su imagen era él, no ella.

—Es parte del pasado...—susurró.

—Burrien juega en la liga, *en el presente*, y según las estadísticas es el jugador con el que más encontronazos y golpes me suelo dar cuando nuestros equipos se enfrentan en la temporada regular. Quizá no hiciste la tarea al completo. Tsk, tsk —chasqueó la lengua—. Cuéntame, Alicia —dijo deslizándose las manos por la cintura. Ella se había cambiado de ropa, luego de haberse duchado juntos. Llevaba una blusa azul de algodón con cuello en V, y una falda blanca hasta la rodilla.

—No sé qué quieres que te cuente —susurró.

Estaba consciente de que su hermano estaba en la habitación y que, de un momento a otro, podría salir... Aunque, tan emocionado como estaba y agotado por el día que había tenido, lo más probable es que hubiera hecho honor a su capacidad de dormir con facilidad y ahora estuviera en un profundo sueño. Sin embargo, no podía arriesgarse a hacer ruido o levantar la voz por más que el apartamento fuera amplio y las habitaciones estuviesen al final del corredor.

—Burrien y tú. Seattle. ¿Qué ocurrió?

—Creía que no querías ser mi amigo. Y solo un amigo tiene derecho a hacer preguntas de ese calibre —dijo recordándole lo que él había dicho horas atrás.

Él inclinó la cabeza hacia un lado. Sin ningún esfuerzo agarró a Alicia de la cintura y la sentó sobre el mesón de mármol. Para no perder el equilibrio, ella colocó las manos en los sólidos hombros.

—¿Sabes qué resulta interesante?

—Ilumíname...

Chase sonrió de medio lado. Separó las piernas de Alicia hasta que sus pelvis estuvieron en contacto.

—La libertad de cambiar de opinión cuando se nos antoja.

—No me digas... ¿Ahora quieres ser mi amigo?

—Posiblemente —replicó con las manos sobre el borde inferior de la falda. Subió la prenda hasta que las bragas negras quedaron a la vista. La observó con interés. Lo volvía loco el modo en que se agitaban los pechos al compás de la respiración, cómo se dilataban las pupilas de esos ojos verdes, y los labios parecían separarse tenuemente de forma involuntaria cuando estaban muy cerca—. Ahora, quiero escuchar lo que tienes que decir... Después de todo es parte del pacto personal entre tú y yo. Por cada buen titular...

—No llegué a ningún acuerdo contigo, tú simplemente asumiste cómo deberían ser las cosas. —Él no se inmutó, tan solo empezó a acariciar la piel de los muslos internos de forma superficial—. Yo...

—¿Tú...? —preguntó consciente de cómo él la afectaba, y viceversa.

Con la yema del dedo acarició el punto exacto en el que convergían los labios íntimos, y presionó con pericia. La humedad que sintió traspasar la tela de seda lo instó a tomar una profunda respiración. No podía perder el control, porque la idea era que ella lo perdiese primero.

—Chase... Mi hermano...

Él se inclinó y mordió uno de los pezones de Alicia sobre la tela de algodón. Lo hizo con fuerza y ella soltó un jadeo sonoro. Echó la cabeza hacia atrás, y Chase aplicó la misma atención al otro pecho, mientras sus dedos parecían estar tocando una suave melodía sobre el sexo femenino. Trazó círculos y presionó la vulva como si se tratase de un instrumento musical que solo él conocía cómo activar para emitir la más exquisita melodía. El aroma de excitación de Alicia podía percibirlo con facilidad.

—Debe estar plácidamente dormido, y si acaso no es así, ¿qué te parece si respondes a mis preguntas, y así acortamos esta pequeña charla?

Alicia se sentía incapaz de ordenar argumentos en su cabeza para responder. Solo deseaba que él la siguiera tocando.

—Participé en un concurso de belleza y quedé entre las finalistas. Todos esos certámenes generan... —Él se inclinó para besarla, y ella suspiró de gusto. El intercambio no duró mucho. Lo miró con los ojos nublados de deseo, pero Chase solo sonrió, como si lo que estuviera haciendo fuese una recompensa por el hecho de que ella hubiera empezado a hablar. «Cretino.» —. Generan una amplia red de contactos y también posibilidades de trabajar en campañas publicitarias...

—Comprendo —dijo Chase quitándole las bragas. Ella no protestó. La tomó de las caderas hasta colocarla en el borde del mesón, con sus piernas abrió todavía más los muslos de Alicia. Ella tenía las palmas apoyadas sobre el mármol—. Mmm... ¿Ves? Charlar conmigo es muy beneficioso —murmuró excitado al notar el brillo en el sexo de Alicia; nada deseaba más que devorarlo y escucharla gemir, pero su propósito era otro. Necesitaba saber qué carajos había ocurrido entre ella y Burrien.

—Chase...

—Me alegro que recuerdes que ese es mi nombre —dijo sonriéndole mientras empezaba a acariciarla íntimamente, lubricándola con sus propios fluidos, sin penetrarla todavía—. Ahora, continúa.

—En una... —El hombre era un demonio del sexo, pensó Alicia—. En una de esas oportunidades fui a una fiesta y conocí a Yves. Me pidió que saliéramos, y después de que insistió varias veces, acepté.

—Mala decisión —murmuró él apartando la mano. Ella lo miró, jadeante —. No voy a premiarte por esa decisión equivocada.

—Entonces no vas a conocer el resto de la historia... —dijo apretando los dientes y mirándolo con desafío.

Él soltó una risotada, antes de inclinarse para besarla, y esta vez sin darle tiempo a quejarse, introdujo un dedo mientras con el pulgar estimuló el clítoris. Ella abrió la boca, y mordió el labio inferior de Chase.

—Mira qué descarada eres —murmuró—. Continúa hablando y recibirás tu recompensa, hermosa Alicia.

Ella se aclaró la garganta. Solo necesitaba que él la tocara para perder la cordura.

—Empezamos a salir, y pronto estábamos en todas las revistas del corazón... Él me visitaba cada dos por tres desde California y pasábamos juntos... Yo prefería no leer la prensa y dedicarme a estudiar, a salir con mis

amigas y trabajar como modelo de anuncios publicitarios de marcas locales. Al poco tiempo me enteré de que yo era el hazme reír en toda la NHL, porque las infidelidades de Yves eran conocidas por todos, menos yo. Cuando mi mejor amiga, Maya, me dijo lo que estaba ocurriendo terminé la relación con él...

—Yves es una escoria —dijo Chase.

Alicia no defendió el punto, porque era cierto.

—Me pidió que volviésemos a intentarlo, me pidió perdón, pero yo no quería volver a pasar por esa humillación... Dax se puso triste, porque había creado un lazo con él, por el hockey... Así que decidí que no volvería a salir con nadie que tuviese un perfil similar al de Yves...

Chase decidió que, la próxima ocasión que viese a Yves en el hielo, le iba a romper la cara. No solo porque había osado tocar a Alicia, sino porque la lastimó. A las sabandijas se las molía a golpes.

—No sales con jugadores de hockey —dijo él en tono irónico.

—No... —murmuró contra la boca de Chase.

Él continuó acariciándola, pero esta vez sumó dos dedos al penetrar la carne suave una y otra vez. Alicia le mordió la boca, mientras Chase acallaba sus gemidos con la suya. La sintió agitarse contra su mano, rápida y ansiosamente. Él no detuvo el vaivén de su estimulación, mientras la incitaba al orgasmo con sus dedos. Segundos después, Alicia experimentó convulsiones de alivio sexual mientras sus músculos se contraían alrededor de los dedos masculinos.

Chase sabía lo sensual que ella podía llegar a ser, lo apasionada e intensa, y la idea de que Burrien hubiese tenido el placer antes que él, lo embargaba de una inexplicable rabia. ¿Qué le estaba ocurriendo? Un instante tomaba una decisión en lo referente a Alicia, tratando de considerarla como la simple aventura sexual que habían acordado que eran, y al siguiente instante creía tener la capacidad de romperle la cara a un tipejo por haberse acostado con ella. Jamás tenía esa clase de conflictos consigo mismo. Quería tener la cabeza despejada, como siempre.

Necesitaba poner espacio. No le gustaba el efecto que Alicia tenía sobre su capacidad de poder desapegarse con facilidad de una mujer.

—Vamos a tener un gran problema —dijo él bajándola del mesón. Ella pareció perder momentáneamente el equilibrio, pero lo recuperó pronto. Chase le bajó la falda, pero no se molestó en recoger las bragas de la alfombra.

—¿Oh?

—Si en algún momento encuentro a Burrien, no vas a tener un titular de prensa positivo para ofrecer —dijo con fiereza.

Fue en ese momento que Alicia recordó su encuentro con Yves en el edificio de los Chicago Warriors. Las noticias corrían como pólvora, y era cuestión de tiempo que se supiera que Yves Burrien tenía una oferta con el equipo de Chase, en el caso de que se concretasen las negociaciones. Dios, ¿en qué lío se había metido?

—No sé por qué te importa eso... No debería. Es mi pasado... Estoy segura de que hay muchas mujeres en tu lista de amantes. ¿Te he preguntado por ellas?

—Carece de importancia, porque de momento la única mujer que tengo en mi lista de prioridades eres tú —replicó Chase, antes de apartarse—. Gracias por la cena.

Sin más, salió del apartamento.

Alicia se quedó mirando la puerta sin saber qué acababa de suceder entre los dos. Su única certeza era que algo había cambiado rotundamente.

CAPÍTULO 11

En el momento que Chase llegó al apartamento y la puerta se abrió, él creyó estar viendo a Jéssica Rabbit con el cabello rubio. Las curvas de Alicia se destacaban en un sensual vestido strapless de tono violeta oscuro, y llevaba unos zapatos de tacón alto que estilizaban su figura. No era un hombre de fetiches, pero los pies de Alicia era delicados y cuidados con esmero. Le gustaban mucho.

—Estás muy guapa —le dijo, a pesar de que ese adjetivo no le hacía justicia.

«Quizá se propuso torturarme toda la noche», pensó. No se creía capaz de quitarle la mirada de encima. Cada parte de ese cuerpo se marcaba con la tela suave, invitando a despojarla de cualquier prenda que se interpusiera al espectáculo de admirarla desnuda. A duras penas se contuvo.

—Tú no estás nada mal —le colocó la mano en la solapa del esmoquin, mirándolo con una media sonrisa y esos preciosos ojos enmarcados con delineador negro y tupidas pestañas. No era la primera ocasión en que lo veía vestido de etiqueta, pero sí la primera en que iría de su brazo como su novia, falsa o no, a un evento social tan chic—. Por cierto, mi hermano se quedó ayer muy feliz, gracias por haberte portado tan generoso con él —dijo con dulzura—. Todavía contamos con un poco de tiempo antes de salir. ¿Quieres tomar algo? Tengo café, té...

—No, gracias —replicó con frialdad—. Estoy listo para irnos lo antes posible.

Ella frunció el ceño, y se detuvo por un breve instante a mirarlo tratando de encontrar algún indicio del motivo esa súbita actitud. La expresión de Chase no revelaba nada. Alicia se encogió de hombros, y tomó el *crutch* que había dejado en la consola cercana a la puerta. Lo último que deseaba era discutir. Tal vez, si algo le había molestado a Chase, ya se lo diría más adelante.

—De acuerdo, vámonos —dijo y aseguró la puerta de su apartamento.

Esa noche Dax iba a quedarse a dormir en casa de la señora Andrews. No le gustaba que él estuviera fuera de su vista o control, pero alguien tenía que llevar el pan a la mesa y pagar los estudios. Esa era una de las desventajas de su profesión: eventos nocturnos, viajes inesperados, reuniones sin horarios

fijos... Menos mal tenía la certeza de que ese fin de semana tendría un respiro, y la pasaría con su hermano. No se podía compensar el tiempo que permanecían alejados, pero sí que podía propiciar actividades para crear momentos bonitos que pudiesen guardarse en la memoria. En su plan incluía una visita al zoológico, para después ir al cine a ver una película con Dax. La que él quisiera.

Chase y Alicia eran los únicos en el elevador.

—En este evento estará la prensa, auspiciantes, gente con influencia política y también personalidades del arte. Se llevará a cabo la subasta de tres relojes únicos y el dinero se destinará a la construcción de un parque para personas con dificultades motrices. Quisiera sugerirte que no participes indistintamente de qué instante de la fiesta se elija para llevar a cabo la puja.

—¿Por qué? —preguntó sin mirarla, mientras el elevador descendía al lobby.

—Eres por esencia competitivo y si alguien quiere arrebatarte lo que crees que te debería pertenecer por derecho, o lo que fuese, no me gustaría que sacaras a relucir tu tendencia posesiva. Lo que menos necesitamos son murmuraciones y tergiversaciones a la mañana siguiente de la fiesta Rolex, Chase.

Él la miró con la ceja enarcada.

—Intentaré no parecer una bestia con mi comportamiento, no te preocupes —dijo con sarcasmo.

—Eso no es lo que traté de decir —replicó—. Si tienes algún problema puedes decírmelo. No necesitas comportarte como un idiota.

—Okay.

Alicia sabía que no debía perder el control.

Tomó una profunda y silenciosa respiración cuando estuvieron en el automóvil. Ella le pidió a Larry que encendiera la radio, pues eso era preferible a dejar que su cerebro empezara a trabajar minutos extras tratando de descifrar el súbito distanciamiento de Chase.

Poco a poco las calles y avenidas empezaron a quedar atrás, una a una, mientras se alejaban para ir hacia los suburbios de Chicago. El viaje tardaba aproximadamente treinta minutos sin congestión vehicular.

Chase empezó a revisar el teléfono de forma ausente, mientras Alicia mantenía los ojos cerrados disfrutando de la música.

Después de haber abandonado el apartamento de Alicia la noche anterior, lo que necesitaba Chase era poner un espacio entre los dos. Ella creaba un

deseo que no era equiparable al que había sentido por alguna otra mujer en su vida. Anhelaba tocarla y besarla; tomarla en todas las posiciones que estuviesen disponibles en su imaginación. Deseaba que supiera que él no iba a compartirla con nadie. Ese pensamiento lo instó al pánico, porque su síquis no lograba entender lo que sus entrañas pedían o exigían.

La contradicción, entre anhelar tocarla y querer poner distancia, estaba causándole líos. No sabía cómo manejarlo, entonces en su cómoda indiferencia se sentía más a salvo de cometer una tontería de la que pudiera arrepentirse.

—¿Trajiste la tarjeta electrónica de invitación? —le preguntó ella de pronto. Él introdujo la mano en el bolsillo interior del esmoquin y se la mostró —. Bien. Esa tarjeta contiene un código, y al final de la velada entre quienes se queden alrededor sortearán un crucero a Grecia durante el final de este verano.

—Okay... No me apetece ir a Europa de momento.

Alicia le quitó la tarjeta de la mano y se la guardó en el crutch. Él enarcó una ceja, sorprendido por el súbito gesto.

—Mejor, qué bueno que lo comentas desde ahora. Ojalá tenga suerte, y me lo gane yo. Me encantará pasearme por las islas griegas a gusto.

Chase no pudo evitarlo y esbozó una sonrisa, pero pronto su rostro volvió a cobrar la seriedad con la que había empezado la noche. Alicia pretendía fingir que todo iba “normal”, porque solo deseaba disfrutar la velada y volver a casa para dormir sus horas completas. Quizá para Chase fuese una fiesta como cualquier otra, pero para ella se trataba de trabajo.

Después de que Chase se hubiese marchado la noche anterior, ella pasó al menos una hora y media dándole vueltas a la escena en el mesón. Intentó encontrar un motivo que lo hubiera instado a marcharse de repente, y ahora que conocía lo voraz que era en la cama, sin recibir placer a cambio. Se dio por vencida, y el dulce Morfeo terminó conquistándola hasta las seis de la mañana que Dax tenía que ir a la escuela, y ella ayudarlo a alistarse.

Al día siguiente de la fiesta, Alicia tenía un desayuno con las Damas de la Cruz Roja de Chicago, pues ellas deseaban coordinar un partido benéfico entre dos equipos, uno de la división central y otro de la división pacífico que no hubieran entrado en los Playoffs. Entre esos equipos estaban los Chicago Warriors. Alicia ignoraba cuáles serían los otros equipos que el comité querría contactar, y francamente no le importaba. Ella era relacionista pública externa para Chase y respondía ante los Warriors, y lo que otros equipos

hicieran con sus gestiones públicas no era su asunto.

—¿A qué hora desean que los recoja? —preguntó Larry antes de abrirles la puerta del automóvil cuando estuvieron cerca de la entrada.

—Lo llamaré, gracias —dijo ella.

Apenas pusieron un pie en la calle, los flashes la cegaron. De inmediato, Chase la guió a lo largo de la alfombra que daba paso a la entrada principal de la preciosa propiedad en las afueras de Chicago. Se trataba de un hotel campestre, sofisticado, en el que cada noche de estancia podía llegar a costar veinte mil dólares.

Ella insertó la tarjeta electrónica en un pequeño aparato a la entrada de la recepción, y al instante las puertas se abrieron de par en par y una increíble decoración con toques de nostalgia al estilo del Gran Gatsby los recibió. La música, las voces y los variados aromas de exquisitos perfumes se hicieron presentes al mismo tiempo en que Chase y Alicia ponían un pie en el interior.

Sin pensárselo, Chase entrelazó los dedos con los de ella para abrirse paso en la marea de vestidos de diseño y licores costosos. Alicia lo miró por un breve instante, pero pronto fueron abordados por un periodista y no tuvo tiempo de cuestionar ese gesto. Los periodistas más suertudos de la sección de deportes, moda o sociedad de los medios influyentes solían ser invitados a esta clase de eventos.

—Hey, ¡Chase! ¿Ella es quien te ha robado el corazón? —le preguntó Bernard Clifford, un reportero de Aces del Hockey, en un tono cordial.

Chase pareció transformarse en el encantador de serpientes. Sonrió y colocó la mano en la espalda baja de Alicia, acercándola a su costado. Ella esbozó una sonrisa serena y no se apartó. Imposible si quería dar veracidad a la puesta en escena que habían decidido llevar a cabo.

—Se llama Alicia Krutcher. ¿Cómo va todo, Bernard?

—Bien, bien, ¿te molestaría si encendemos la cámara para grabar una breve entrevista? —preguntó con cautela, porque sabía que el temperamento volátil de Chase podría incluir que lanzara la cámara contra el suelo, sin importar consecuencias.

Él la miró, como si estuviera pidiéndole permiso para acceder a la petición, y Alicia contuvo una mueca. «¿No querría Chase mejor trabajar en Hollywood? Las dotes de actor empezaban a cobrar más fuerza que nunca», pensó con sarcasmo.

—Por mí, perfecto —dijo ella sonriéndole a Bernard.

La entrevista tomó apenas tres minutos. Todo fue risas, y comentarios

agradables a tal punto que el reportero le dijo a Alicia que era un milagro el que había obrado en Chase. Ella solo sonrió. «Si tú supieras.»

Pront se adentraron en la fiesta.

La iluminación creaba un ambiente confortable, tanto que invitaba a sentirse muy a gusto, indistintamente de cuál fuese el motivo por el que estuvieses alrededor: trabajo, placer, negocios. Daba igual.

Por lo general, al ser relacionista pública, la organización de eventos solía ser parte de las tareas que se aprendían a desarrollar, pero Alicia había optado por la gestión corporativa directa y control de crisis. Fue una excelente decisión, porque con Dax a cargo habría sido un caos cuidarlo, en especial debido a las ausencias por largos e indeterminados períodos dentro y fuera de la sede en que estuviese su oficina.

Alicia disfrutaba cuando tenía que elegir un vestido para ocasiones de gala. De hecho, tenía un excelente criterio para notar la calidad, o falta de esta, en la ropa que solían utilizar las mujeres que acudían a eventos de marcas de lujo. Le fascinaba la capacidad de los diseñadores para ajustar un estilo y conseguir que los colores le diesen un aspecto diferente a cada mujer.

—Pensé que habías dejado el hockey en otra dimensión —le dijo Keegan Wiggs cuando se la encontró a Alicia cerca de la estación de bebidas. Ella era de las personas que había trabajado en Miss Washington y fue como se conocieron, y también como Keegan se enteró de la relación con Yves.

—Hey, qué gusto me da verte —replicó Alicia—. Ya sabes que los buenos hábitos son difíciles de perder —le hizo guiño procurando no hacer recuento de esas épocas con Yves—. Te presento a Chase Beckett. Chase, ella es Keegan una amiga de Seattle y que, por supuesto, es una fiel seguidora de la NHL.

Los ojos celestes de Keegan brillaron con apreciación. La mujer tenía tiendas exclusivas de venta de maquillaje y cremas de belleza alrededor de todo Estados Unidos. Jamás le faltaban las invitaciones a esta clase de eventos; al fin y al cabo era cuando se gestaban los mejores contactos de trabajo para posteriores negocios.

—El famoso soltero de oro de Chicago —dijo Keegan estrechando la mano de Chase—. Pues te has encontrado a una mujer muy lista, enhorabuena.

—Ya no estoy soltero, así que de seguro el título ya no me queda bien —replicó él, riéndose, mientras atraía a Alicia más a su costado. Le acarició la cintura mientras la miraba con intensidad. Ambos sabían cuál eran los dos motivos. La deseaba, por supuesto, era el primero. El segundo, que no le

causaba gracia alguna que la tal Keegan le recordase la existencia de Yves Burrien.

—Oh, pero qué encantador —dijo Keegan, que bordeaba los cincuenta años, pero se mantenía a punta de un fabuloso bisturí y mucho dinero en tratamientos—. Querida —comentó mirando a Alicia—, cuando esté de regreso por la ciudad me gustaría quedar para charlar.

—Por supuesto —murmuró.

Chase continuaba a su lado, y cada tanto se detenía también a saludar a unos y otros. Él parecía en su elemento, pero Alicia tenía cosas más importantes en las cuales pensar. ¿Por ejemplo? Tratar de que él no se acercase a participar en la puja de esa noche por uno de los tres relojes Rolex de diseño exclusivo. Lo último que necesitaba era echar por la borda las semanas de calma mediática entorno a Chase; arruinar el primer informe optimista que había enviado a Garnett o destruir la sensación de que todo iba a salir bien al final de ese trabajo.

No estaba paranóica. Claro que no. El historial de Chase hablaba por sí solo. A él no le importaba liarse a puñetazos para defender algo que le importaba, o creía que le importaba, incluso si se trataba de una pequeña apuesta. «La palabra de un hombre tiene el mismo valor que un documento legal firmado, no importa de qué se trate el asunto», le había respondido él, días atrás, cuando Alicia le preguntó por qué rayos tenía que darse de golpes si otro hombre no cumplía con pagar una birra o tan solo terminar una partida de pool que habían acordado.

—La mujer aquella parecía muy versada en tu relación con el estúpido de Burren, así que imagino se dejaban ver demasiado acaramelados en los eventos sociales, ¿eh? —dijo él de repente.

Ella lo miró y se echó a reír.

—Qué ridículo eres, Chase. Los celos no te quedan bien, en especial si tú y yo solo tenemos —bajó la voz— un acuerdo sexual.

Él entrecerró los ojos. No le gustaba el cariz que estaba tomando la situación.

—No son celos... —murmuró, fastidiado—. Fue un simple comentario.

—Lo sé —replicó ella, pero ambos sabían que no le creía.

A medida que la noche avanzaba, ella conoció a la mayor parte de los Chicago Warriors. Podía notar cómo Chase se relajaba alrededor de ellos. Había una camaradería sincera, y la hicieron sentir bienvenida. Muchos de los jugadores tenían pareja o estaban casados, así que ella aprovechó para

conocerlas. Lo único que había notado era que la mano de Chase se afianzaba contra su cadera con más ímpetu cuando hablaban con algún hombre, cualquier que este fuese.

A Alicia le cayó muy bien el mejor amigo de Chase, Pils Van Dyere. Esa noche iba acompañado de Callie Jones, la presentó como su novia. Parecían compenetrarse bastante bien juntos. Ella disfrutó el sentido del humor de la chica, y estuvieron hablando sobre el negocio de las telecomunicaciones, pues era un ámbito en el que Callie se desenvolvía día a día.

—Nos vamos a bailar un poco, porque luego pienso pujar para llevarme uno de esos jodidos relojes. Ningún CEO o empresario ridículo va a ganarme —dijo Pils. Chase bufó, consciente de que él no podría participar en esa actividad en particular—. Ha sido un placer conocerte, Alicia.

—Lo mismo digo, y disfruten el baile que la música está genial.

—Espero volver a vernos, Alicia —dijo Callie con una amplia sonrisa. Llevaba un vestido azul marino muy elegante con toques de organza—. Creo que podríamos conversar para reclutarte como parte de nuestros asesores de comunicación.

—Seguro que sí. Si llamas a la agencia, Push Fire, me encuentras con facilidad y te enteras de todos nuestros servicios corporativos. Lo vamos conversando.

—Fantástico, eso haré.

Ambos avanzaron hasta las fuentes de comida y se sirvieron un poco.

Mientras comían, Alicia empezó a sentirse cansada. Ya llevaban dos horas de un lado a otro haciendo vida social. Sí, su trabajo era eminentemente social, pero estaba agotada. Con los pies doloridos, decidió apartarse para acomodarse en una de las sillas dispuestas alrededor, pero no pudo conseguirlo porque antes de que diese un paso, otras personas se acercaron a Chase. Desde modelos a actrices con unos cuerpos de infarto. Procuró no inmutarse, pero la familiaridad con la que le hablaban la instaban a preguntarse cuántas de ellas se habrían acostado con él.

Chase, por supuesto, se mostró encantador. Obsequiaba a esas mujeres aquella sonrisa que a Alicia le causaba pálpitos de anhelo en su sexo. Olía divinamente, y con el reloj —porque era parte del código de la noche— de oro blanco de la marca que organizaba la velada, robaba el aliento. Ella procuraba tratarlo como haría con cualquier otro hombre, porque él ya tenía el ego demasiado elevado.

Alicia sintió un infantil regocijo, porque las mujeres que parecían comerse

a Chase con la mirada esa noche, ahora sabrían que él estaba fuera del mercado. No necesitaban enterarse de que era gracias a un acuerdo, ni tampoco lo que ese acuerdo implicaba. Por otra parte, algunos conocidos, ejecutivos de corporaciones muy prestigiosas y emprendedores del área de comunicación, la saludaron.

A medida que pasaban los minutos, la urgencia de sentarse aumentaba. Solo quitarse los zapatos le hubiera causado un tremendo alivio.

Le quedaba la satisfacción de que con esa noche, ante el ojo público, Chase y ella serían asociados como una pareja; ya no eran un rumor de las páginas rosas o de los horarios estelares. Con esa base, la primera parte del trabajo estaba listo. Dejarían pronto de ser una novedad, y las próximas noticias que cobrarían protagonismo serían las de Chase y su trabajo sobre el hielo con los Warriors. «Resultados al fin», como diría Kathrina. Las relaciones públicas implicaban esfuerzo y ejecución; los resultados, podían ser duraderos si la gestión era eficiente y con riesgos calculados.

Uno de los Warriors, que Alicia todavía no había conocido en persona, estaba a poca distancia. Se trataba del goalie principal, y con fama de ser quien solía llevar el ritmo de juega a la par de Chase. Esos días estaban atrás o eso esperaba ella.

—Beckett, así que esta es la belleza que te ha robado el corazón —dijo Kev—. Es demasiado para ti a mi juicio, no la mereces.

Chase soltó una carcajada y le dio un abrazo.

El mar de gente alrededor era impresionante y también el derroche de dinero, pero todo estaba organizado con buen gusto. Las fuentes de comida estaban servidas, y parecían infinitas. Una banda tocaba música en vivo, y el escenario estaba dispuesto para bailar. Varias parejas empezaban a acercarse a la pista.

—Qué hay, hombre, pues no te equivocas. —Se giró hacia ella—: Alicia, él es Kev —dijo con la mano en la cintura femenina—, el más tonto del equipo, pero, ¿qué remedio? Lo toleramos.

Ella se rio.

—Qué gusto conocerte en persona. Mi hermano es mega fan de los Warriors —dijo sonriéndole—. He escuchado excelentes comentarios sobre tu desenvolvimiento en el hielo.

—Ojalá pueda conocer a tu hermano o si no le enviaré algún merchandising firmado. —Alicia asintió, agradecida. Su hermano iba a flipar—. Ya sabes, damos lo mejor de nosotros en cada partido. Por cierto, a nombre de todo el

equipo te quiero dar las gracias por mantener a este fanfarrón lejos de los desastres —dijo Kev—. Organizar el grupo de rescate en los bares no es nuestro mejor pasatiempo durante la temporada de juego, ¿sabes?

—Alguien tiene que hacer el trabajo difícil —dijo Alicia riéndose. Le pareció que, cara a cara, el ruso era guapísimo. Con unos ojazos azules y el cabello rubísimo era un ejemplar muy interesante de observar. Imaginaba que tendría un montón de chicas tras él cada dos por tres. ¿Acaso no era así cuando un hombre era exitoso, guapo y exudaba sex-appeal?

—Si más tarde te apetece, Alicia, me gustaría bailar contigo. Así doy al traste con las falsas acusaciones de que los rusos no tenemos ritmo —le hizo un guiño.

Ella no creía que sus pies fuesen a soportar un baile. Así que consideró declinar de una forma sutil. Esbozó una sonrisa.

—Lo cierto es que...

—No —zanjó Chase, interrumpiendo—. Búscate con quién bailar, Kev, y deja a las novias de tus compañeros de equipo en paz.

Kev soltó una carcajada y le dio dos palmadas firmes a Chase en el hombro.

—Esto de estar enamorado te ha calado profundo —dijo con sorna, y Chase soltó un gruñido de fastidio. Después, Kev se giró hacia Alicia—: Si este tonto no sabe llevar el paso de baile, ya sabes que el espíritu de Rusia te acompañará cuando quieras. De hecho, cualquiera de los chicos solteros del equipo estará encantado de sacar a bailar a la pobre mujer que ha tenido la desgracia de tropezarse en el camino con Beckett.

—Piérdete, Kev o anda a conseguir uno de esos relojes en el salón contiguo —murmuró Chase. «¿Enamorado? ¡Já!»

Ella volvió a reírse, mientras el goalie se alejaba. Después, su expresión se tornó seria y puso distancia para mirar a Chase.

—Él solo trataba de ser amable. ¿Qué te ocurre?

Chase bajó el rostro hasta que su frente quedó contra la de Alicia. Quienes los viesen desde lejos podrían pensar que estaban teniendo una íntima conversación, y si alguien hacía una fotografía, igual. Nada se acercaba a la realidad.

—Si vas a bailar, bailas conmigo.

—No me digas...

—Te lo estoy diciendo alto y claro —dijo rodeándole la cintura con ambas manos. No le gustaban los celos que había sentido al verla riéndose con Kev.

Él no sentía celos, joder. No soportaba la idea de que otro la tocara, y le resultaba difícil conciliarse con la necesidad de poner espacio para tratar de no emborracharse de ella—. Ahora, ¿quieres bailar?

Ella lo estudió un instante.

—No, Chase, no quiero bailar. Lo que necesito es regresar a casa y tratar de dormir. El trabajo aquí está hecho. No tengo tiempo para lidiar con tu incongruente cambio de ánimo. ¿Me vas a decir qué ocurrió ayer en la noche o por qué llegaste hoy con la actitud de soberbia distancia? —le preguntó.

Él soltó un largo suspiro. No podía explicarle la confusión que tenía en sus emociones, básicamente, porque Chase no aceptaba tener debilidades a causa de una mujer. No sumaban ni tres semanas desde que la conoció, y Alicia ya había conseguido crear una marejada de placer y desconcierto en una vida que creía tener controlada.

—Solo quiero divertirme un poco, y no puedo porque se supone que tengo una pareja, falsa por cierto, a la que no puedo ponerle los cuernos —replicó sin emoción.

Alicia asintió, dolida por el comentario, pero no lo dejó notar. A cambio utilizó la súbita rabia que se apoderó de su, hasta hacía breves segundos, buen humor para enfrentar la mirada oscura con la suya.

—¿Estás tratando de decirme que quieres echar un polvo con alguna de las mujeres que has visto esta noche, y yo soy un impedimento para ello? ¿Estás diciéndome que te sientes atrapado en un acuerdo que aceptaste de buena gana, y de pronto te arrepientes de ello? Por favor, acláralo, porque hasta lo último que supe, las mentiras no estaban incluidas en las cláusulas de interacción mutua.

Él se apartó, y se pasó los dedos entre el cabello. Después la agarró de la mano, y para no causar una escena, Alicia no lo detuvo cuando la instó a apartarse para buscar un sitio menos abarrotado. Esto último una tarea que implicaba mucha suerte, pues los invitados parecían sumar en lugar de empezar a irse poco a poco.

Chase contempló su alrededor. Risas, tratos de negocios gestándose con ese networking, música fabulosa, un ambiente cautivador... No quería todo eso rodeándolo. Quería aire fresco para aclarar su cabeza y por eso llegó hasta el exterior, abrió las puertas de vidrio, y salió con ella al aire fresco de la noche. Se quitó el corbatín y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta negra del esmoquin.

El aroma del césped húmedo en la noche los envolvió. Una media luna

brillaba en el firmamento y el ruido del interior estaba obstruido por las puertas de vidrio que acababan de cerrar tras ellos. De pie, Chase guardó las manos en los bolsillos, y miró a Alicia. «Dios, era tan hermosa que dolía verla.»

—Jamás he estado en una relación “pública-oficial”, si quieres ponerle esa etiqueta. O en una relación... Las mujeres suelen ser pasatiempos. En otra circunstancia, lo más probable es que hubiera salido de esta fiesta con dos de las chicas que vi esta noche. —Ella empezaba a cabrearse de verdad—. Esto de presentar a una persona como único punto en mi radar a nivel personal es inaudito... Nunca lo he experimentado —dijo observando el firmamento—. Me es ajeno. Nada más...

Alicia apretó los dedos de la mano izquierda alrededor del *clutch* como si fuese su punto de soporte para contener las ganas de mandarlo a demonio. Imaginaba que estaba tratando de explicarle algo que ni siquiera él mismo comprendía. Ella no tenía madera de psicóloga, y su trabajo no era salvar al mundo. Su trabajo era arreglar la imagen pública de ese hombre, conseguir un ascenso, proveer el mejor nivel de vida que el dinero pudiese comprar a su hermano, y tratar de no enamorarse de Chase Beckett en el proceso para no acabar con el corazón hecho trizas.

—Chase, puedes quedarte toda la noche si quieres, y follarte a media humanidad. Si lo que te preocupa es sentirte culpable porque tú te acuestas con otras, a pesar de que acordamos ser exclusivos durante el tiempo que nos queda hasta que puedas renegociar tu contrato, por favor, no lo hagas. Tómallo del mejor modo. Esta no es una recriminación.

—Alicia...

—No es coherente que pidas algo para, súbitamente, cambiar de opinión al poco tiempo. Ni tú ni yo hemos utilizado una pistola en sien del otro para convencerlo de nada. Somos dos adultos con alta capacidad de decisión. Entonces, dímelo ahora mismo, ¿quieres terminar el acuerdo? Si es así, no tengo problema. Continuaremos fingiendo que somos una pareja de cara al público, y eso será todo. No voy a echar a perder el contrato con los Warriors ni tampoco tu carrera —concluyó.

Notaba el tono dolido, y lo último que habría esperado era hacerla enfadar o creer que no le importaba. Alicia había puesto su mundo del revés, así como también las certezas sobre sus emociones o la falta de ellas hacia el sexo opuesto. Además, estaba convencido de que si ella conociera las razones detrás de la muerte de Alana, así como el tipo de trabajo que ejercía Nellamy,

lo despreciaría. La opinión de Alicia le importaba, y no quería que la pobre opinión que tenía de él se ahondara.

Chase le agarró las manos con suave firmeza.

—Alicia, eso no es lo que...

—No, Chase, escúchame —interrumpió—. Lo único que te voy a pedir es que seas discreto, porque el trabajo que conlleva tratar de limpiar tu imagen será más difícil si cometes una idiotez. Piensa en tu contrato, piensa en tu carrera. Y si tu egoísmo te lo permite, intenta pensar en la mía —dijo soltándose—. Ahora, si me disculpas, he terminado mi labor por esta noche y mañana tengo una junta muy temprano. —Marcó el teléfono de Larry y le pidió que los recogiera en ese instante—. El chofer estará en la puerta dentro de tres minutos.

—Espera... —Ella detuvo el paso, y lo miró—. Alicia... No voy a acostarme con otra mujer... No me expresé... Escucha...

—Puedes hacer lo que mejor te parezca, pero no juegues conmigo porque no voy a tolerarlo —dijo emprendiendo el paso con Chase a su lado. Sonrieron a los fotógrafos cuando volvieron a sumergirse entre los invitados, se despidieron de quienes iban quedando a su paso, y pronto Larry estuvo esperándolos con la puerta trasera del automóvil abierta—. No tengo ganas de hablar más contigo por hoy. Mis neuronas ya cumplieron sus horas de trabajo extra —zanjó Alicia.

—Te dije que no voy a acostarme con otra mujer, lo que implica que...

—Sé lo que implica, Chase, no me ha explotado milagrosamente el cerebro todavía. Cuando te decidas a no ocultarte tras una muralla de excusas, entonces podremos hablar.

El automóvil emprendió la marcha y pronto la fiesta Rolex fue solo un borrón. Al parecer Larry no necesitaba explicaciones ni peticiones, porque apenas puso en marcha el motor, encendió la radio. En esta ocasión no había Blues ni Jazz, sino la magnífica voz de Lady Gaga.

Respiraba con dificultad y se moría por besarla. Le importaba un pepino si el jodido Larry los veía o no. Estaban en la autopista, lejos de la gente volvían a ser solo ellos... De pronto, todo parecía normal, congruente, y él, un reverendo idiota por dejar que sus inseguridades del pasado echaran a perder una situación que le causaba más placer que angustia. Por primera vez en su jodida existencia, una mujer no se aprovechaba de él; le decía las verdades en su cara; se mostraba tan transparente y directa que lo confundía.

—No soy un jodido adolescente a quien puedes hablarle de ese modo —le

dijo inclinándose en el asiento hasta que la tuvo bajo su cuerpo.

—Entonces, Chase, compórtate como un hombre y dime qué es lo que te molesta tanto.

Él se apartó súbitamente, y Alicia se incorporó poco a poco. Se alisó el vestido. Pasaron varios segundos hasta que Chase soltó una exhalación. Como si hubiera dejado de luchar contra algo importante.

—Sentir... —murmuró con la vista al frente, y en un tono tan bajo que ella creyó imaginárselo.

—¿Qué? —preguntó con cautela.

Chase la miró como si fuese culpable de un gravísimo crimen.

—Tú me haces *sentir*, y no estoy acostumbrado a ello. No es algo que sepa asimilar... No es algo que entienda... Sé que puedes convertirte en la portadora de una lanza con suficiente veneno hasta que consigas que te odie... ¿De acuerdo?

Ella suavizó su expresión, y asintió observando el perfil de ese hermoso y complejo hombre. No era solo complejo, sino que estaba muy lastimado.

Se preguntaba si algún día Chase se abriría lo suficiente a ella para dejarle ver las heridas de su pasado. Alicia no podía reparar lo que estaba roto, pero se consideraba capaz de unir algunas piezas que volviesen a darle movimiento a una totalidad que parecía desahuciada. ¿Quién lo había lastimado, hasta el punto de que él se frustrara tanto por no lograr comprender sus propias emociones? Ella no era el tipo de mujer que albergase sentimientos de odio, sin embargo, era lo que sentía hacia el fantasma de quien atormentaba a Chase.

—De acuerdo... —murmuró cubriendo la mano de él con la suya. Chase observó las manos de ambos y la confusión en su rostro se desvaneció—. Lo comprendo —dijo con dulzura.

Él asintió con suavidad y acarició los pequeños dedos de Alicia.

Chase sopesó la idea de acompañarla hasta el apartamento. Sin embargo, era consciente de que un hombre solo podía resistir un cierto nivel de tentación sin sucumbir irremediamente, en especial si llevaba la cabeza hecha un lío. Así que, una vez que Alicia estuvo en el interior del elevador, él solo murmuró una despedida y sin más dio media vuelta para regresar al automóvil.

Chase.

Años atrás.

Meses después de la muerte de Alana, Nana empezó a decaer emocionalmente. El enfrentamiento con Nellamy se volvió más intenso y grotesco de presenciar, pues la mujer regresaba a la casa con el firme propósito de reprocharle a Nana sus falencias como madre, y también para culpar a Chase de haber matado a su hermana por preferir follarse a una muchacha. El alcohol era parte inherente de ese cuadro, y Chase encontró —como siempre— refugio en el hockey; su salvación de las infamias de la adolescencia, la decepción y la pobreza.

Al menos, él sabía que ahora contaba con el apoyo de Buck Kye y un grupo de personas que se encargaban de su preparación.

El primer encuentro con Buck fue algo extraño, porque el empresario lo había encontrado una tarde practicando, y se le acercó para preguntarle si tenía un agente con el que estuviese trabajando.

—¿Un qué? —le había preguntado Chase quitándose los patines desgastados.

—Un agente o representante deportivo. Esta no es un área por la que suelo circular, y vine por un favor especial —había señalado con la mano al entrenador que Chase solía escuchar, a escondidas, cuando daba clases a quienes sí pagaban los entrenamientos en el centro comunitario de Pullman—. Tengo una pequeña, pero exitosa agencia de talentos. Creo que puedes lograr llegar a la NHL con la alimentación y preparación física adecuada.

Él lo había mirado con desconfianza. ¿Cómo sabría si no era una farsa?

—Te dejaré mi tarjeta. Llámame lo antes posible.

En ese entonces, Chase consideró la situación de su hermana, y las posibilidades de salvarle la vida como aliciente para tomar el riesgo. Dos días después de conocerlo, agarró la tarjeta y lo llamó. Desde entonces, a pesar de que su vida personal colapsó estrepitosamente, a pesar de la tristeza por la falta de Alana y el rápido declive del habitual espíritu alegre de Nana, Buck no lo dejó decaer.

Pronto, se convirtió en su mentor, un punto de apoyo, y la mujer de Buck, Chisseida, una figura de calidez a la cual recurrir. Incluso su abuela, le dijo que era afortunado de que, en su camino, se hubiera cruzado una pareja como los Kye.

Los meses pasaron, y Chase terminó la secundaria, adelantando materias y estudiando en las madrugadas, al tiempo que combinaba su preparación física con un trabajo de medio tiempo en una carnicería. Buck le decía que

no era necesario trabajar en exceso y que, cuando lograrse entrar en la NHL, le podría devolver los costos de los implementos para jugar, los entrenamientos, la alimentación, el nutricionista y demás. Todos esos gastos estaba asumiendo Buck por la confianza que tenía en el talento Chase, pero él era orgulloso y quería sentir que podía generar sus propios ingresos. Había hecho un pacto con los Kye: no más emisiones de identificaciones falsas, no más robos por pequeños que fuesen ni noches de juerga.

Por otra parte, Eve no cesaba de llamarlo o buscarlo. Con el tiempo, llegó a los oídos de Chase que ella había perdido al bebé, y después se divorció del padre de la criatura. No era insensible e imaginaba que ella habría sufrido por todo ese escenario. Así que la llamó una noche para decirle lo mucho que se apenaba de su pérdida. Esa fue la pauta para su tóxica reconexión con Eve.

Sí, fue estúpido y débil.

Una semana antes de que firmase su primer contrato con la NHL, Eve lo llamó para decirle que, después de todo lo que había sucedido entre ellos y el pasado que compartían por Alana, se diesen una nueva oportunidad. Empezar desde cero. Sin mentiras.

Chase solo quiso sentir la familiaridad de alguien a su alrededor ante una etapa que parecía demasiado grande para una persona acostumbrada a contar los centavos, robar y vivir el estigma de tener una madre que los despreciaba por el simple hecho de no aprobar el oficio que ejercía. Sucumbió a las palabras, las promesas, los besos y el sexo con Eve. Creyó que podría perdonarla.

Ese affaire se volvió en una situación compleja, porque los compromisos y concentración con su equipo era lo primero. Vivía y respiraba hockey. Fallar no era una opción. Su prioridad era estaba sobre una pista del hielo, y eso no le sentó bien a Eve.

Ella empezó a armar líos en la suite que él había comprado, la destrozó una ocasión en que lo acusó de serle infiel durante sus viajes fuera de la ciudad, a pesar de ser ella quien coqueteaba con otros hombres. Llegó incluso a amenazar a Buck con denunciarlo por acoso sexual si no conseguía que Chase le comprase un juego de alhajas en Tiffany & Co., valorados en ochenta mil dólares.

Buck consiguió una orden de alejamiento, y la situación se calmó por una breve temporada.

Después, todo empezó de nuevo.

La única forma en que Chase lograba controlarla era en la cama. Tenían sexo salvaje y lleno de reproches silenciosos. Cuando acababan, ella le mentía diciéndole que lo amaba, y Chase simplemente se encogía de hombros. A la mañana siguiente, antes de salir del hotel en el que se encontraban, él le daba dinero para que se comprase lo que quisiera. La trataba como a una prostituta, pero a Eve no le llegaba el mensaje. Él no pensaba explicárselo.

Ese patrón se transformó en una rutina.

En otro escenario, que a Chase sí le importaba y dolía, Nana era terca. Su abuela le devolvía los cheques sin cobrar que él le enviaba. Los primeros años en la liga no hacías mucho dinero, pero comparado a la miseria de su existencia habitual era más que suficiente; un lujo absoluto. Se sentía eufórico y por eso compartirlo con su abuela era importante. Como no aceptaba dinero, Chase acomodaba su horario para cenar al menos tres veces al mes con ella; la llevó a sus primeros juegos, y Nana nunca dejó de apoyarlo ni decirle lo orgullosa que se sentía de tenerlo.

Cuando su cuenta bancaria empezó a triplicarse, a Chase le costó adaptarse, porque temía que se lo quitasen todo de un plumazo. Buck, con paciencia, le enseñó que todo dependía de él y su capacidad de compromiso en los entrenamientos con el equipo.

La arpía de Nellamy apareció cuando supo que Chase ganaba miles de dólares, y empezó a chantajearlo diciéndole que era capaz de hablar con la prensa a cambio de dinero si él no se lo proporcionaba. Lo amenazó que hablaría sobre su pasado, sobre Alana... Pudo haberla enviado a la mierda, pero su abuela no soportaría ver la imagen de Alana en los periódicos; destrozaría su frágil corazón, así que Chase accedió a las exigencias de su progenitora.

Nana era su punto débil, y Nellamy se aprovechaba.

Fueron años de chantajes desde entonces... Miles de dólares enviados a una cuenta bancaria para que Nellamy hiciera lo que se le viniese en gana, siempre y cuando se mantuviese callada y alejada de él. Buck conocía la situación, pero jamás intentaba meterse, y Chase lo respetaba todavía más por eso. Si hubiera existido una figura paterna en su vida, habría elegido a su agente; y como la imagen de una familia, igualmente, los Kye.

Su vida personal era un desastre, y la relación tóxica con Eve continuó. ¿Infidelidad? Por supuesto, porque ella no dudaba en acostarse con uno y otro. Ella era la causa de la mayoría de los desmanes y peleas en los bares,

porque provocaba a Chase al besarse con otros en su cara. A modo de revancha, él se dejaba ver con prostitutas de élite o iba a clubes de strippers. Los medios de comunicación se daban un festín, ¿cómo no hacerlo? Y cuando Eve leía los periódicos o veía el internet con las noticias, sin importarla con quién estuviera en casa, lo buscaba hecha una furia y se echaban pestes el uno a otro, hasta que terminaban desnudos, jadeantes y odiándose más cada día.

Con el paso de los años, Chase se alejó del todo de Eve, pero el veneno estaba tan anclado que él caía en el juego de la culpa entremezclado con la nostalgia de lo que pudo ser.

Cuando los Carolina Dragons lo transfirieron, Buck le dijo que no había vuelta atrás si su carrera se iba al traste por no frenar su racha de escándalos fuera de la pista. Chase organizó su jodida cabeza y se deshizo de todo. Cambió de casa, de número y círculo de amistades. Su última apuesta fue encontrarle un trabajo a Eve, que no merecía, para que se largase lo antes posible de su alrededor. No había llegado a la universidad, así que ella pareció comprender que si no agarraba la oportunidad que le estaba dando Chase iba a quedarse en la calle. Lo dejó en paz un largo período. Pero cada tanto resurgía su presencia con mensajes de texto o llamadas telefónicas.

El día en que perdió Nana, Chase se derrumbó y su corazón se endureció. La única persona que lo amaba de verdad, ya no estaba. Para honrar su memoria mantuvo un estilo de vida calmado e incluso durante al menos un año completo no supo de Eve. Fue una época en la que su concentración en el hockey logró llevarlo a desarrollar su mejor juego, y le valió su primer título como MVP de la temporada en los Chicago Warriors.

Poseía mucho dinero, un equipo fantástico de trabajo, una carrera prometedora en la NHL, pero los fantasmas que lo acechaban eran brutales con su frágil conciencia. Buck salía al rescate: viajes de distensión, terapia psicológica con uno de los mejores terapeutas de Chicago, lo invitaba a las barbacoas con su familia, Chisseida le presentaba chicas que consideraba buenas personas para que saliera con ellas, pero era simples placebos que no sanaban las heridas ni le ofrecían consuelo.

¿Qué era sentir de verdad con una mujer?, se preguntaba. Eve le había enseñado con sus argucias a usar a las mujeres, pero jamás considerarlas

dignas de estar a su lado en una relación sin espinas ni traiciones. Nellamy, su primera maestra sobre cuán bajo podía caer un ser humano por el dinero, intentó destrozar su autoconfianza, sin éxito. Las únicas emociones que solía experimentar de forma habitual eran rabia, decepción, lujuria e instinto competitivo.

Los únicos ángeles en medio del infierno habían sido Nana y Alana, pero ya no estaban con él... ¿Cómo lograría identificar un sentimiento genuino en una mujer? O más importante aún, ¿lo encontraría alguna vez?

CAPÍTULO 12

Alicia no se tomaba el distanciamiento de Chase como algo personal, después de la conversación que habían tenido noches atrás. Ella era consciente de que ambos necesitaban espacio para reordenar sus emociones y pensamientos.

Además, en ese preciso instante su única preocupación era la llamada que había recibido de la escuela de su hermano, treinta minutos atrás. No era la primera ocasión, en ese año, que la directora la convocaba a una reunión para decirle que Dax se había metido en una pelea con alguno de sus compañeros de clase.

Lo último que hubiera esperado era lidiar con ese tipo de situaciones. Podía entender que a los ocho años su hermano era una persona que estaba empezando a aprender a defenderse en la vida. No obstante, la idea de “defenderse” que ella tenía en la mente no era precisamente agarrarse de puños en medio de una clase.

Ella había descubierto que el patrón que englobaba los argumentos de Dax, para justificar esas peleas, consistía en alegar que uno de sus compañeros estaba siendo víctima de una injusticia o bullying. Alicia no era partidaria de la violencia, menos cuando se trataba de niños que no pasaban los ocho años de edad.

Aparcó con rapidez y se dirigió hacia la entrada de la escuela, saludó algunas profesoras y parte del equipo administrativo que ya conocía, y posteriormente se dirigió a la oficina de la directora Beth Price. No entendía porqué estaba nerviosa, cuando ella era el familiar adulto. Sentía como si hubiera regresado a la secundaria y fuera a entrevistarse para recibir una reprimenda.

Con una sonrisa, la secretaria de dirección la invitó a pasar.

—Buenos días, directora Price.

—Señorita Krutcher, me alegra que haya podido venir —dijo la mujer de cabellos entre canos y mirada severa.

Extendió la mano, y Alicia la estrechó.

— ¿Me podría decir, por favor, que es lo que ha ocurrido? —preguntó con las manos entrelazadas sobre el regazo—. Estoy preocupada.

Debí agradecer que tenía en el sistema el suficiente nivel de cafeína para

tolerar la situación. Ya le habían advertido interiormente que, si Dax volvía a meterse en problemas, sería expulsado de la institución. Y ese era un lujo que no podía darse, porque en pleno año escolar la posibilidad de encontrar una escuela que aceptara un niño que acababa de ser expulsado de otra era remota.

—Por supuesto... —se aclaró la garganta—. Durante la hora del recreo, varios niños estaban jugando en los columpios, mientras otros practicaban fútbol. Entre estos últimos estaba Dax, quien al parecer notó que uno de los integrantes del equipo contrario agredió a propósito a uno de sus compañeritos. Lo siguiente que supimos fue que Dax estaba dándose de golpes sobre el césped. El entrenador logró separarlos, y su hermano terminó con la nariz sangrante y un ojo morado. —Alicia abrió y cerró la boca e inconscientemente se llevó la mano a la garganta—. Lo llevamos a la enfermería, tan solo para que el grupo médico constatará que no había ningún problema, y después optamos por llamar a los padres de familia de los involucrados. —La mujer abrió una carpeta que tenía a su lado—. De acuerdo al historial de su hermano, esta no es la primera advertencia ni el primer incidente. Quedará suspendido durante los próximos cinco días de la escuela.

Alicia abrió los ojos de par en par.

—Directora Price, por favor, considere que mi hermano tan solo estaba velando por los intereses de lo que consideraba correcto, él no es un niño agresivo, y a mis oídos ha llegado que en el grupo de la clase hay algunos compañeros que hacen bullying a otros. Me imagino que uno de ellos estuvo involucrado en esa pelea o el receptor de los puños de mi hermano. Y por supuesto, no estoy justificando la violencia, tan solo intento hacerla comprender que Dax tiene una inclinación a defender de la forma que considera apropiada a otras personas, en especial si son sus amigos y cree que están siendo atacados u ofendidos injustamente. Le prometo que en esta ocasión seré mucho más severa con él. Por favor, reconsidere su decisión.

—Sé que usted hace una gran labor como hermana, pero yo tengo que poner ejemplo. Dax es reincidente. Así que espero que estos cinco días ausente de la clase, lo ayuden a recapacitar y entender que los golpes no son la solución a la incompetencia o a la injusticia de su alrededor. —Cerró la carpeta con firmeza—. Eso es todo.

Alicia era consciente de que podía convencer a la directora de darle una nueva oportunidad a su hermano. Sin embargo, la mujer tenía razón: la expulsión de Dax sería un precedente y un ejemplo para otros estudiantes.

—Solo una consulta más...

—Por supuesto.

—¿El otro niño también recibieron castigo o solo mi hermano?

—Que no le quepa la menor duda, los dos niños serán expulsados por un lapso de cinco días cada uno. Lo que intentamos aquí en la escuela es crear un sistema justo. Buenas tardes, señorita Krutcher. Puede ir a recoger a Dax a la enfermería. — Alicia asintió, y salió del despacho.

La idea de que su hermana estuviese lastimado, indistintamente de quien tuviese la culpa en ese embrollo, le causaba un gran pesar. Apresuró el paso, y cuando abrió la puerta de la enfermería sintió un nudo en la garganta. Dax estaba sentado al borde de una silla cabizbajo con la mochila abrazada sobre las piernas y en silencio. Primero habló con la enfermera y se cercioró de que no hubiese ningún tipo de daño grave, y después se acercó a su hermano.

—Hey...

Dax elevó la mirada con timidez. Alicia sintió ganas de llorar al verle el ojito hinchado, y que empezaba adquirir una tonalidad entre morada y roja. Agarró la mochila de su hermano y se la colocó al hombro.

—Lo siento... —murmuró él—. Lo siento, de verdad, Al.

Ella tan solo asintió con suavidad.

—¿Estás muy dolorido? —preguntó, sin saber exactamente cómo abordar la situación. Por el rabillo del ojo era capaz de observar que algunos niños curiosos estaban observando el interior de la enfermería a través del vidrio de la puerta.

Quería inclinarse para abrazar a Dax, sin embargo, no quería avergonzarlo ante la mirada de sus amiguitos. No solo se trataba de que él hubiese sido golpeado, y hubiera golpeado a un compañero a su vez, sino también de cómo lo podrían percibir los demás niños si veían a su hermana mayor consolándolo o abrazándolo. Era una situación inesperada para la que no se había preparado, ¿quién podría preparar a una chica tan joven para ser la madre de quien debería ser tan solo su pequeño hermano?

Ni siquiera debería importarle lo que otros niñitos pensarán, pero quería ser sensible con Dax. Obviamente, no podría decirle que estaba de acuerdo con lo que había hecho, porque siendo sensata, era absurdo creer que los chavales de esa edad podrían pensar en el diálogo como la solución. ¡Eran solo unos niños!

—Normal... —se encogió de hombros—, ¿qué te dijo la señora Price? — preguntó, mirando a su hermana los ojos.

—Estás expulsado durante los próximos cinco días, así que tendrás que

asumir el castigo incluso en casa. —El volvió a bajar la mirada—. Puedes irte olvidando de la consola, las series en Netflix, y de ir a la casa de Johnny los fines de semana durante un mes, jovencito.

—No fue mi culpa, Al, yo solo trataba de defender a mi amigo, Boris.

—Ya lo hablaremos en casa. — Alicia se incorporó y extendió la mano para que Dax tomara la suya. El niño no dudó—. Creo que hemos tenido suficiente por hoy. ¿Tienes todos tus útiles en la mochila o te hace falta algo del casillero?

Él simplemente hizo una negación con la cabeza.

Después de darse una ducha, Chase agarró su equipaje y se lo colgó al hombro. Esa mañana no solo habían repasado las cintas de los juegos más relevantes de los últimos tres meses, analizando los ángulos, las estrategias, los movimientos no solamente de los miembros del equipo de la organización, sino también de los jugadores más destacados de otros equipos de la liga que sí habían logrado pasar a los playoffs. Se sentía satisfecho con el trabajo que había desempeñado, sin embargo, era consciente de que si él hubiera sido el dueño del equipo sí estuviera bastante decepcionado, desde un punto de vista financiero, más no desde un punto de vista competitivo. Los Warriors eran realmente un gran equipo, una gran familia y tenían un próspero futuro en la liga. Chase esperaba que en la siguiente temporada, en caso de que lograra renovar su contrato tal como estaba previsto, pudiesen llegar no solo a los playoffs, sino a levantar la copa Stanley.

—Beckett —dijo Pils tras él.

Chase se giró con una sonrisa, hizo un gesto con la cabeza a su amigo para que se vieran en la parte de afuera del complejo. Abrió la gigantesca puerta de vidrio y salió al fresco del mes de abril.

—Un día bastante interesante con las observaciones del entrenador Ryster, ¿verdad? —comentó Chase.

Ambos empezaron a caminar juntos hacia el área del parqueadero privado que estaba destinado únicamente para los jugadores, y para algunos miembros del equipo administrativo de la organización. A lo largo de esa mañana y tarde habían acordado ver los partidos de los playoffs, juntos, en la casa del capitán Lampard. La esposa de él, estaba de viaje con los niños en Florida, así que no habría ningún problema con beber cerveza, dejar escapar bromas soeces, y disfrutar a sus anchas sin preocuparse. En conclusión, tenían el resto del mes

para pasarla genial entre amigos.

—¿Me puedes dejar por mi apartamento? —le preguntó—. Mi automóvil todavía está en el mecánico.

—Seguro que sí... —empezó a decir Chase e iba a agregar una pequeña broma cuando se detuvo en seco a pocos pasos de su automóvil. « ¿Qué carajos? ».

Cómodamente apoyada con las caderas rozando el capó del Ferrari, con el cabello recogido en una coleta de una manera desordenada y sexy, estaba Eve. De inmediato Chase perdió la sonrisa, y su malhumor volvió a ser el dueño de su estado anímico. Ni siquiera quería pensar en las artimañas que ella habría utilizado para lograr un pase y entrar al garaje exclusivo de los Chicago Warriors.

—Intenta controlarte —dijo Pils, tocando el hombro de Chase levemente. Aunque no era amigo de la mujer, el fastidio que sentía hacia ella tenía mucho que ver con el modo en que alteraba la calmada vida de Chase—. Si prefieres que me marche dímelo ahora, pues estoy seguro que la mujer dirá algunas cosas que preferirías que se mantengan en confidencia.

Chase hizo una negación con la cabeza, y tan solo elevó la mano para que su amigo entendiese que tenía controlada la situación.

A medida que acortaba la distancia, él no podía decidir con exactitud que habría visto en la molesta pelinegra que realmente valiera la pena todas las molestias que le había causado a lo largo de su vida, aparte de lujuria juvenil y un descarnado deseo de venganza contra sí mismo o contra todo lo que Eve representaba. Tampoco podía dejar de preguntarse, ¿qué había visto en la lista de mujeres con las que se había costado antes de la única que, empezaba entender, se estaba convirtiendo en una parte fundamental de su vida: Alicia.

—¿Qué rayos haces aquí? La última vez te dije que desaparecieras de mi vista.

Como una gata perezosa, se apartó del capó para acercarse a Chase. En la mano llevaba algunos recortes de periódico y los agitó blandiéndolos frente al rostro masculino. Él no necesitaba analizarlos para saber de qué se trataba y prácticamente se los arrancó de la mano, para después lanzarlos por doquier.

—¿Quién demonios es esa mujercita?

Chase miró hacia un lado y a otro. No quería aparecer en ninguna jodida publicación. Sabía que, a pesar de que Pilsen estaba un poco lejos, al ser los únicos al rededor sí que era posible escuchar a Eve. Sin embargo, no le importaba.

—Exactamente lo que leíste que era: mi novia. Y si solo te has tomado la molestia de venir aquí, para confirmarlo, ya tienes su respuesta. Ahora, por favor, lárgate. — Chase la rodeó para avanzar hacia la puerta del Ferrari. Y esa fue la clave para que Pilsen hiciera lo mismo, hacia la puerta del copiloto.

Eve no perdió ni un solo segundo. Agarró Chase de la muñeca con tal ímpetu que a él no le quedó de otra que girarse dándole la cara. Le rodea el cuello con los brazos y lo besó. Para tratar de quitársela encima, él colocó las manos agarrando la fina cintura, pero fue demasiado tarde. El clic clic de la cámara de un iPhone de una muchacha haciendo fotografías, que Chase en ningún momento dudaba que fuese amiga de Eve, tuvo el efecto equivalente a echar un cigarrillo encendido sobre un montón de paja seca.

— Si estas fotografías llegasen a salir en una publicación, por más pequeña que esta fuese, ten la seguridad de que vas a lamentarlo.

Ella se encogió de hombros y sonrió con suficiencia.

—Piensa bien lo que vas hacer, porque estoy segura de que tu noviecita no querrá enterarse de la clase de hombre que eres... Además, ¿desde cuándo tienes relaciones sentimentales? Tú solo tienes folla-amigas, y por ese motivo estoy convencida de que no es más que un truco publicitario. ¿El problema de las mentiras? Es que tarde o temprano salen a la luz. Creo que ambos lo hemos descubierto.

Él apretó los puños a los costados.

—Ya he acabado contigo. —Pilsen miraba a uno y otro desde el asiento del copiloto del Ferrari.

—Cielo mío, tú y yo, jamás terminaremos, tan solo nos damos espacios, pero siempre volvemos a nuestro oscuro rincón de culpas y recuerdos. Además, no deberías ser desagradecido, porque siempre te traigo noticias que son de vital importancia. Por cierto, ¿qué diría la tal Alicia Krutcher si se enterara que te importa un bledo la persona que te dio la vida? Me refiero a la salud de tu madre, quien por cierto me ha estado llamando e intentando convencer de que venga a buscarte. Y, mira tú, cuando me decido a hacerlo, me encuentro con este panorama, y la absurda parodia de que tienes una relación sentimental y que las hecho pública.

Él se cruzó de brazos.

— Y qué es lo que te molesta más a ti, ¿qué no seas tú a quien profese mi afecto o el simple hecho de que sea público el nombre de mi pareja?

Eve hizo una mueca.

—Chase, nadie entiende ni comparte tu culpa tanto como yo; nadie entiende

ni comparte tu pérdida de Alana como yo. — Él la fulminó con la mirada —. Hoy solo viene a confirmar si lo tuyo con esa muchacha iba en serio, pero me temo que ni siquiera tú lo sabes; eso dice mucho. En todo caso, el mensaje principal es que te hagas el examen de compatibilidad con tu madre. La pobre.

— ¿Y qué es lo que tú quieres para desaparecer de nuevo? —preguntó con fastidio, porque no era casualidad que Eve estuviera como mensajera de su madre si no quisiera algo a cambio.

La vez anterior, cuando se apareció en su penthouse tenía mucho que ver con el hecho de simplemente tener sexo. Eso lo lleva muy claro, y no se necesitaba ser un genio para saberlo, pero en este caso sabía que tenía otro tipo de interés, porque nada en Eve era genuino ni desinteresado.

Ella sonrió.

—Solo quiero que volvamos a intentarlo. —Él frunció el ceño—. Te lo estoy diciendo muy en serio — dijo en tono contrito. Por un instante Chase creyó ver un destello de la chica pícara, pero también algo ingenua, que había sido la mejor amiga de Alana tantos años atrás—. Estoy dispuesta hacer cualquier cosa con tal de que tú te des cuenta de que nos pertenecemos el uno al otro.

Chase se pasó los dedos entre los cabellos húmedos. Se acababa de duchar, pero estaba seguro de que al llegar a su nueva casa un baño le vendría perfecto para quitarse el aroma y la sensación de haber tocado a una persona tan tóxica como Eve.

—Tengo cosas más importantes que hacer, y si esta representación teatral ha sido para preguntarme si tengo una relación seria, ya tienes la respuesta. En el caso de mi madre, no te metas en lo que no te importa, eso son asuntos de Nellamy y yo.

Un brillo de malicia apareció en los ojos grises de Eve.

—Una ventaja de ser una persona muy detallista como yo —dijo Eve acariciando la solapa de la chaqueta de Chase con el dedo índice—, es la capacidad de recabar información de forma muy rápida y eficiente. Pero como ya no quieres hablar conmigo, entonces solo te voy a dejar una pregunta. ¿Qué tanto sabes del pasado de Alicia, aparte de que fue novia de uno de tus más acérrimos enemigos sobre el hielo?

Chase no iba a seguirle el juego.

—Si tu buena voluntad hacia Nellamy tiene que ver con la creencia de que ella va a dejarte dinero al morir, entonces te sugiero que dejes de gastar en estupideces y ahorres el salario que recibes en esa empresa en la que trabajas.

Ya sabes que, por mí, puedes morirte de hambre. De mi bolsillo no recibirás ni un céntimo si te quedas en la ruina por comprar idioteces que no puedes costear.

—A veces no me dejas salida... —murmuró más para sí misma que para él. Chase estaba cansado. Tan solo quería alejarse.

—Piérdete, Eve, y ten muy en cuenta lo que te dije sobre esas fotografías. Más te vale eliminarlas.

Ella soltó una suave risa que se llevó el viento.

Chase puso Pearl Jam a todo volumen cuando estuvo tras el volante, mientras Pils se entretenía revisando mensajes de Callie.

A medida que dejaba atrás el complejo de los Warriors, Chase se encontró ante la inquietud de querer ver a Alicia esa noche, en lugar de presenciar por televisión la primera ronda de los playoffs con los muchachos. Frunció el ceño, y miró la hora. Necesitaba comer algo en el camino, y aunque no era aficionado a la comida chatarra, se le antojaba un helado de yogurt con frutas. Escuchar las ocurrencias de Pils sería un entretenimiento para olvidarse de la sombra de su pasado.

—Cambio de rumbo —dijo Chase.

Pils bajó el teléfono a su regazo, y giró el rostro.

—¿De qué chingados hablas? —le preguntó—. Tengo que ir a mi apartamento a recoger un pedido que Callie envió, lo necesita para un proyecto de su compañía.

—Mala suerte, hermano, porque vamos a poner un poco de azúcar mi sistema antes de pasar por una cerveza o un poco de vino.

—No quiero que Callie se enfade conmigo, esa es la principal razón por la que voy a negarme a acompañarte. Que me priven de un buen sexo por tu culpa, no es para nada alentador.

Chase soltó una carcajada.

—Pues dile a Callie que venga —se encogió de hombros.

—No seas lento, Beckett, ella trabaja en horario de oficina —puso los ojos en blanco y volvió su atención al teléfono.

—Un poco de abstinencia sexual te hará bien, Pils. El entrenador Ryster de seguro lo aprobaría —dijo riéndose.

Los hombres manejaban la tensión emocional de una manera diferente a las mujeres. Ellos no solían hablarlo del todo. Preferían recluirse, a solas, para intentar comprender lo que les molestaba o agobiaba. En el caso de los jugadores de hockey, el deporte en sí mismo era un gran escape.

Para Chase, la idea de pasar echando bromas con Pils era suficiente. Su amigo no le preguntaría nada y sabría respetar su silencio sobre lo sucedido en el garaje momentos atrás. Por otra parte, en esos momentos no podía acercarse a Alicia, no después de haber estado en contacto con Eve. Después de unas copas iría a casa a cambiarse, y quizá después del partido de esa noche —dejar al capitán de los Warriors plantado era una ofensa que sería mejor no perpetrar— pasaría por casa de Alicia.

Mal timing que ese día no solo su hermano hubiera decidido ser expulsado durante cinco días de la escuela, sino que también era su día planeado para salir con Maya. Una noche de chicas para beber cócteles y cotillear a gusto.

Cuando la señora Andrews los encontró en el elevador, miró a Dax y le preguntó qué le había sucedido. Su hermano, por supuesto, solamente bajó la cabeza. Alicia tuvo que decirle que ocurrió un pequeño inconveniente en la escuela y que él estaría libre durante los próximos cinco días. Fue entonces que su vecina se ofreció a tenerlo en casa el tiempo que fuese necesario para que Alicia pudiera trabajar sin problemas.

—Muchas gracias, señora Andrews, no sabe lo importante que es para nosotros saber que contamos con usted y Jim —sonrió.

—Oh, no es nada, de verdad —dijo la anciana, con dulzura—. Ustedes dos son los nietos que no llegamos a tener. No necesitan llevar nuestro ADN para que los querramos como si de verdad lo tuviesen. Por cierto, ¿quién era ese joven tan guapo que vino tu apartamento el otro día?

Alicia se rio. Ah, la señora Andrews era una irreverente y adorable cotilla.

—Es un jugador de hockey profesional... Un amigo —expresó con cautela—. No se haga ideas extrañas en la cabeza, eh. Si acaso lo ve alrededor sepa que solo somos amigos trabajando en un proyecto en común.

La señora Andrews solamente la observo como si no le creyera, y mantuvo una sonrisa cómplice. Le dio a Dax unas palmaditas en la mejilla con cariño, y le preguntó si le gustaría, después de bañarse y dejar sus útiles escolares en el apartamento de su hermana Alicia, bajar a jugar ajedrez con Jim. —El niño miró a su hermana en busca de aprobación, y esta tan solo asintió.

—Primero, Dax, tendrás que dejar tu habitación ordenada.

Jill se aclaró la garganta.

—¿Alicia, querida, no es acaso hoy tu noche de chicas con Maya? —le preguntó la señora Andrews.

Su vecina prestaba mucha atención a todo lo que ella le contaba. Eso implicaba que tenía que ser muy cuidadosa en el caso de que decidiera contarle alguna mentirijilla en lo relacionado a Chase.

—Sí, pero la tendré que postergar...

—Oh, bobadas, claro que no, mi niña. Necesitas un poco de tiempo para ser la chica de tu edad, y no solo el adulto responsable —le hizo un guiño—. De eso me encargo yo. Además, ¿no sería divertido si también invitaras a tu nuevo amigo para ir de copas o a bailar? Todos los proyectos salen mejor con un poquito de alegría extra.

—Usted es incorregible —dijo Alicia riéndose.

CAPÍTULO 13

El bar estaba atestado, pero Maya había reservado con anticipación una mesa para ella y Alicia. Al ser una noche de chicas, lo último que habrían hecho sería invitar amigos, pues la idea era conocer hombres con los cuales divertirse a lo largo de la noche y que fuesen anónimos una vez que acabara la velada.

La música que resonaba en los parlantes era increíble, la vibra alrededor era contagiosa, y cualquier preocupación que las hubiera agobiado a lo largo de la semana iba quedar relegada durante las próximas horas. Desde la posición en la que se encontraban ubicadas era posible observar todo su alrededor, es decir, contaban con una estupenda vista del local y eso incluía notar a los chicos guapos que empezaban a llegar o que ya estaban dentro.

—Después de todo lo que me has contado, lo último que habría esperado escuchar es que tu cliente, porque no me dejas decir el nombre ni siquiera en susurros, fuese una persona tan compleja. Has vivido en poco tiempo, situaciones muy intensas con él. ¿Tienes algún sentimiento más allá de solo el deseo físico? — preguntó Maya, girando la pajilla del exquisito cóctel entre los dedos.

El local no era el más costoso de Chicago, pero tampoco estaba ubicado en una zona problemática. Tanto Maya como Alicia disfrutaban visitando sitios que usualmente el común de los nacidos en esa ciudad no conocían; les gustaba descubrir nuevos lugares, considerando siempre el tema de seguridad como premisa.

—No lo sé... —Alicia soltó un largo suspiro—. Y no quiero empezar a hacerme ideas en la cabeza, porque puede resultar peligroso.

—Cuando me contaste cómo reaccionó al enterarse de que Yves había sido tu novio en Seattle, me sorprendió. Si solo te considerara una folla-amiga, le hubiera dado igual o no se habría inmutado por el comentario de Dax.

—Tienes que considerar que Yves es el jugador con el que más encontronazos ha tenido Chase sobre el hielo. No sé cómo se me escapó semejante detalle durante mi investigación del perfil, y lo único que puedo hacer para justificar ese desliz es decir que en realidad jamás me pareció importante. Vamos, ¿quién se iba a imaginar que yo iba a terminar saliendo con él? —cerró los ojos brevemente—. No “saliendo, saliendo” propiamente

dicho. Pfff, tú entiendes lo que te quiero decir.

Maya se rio.

—Me hace pensar... Todas estas conversaciones, flirteos, y sexo intenso, empieza a tomar un tono por completo distinto. —Alicia dio varios tragos a su cóctel. Un Cosmopolitan—. Además, te conozco muy bien, al punto de darme cuenta que el brillo que tienes en la mirada, cada que mencionas su nombre, no lo he visto con ninguna otra persona con la que has tenido una relación. Claro, antes de que te dé un ataque de pánico, si entiendo que se trata de “una relación” bastante particular.

Alicia no quería entrar en aguas pantanosas. Se temía que Maya había dado en el clavo; sus sentimientos por Chase iban más allá de lo físico, pero eso era algo que jamás admitiría en voz alta. Tampoco podría definir exactamente qué tipo de sentimientos tenía por él. Por otra parte, tenía muy claro que le quedaba un largo tramo de trabajo con los Chicago Warriors, y no pensaba echarlo a perder.

—Todavía quedan algunas semanas por delante, Maya, y lo último que quiero en este preciso momento es saber que tan profundo es el hoyo en el que me acabo de meter. Así que, ¿qué te parece si por ahora cortamos el tema de la persona en cuestión, y nos divertimos? O mejor todavía, ¿por qué no me cuentas quién es el chico con el que te vi charlando cuando volví del aseo hace pocos minutos?

Esa noche, Maya llevaba un precioso vestido amarillo, y con los labios pintados de rojo destacaba su exuberante boca. Poseía un estricto sentido de la moda, si por estricto se podría entender que jamás permitía que otros influenciaran su estilo. Cada que ya entraba en un salón, en una reunión o en una oficina, todas las cabezas volteaban a mirarla por su belleza exótica.

—Un amigo a quien no veía hace mucho tiempo, para ser más precisa un rival de mi compañía. Nada importante. —Al ver la mirada incrédula de Alicia, agregó —: Te lo digo de verdad. A diferencia tuya, no tengo ningún problema en admitir cuando me he enamorado de alguien — le hizo un guiño —. Y no me mires con esa cara de sorpresa, porque tú y yo sabemos que tengo razón y la próxima vez que veas a ese guaperas hockey, cara a cara, vas a recordar mis palabras. Lo único que te pido es que disfrutes lo que dure esta situación, y dejes el miedo atrás.

Alicia asintió.

— Vamos a bailar, Maya, y quita esa cara de seriedad que no te pega.

La aludida hizo una mueca, pero se rio, porque era consciente de que ella

era la parte más divertida de las dos.

— Por cierto, ¿no se supone que tienes una pareja seria y que has salido en todos los medios de comunicación con él? O sea, lo menciono por si encuentras alrededor un tipo muy guapo. — Alicia recordó que era cierto. Podía bailar, divertirse, beber con Maya, pero no podría tentar a la suerte si un tipo demasiado guapo le interesaba, porque obviamente podría malinterpretarse si ella tuviese la mala suerte de que alguna de las personas alrededor la reconociera el hicieron una fotografía. Ella no iba sabotear su propio plan de relaciones públicas que había pactado no solo con Katrina, sino con Chase. — Te dejo el brevísimo recordatorio de que eres una mujer comprometida — dijo Maya antes de echarse a reír al notar la expresión de horror de Alicia.

— Seré muy discreta, pero no necesito pedirle permiso a nadie para divertirme y bailar — dijo de buen humor, y agradeciendo el recordatorio—, ¡vamos, Maya!

Maya agarró su cóctel y dio dos sorbos más hasta que se acabó todo el delicioso contenido. Alicia la imitó. Después, ambas se bajaron de las cómodas sillas altas, y con una gran sonrisa empezaron a abrirse camino entre la gente.

El resultado del partido fue el esperado, los Sharks acababan de ganar 4-1 a los Golden Knights en la primera ronda de los playoffs. El sushi y una variedad de dulces japoneses, incluidas bebidas de diferentes partes y para todos los gustos de los jugadores de los Warriors que estaban en casa del capitán, se agotaron por completo. Chase se alegraba de haber ido esa noche, y estaba de mejor humor. La camaradería, las bromas, el ambiente en común resultaba regocijante.

La reunión iba para largo, la música estaba en alto volumen, las conversaciones alrededor animadas, y quienes eran fanáticos del Pool estaban alrededor de la mesa de paño verde. Sin embargo, la inquietud de Chase por ver Alicia no había desaparecido en todo el día. No era tarde, así que quizá podría pasarse por el apartamento de ella sin interrumpir la rutina de Dax.

— ¿Te vas tan pronto? — preguntó el capitán, Keith Lampard, mientras bebía una cerveza. Estaban los dos sentados en una pequeña sala destinada exclusivamente para ver los partidos de hockey.

Imaginaba que no era casualidad que todos sus compañeros hubieran

levantado de pronto del salón dejarlos a solas. Suponía que Keith quería hablar con él en privado. Y esto era algo que Chase apreciaba, porque no le gustaba que lo llamaran por temas personales o profesionales a viva voz delante de otras personas en lo referente a temas de hockey, especialmente.

—Hay una visita que tengo pendiente — dijo. Se guardó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón—. Lo he pasado fantástico, hombre, gracias por todo.

Ambos se incorporaron de sus asientos blancos de cuero.

—Seguro —replicó Keith estrechando la mano de su amigo—. Sé que no me compete, Chase, y espero que no lo tomes a mal.

—Cuéntame...

—¿Está todo bien con la chica? Alicia, creo que se llama, ¿cierto? Sabemos que está trabajando tu imagen pública, y a nombre del equipo quiero agradecerte este esfuerzo que estás haciendo, porque sé que odias que te digan qué hacer fuera del hielo. Creo que es igual para todos. — Se encogió de hombros —. En todo caso, los pormenores de la relación que llevas con ella, bien sea profesional o no, no son de mi incumbencia. Mi único interés es saber si estás bien o si hay algo en lo que te podamos ayudar. Ya sabes que somos una familia, y como capitán del equipo me tomo muy en serio el que todos nos encontremos bien o a gusto también fuera del hielo.

Chase sonrió y le dio una palmada de sincero aprecio en el hombro.

—Todo en orden. Gracias, Keith.

—Seguro, hermano —dijo con un asentimiento de cabeza, antes de encaminarse al área donde estaban jugando Pool. Iba a ganar ese partido.

Durante los días en que no había actividades en conjunto, es decir apariciones públicas en eventos entre él y Alicia, el chofer no estaba alrededor. No le apetecía conducir, pero no le quedaba de otra. Él no había bebido demasiado, a lo sumo una copa de vino, así que no era ningún problema que se pusiera detrás del volante. Esa noche prefirió utilizar su Maserati rojo.

Chase pasó por un Cheesecake Factory, antes de ir a la casa de Alicia. Menos mal el parqueadero por la zona en la que ella vivía no era problema, así que encontró un sitio. Saludó al conserje, y después presionó el botón del elevador.

Llamó varias veces a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—Oh, ¿está buscando Alicia? —preguntó un señor que salía de la puerta

contigua a la que Chase estaba llamando.

—Errr, sí...

—Me parece que salió, pero sin así la puedo encontrar a esta hora con su hermano haciendo galletas donde la señora Andrews en el piso de abajo. El apartamento es el número 342.

—Vale, gracias.

Chase volvió a presionar el botón del elevador y después empezó a buscar entre los pocos apartamentos cuál era el número que le había dicho el hombre. No era muy hábil para poder sostener cosas pequeñas frágiles, y evidentemente el cheesecake que llevaba necesitaba manejarse con cuidado para que la crema chantilly nos echara a perder con el movimiento.

No sabía por qué, pero se sentía algo nervioso. ¿Quizá tendría que ver con el hecho de la silenciosa despedida y la última conversación que tuvo con Alicia días atrás? Se había mantenido lejos de problemas durante todo ese tiempo, pero la sorpresiva visita de Eve tan solo pronosticaba problemas en el horizonte. Le quedaba tener la ingenua esperanza de que, si la bomba explotaba, fuese una vez que todo este lío sobre su contrato con los Chicago Warriors estuviese finiquitado.

Presionó el timbre que estaba junto al marco de la puerta, y esperó. Al poco rato un sonriente Dax abrió la puerta.

—¡Chase! —exclamó Dax. Él seguía siempre las instrucciones de seguridad, y antes de tomar riesgos había observado por el visor de la puerta de quién se trataba.

—¿Quién es, jovencito? —preguntó la suave voz femenina de la dueña de casa.

El niño miró por sobre el hombro.

—Es mi amigo Chase, señora Andrews... Bueno, mejor dicho amigo de mi hermana. —Bajó la voz, y miró a su ídolo con una sonrisa tímida—: ¿Podemos ser amigos, verdad? —le preguntó.

—Por supuesto que sí, campeón —dijo esbozando una de sus más sinceras sonrisas. Lo cierto es que el niño le caía muy bien. No era quejumbroso, tampoco mal educado y era obediente con su hermana.

Notó que Dax tenía el labio partido y un moretón alrededor del ojo; nada grave al parecer, aunque imaginaba que a Alicia le habría dado un espasmo nervioso al verlo así. Chase sabía mucho de defensa personal, y podría enseñarle un par de trucos; ya lo hablaría después con el niño.

Al poco rato apareció una sonriente señora tras de Dax.

—Hola —la mujer extendió la mano, y él la estrechó—, yo soy Jill.

Al fin podía ponerle rostro a la famosa mujer que se hacía cargo de Dax cuando Alicia no estaba alrededor. Le recordaba un poco a su abuela, Nana. Cuánto daría por tenerla en su vida todavía.

—Encantado de conocerla —dijo sorteando el equilibrio debido al dulce que llevaba en la mano—. Me comentó uno de sus vecinos que quizá podría encontrar aquí a Alicia —señaló el cheesecake con el dedo de la mano contraria—, ¿es así? No querría desperdiciar este postre.

La mujer le esbozó una sonrisa de aquellas que solo la tenían aquellas personas que conocían más de la vida. Y en este caso se trataba de la experiencia en lo relacionado al amor. Jill recordaba que, en sus tiempos de juventud, su esposo solía tener una mirada muy similar a la del apuesto muchacho que estaba en su puerta en ese momento, al mencionar tan solo su nombre.

Estaba convencida de que Alicia y Chase eran más que solo amigos. No podía esperar a verlos juntos para comprobar su teoría.

—Hoy tuvo una salida con su mejor amiga, ya sabes cómo son esas noches de chicas: bailar, unas copitas —le hizo un guiño—, y quién sabe con lo bonita que es Alicia de seguro consigue un prospecto interesante.

Chase miró a Dax, como si el niño supiera algo. Después frunció el ceño, porque la idea de que Alicia besara a otro, o que otro la tocara, lo ponía furioso.

—¿Volverá...? —se atrevió Chase a preguntar.

Jill sabía la respuesta, pero, ¿por qué negarse el gusto de jugar un ratito con la evidente preocupación del muchacho? Era por una buena causa.

—No lo sé —le hizo un ademán con la mano para que entrara—, ¿qué te parece si compartimos ese rico postre que tienes ahí? —Chase la siguió hasta la cocina, mientras Dax iba detrás, cautivado por la idea de ver de nuevo a su estrella de hockey preferida alrededor—. Vamos a probar un poco de cada, y después subiremos al apartamento de Alicia para guardar el resto en el frigorífico. No se vaya a echar a perder. ¿Eh, Chase? ¿Qué opinas?

—¡Sí! —exclamó Dax—. Y el señor Jim ya se ha dormido.

—Exactamente —acotó Jill, porque cuando su esposo dormía, no existía vendaval capaz de levantar al hombre de la cama—. Yo tengo una llave extra del apartamento, así que no hay problema, y este es un caso de emergencia. ¿Cómo se le ocurre a esta jovencita irse a bailar sin invitarte? —preguntó mirando a Chase—. Más le vale que le guste el cheesecake que has traído.

Anda, comamos un poco, y después subiremos. Así Dax estará en una compañía más entretenida.

—Usted es la que manda —dijo el jugador, mientras ayudaba a partir el cheesecake de oreo y a repartirlo en un platillo para cada uno.

Tres horas después, sentado en el sofá de la sala de Dax, Chase observaba el reprise de uno de los partidos de hockey del día. La señora Andrews, luego de sonsacarle información sobre su vida —o al menos lo intentó con mucha sagacidad—, le había dicho que de seguro Alicia llegaría pronto, y si acaso no era así Chase podría bajar a Dax antes de irse.

Sin opción a negarse, Chase sintió que la bribona señora le había tendido una emboscada. Ni modo. Le tocaría esperar con Dax, porque no pensaba dejarlo solo ni tampoco bajar a molestar a la anciana ni a su esposo.

—Chase... —murmuró el niño con los ojos medio cerrados del sueño—. ¿De verdad vas a preguntarle a mi hermana si me daría permiso de entrenar contigo en el centro comunitario en donde te criaste?

Entre una y otra cosa, le había contado a Dax sobre lo difícil que fue entrar en la NHL. Claro, solo le habló de aquellos tópicos como el esfuerzo, la dedicación, el sacrificio y las ganas de salir adelante. En especial, hizo énfasis en cómo los jugadores procuraban saber defenderse, dentro y fuera del hielo, porque no faltaba un fanático loco que confundiese lo que ocurría en la pista con lo que ocurría fuera de ella. Le prometió que, si Alicia lo permitía, lo llevaría a la próxima jornada de entrenamientos en Pullman con los niños que él apadrinaba.

—Seguro, campeón. Ahora, ¿quién tuvo la culpa de ese ojo morado? —le preguntó dándole un empujoncito con el hombro.

Dax bajó la cabeza.

—Mía...

—Cuéntame lo que sucedió. —Y el niño así lo hizo, con lujo de detalles, hasta un punto en que Chase quiso reírse, pero se contuvo. No quería restarle importancia a lo que él consideraba indispensable: la fuerza con la que le dio un puñete en la nariz al otro niño o cómo consiguió derribarlo aún al ser más pequeño que su oponente —. Ya veo... ¿Qué dijo Alicia cuando se enteró?

—Se puso triste, pero no me regañó mucho. Solo me castigó sin jugar a la play-station o ver televisión —sonrió levemente porque durante las pasadas tres horas había estado haciendo eso—, o ir a la casa de mi mejor amigo... —se encogió de hombros —, me expulsaron cinco días de la escuela.

—Creo que es más que suficiente castigo. La próxima ocasión intenta no

meterte en peleas de otros. Sé que son tus amigos. —Dax asintió—. A veces nuestros amigos también necesitan entender cómo enfrentar sus propios problemas, y no por eso eres menos leal.

—Vale... ¿No vas a dejar de ser mi amigo, verdad?

Chase sonrió, y le alborotó el cabello con la mano.

—Imposible, porque eres mi fan número uno.

—Claro que lo soy, el súper fan —dijo el niño.

Se desperezó. No solía acostarse tan tarde, pero lo cierto es que le encantaba pasar con Chase y escucharlo dándole consejos sobre hockey, mostrándole en la tele los errores de los profesionales de la liga y también cuando le contaba algunos secretos que, por supuesto, Dax juró no contar nunca.

—Es muy tarde, Dax, ¿te parece si guardamos el secreto de que te has dormido casi a las dos de la madrugada?

—Hecho —sonrió—. Ahora, creo que me iré a la cama, ¿vas a esperar a Alicia?

—La señora Andrews ya debe estar dormida, y no quiero molestarla, ni tampoco quitarte la posibilidad de descansar en tu propia cama. Así que me quedaré a esperar para comprobar que tu hermana ha llegado sana y salva.

Dax lo miró con solemnidad, entre dormido y despierto.

—Gracias... Yo soy el hombre de la casa, pero hoy te dejo a cargo —dijo con un bostezo que no se molestó en ocultar. Después fue hasta su habitación.

¿Una noche genial? ¡Já! Mucho más que eso, pensó Alicia mientras trataba de encontrar las llaves de su apartamento en la bolsa. Le dolían los pies, y por eso llevaba las sandalias en una mano; trataba de hacer malabares para no dejar caer el calzado sobre el suelo. No recordaba haber bailado y reído tanto con Maya en años. Quizá por la cantidad de estrés que ella había dejado evaporarse al ritmo de la música. Su mejor amiga no podía quejarse, pues se fue a casa con un tipo guapísimo que era productor en una disquera para cantautores indie. ¿Qué tal con Maya? Al día siguiente Alicia quería escuchar todos los pormenores.

Escuchó el ruido de la televisión. Ella no bebía jamás hasta perder el conocimiento, y estaba en sus cinco sentidos a pesar de la cantidad de cócteles y tequila; su audición era impecable. Dax estaba donde Jill, a menos que hubieran subido y se hubiesen quedado a esperarla. Era una posibilidad.

Empujó la puerta y dejó caer los zapatos a un lado. Después ajustó las cerraduras y corrió el broche de la cadena de metal que solía adicionar como precaución. Vivía en una zona segura, pero jamás le gustaba correr riesgos. Podían calificarla de paranoica o exagerada, y no le importaba, porque nadie se haría responsable si algo llegaba a ocurrirle a ella o a su hermano.

—¿Te entretuviste mucho esta noche?

Alicia sintió un cosquilleo en la piel al reconocer la voz de Chace. No era un tono dulce, sino más bien amenazante, incluso condenatorio. ¿Qué rayos?, se preguntó. Le dio la espalda a la puerta y caminó varios pasos hasta llegar al salón. Chace estaba sentado con los brazos, uno a cada lado, sobre el respaldo del sofá, el tobillo de una pierna sobre la rodilla de la otra, mientras la luz de la televisión era todo lo que iluminaba la sala. Parecía un rey en pleno dominio del espacio. Solo que en esta ocasión se trataba de *su* espacio; *su* apartamento. La que debería estar haciendo preguntas en ese momento era ella.

—No es de tu incumbencia, ¿qué haces aquí a las tres y media de la madrugada?

Él la recorrió con la mirada. La blusa de seda en tono palo rosa arropaba esos pechos llenos con descaro e invitaba a mirarlos; la falda negra pegada y corta conseguía que esas piernas fabulosas lucieran más estilizadas. Consciente de que ella vestida tan sensual habría creado más de una fantasía —y quién sabría cuántos más hubiesen hecho algo más que mirarla esa noche —, decidió permanecer en el sofá.

Aquel proceder era la mejor forma de controlar sus deseos primarios de castigarla hasta que pidiera clemencia, mientras la marcaba con sus besos y su sexo sin dejarla correrse; no sin que él lo permitiese. Lo único que impedía que se volviese un completo Neanderthal era saber que, con el maquillaje que destacaba sus ojos verdes; los labios amplios sonrosados; el cabello recogido en un tocado descuidado; y los pies descalzos, estaba enfadada y sexy, tan solo para su vista personal. Sabía que Dax estaba dormido, así que no podía perder el control.

—Le traje un postre a Dax, porque es mi fan número uno —replicó con indolencia y diciendo esa mentirilla blanca. No quería decirle que la urgencia de verla lo había instado a dejar una noche de juerga en casa de Keith, y llevar el cheesecake como excusa—. Decidí quedarme un rato, porque la señora Andrews estaba con mucho sueño como para esperar a que llegaras; me pidió que yo hiciera guardia. No podía negarle un favor a Jill.

«Así que su vecina estaba detrás de todo esto», pensó Alicia disminuyendo

su enfado. La mujer era una romántica, y ahora que conocía a Chase lo más probable era que intentara hacer cada vez y cuando una encerrona de estas.

—Claro que no —replicó—. Ya puedes irte; te relevo de tu puesto de vigilia. Iré a ver a mi hermano.

Ni bien dio un paso y la voz firme de Chase la detuvo.

—Alicia.

Lo miró.

—¿Qué?

Él se incorporó tomándose su tiempo. Apagó el televisor. Y sus movimientos eran como los de una pantera negra de elegante sagacidad. Alicia tragó en seco. Cuando Chase llegó hasta ella, le acarició la mejilla.

—¿Besaste a alguien en esa discoteca o te dejaste tocar de alguien?

—Chase...

—Responde, por favor —pidió sin ocultar el tono tenso de su voz.

Ella soltó un suspiro. No entendía ese interrogatorio.

—No, Chase, no besé a nadie; y por si no te has dado cuenta, no permito que los hombres se me acerquen más allá de lo estrictamente necesario. Incluso si voy a bailar es para divertirme, no para acostarme con alguien. — La mirada severa de él se mantuvo—. Mientras esté contigo, no podría estar con otra persona. Hicimos un acuerdo, y yo respeto ese acuerdo.

Él pareció sentir que la calma le volvía al cuerpo.

—Me alegro —murmuró, y sus labios rozaron los de ella—. Alicia...

—¿Sí? —preguntó perdida en la vibrante atmósfera de testosterona y sensualidad que solía rodearla cuando él estaba cerca.

Sí que había tenido oportunidades de hacer algo más que solo besarse con los tipos con quienes bailó horas atrás, incluso besarlos hubiera sido sencillo en la semipenumbra y bajo los efectos de la adrenalina, pero lo que acababa de decirle a Chase era verdad. Jamás rompería un pacto, en especial si este implicaba el bienestar de otra persona. ¿Cómo podría echar a perder lo que con tanto esfuerzo estaba trabajando para ella, y por él?

Además, ningún hombre aquella noche se podía equiparar, porque ninguno fue capaz de replicar el efecto brutal que tenía Chase en su piel y su mente. Ese bendito atleta poseía la capacidad de hacer girar su mundo y deslumbrarla con su atractivo, pero también con su sensibilidad en momentos inesperados.

—Tengo un problema —dijo mordiéndole el labio inferior con fuerza, para luego acariciárselo con la lengua.

Tuvo dos horas, desde que Dax se fue a dormir, para meditar las emociones

encontradas que Alicia le provocaba. Esos días sin ella fueron suficientes para asimilar la magnitud de un acuerdo que, en realidad, no tenía vuelta atrás; y no porque fuese imposible renunciar a él, sino porque Chase rehusaba la perspectiva de dejarla ir. Ese era un panorama revelador y aterrador a tiempos iguales.

No recordaba haberse preocupado por alguien que fuese su pareja, temporal o no, en la medida que lo hacía por Alicia. Jamás. Le importaba su opinión, quería saber cómo estaba, qué sentía sobre las situaciones alrededor, sus miedos, sus sueños, sus aspiraciones, sus motivaciones... Por ninguna se había tomado la molestia de interesarse o esforzarse en general, básicamente porque no le importaban más allá de lo que tenían: relaciones entretenidas, relajadas y sin mucha expectativa.

Ninguna mujer había sido capaz de despertar emociones, aparte de la lujuria o el desprecio o el hartazgo, en él. Sabía de qué se trataba esta vez, así como sabía que no existía regreso a un puerto seguro para quitar de su cuerpo ese opioide presentado en la forma de Alicia Krutcher. Chase se había enfrentado a muchos rivales sin miedo; tenía varias fracturas y cicatrices que demostraban su batalla sobre el hielo; sin embargo, ninguno de esos rivales podría igualar el temor de aceptar lo que Alicia provocaba en él. ¿Acaso no era gracioso cómo los guerreros más fuertes podían transformarse en los brazos de una mujer en seres moldeables y compasivos?

—Cuéntame al respecto —replicó rodeándole la cintura con ambas manos. Elevó el rostro—, tal vez pueda ayudarte.

—No lo creo... —dijo mientras le acariciaba la espalda con movimientos lentos—. Lo cierto es que me puse celoso cuando la señora Andrews me contó que te habías ido de fiesta con tu mejor amiga.

—¿Por qué te pusiste celoso? Lo que tenemos es solo sexo, tú mismo lo dijiste, porque argumentaste que no estás hecho para relaciones a largo plazo. Yo lo acepté, y lo comprendo. Como te expliqué, no voy a transgredir nuestro acuerdo.

Él murmuró algo inentendible que sonó más bien como un gruñido.

—No quería saber que otros hombres estuvieran tan cerca de ti... No quiero saber que eso ocurra —agregó esto último tragando en seco, mientras notaba cómo la mente de Alicia parecía unir las piezas de lo que él trataba de decirle, pero no era capaz de hacerlo al completo.

—Chase... —susurró.

—Estoy enamorándome de ti, Alicia, y tengo miedo de todo lo que eso

implica —murmuró apartando la mirada.

Alicia elevó la mano y le tocó la mejilla. Todo el enfado se deshizo y fue reemplazado por una alta dosis dulzura en ella.

—Hey... ¿Te he dado motivos para que pienses que puedo herirte?

—No —replicó solemne—, pero tienes un arma más potente.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndolo hacia sí. Creía que el corazón iba a explotarle de alegría. Ni siquiera sabía qué poner en la lista como argumento para el burbujeante estado en el que se encontraba. No existía cansancio, tan solo regocijo al saber que Chase había dejado una gran parte de su coraza caer, por ella.

—¿Como cuál? —preguntó en un susurro.

—Tú, al completo.

CAPÍTULO 14

Alicia lo besó con todo su ser, porque ese beso era diferente a todos los anteriores con él, y otros hombres en su pasado. El intercambio sensual de sus bocas recaía en una dimensión que no alcanzaba a describir al completo. La pasión y el ardor no eran nimios comparados a la sensación de que eran dos almas fundiéndose la una con la otra, reconociéndose, y creando la poderosa certeza de que en ese instante estaban cambiando sus vidas. Chase sabía que ninguna otra mujer poseía el poder de ponerlo a sus pies como lo hacía ella.

—Dax está en su habitación —susurró, tratando de insuflar oxígeno en sus pulmones, mientras su respiración subía y bajaba agitadamente.

—¿Tiene el sueño ligero? —preguntó Chase en tono casual.

—No, pero si escucha cómo... —se aclaró la garganta—, pues, cómo interactuamos en la cama de seguro va a querer saber qué ocurre.

Él le hizo un guiño y la agarró de la mano.

—Entonces, te tocará ser silenciosa. —Ella lo miró con los ojos entrecerrados, acusándolo sin decírselo, porque ambos eran igual de ruidosos durante el sexo—. Intentaré ayudarte —concedió con una risa baja, mientras era guiado silenciosamente a lo largo del pasillo hacia la master suite, alejada de la habitación de Dax.

Apenas estuvo echado el pestillo, Chase le tomó el rostro entre las manos y empezó a besarla. Poco a poco esos dedos empezaron a quitarle la ropa. La blusa de seda y el sujetador strapless salieron primero. Él la miró, extasiado. Con lentitud le acarició los senos, palpando su suavidad y tersura. Ella soltó un suspiro y sus ojos verdes cobraron un tono más intenso, pero Chase estaba demasiado concentrado deleitándose en sus pechos para reparar en ese detalle.

—Eres deliciosa —murmuró.

—Tú tienes lo tuyo también... —replicó ella con descaro, casi sin aliento.

Bajó la cabeza, con una sonrisa pícaro, y se llevó un pezón a la boca; con la lengua o rodeó para después succionarlo, primero suave y después con fuerza. Ella le sujetó la cabeza contra sus pechos, pidiéndole en silencio que no se detuviese. Él no podría hacerlo, imposible; aplicó el mismo esmero placentero en el otro pecho. La escuchó gemir, así que le cubrió la boca con la suya para

silenciarla. Después le agarró el borde de la falda y subió la prenda hasta que quedó en la cintura. Con un movimiento rasgó las bragas. Otro par echado a perder, aunque en ese instante a Alicia era lo que menos le preocupaba.

A duras penas, ella consiguió quitarle la camisa, entre besos y susurros. Chase le ayudó hasta que estuvo desnudo. El hombre tenía un físico que recreaba la fantasía de cualquier mujer; él lo sabía, y aprovechaba sus habilidades en la cama para hacer que Alicia quisiera que cada minuto que pasara con él fuese infinito.

Chase la tomó de las nalgas y la apoyó contra la pared cercana al baño, y de inmediato sintió las piernas femeninas rodeándole la cintura. Ella se sujetaba de los hombros, mientras sus bocas colisionaban.

—No puedo contenerme más, cariño —dijo Chase antes de penetrarla con una potente embestida.

—Ah... —jadeó al sentirlo por entero en lo más profundo—, oh, Chase...

Él no creía poder perder la cabeza, pero Alicia parecía romper la excepción de todas sus reglas. Mientras su pene se deslizaba en el resbaladizo interior, él podía sentir la caliente tensión de los músculos rodeándolo. Sentía que con ella marcaba un antes y un después. Quizá no tenía el ejemplo de lo que era amar a una mujer que no fuese de su familia, como Nana o Alana, pero sí tenía plena conciencia de que si estar enamorado y amar implicaba no saciarse de Alicia, pensar en su bienestar ante todo, y preocuparse por sus emociones, entonces le era suficiente como referente; como un inicio en un camino que jamás pensó recorrer.

El cuerpo de Alicia se movía al compás de los embistes, el sudor perlaba su frente, pero sus piernas continuaban aferradas a las caderas masculinas. Necesitaba sentir el palpito del clímax de inmediato. No le era posible continuar creyendo que retrasar su orgasmo iba a torturar a Chase de la misma forma en que él estaba haciendo con ella al mirarla, besarla y tocarla con tal nivel de deseo.

—Alicia... —dijo entre jadeos, antes de que su esencia llenara el interior que estaba recibéndolo. Sentía las contracciones alrededor de su miembro, succionando hasta su última gota, pero jamás dejó de mirarla, ni ella a él.

Agotada, apoyó la cabeza contra el hombro de Chase, mientras él la aferraba con firmeza. Ralentizaron sus respiraciones, poco a poco. Él sonrió y la besó en la mejilla, para luego ir hasta su boca. Se besaron un largo rato, primero, con suavidad; después, la pasión volvió a arder entre ambos. Alicia sonrió, porque le gustaba sentirlo dentro, poniéndose duro de nuevo; el sexo

de Chase era acero recubierto de seda, palpitante tentación con la capacidad de enloquecerla.

Él la puso en pie con suavidad.

Alicia le sonrió con dulzura.

—Si no te hubiera besado, seguro habrías despertado al vecindario —le dijo.

Chase se rio, pero no le permitió que se acomodara la única prenda que le quedaba: la falda. Él le bajó el zipper, y la dejó a un lado. La prefería así, desnuda por completo, para admirarla a gusto.

No debería sentirse tímida, pero de pronto era así. Se mordió la mitad del labio inferior, y elevó el rostro.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le preguntó Chase como si intuyera lo que querían decir esos ojos, y que lo observaban con calidez. Se sentía afortunado de que una mujer tan íntegra como Alicia lo mirase de ese modo; parecía capaz de limpiar el rastro de las impurezas de su vida con su sola presencia.

Alicia le acarició el brazo marcado de tatuajes.

—Todo este arte que tienes aquí... quiero conocerlo. Qué significan...

Él la estudió un par de segundos, y después asintió.

Entrelazó los dedos con ella, y la llevó a la cama que estaba, como todo lo que Alicia parecía tener alrededor, perfectamente hecha. La desnudez a ambos les resultaba tan natural como respirar. Esto era algo que ella jamás hubiera imaginado posible, porque —a pesar de saberse guapa y con una figura decente— como toda mujer era demasiado consciente de sí misma.

Sentados, el uno junto al otro, Chase decidió abrir la compuerta de su pasado.

—Este número romano con un colibrí y la letra A, representa a mi hermana, Alana —dijo señalándole con su propio dedo a medida que iba hablando—. Este rastro de espinas marcan las incontables ocasiones en que creía que mi vida jamás podría ser diferente de la vida en las calles, las decepciones; están entrelazadas en una forma de cadena, ya no recuerdo cuántas son... Y quizá era la idea cuando le pedí al tatuador que la hiciera. —Ella abrió la boca para decir algo, pero prefirió no interrumpir el súbito tono contrito de Chase—. Este es el nombre de mi abuela, Nana Beckett; fue la mujer que me crió y con su cariño logró que no me convirtiese del todo en una bala perdida o un bastardo insensible; el dibujo está con letras góticas, porque a ella le gustaban los libros de esa época —sonrió recordando—, estos dos de aquí en realidad

es uno solo, un perro capaz de transformarse en lobo para defender o conseguir lo que necesita. —Alicia continuaba hipnotizada por él, por su voz—. Y el dibujo de acá —se señaló la cara interior del antebrazo— es la imagen del centro comunitario en el que conocí a Buck y que cambió el rumbo de mi carrera. Los otros dispersos son los años en que gané trofeos significativos o reconocimientos.

—Otros podrían considerar que los tatuajes son parte de un chico malo, pero yo creo que se trata de artistas dejando huellas que los clientes necesitan como recordatorio de aquellos momentos que pueden perderse en la memoria, pero no en la piel... —dijo ella, ausente.

Chase sonrió.

—Eres la primera persona a quien escucho decir algo como eso sobre los tatuajes... Y comparto la idea al respecto.

Él quería tan solo besarla, y besarla de nuevo, hasta que solo pudiera recordar el sabor de su boca exquisita. Verla tan cómodamente desnuda, con el cabello alborotado, los labios hinchidos y los pechos respingones esperando a que los consintieran, empezó a excitarlo.

Le sonrió antes de inclinarse sobre ella, pero Alicia lo tomó por sorpresa colocándose sobre él. Chase enarcó una ceja.

—Tengo más preguntas.

Él soltó una carcajada, tenerla a horcajadas era una fantasía; una perdición.

—Qué raro —replicó consciente de que su miembro estaba erecto bajo el sexo de Alicia. Elevó las manos y acarició los pezones erguidos; ella echó la cabeza hacia atrás con gusto—. Aunque tu cuerpo prefiere no hablar...

Ella sonrió.

—Mi cuerpo es un traidor —susurró inclinándose para devorarle la boca, sujetándole el rostro con las manos, mientras su caderas se contoneaban sobre la dureza masculina. Podía sentir su propio ardor, el palpitar de cada partícula de su ser.

Él no le dio cuartel, la besaba con fervor, y ahuecaba sus senos con lujuria; y con las caderas le daba a entender que, si ella no se daba prisa, entonces cambiaría de posición para volver a conquistarla. Alicia lo sintió arquearse bajo sus movimientos, y sin ningún recelo, llevó las manos hasta donde sus cuerpos convergían, colocó con sus dedos ansiosos el sexo de Chase justo en el vértice de sus labios íntimos, se elevó con las rodillas, y luego descendió con lentitud hasta que él estuvo anclado al completo en su interior. Chase empezó a moverse con ella.

Los pechos de Alicia se bamboleaban al ritmo de sus movimientos, y se inclinó hasta ofrecérselos a él. Soltando un rugido placentero, él empezó a besarlos y chuparlos; mordisqueándolos, al tiempo que sus cuerpos se movían en un vaivén exquisito. Sus manos grandes y cálidas estaban afianzadas en las caderas de Alicia, balanceando el movimiento de la sensual cabalgada.

—Suficiente... —dijo con voz rasposa—, quiero probarte.

Antes de que ella pudiera registrar lo que estaba sucediendo, él cambio de posiciones siguió bombeando. Empezó a besarla y descender por su cuerpo.

—No, Chase, no pares... Necesito...

—Lo sé. Solo será un momento —murmuró descendiendo por el vientre liso, acariciando el torso con las manos, recreándose con la suavidad curvilínea. Le sonrió desde la pelvis. Alicia se incorporó sobre los codos.

—Chase... Espera... Oh —fue lo último que dijo antes de volver a acostarse cuando lo sintió probándola con glotonería. Las olas de placer irradiaban desde su centro hacia el resto de sus extremidades—. Eres...

—Lo sé, soy genial.

Alicia se rio entre jadeos. El hombre era incorregible; y era suyo.

Él mantuvo el ritmo de su boca, probando, chupando, lamiendo, hasta que la escuchó gimotear en un tono bajito, maldiciéndolo por hacerle todo eso, por torturarla y volverla adicta. La respuesta de Chase fue apartarse de su vulva para volver a posicionarse hasta penetrarla de nuevo, besándola, moviéndose en su interior; en pocas embestidas más, los dos se deshicieron en mil partículas de gozo.

Se dieron una larga ducha, y para cuando salieron, ya estaba el amanecer empezando a hacerse presente. Les quedaba poco tiempo a solas, pero Chase no estaba todavía listo para salir de esa burbuja. Acostados en la cama, Alicia con la cabeza apoyada en el hombro de Chase, se contemplaron, mientras compartían la silenciosa incredulidad del nivel de conexión que sentía el uno con el otro. No eran necesarias las palabras, en especial si tenía que ver con los sentimientos. Los actos solían ser mucho más elocuentes.

—Gracias por hablarme de tus tatuajes...

Él le acomodó un mechó de cabello detrás de la oreja, y pasó el pulgar acariciándole la mejilla.

—Beckett no es mi apellido —dijo en tono ausente. Alicia, ahora que empezaba a entenderlo mejor, sabía que esta confesión voluntaria implicaba un

nivel de confianza que tenía que honrar; y lo haría—. Mi apellido de nacimiento es Linard. Cuando tuve la posibilidad, lo cambié. Fue antes de firmar con las ligas de hockey, primero, la liga americana, y después la NHL.

Ella empezó a acariciarle con un toque confortante el brazo.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad.

El corazón de Chase latía a mil por minuto ante el temor de espantarla. Ella era lo único bueno que había en su vida en esos momentos, pero si quería que permaneciera alrededor, entonces tenía que poner la lúgubre melancolía de su pasado. Si no podía asimilarlo o soportarlo, él encontraría la manera de convencerla de que podía ser una mejor persona.

—Mi madre es una prostituta o era, no tengo contacto con ella salvo cuando me busca para pedir más dinero. —Alicia no dio ni un respingo, tampoco lo miró con horror, ni dejó de tocarlo—. Se llama Nellamy. Cuando era pequeño amenazó con prostituir a mi hermana si yo le decía a mi abuela a qué se dedicaba. Yo, tan idiota, creía que protegía a Nana, cuando en realidad mi abuela era consciente de todo lo que sucedía bajo el techo que ella mismo nos proveyó.

—Estoy segura que Nana me habría caído muy bien.

Él pareció enfocarse en la realidad otra vez, y la miró fijamente.

—Te hubiera adorado, Alicia —dijo con sinceridad.

—Al menos podría decirle que su nieto es un hombre maravilloso, complejo, y con una gran carrera en la NHL.

—¿Maravilloso? —se rio—. El sexo obra maravillas en ti.

Alicia le dio un pellizco.

—No desmerezcas lo que acabo de decir porque es verdad. Ahora te conozco mucho más, y puedo afirmarlo sin temor a equivocarme.

Chase tragó en seco. No recordaba la última vez que alguien se había preocupado por él; por sus sentimientos o por conocerlo por quien en realidad era...

—Le paso una mensualidad a Nellamy desde hace años para que no venda mi historia a los tabloides —soltó una carcajada amarga—, y tú te preocupas por mis peleas en los bares o mis salidas con mujeres de mala reputación.

Alicia sonrió con tristeza.

—Chase... —murmuró, consciente de que él trataba de volver a subir las barreras de su coraza, porque se sentía vulnerable—. ¿Cuánto dinero le pasas? —continuó, y con sus dedos seguía acariciándolo; tratando de mantener la furia que empezaba a despertar en él, en niveles mínimos.

—Cuarenta mil dólares, y una casa en Lincoln Park.

Alicia tenía ganas de encontrar a esa mujer y decirle un par de cosas. ¿Cómo se atrevía una madre a chantajear a su hijo de aquel modo?

—Me apena que hayas tenido que vivir una situación como aquella.

—Ahora es el momento en que sales corriendo y me echas de la cama, porque soy el hijo de una prostituta —dijo agarrándole la mano con dureza, y mirándola a los ojos; desafiándola a hacer exactamente eso.

—¿Es lo que quieres?

—Estarías en todo tu derecho —replicó conteniendo el aliento.

Alicia se acomodó hasta quedar encima de él.

—También estoy en mi derecho de decirte que te quiero, y tu pasado es parte del hombre en que te has convertido; el que conozco y del que también estoy enamorada, ¿qué opinas de eso?

Chase creyó que el corazón iba a explotarle. La contempló con incredulidad. Iba a empezar a elaborar una respuesta adecuada cuando escucharon la puerta de Dax cerrarse de un portazo con un eco. Se miraron, preocupados, y con rapidez Alicia se incorporó para ir a cambiarse. Él se deleitó viéndola vestirse, y después hizo lo propio.

Antes de salir de la habitación le dio una nalgada juguetona.

—Yo iré primero —dijo Chase.

—Pero... —se interrumpió cuando él la acalló con un beso.

—Hablaré con él. No te preocupes. ¿De acuerdo?

Alicia soltó un suspiro. Asintió.

Dax solo se había levantado para ir a ver un vaso con agua para luego volver a la cama. Aquella fue una falsa alarma, y Alicia sintió que le volvía el alma al cuerpo.

Después de que ella y Yves terminaron la relación, su hermano se vio muy afectado porque se había apegado bastante a su ex. En el escenario actual, con Chase, sabía que bajo ninguna circunstancia, considerando su pasado, él decepcionaría a Dax, en especial cuando se había declarado su fan número uno.

Mientras ella terminaba de exprimir zumo de naranja, Chase regresó. Traía otra vestimenta: pantalones caqui y una camisa blanca que marcaba sus músculos perfectos. Con el cabello algo húmedo, le dieron ganas de abrazarlo y besarlo. Necesitaba controlarse. La había inducido a un trance de voracidad

sexual.

—No era necesario, pero gracias —dijo colocando las bolsas con comida para el desayuno, mientras él le daba un largo y apasionado beso.

—Un placer, literalmente —le hizo un guiño, y Alicia se rio.

El reloj marcó las nueve de la mañana cuando Dax apareció en el comedor. Al ver a Chase, primero sonrió, después, como si se lo hubiera pensado mejor, frunció el ceño. Miró a Alicia.

—Hola...Mmm... Tengo hambre.

—Hola, Dax —dijo Alicia—. El desayuno estará listo en poco.

Chase se acercó al niño y se acuclilló para hablarle. Le sonrió.

—Buenos días, campeón. ¿Dormiste bien? —Dax asintió, mientras Alicia observaba el intercambio, nerviosa—. Tú eres y serás siempre el hombre de la casa, así que por eso te voy a hacer una pregunta importante.

Dax se rascó los cabello enmarañados todavía. Odiaba peinarse. ¿Qué niño a sus ocho años gozaba de que le anduviesen en la cabeza jorobándole el estilo?

—Errr, claro...

—Tu hermana y yo somos algo más que solo compañeros de trabajo. De hecho, ella me gusta mucho —miró a Alicia por sobre el hombro y le hizo un guiño, antes de volver su atención a Dax—, y yo le gusto muchísimo a ella —Alicia se rio bajito, pero aún así él la escuchó—, así que, ¿te va bien si me ves más seguido por aquí para llevar a tu hermana a cenar o a bailar o simplemente de paseo a algún sitio?

El niño comprendió. Claro que comprendía lo que estaba diciéndole.

—¿La besaste? —Chase asintió conteniendo una risa—. Qué asquerosos son los adultos. ¡Ew! —miró a Alicia—: Al, tengo hambre. No te beses con él, wákala.

—Lo pensaré —replicó ella sonriendo, mientras vertía el zumo en los vasos.

Dax se acomodó en una de las sillas del comedor, mientras los adultos organizaban la comida sobre la mesa. El chaval se sentía a gusto, porque podía ver que Alicia sonreía mucho; no recordaba la última vez que eso había sucedido, bueno, salvo cuando veían alguna serie divertida o la tía Maya estaba alrededor. ¡Chase era lo más! Iba a ser divertido verlo siempre.

—¿Me llevarás al primer juego de la próxima temporada de los Chicago Warriors? Sería geniaaaal —preguntó Dax, emocionado, y olvidándose por completo de que acababa de dar su consentimiento para que, su hermana

mayor, saliera con su jugador preferido de la NHL.

—Cuando tu hermana lo permita y tengas buenas calificaciones.

Admirada por su súbita forma de tomar a cargo la situación y convertirla en una llamada de atención sutil, Alicia bajó la mirada y meneó la cabeza con incredulidad. ¿Quién era ese hombre y qué había hecho con el cretino Chase Beckett que todos creían que era una oveja descarriada?

La conversación se mantuvo alegre durante al menos treinta minutos. Dax preguntó todo lo que pudo sobre estrategias de juego, le contó a Chase sobre lo difícil que resultaba bloquear a los oponentes cuando estaba como delantero, y cómo le tocaba aguantar las burlas al recibir goles si el entrenador lo hacía participar en la posición de goalie. Con paciencia, Chase respondía, sugería o se reía con los razonamientos del chaval.

Alicia veía cómo, poco a poco, el ojo de Dax iba adquiriendo otro color y esperaba que pronto fuese del tono normal. Estaba castigado durante el resto del mes, volviese o no a la escuela.

—Me mantengo fuera de problemas, porque no quiero que Al sienta que soy igual que nuestro padre —dijo Dax consiguiendo que su hermana lo mirase ojiplática.

Chase jugueteó con la taza de café.

—¿A qué te refieres?

—Podemos hablar de eso después... —murmuró Alicia, avergonzada. Lo último que quería era discutir sobre el cretino de su progenitor, en especial cuando había pasado una madrugada tan memorable con Chase.

El niño se encogió de hombros.

—O podemos hacerlo ahora —intervino Chase con suavidad, mirándola significativamente—. Creía que no tenías familia.

Alicia suspiró con pesar.

—Es como si no la tuviera —dijo Dax terminando de masticar el croissant—. Alicia cree que no la escuchaba llorar cuando estaba peleando con los abogados para que yo fuera su hijo y su hermano al mismo tiempo.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dax —susurró con tristeza—, créeme que hice todo lo posible para que no te sintieras preocupado. Jamás fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Al, lo sé. —Miró a Chase, quien estaba muy atento a todo—: Papá está en la cárcel en Seattle. A veces llama, y me dijo que me va a llevar a Disneylandia, pero Al dice que es mentira. Yo le creo que a Al, obvio. No saldrá hasta dentro de muchos años... —se encogió de hombros—, pero yo no

sé de leyes.

Chase agarró la mano de Alicia sobre la mesa y le acarició el dorso de la mano. La observó con empatía, instándola a sentirse cómoda para hablarle. Imposible que creyese que él podría juzgarla, a ella o a su familia, en especial con su propio pasado a cuestas. ¿Qué autoridad podría poseer para dar un dictámen de circunstancias que le eran ajenas y que no tenían nada que ver con las acciones de Dax y Alicia?

—Mi papá conducía con mamá a toda velocidad, y tuvieron un accidente de tránsito. La policía descubrió que papá había estafado a varias personas cuando encontraron varias identificaciones falsas y un montón de otros documentos... Mamá murió unos días después del choque debido a la gravedad de las heridas —susurró mirando los dedos elegantes de Chase, y también algo magullados por el hockey, sobre los suyos—. Tuve que hablar con abogados y entrar en un juicio de custodia, y también dejar claro que tenía todas las facultades necesarias para cuidar a mi hermano lejos de mi padre y de los cotilleos de la prensa.

—¿La prensa? —preguntó sin ser capaz de unir los cabos.

—Mi hermana fue Miss Washington —informó Dax. «Tan solícito», pensó Alicia con ironía. No obstante, amaba la candidez de su hermano.

—Ah, mira, qué interesante... —dijo Chase encarcando una ceja.

—Pfff, solo fui candidata, pero no quedé elegida.

—Pérdida para ellos, ganancia para mí —murmuró en tono posesivo, y ella no pudo evitar soltar una carcajada. Enfadado o celoso, Chase era adorable. Dax miró a uno y otro sin entender a qué se referían—. Continúa, por favor, dulzura.

Alicia soltó una exhalación.

—Hice muchos contactos, iba a fiestas, eventos, y demás. Fue como conocí a Yves —dijo con cautela, y notó los dedos de Chase cerrarse más fuerte sobre los suyos para luego volver a aflojar la presión—, y cuando él... —miró a Dax, porque no quería dañar la imagen que tenía de su ex, aunque, ¿qué más le daba?—. Cuando Yves empezó a salir con otras mujeres, los periódicos fueron la forma en que me di cuenta de lo que ocurría. Me sentí el hazmerreír de la ciudad... Ese fue una gran lección de por qué ser novia de un atleta de élite y famoso no era la mejor idea.

—Salvo conmigo —replicó Chase con seria convicción.

Ella contuvo una sonrisa.

—Por supuesto, tú eres la excepción.

—Por que es el mejor defensor de la liga, duuuh —dijo Dax más entretenido en la tablet tratando de leer Harry Potter y la Piedra Filosofal. Había perdido el interés para la charla, y cada tanto, si acaso escuchaba algo que le llamase la atención, abría la boca para dar su opinión.

Chase asintió ante el comentario infantil.

—Así que una vez que el tema de papá se unió a mi perfil como exnovia de Yves, todo se fue al fango. Necesitaba escapar de todo eso y tratar de que mi hermano creciera en un ambiente tranquilo. Creo que lo he conseguido de momento.

—Y decidiste venir a Chicago... Mmm..., ¿cómo así?

—Fue idea de Maya, mi mejor amiga; quizá uno de estos días la conozcas. Está un poco mal de la azotea —se rio—, pero la adoro y es el equivalente a una hermana para mí. De seguro te asusta un poco al inicio. —Chase sonrió—. La contrataron en una compañía muy prestigiosa, así que me sugirió que considerara venir aquí, al otro lado del país... Fue una gran decisión, pero aquí estamos, Dax y yo.

Chase asintió.

—La tía Maya —terció el niño haciendo una pausa de su concentrada degustación de la leche chocolatada.

—Alicia, no tienes por qué avergonzarte de que tu padre esté en prisión —dijo con determinación, y después miró a Dax—: ni tú tampoco, campeón. Ninguno de ustedes es responsable de los actos de su padre. Además, me alegro que hayan venido a Chicago. He encontrado motivos para sentirme asfixiado a ratos en esta ciudad, sin embargo, la presencia de ambos genera un nuevo motivo en mí para creer que es posible volver a confiar en que hay personas buenas y capaces de actuar con desinterés. Esto de ser famoso, a menos para los fanáticos del hockey, puede llegar a ser un panorama muy complejo para alguien que, como yo, solo quiere jugar y vivir una vida interesante a causa de la pasión de deporte.

Ella asintió y apretó los dedos de Chase con los suyos.

—Soy consciente de ello, y también ha sido muy interesante conocerte —dijo mirándolo con picardía, y procurando que su hermano no leyese sus intenciones—. Sé que Dax y yo hemos sido afortunados al poder empezar una nueva vida, pero no impide que sienta tristeza por todo lo que tuvimos y también perdimos a causa de las mentiras de papá —dijo con sinceridad.

Quizá no era la mejor conversación con un niño de ocho años presente, y lo cierto es que nunca existiría la oportunidad “correcta” para hablarlo. En

ocasiones se tenía que ir al vaivén de la corriente y a veces contra-corriente para ser capaces de navegar las densas aguas de la vida sin naufragar.

Ahora, Chase entendía mucho, muchísimo, más a Alicia. Resultaba impactante el modo en que la vida colisionaba a tu alrededor de tantas formas, como también causaba gran impresión la capacidad que tenía alguien de sobrellevarlas y ser mejor que el pasado. ¿Cómo podía negar la certeza de estar enamorado de una mujer valiente y tan única como ella?

CAPÍTULO 15

Eve acababa de salir de la casa de Nellamy. La madre de Alana y Chase podía ser una prostituta retirada, o eso alegaba, pero todavía sabía cómo engatusar a los hombres con los trucos más sencillos.

En esta ocasión, y no era la primera vez, insistió en que Eve tenía que ganarse la confianza de Chase para instarlo a que se hiciera el análisis de compatibilidad médica. Cada día que pasaba su salud se debilitaba todavía más; sí, las píldoras o inyecciones de vitamina ayudaban a mantenerla en pie, incluso la jodida diálisis, sin embargo, la vanidad de Nellamy era legendaria y odiaba pasar episodios que solo conseguían desmejorar su semblante y fuerza física.

—No me quiero morir, ¿comprendes, Eve? —le había preguntado dos horas atrás—. El malnacido de Chase tiene la capacidad de mover cielo y tierra si se lo propusiera para conseguir cualquier cosa. ¿Por qué te has distanciado de él?

Eve había suspirado, mientras se enredaba en el dedo una mecha de su cabello negro. Era un tic nervioso desde que tenía memoria.

—He cometido algunos exabruptos, y no me quiere cerca. Me casé con otro, no sé si lo recuerdas.

—Siempre te aconsejé que no te casaras, y que abortaras, pero fuiste tonta. No sacaste nada bueno, en especial cuando Chase empezó a hacer tanto dinero. Dios, me habrías servido para salir de puta y empezar a vivir como la reina que soy.

—Chase te pasa dinero, Nellamy, no seas dramática —había refunfuñado, porque conocía todas las triquiñuelas de la madre de Alana—. Tampoco es que hubieras sido su cheerleader número uno cuando más te necesitó.

La casa que Chase le había comprado a su madre era amplia, elegante y poseía en el segundo piso grandes ventanales que daban a un lago artificial que Nellamy insistió en querer tener en la propiedad. Eve no comprendía cómo la mujer podía ser tan lenta hasta el punto de ni siquiera intentar endulzar el camino con su único hijo vivo. Era más fácil conseguir propósitos con miel que con vinagre. Bien lo sabía Eve, al menos ahora era consciente a plenitud.

Después de ver las fotografías de la tal Alicia con el hombre que debería

estar a su lado, y de nadie más, recibió un baño de brutal realidad. Salió de la estúpida burbuja en que vivió tantos años, creyendo que Chase sería incapaz de olvidarla e incluso dejar de lado la torcida relación que tenían... Lo de ambos era chantaje, dolor, traición y recuerdos amargos. ¿En qué momento castigarse mutuamente había cobrado una dimensión superior al amor que ella sintió alguna ocasión... y que quizá aún sentía? Sus graves errores tácticos del pasado iba a corregirlos.

—No te invité a mi casa para que hicieras recriminaciones, Eve. Quiero que me digas quién es esa mujerzuela con la que está saliendo. *Su novia* —había remarcado las palabras con los dedos a modo de comillas—, porque es la primera ocasión que deja de lado las juergas o las tipejas ocasionales. ¿Por qué me miras así? ¿Acaso crees que no sigo de cerca lo que hace Chase? —Eve había puesto en blanco los ojos—. Necesito saber si le está yendo bien para poder incrementar la cantidad que le pido cada tanto. Soy muy lista.

—No me hagas reír, Nellamy, eres todo menos lista —había replicado sin molestarse en sentir vergüenza por la grosería. La mujer perdió su respeto el día en que le sugirió abortar. Eve podía ser una perra, pero todas tenían un límite—, así que intenta no hacerme perder más el tiempo con esta reunión aburrida. ¿Qué quieres?

—Quiero que me digas cómo piensas conseguir que mi hijo se aleje de Alicia Krutcher, porque ella pone en peligro mi pensión mensual, tu vínculo con él incluso y de por vida, además de que podría tener poder en sus decisiones. Si ha conseguido que declare públicamente que están juntos, entonces la mujer es capaz de todo. Es demasiado raro que Chase quiera verse ligado a una sola persona.

Eve había suspirado, cansada de escuchar las quejas de Nellamy. Odiaba cada que le pedía que fuera a visitarla. Algo muy profundo, la instaba a no desoír la llamada de la mujer, y se trataba del cariño proveniente del pasado con Alana. Al menos podría intentar fingir que poseía un lado compasivo como el de su desaparecida amiga de toda su niñez y juventud. Acceder a visitar a Nellamy dos o tres veces al año era su acto de caridad, aunque no podría decir lo mismo de los desastres con Chase. No se podía conseguir todo en la vida. ¿Verdad? Sin embargo, nadie podría culparla por no intentarlo al menos. «El fin justificaba los medios.»

—¿Por qué habría de querer separarlos?

—Porque sigues prendada de mi hijo, tonta.

Eve se había cruzado de brazos.

—Quiero algo a cambio, Nellamy.

—Por supuesto que quieres algo a cambio —se había reído—, tú y yo debimos ser madre e hija en una vida pasada. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Medio millón de dólares para empezar mi vida fuera de Chicago.

Nellamy esbozó una sonrisa calculada. Sí, poseía muchísimo dinero, no solo de lo que le daba su hijo, sino de los obsequios de los ingenuos amantes que siempre creían estar enamorados de ella y le daban joyas de invaluable valor. Tenía una cuenta bancaria muy abultada, pero era ambiciosa, y por eso lo que Chase le daba mensualmente para que se callara la boca, pagaba caprichos o viajes lujosos. Por eso rehusaba morir; aún le quedaban décadas de vida y sitios por conocer para disfrutar.

—¿Eso implica que vas a renunciar a Chase?

—Lo que aquello implique no es de tu incumbencia. Yo saco a Alicia del paso, y tú me das ese dinero —se había puesto de pie, no quería permanecer ni un rato más en el sofá de mimbre en la gigantesca piscina de Nellamy—, ¿tenemos un trato?

—Que sea rápido, Eve. Convince a ese hijo que tengo que se aparte de la mujer, y que mueva su culo hasta la clínica para hacerse los exámenes de compatibilidad.

—Como sea, Nellamy. Adiós.

Apenas llegó a casa, Eve empezó a calcular todo lo que podría organizar en corto tiempo para que la tal Alicia odiase a Chase y viceversa. Conocía las debilidades del hermano de su difunta mejor amiga, así que no le sería demasiado difícil orquestar algo interesante y efectivo.

Lo que le había dicho a Nellamy era cierto, en parte al menos. Quería formar una familia, por supuesto, y no perdía las esperanzas de que fuese Chase el hombre con quien se casaría. Y cuando él entendiese que ninguna mujer podría lidiar con su pasado de pecados y culpas, entonces Eve podría intentar conquistarlo de un modo menos... sórdido o forzoso. Tenía que mostrarle que todavía quedaba en ella una parte de la muchacha que, otrora, lo había fascinado hasta el punto de olvidarse de todo lo que no fuese besarla o penetrar su cuerpo.

El medio millón de dólares que le daría Nellamy, cuando consiguiera separar a Alicia de Chase, sería para abrir una tienda maquillaje de alta gama, y lograr su independencia económica. No le gustaba tener jefes o soportar a idiotas que se creyesen mejor que ella.

Encendió su ordenador y empezó a planificar su siguiente movida con una amplísima sonrisa. Quizá Chase y ella todavía tenían una oportunidad; solo necesitaba que él se diese cuenta de que era así.

Chase llevó a Alicia y Dax al centro comunitario deportivo. Él no hacía proyectos de ayuda para ganar aplausos o reconocimiento social. En su vida todo tenía un precio, y deseaba que una causa como la de ese centro no lo tuviese. Su única recompensa era saber que su aporte sacaba a muchos de ellos de problemas o les daba un motivo para permanecer alejados de las pandillas y de consumir sustancias tóxicas.

Iba a mostrarle a Alicia una pequeña parte de su pasado; pequeña, pero significativa. No sabía cómo reaccionaría al vislumbrar el entorno que caracterizaba a su antiguo barrio. Imposible decir que se trataba de una zona segura, mucho menos elegante, pero la gente alrededor sabía lo que él iba a hacer; sabía que los ayudaba, así que su Ferrari llegaba intacto y salía intacto cada ocasión que iba de visita a Pullman.

—¿Me dejarán jugar con ellos? —preguntó Dax, mientras caminaban hacia el estadio, y Chase se detenía cada tanto para firmar autógrafos.

En esta ocasión el niño iba a jugar de goalie, porque era su posición preferida, en lugar de ser delantero o central. Llevaba todos sus implementos en una mochila bastante grande que Alicia le había comprado.

—Claro, ¿por qué no habrían de hacerlo? —quiso saber Chase.

—Soy un extraño —murmuró algo inseguro.

—Todos lo somos en algún momento —dijo Alicia agarrando la mano de su hermano dándole un firme apretón cariñoso—. Además, vienes con Chase, y de seguro él se encargará de presentarte a todos los chicos. —Miró a Chase—: ¿Verdad?

—Claro que sí —dijo—. Debes prepararte para enfrentar siempre a personas desconocidas en el juego y tener confianza en ti mismo. Lo aprenderás con el tiempo, así que acostúmbrate, Dax. ¿Vale, campeón? Además, si tu hermana lo permite, cuando no tengas práctica con tu equipo habitual podemos venir aquí dos veces al mes para que patines con estos chavales y aprendas de ellos, y viceversa. No hay rivales menos o más peligrosos, porque de todos se saca una lección en cada partido.

—Vale —replicó con más entusiasmo el niño, en el instante en que las grandes puerta de metal y vidrio templado se abrieron por los sensores de

movimientos.

—Claro que lo permito —intervino Alicia—, siempre que sea con todas las normativas de seguridad y esté informada de los horarios para coordinar los míos.

—Es un trato, señorita Krutcher —dijo Chase mirándola.

—¡Yujuuu! —Dax elevó el puño en el aire, triunfal.

El sonido de los puck golpeando de un lado a otro; el silbato del entrenador; los chicos patinando con entusiasmo y decisión, la recibió de manera sobrecogedora. Ella estaba acostumbrada a pistas más pequeñas con su hermano, pero la que tenía ante ella era espectacular; muy sofisticada, y el graderío no le pedía favores a aquellos de sitios que de seguro eran más costosos.

—Bienvenidos al Centro Comunitario CB de Pullman —dijo Chase—. Tenía otro nombre anteriormente, le pusieron este nombre hace poco —murmuró.

—Por ti, wow, son tus iniciales —dijo Dax entusiasmado al observar muchos chiquillos de su misma edad practicando en la cancha. Algunos adolescentes también estaban, al parecer, esperando su turno para empezar a entrenar.

—Sí, Dax... ¿Qué te parece si bajamos para presentarte con el entrenador?

Alicia contempló el sexy semblante masculino, y pareció sentir cierta incomodidad en él. Llevaban las manos entrelazadas; un gesto que les resultaba muy natural, y por la forma en que él apretaba los dedos alrededor de los suyos, con más fuerza de lo habitual, le daba a entender que quizá algo no iba bien. Veía tan entusiasmado a Dax que lo último que haría sería empezar una conversación que cambiaría el tono de la tarde. Prefería que su hermano terminase la visita, y cuando ella y Chase estuviesen a solas, entonces hablarían.

—¡Siii! —exclamó.

—Vamos, entonces, que la práctica ya empezó. Así que debes calentar y estar listo para pasar una estupenda jornada. Así, cuando regreses a tus entrenamientos habituales, tendrás más experiencia.

Dax esbozó una amplísima sonrisa, Alicia la imitó porque sabía la ilusión que sentía su hermano al estar en ese entorno.

—¡Hey, Chase! ¡Hombre, qué gusto que estés aquí! —exclamó, desde el hielo, el entrenador, Hugo Myers, cuando vio a Chase aproximándose a la entrada de la pista. Alrededor había unas cincuenta persona, entre padres de

familia y equipo del centro, seguridad y mantenimiento. Era imposible no reparar en Chase, no solo por su imponente presencia, sino porque él era el causante de la existencia y funcionalidad de ese centro deportivo para pequeños y jóvenes talentos del hockey.

—Hugo —replicó, mientras el hombre calvo se acercaba patinando. Chase se giró hacia Alicia—: Mi vida, voy a estar ocupado, y tengo que ponerme los patines, luego entrenar un poco con los chavales, ¿estarás bien aquí sola? — Señaló un pequeño bar en una de las esquinas—. Si te apetece puedes pedir cualquier cosa, la casa invita.

Ella se rio y le acarició la mejilla.

—Quiero ver a mis dos chicos favoritos en el hielo, ahora mismo — replicó.

—Sí, señorita—dijo antes de agarrar la mano de Dax y ayudarlo a entrar.

En pocos minutos su vista quedó enfocada en los movimientos de Chase, la forma en que gesticulaba, ayudaba y guiaba a los chicos, en conjunto con el entrenador. La manera en que esos pequeñajos seguían instrucciones, se esforzaban, y pronto acogieron a Dax como parte del equipo, la hicieron sonreír.

Sin embargo, fue la manera en que Chase parecía volar sobre el hielo, con movimientos elegantes y fluidos, en vivo y en directo por primera vez, así como verlo reír con auténtica alegría a los niños, relajado en su ambiente natural, reafirmó el hecho de que estaba irrevocablemente enamorada. El lado más humano y generoso de ese hombre era su perdición. En ese momento sabía que no existía nada que fuese incapaz de hacer por verlo sonreír. Un pensamiento tan peligroso como real y sincero.

—Completamente dormido —murmuró Alicia cerrando la puerta de la habitación de Dax. Su hermano había jugado durante dos horas, después estuvo charlando unos quince minutos con los chicos del centro, y al regresar a casa, comer y bañarse, cayó como peso muerto sobre la cama.

Cuando regresó a la sala, Chase estaba de brazos cruzados con la mirada perdida a través del vidrio de la ventana. Ella frunció el ceño, se le acercó por detrás, y lo abrazó, después apoyó la cabeza en la espalda. Las manos de Chase se cerraron sobre las suyas con tensa dulzura.

—Eres un hombre admirable, Chase —le susurró besándole la espalda sobre la camisa. Sus músculos parecían amoldarse a cualquier tipo de tela que

él utilizara con una facilidad que causaba envidia hasta al más cándido ser humano—. No sé por qué, en serio, Trentos ignora esta faceta tuya. Te ayudaría muchísimo en tu imagen pública.

—Esto no es publicidad, sino algo que me llena de alegría a un nivel personal. El ojo público solo conseguiría arruinarlo todo —dijo en tono algo tenso—. No quiero que lo reportes a McTavish, Alicia.

Ella le acarició los dedos con los suyos, calmándolo.

—Comprendo... Esto está fuera de discusión laboral, no pasa nada —concedió—. Mejor dime, ¿por qué estás tenso desde que llegamos a Pullman?

Él se giró hasta que sus rostros se miraron. Alicia mantuvo sus brazos rodeándole la cintura y tan solo elevó la mirada, le sonrió.

—No sé qué opines del barrio en el que nací... Tal vez creas que, a pesar de mi dinero o mi fama, en realidad no soy más que un hombre de barrios bajos, y que no quieres mezclarte con alguien como yo, aunque sea bueno en la cama y muy sexy —dijo esto último para quitar la tensión, pero no por que fuese menos cierto.

Alicia se rio, aunque no comprendía esa súbita vulnerabilidad.

—¿Me querrías si fuese snob?

—No —zanjó acariciándole el cabello.

Ella le hizo un guiño.

—Chase, nací en una familia adinerada en Seattle, sí. Pero, hey, ¿de dónde salió todo ese dinero? —Él asintió recordando la historia del padre de Alicia y Dax—. Entonces, no se trata de dónde surgiste ni cuáles son tus raíces, buenas o malas, sino de cómo te enfrentas a tu propia adultez y te transformas en la persona que de verdad naciste para ser en este mundo.

Por un breve instante, Chase la miró si mediar palabra. Sentía el corazón ensanchándose con una oleada de aceptación absoluta que jamás había experimentado. Era un bastardo con suerte por tener una mujer como Alicia, y rogaba que la situación no se transformase en otro de sus consabidos fracasos con el sexo opuesto. Le resultaría muy complicado sobreponerse.

—Puede que sea un bastardo egoísta, y lo más probable es que no te merezca, Alicia, pero no pienso dejarte ir, ¿lo sabes, verdad? Porque si todavía no lo has asimilado, entonces ya empieza a hacerte a la idea.

Ella se rio y elevó las manos para enlazárselas al cuello, mientras con los dedos jugueteaba con el cabello que era algo ondulado en esa parte.

—Intentaré ser más consciente al respecto —bromeó Alicia.

Chase se inclinó para halarle el labio inferior con fuerza. Era su forma de

decirle que no le gustaba su respuesta o simplemente que la deseaba en ese momento.

—En estos últimos días has compartido conmigo el equivalente a la compensación de cientos de titulares positivos que hubieran podido publicarse en todos los jodidos medios de comunicación —le dijo él.

Alicia esbozó una amplia sonrisa.

—¿Eso qué significa? ¿Vas a compartirme más de tus secretos? —preguntó moviendo las caderas contra él, al sentir la pulsante erección contra su vientre.

—Tal vez... Tal vez, no...

—Entonces deberías compartir conmigo alguna certeza —dijo Alicia—, porque los “tal vez”, no me gustan mucho.

Él fingió sentirse agobiado.

—¿Qué podría hacer para resarcir esta tremenda afrenta, señorita Krutcher?

Ella lo agarró de la mano, y empezó a guiarlo hacia su habitación. Le resultaba de lo más natural. Sabía que pronto todo se volvería más habitual e incluso, lo habían charlado en el automóvil de regreso a casa desde Pullman, Chase los invitó a su lujosa propiedad cuando los hermanos Krutcher desearan. Dax, por supuesto, no rechistó en decir que sería uno de los mejores momentos de la semana si su hermana accedía.

—Creo que estás empezando a corromperme, Alicia, con estas intensas demandas sensuales —le dijo quitándole la ropa, mientras ambos caían sobre la cama.

—Entonces he aprendido del mejor maestro —replicó riéndose antes de que él la silenciara con un largo y apasionado beso.

El resto de la noche no necesitaron que las palabras interrumpiesen lo que sus cuerpos conocían a cabalidad.

Las siguientes semanas fueron una combinación de trabajo, eventos, galas, fotografías, entrevistas, y tiempo compartido entre la casa de Chase y el apartamento de Alicia. Ambos procuraban incluir a Dax en muchas de las actividades fuera de casa, pero a puertas cerradas trataban de que el chaval fuese lo menos consciente de que entre adultos hacían algo más que solo besarse.

Chase jamás haría algo que avergonzara o hiriese al niño, y sabía lo bien que Alicia comprendía cuán importante era ese detalle para él. Entre las incontables charlas, le había hablado con detalles del día en que se enteró de lo que hacía Nellamy para comprarse costosos vestidos, pagar tratamientos

reductores o tener la más potente tecnología en su habitación, mientras él y Alana se congelaban o tenían que vivir de la caridad de los vecinos o el buen corazón de su infalible abuela. Nunca esperaba nada de otras personas, y Alicia continuaba sorprendiéndolo con su capacidad de empatía y aceptación. Si era eso amor, entonces quería aprender todo sobre ello para devolverle a esa mujer el haber conseguido que su corazón volviese a entender lo que implicaba latir con un propósito; por alguien.

En varias ocasiones, Chase tuvo la oportunidad de charlar con Maya. Fueron ocasiones como: una cena en casa de Alicia, salidas al cine en grupo, y una invitación de parte de él a un restaurante. La mujer era, tal como se lo había comentado Alicia, una peculiaridad absoluta. Tenía las ideas más rebuscadas, ocurrencias que le habían arrancado a él varias carcajadas — y eso que su humor era bastante peculiar —, sin embargo, podría decir sin temor a equivocarse que ella se preocupaba y quería de verdad a Alicia. Dax, por supuesto, estaba más que contento cuando supo que su “tía Maya” lo había invitado a pasar con ella, mientras Chase y Alicia se iban de fin de semana. ¿Cuál era el enganche? Jugar a la Play Station durante varios días, comer Mac&Cheese, y ver las películas de Harry Potter cuantas veces quisiera, bajo la única condición de que antes de acostarse a dormir, Maya se encargaría de verificar que él no hubiera faltado en ningún deber o asignación de la escuela. Al menos, ahora que Alicia le había levantado el castigo al niño, resultaba una perfecta salida para que el chaval no se sintiera desplazado, mientras su hermana se iba de viaje con Chase.

Quedaba poco tiempo para que finalizara el plazo de trabajo de Alicia con los Warriors, y ya había enviado puntualmente cada uno de los informes prometidos; no solo mostrando los hechos, sino adjuntando todas las pruebas que sustentaban sus informes; al final de cada documento que enviaba a MacTavish, personalizado porque así lo había prometido, escribía una sugerencia profesional no solamente que afectaba a Chase, sino también al equipo general. Después pulía el documento, con menos detalles, para el gerente general, el gerente de comunicación y el entrenador en jefe; no porque los considerase menos importante, sino porque la llamada para resolver todo el lío de la reputación de Chase fue de Garnett y su hijo. A ellos se debía, y los demás eran parte del staff de ayuda. Sin embargo, aunque no se lo había solicitado, Alicia cumplía con la cortesía de enviarle una copia de ambos informes a Buck Kye bajo la consigna de que jamás podía mostrárselos a Chase.

Por otra parte, Kathrina la había llamado un par de veces, curiosamente y bastante fuera de su habitual estándar de trabajo, para felicitarla por los buenos resultados. Quedaban apenas dos semanas, no solo para que se terminara el contrato entre Push Fire y los Chicago Warriors, sino para que Chase se presentara a la mesa con Buck y su equipo de abogados para dialogar sobre las posibilidades de renovación del contrato. Así que el panorama profesional pintaba bastante alentador. Para Alicia era la primera vez, en muchos años, que podía sentir que su vida era estable.

CAPÍTULO 16

El fin de semana que Alicia y Chase pasaron en Nueva York fue estupendo. La fiestas a las que acudieron, la oportunidad de bailar juntos y reírse, también beber un poco, amarse lo indecible durante horas y amanecer siempre con ganas de más del otro, fueron parte del itinerario de tres fantásticos días. No obstante, la realidad siempre llegaba para recordarles que era momento de volver a trabajar.

Todos los compromisos que se habían propuesto habían sido cumplidos, y tan solo quedaba uno más en la agenda. El resto del tiempo que quedaba para la cita de Chase con los representantes del equipo estaría dedicado para los fans: un día de patinaje en el complejo de los Warriors, una sesión fotográfica con las personas que habían ganado concursos o sorteos organizados por el staff de Trentos, entre otras actividades similares. Sin embargo, la actividad de esa noche era el partido benéfico organizado por el Comité de Damas de la Cruz Roja de Chicago.

Alicia había recibido esa tarde la inesperada llamada de la presidenta del Comité, quien le informaba de un inesperado cambio de planes. El partido benéfico esa noche era entre los Chicago Warriors y los L.A. Wings, pero eso ya lo conocía Alicia, y no había encontrado ningún problema porque le habían comentado que Yves Burrien tenía un compromiso en San Petersburgo, porque era representante de una marca de vodka, y no estaría presente. Ahora el gran inconveniente era que ese viaje a Rusia se había postergado, así que su ex estaría jugando sobre el hielo contra Chase.

Porque conocía cuán territorial podría ser Chase con ella, la situación le preocupaba. Sin embargo, tendría que decírselo. Era consciente de que a él no le gustaban las sorpresas de esa clase.

Ajustó el espejo de cuerpo entero de su habitación contempló su reflejo. Había optado por un jean ajustado, botas ajustada el tobillo de Christian Louboutin, una camiseta del equipo de los Chicago Warriors con el número de Chase en el equipo, una coleta alta un maquillaje muy sencillo que consistía en delineador negro para resaltar sus ojos verdes y labial rojo. Le había costado no llevar a su hermano, sin embargo se trataba de un evento bastante particular y tarde en la noche, más no uno de los partidos habituales de la temporada; sin embargo, le prometió que le llevaría algún recuerdo de la actividad. La señora

Andrews demostró más que contenta de quedarse con da acceso noche, en especial porque el señor chin echaba en falta el juego de ajedrez con el niño.

Tanto ella como Chase habían decidido prescindir de los servicios de conducción de Larry, porque así podían mantener su privacidad más protegida. Después de despedirse de Dax, y darle un abrazo la señora Andrews, bajo en el ascensor para encontrarse con Chase en el lobby. Estaba guapísimo con su traje y corbata. Una semana atrás se había afeitado la barba, y no podía lucir más atractivo y sexy. Poco a poco se había acostumbrado al hecho de que un hombre con esa apostura, encanto, magnetismo y sensualidad le pertenecía; resultaba embriagante.

— ¡Wao, tú vas a ser mi amuleto de buena suerte esta noche! — dijo Chase tomándola en la cintura antes de acercar los labios para besar. Ella le devolvió el beso, y sin importar cuántas personas estuvieran alrededor, en el momento en que Chase la tocaba perdía el sentido de la realidad.

— Si tú lo dices, entonces será verdad — sonrió.

Entrás caminando hacia la salida del edificio, Alicia agarró la mano de Chase y le di un suave tirón para llamar su atención y evitar que saliera. Él se giró hacia ella.

— ¿Qué ocurre?

— Hace unas horas recibí la llamada de la Presidenta del Comité de Damas de la Cruz Roja — y acarició con el pulgar el dorso de la mano Chase —, me informaron que el compromiso que tenía Yves en Rusia se canceló, así que estará jugando hoy.

Chase frunció el ceño. La noticia no le caiga para nada bien.

— ¿Y qué es lo que te preocupa, su bienestar o que le rompa los dientes? — preguntó con desparpajo.

Alicia suspiró y entrelazó los dedos con los de Chase.

—Este es el último evento juntos, Chase, y no se trata de una actividad cualquiera. Se trata de un tema benéfico muy importante, así que todo el juego debe ser manejado con un buen espíritu no competitivo, sino tan solo lúdico. Porque eso es para lo que han pagado los fanáticos de ambos equipos. Todo el dinero que se recauda en taquilla será donado.

— Procuraré mantener una mente fría — dijo Chase —. Pero si el imbécil me provoca, entonces la caridad o lo que fuera que tenga como finalidad está vaina se puede ir a la mierda. Quiero que lo lleses claro.

Alicia soltó un suspiro resignado. Lo miró.

— Aunque sea un juego, sin ningún tipo de puntaje para la NHL, sí será

tomada en cuenta como una medición social para ti. No borres de un plumazo nuestro trabajo de todas esas semanas, porque no solo te ha costado a ti, sino también a mí; mucho. Nuestras reputaciones están de por medio. ¿Me puedes prometer que al menos intentarás con todas tus fuerzas no caer en las provocaciones de Yves, en el caso de que estas ocurran?

— Lo intentaré.

— Con eso es suficiente. Gracias.

— Por ti, lo que sea — le agarró el rostro con las dos manos y se inclinó para besarla. Fue un beso breve, pero sentido —. Te quiero.

La sonrisa de Alicia se amplió, y aunque estaba segura de que nadie podía escuchar ella bien podría dar testimonio de que su corazón había empezado una danza muy sonora. Era el efecto Chase.

— ¿Te estás poniendo muy sensible conmigo, señor Beckett? — preguntó con los ojos brillantes de amor.

— Tal vez, tal vez, no... Lo que pasa es que soy irresistible — se rio de su propio chiste —. Me siento cómodo y confío en ti Alicia. Eso es todo. Ahora es momento de irnos, porque tengo que practicar algunos traseros esta noche.

Alicia soltó una carcajada, para ocultar la preocupación de lo que encerraban las palabras de Chase.

Una vez que llegaron al estadio los flashes de las cámaras empezaron a dispararse en dirección de ambos, y también de los demás jugadores que empezaban a llegar tanto de los Warriors como de los Wings. Alicia y Chase pasaron rápidamente y se separaron, porque él tenía que discernir con su equipo y alistarse.

Sin más, Alicia se encaminó hacia el sitio que le había sido delegado para observar el partido. No tenía cuanto costaba una esos asientos en la suite privada del estadio, aunque estaba agradecida de tener esa oportunidad. Le fascinaba el hockey, era paradójico que se hubiera enamorado por segunda ocasión, aunque esta vez de verdad y profundamente, de un jugador profesional de hockey.

En el instante en que abrió la puerta de la suite, saludó amablemente a todas las chicas que estaban ahí; charló un poco al principio y luego se acomodó en una de las sillas. Ahora sabía que era exclusiva para las WAGs (esposas y novias de los jugadores, por sus siglas en inglés). Después de todas esas semanas de confesiones, intimidades y experiencias con Chase, sentía que pertenecía a ese círculo, aunque no conocía a ninguna de las chicas en un plano personal, al menos más allá de referencias o comentarios que cualquier

relacionista pública habría podido conocer de una u otra manera para hacer reconocimiento del entorno de su cliente. Su trabajo era recabar información. Tenía plena noción de quién era la pareja de quién, incluso los problemas más superficiales que solían salir en la prensa o que eran parte del cotilleo en el entorno deportivo. Lo anterior era cortesía de la investigación de su asistente, Margaret, y de los dos ejecutivos junior con los que Alicia trabajaba.

El encuentro empezó puntual. La visión desde esta suite era panorámica hacia la pista del hielo en donde se estaban formando los jugadores de cada equipo. Los medios de comunicación estaban alrededor, porque era una de aquellas causas que no solo reunía jugadores de élite, sino también celebrities que durante el partido se ofrecían a donar cientos de miles de dólares para la causa de la noche.

— Hola, tú debes ser la novia de Chase, es un placer conocerte — dijo una pelirroja, Alicia no recordaba su nombre, así que solo le sonrió y asintió —. Bienvenida a esta suite, y siéntete en la plena libertad de apoyar a tu chico, porque nadie estaba jugando, y menos mal no hay medios de comunicación alrededor que pueden escuchar nuestras conversaciones.

— Es un gran alivio escuchar eso — dijo Alicia.

— Mira, qué descuido el mío, soy Bridget Hampden, la esposa de Marcus, uno de los defensas — sonrió —. Esta causa me parece increíble, que bien que hayas podido coordinar este evento.

Alrededor el partido iba a dar inicio, los presentadores estaban haciendo los típicos comentarios sobre la razón del evento, los asistentes, las ediciones anteriores que se habían realizado de este tipo de partidos contaban con la singularidad de tener un color diferente al del equipo que estaba jugando. Los Warriors estaban utilizando una combinación de blanco y morado; los Wings estaban usando una combinación de dorado con blanco. Los puntajes que hicieran cada equipo no contarían, obviamente, para ningún tipo de ranking en la NHL.

— Gracias, creo que es importante aprovechar la notoriedad que muchas personas tienen, no solo en el hockey o en otro deporte, sino en general, para generar ayuda para otros, cuyas voces son anónimas y requieren ser escuchadas.

Pronto, todas las mujeres alrededor empezaron a acomodarse en primera fila o en los asientos que estaban disponibles. No había cómo pelearse, para tener el mejor puesto, porque la vista desde cualquier ángulo era fabulosa. Alicia estaba nerviosa, y obviamente nada tenía que ver con el resultado del

partido; la sola idea de observar a Chase enfrentándose a Yves en el hielo le ponía los pelos de punta, porque Chase conocía su historia y si a eso le agregaba el hecho de que hay era su enemigo declarado en la liga de hockey, entonces la noche prometía mucho estrés. Un estrés del que el resto no era consciente, pues ignoraban la situación que Alicia estaba atravesando internamente. O quizá estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua, y ninguno de los dos hombres en cuestión haría desafuero.

Solo le tocaba cruzar los dedos; de las manos de los pies, y esperar lo mejor de esa noche. Se trataba del último evento de la agenda de Chase que ella había organizado muchas semanas atrás, y por decirlo de alguna manera también era el broche de oro de toda la gestión. Para Alicia no consideraba el tema de relaciones públicas con Chase o los Warriors un asunto de trabajo, sino como un asunto de interés personal. Imaginaba que no podría ser de otra manera dadas las circunstancias.

Esbozó una sonrisa hasta que vio quiénes eran los que iban a iniciar el primer playoff: Chase por los Warriors, y a Yves por los Wings. «Adiós esperanza de una jornada tranquila.»

Chase casi podía sentir la mirada de Alicia sobre él, sin embargo, por más que la idea de saber quién había lastimado y se había atrevido a tocar Alicia no le era en absoluto agradable, estaba procurando hacer uso de su recién descubierta auto restricción. Al parecer el destino estaba tratando de burlarse a su costa. Chase tan solo tenía que recordarse a sí mismo que era un juego sin ningún tipo de implicaciones competitivas para la liga, sino tan solo un asunto benéfico.

Es era la última prueba de todo el plan que había trabajado con Alicia, y no quería defraudarla; no podía defraudarla. La única opinión que le importaba era la de ella, así que haría uso de su fuerza de voluntad para no romperle la quijada o la nariz al imbécil que tenían frente.

Si no fuese porque su imagen era parte del trabajo que hacía día a día, Alicia ya se había quedado sin uñas. Los golpes, empujones, peleas, y faltas entre Yves y Chase habían marcado gran parte de la tónica de ese encuentro. Los fans, como no era de esperar otra cosa, se mostraron entusiasmados en todo momento, pues consideraban que todo aquello se trataba de parte del show del juego.

— ¿Te gusta escuchar los gemidos que hace Alicia en la cama? — le preguntó con una sonrisa animada Yves a Chase, mientras ambos peleaban por el puck en el segundo tiempo del partido—. El sabor de ese clítoris es el cielo... Creo que voy a deleitarme probándolo de nuevo cuando se harte de ti, Beckett.

Chase creyó verlo todo rojo, sin embargo, intentó enfocarse en las familias que estaban alrededor procurando ver un partido limpio y divertido, mas no medio sangriento y agresivo como era habitual en cada encuentro entre todas las confederaciones de la NHL.

— Por imbécil perdiste tu oportunidad, Burrien, ahora que te den por el culo y deja de estorbarme — replicó Chase antes de robarse el puck para luego pasárselo Kev, después se alejó patinando para volver a agarrar el movimiento hacia el otro lado de la pista con dos pases más a uno de sus compañeros fue el asistente del gol.

Celebró con euforia, miró hacia allá suite en la que sabía que estaba Alicia y elevó el stick a modo de saludo, aunque no la podía ver, ella si lo hacía. Eso le bastaba.

Era casi el final del tercer periodo del partido, cuando uno de los Warriors cometió una falta que equivalió a un penal. Nuevamente, Yves rondaba a Chase para fastidiarlo, el resto de los compañeros de equipo era consciente de eso, así que el capitán de los Warriors tan solo observó a Chase y le hizo una negación con la cabeza, para que no se enganchara a los comentarios soeces que el otro jugador había estado haciendo desde un inicio.

Golpes y velocidad marcaron la tendencia del encuentro. Nada fuera de lo normal tratándose del hockey.

Alicia observaba los jugadores sobre la pista de hielo.

Ella podría decir que en donde Yves Burrien era sofisticado y elegante, Chase Beckett era rudo y sensual; en los aspectos en que Yves era calculador y extrovertido, Chase era espontáneo y directo. Reafirmó cuán segura y enamorada de Chase se sentía; le era posible comprender, ahora, de dónde procedía esa fuerza innegable: su espíritu inquebrantable, consecuencia de la superación a partir de los avatares de la vida. Yves, sí que poseía talento, pero su vida siempre estuvo marcada por comodidades y satisfacciones materiales al alcance de la mano; ese no era el caso de Chase, ni por asomo, y ahí radicaba su admiración hacia él. Alicia podía afirmar que el hombre que le había robado el corazón era todo lo que ella necesitaba para sonreír. ¿Y lo mejor? Su hermano, Dax, lo adoraba.

Casi dos horas después, el partido acabó.

La organización de los Warriors colocó una alfombra en la mitad de la pista, y los gerentes de comunicación de los dos equipos se acercaron para invitar a la Presidenta del Comité de Damas de la Cruz Roja de Chicago para que diese unas palabras. Después de un rato, la prensa tuvo la oportunidad de acercarse a la pista y conversar con algunos jugadores, no solamente sobre la temporada que ya estaba por acabar, al menos para aquellos que estaban listos para disputar la final de la Copa Stanley, sino también sobre las perspectivas o expectativas de la nueva temporada que empezaría al terminar el verano de este año.

— ¡Hey, Chase, una pregunta! — pidió Alan Parker, reportero de ESPN.

Alrededor, los jugadores de ambos equipos iban de un lado a otro, las gradas empezaban a desocuparse y había mucho movimiento.

— Hola, Alan, ¿qué necesitas?

— Quedan menos de quince días para que te sientes a negociar tu contrato con los Chicago Warriors, y eso definirá si eres o no un free agent. ¿Cómo ves las perspectivas? — preguntó, mientras la cámara de la famosa cadena de deportes estaba encendida, y mantenía extendido el micrófono hacia la boca de Chase.

—Creo que eso ya es un tema que le compete directamente a mis abogados, y mi agente, con el equipo de la organización. Lo que sí puedo decirte es que me siento muy optimista. Los Warriors han sido mi familia durante varios años. Solo espero que continúe siendo de esa manera — sonrió —. Ya veremos.

— Te hemos visto en los últimos tiempos con un perfil bastante bajo, apenas sales en la prensa salvo que sea para hablar de temas de deporte, y contrario a tu habitual naturaleza privada, no has tenido reparos en contarnos que estás saliendo con la asesora externa en relaciones públicas para los Warriors, Alicia Krutcher. ¿Tiene algo que ver todo esto con cambio radical en tu imagen?

Chase asintió.

—La presencia de Alicia ha sido positiva, no solo para mí, sino también para la organización en general, pues con su experiencia y conocimientos ha contribuido muchísimo para el equipo de comunicación de los Warriors. Y tal como tú mismo lo has dicho, mi vida privada sigue siendo privada, aunque me enorgullece decir que tengo una mujer estupenda a mi lado.

Alan asintió.

— Hoy ha sido un partido amistoso, con fines benéficos por supuesto, sin embargo, creo que muchos hemos notado que la animosidad entre tú y Yves Burrien continúa intacta. ¿Se ha acrecentado por el hecho de que tú actual pareja fuese la ex de Burrien? — preguntó con seriedad.

«Y yo que creía que todo podía ir por el lado amable», pensó Chase.

— Sin comentarios, Alan. Creo que hemos terminado por hoy, gracias por venir. Realmente espero que este partido ayude a las personas hacia quienes van destinados los fondos. — Sin dar oportunidad a más entrevistas, ni acercamientos de otros periodistas, Chase se acercó a saludar a los niños que estaban alrededor, antes de encaminarse hacia el camerino para ducharse y salir de ahí con Alicia.

La sola presencia de Burrien, las chorradas que le había dicho a lo largo del partido, tenían su sangre bullendo de rabia. Solo quería ir a casa, abrazar a la mujer que amaba y perderse en su cuerpo durante largas horas.

Los ganadores del encuentro fueron los Warriors con un marcador de 5-4. Un gol a los siete segundos de Pils, antes de que el tercer y último tiempo concluyera, zanjó la diferencia. Por otra parte, Chase estaba convencido de que si él hubiera cedido a las ganas de romperle la mandíbula a Burrien, el *match* habría sido un desastre, y de seguro el entrenador lo habría mandado a los camerinos. Aunque, para ser sincero, eso era lo que menos le hubiera importado, como sí lo habría hecho la opinión que hubiera tenido Alicia al verlo desde la suite.

Alicia se despidió de todas las chicas que había conocido esa noche, le cayeron muy bien, y estaba segura de que las vería en una próxima ocasión. Salió de la suite y avanzó por el pasillo que le habían indicado era parte de la salida privada por la cual circulaban jugadores para llegar a sus automóviles o, cuando los partidos fuera de la ciudad, para subirse algunos de los Warriors.

— ¿Alicia Krutcher? — preguntó una voz desconocida detrás.

No estaba sola mientras se dirigía hacia la salida, porque las familias y amigos cercanos a los jugadores estaban yendo en una misma dirección. Se giró tratando de encontrar a quién pertenecía la voz.

—Sí... —dijo finalmente al asociar esa voz con una mujer pelinegra, alta, y con un maquillaje espectacular que la hacía parecer una modelo de piernas espectaculares. No recordaba haberla visto anteriormente—. ¿En qué puedo

ayudarte?

Le era familiar el hecho de que desconocidos se le acercaran para pedirle su tarjeta de trabajo o le consultaran, ahora último al menos, sobre sus servicios profesionales para corporaciones. Ella se sentía halagada por la atención que estaba generado para Push Fire. De hecho, Kathrina le había comentado que le gustaría sostener una conversación sobre su posición en la compañía apenas terminase el período con los Chicago Warriors.

—En realidad, yo vengo a ayudarte a ti —replicó crípticamente—. Soy Eve Mareck, la única mujer que va a decirte la verdad sobre el hombre que está saliendo contigo en estos momentos.

Alicia no quería poner más rostros a las mujeres del pasado de Chase. Era consciente de que hubo muchas, y no por eso le parecía placentero que alguna tuviera la desfachatez de acercársela de repente. No quería que otros la escucharan, indistintamente de lo que tuviese que decir la tal Eve, así que le pidió con un gesto que fuesen a un lugar menos concurrido. Caminaron en silencio unos pasos hasta que estuvieron alejadas de la vista de otros.

—No sé qué es lo que planeas, Eve —dijo Alicia cruzándose de brazos, pero con un tono de voz calmado—. Y tampoco necesito saber nada de Chase. Confío en él, así que, ¿por qué mejor desapareces del camino? Tengo cosas por hacer. —Iba a darle la espada, cuando las palabras de la mujer la detuvieron.

—¿Sabes que, mientras tú crees que te es fiel y está alrededor entrenando, en realidad disfruta de mi cuerpo y mis besos como en los viejos tiempos?

«No le des importancia, no le des importancia, no le des importancia.» Ese era el mantra que Alicia se repetía una y otra vez.

— Qué bien por ti, espero que hayas aprovechado este tiempo. Ahora, tengo trabajo que hacer y no me pagan por perder el tiempo hablando con mujeres desconocidas o despechadas — dijo Alicia.

Eve le podía conceder que la mujer tenía agallas, también que era muy guapa, pero no lo suficientemente inteligente como para saber el peligro que estaba dispuesta a crear en esa relación con Chase. Una pena.

— Lo conozco desde hace muchos años — sonrió como si el mero recuerdo la excitara —. Fui su amante, la mejor amiga de Alana, y he estado cada vez que he podido en sus momentos altos y bajos — dijo. Tenía plena conciencia de que no necesitaba explicarle qué parte de eso era verdad, y qué parte mentira. Ahora solo faltaba un pequeño detalle para sembrar la duda y empezar su plan —. Aquí tienes — sacó un sobre negro de la bolsa y se lo

extendió a Alicia, quien lo agarró por efecto reflejo —, te invito a abrirlo aquí mismo.

Alicia no desconfiaba de Chase, pero si alguien iba a presentarle prueba de algo pues tampoco pensaba dejarla correr. Ya juzgaría ella la información, y después lo hablaría con él. Fuese algo bueno o no.

Con una mueca rasgó el sello del sobre y sacó su contenido. Cinco fotografías, tomadas en secuencia, de la mujer que tenía delante con Chase besándose; el escenario de fondo parecía ser un garaje público. El automóvil negro a plena vista era el inconfundible Ferrari. Alicia creyó estar reviviendo su pasado de nuevo, cuando había visto incontables fotografías de Yves con diferentes mujeres en todos los medios de comunicación del Estado de Washington, y en algunas páginas web a lo largo del país.

Ella sabía que no debería dejarse engañar, tampoco afectar por lo que estaban viendo sus ojos, sin embargo resultaba irremediable cuestionarse sí misma, ¿habría sido otra vez una estúpida e ingenua? ¿Habría creído que durante todas esas intensas semanas logró conocer de verdad a Chase o era lo que hacía el amor ciego al cerebro? Tenía una excelente cara de póquer, así que su expresión era impasible en esos momentos. Ese as bajo la manga ahora le servía para su vida personal.

Alicia había pasado a lo largo de su vida por diferentes etapas, diferentes niveles de dolor y decepción, y podría haber jurado que conocía las heridas que podían causar los seres que uno más amaba. Para su asombro, al parecer tan solo había estado experimentando facetas nimias del dolor en comparación a lo que estaba sintiendo en ese momento al ver la boca de Chase besando a la mujer que estaba frente a ella, y quien por cierto parecía muy pagada de sí mismo aguardando por una reacción o veredicto. La tristeza que la embargó, en ese momento, era nueva y profunda; necesitaba más que nunca que Chase estuviera ahí diciéndole que no era cierto, reafirmando su convicción de que quizá era solo un montaje.

Guardó las fotografías con fingida indiferencia, dobló el sobre en dos, y lo introdujo en su bolsa. Sabía que la tal Eve buscaba algo más allá que solo jorobar la paciencia o causar dolor o daño o desconfianza. Su naturaleza curiosa, la instaba a querer averiguar de qué se trataba exactamente.

La miró con desprecio.

— ¿Para qué me servirían esas fotografías? Te has molestado por gusto, así que este sobre irá directo a la trituradora de basura. Lo que Chase y yo tenemos es más fuerte que este burdo intento de crear fricción entre ambos. No

te voy a dar ese gusto, Eve. Si ya tuviste la oportunidad de conocer a Chase, entonces comprendo que te sientas arrepentida de haberlo perdido. Una lástima. No tengo nada que decirte, y si no quieres que te demande por acoso, más te vale que no te vuelvas a cruzar en mi camino ni en el de Chase.

Eve soltó una carcajada cruel.

— Hay varias copias, por supuesto, y tú como relacionista pública debe saberlo. Puedo enviar estas fotografías a la prensa y volver a levantar el polvo que parecía haber desaparecido de la reputación de Chase, algo en lo que supongo que has trabajado arduamente. Casi no se escucha de él yendo a bares, visitando strippers o creando peleas. — Alicia tan solo se limitó a mirarla enarcando una ceja, estaba perdiendo la paciencia y empezaba a comprender por qué Chase a veces se daba de golpes con otros —. Conozco su pasado, cómo se ganaba la vida creando falsificaciones de DNI, los robos que cometía en pequeñas y grandes farmacias para poder comprar la medicación de su hermana, quien por cierto era mi mejor amiga. No sé si te habrá contado, quizá no, pero el día en que se murió Alana, Chase prefirió fallar conmigo que preocuparse por su hermana enferma de leucemia.

— ¿Por qué estás haciendo esto, Eve? — preguntó sin ocultar su tono horrorizado, no por lo que le estaba diciendo la mujer, sino por el veneno que destilaban cada una de esas palabras a medida que salían de la boca pintada de rosa.

Eve esbozó una sonrisa perversa e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, contemplando a Alicia con desdén.

— Chase y yo hemos continuado acostándonos juntos a lo largo de todos estos años. Es un buen hábito que no hemos perdido —dijo clavando la daga imaginaria de forma más profunda en Alicia—. El hombre sabe cómo follar bien, ¿cierto que sí? De hecho, tiene un miembro viril incomparable. —Alicia apenas contuvo las ganas de darle una bofetada, y a cambio prefirió cruzarse de brazos—. En todo caso, él y yo nos pertenecemos, y lo que está viviendo contigo es tan solo por conveniencia. Lo único por lo cual sueña, vive, y respira Chase es el hockey. Tú eres la ayuda que necesita para que él continúe en su carrera, y una vez que lo consiga se olvidara de ti, te lo dice la voz de la experiencia.

Alicia no podía refutar eso, pues sabía que era cierto cuán importante era el hockey para Chase, sin embargo, no dudaba de que estaba enamorado de ella; eso no.

— Quizá deberías escribir novelas dramáticas.

Eve hizo una mueca. En persona, Alicia era guapísima, y los celos le eran un sentimiento muy familiar en lo que se refería a Chase. Pero al tener frente a ella a la persona que él quería, y por la que se había arriesgado por primera vez a exponerse públicamente en un plano personal, le corroía como ácido. Luego estaba su acuerdo con la bruja de Nellamy. Quería el dinero, y que la vieja loca la dejara tranquila para que pudiera rehacer su vida. Después, solo después, convencería a Chase de que ninguna mujer sería capaz de comprenderlo, porque ninguna conocía cada pequeño recodo de su corazón, sus culpas y deseos sexuales.

— ¿Sabes? Debes llevar claro que siempre preferirá sus instintos bajos a cualquier mujer que no sepa entenderlo tanto como yo. Ustedes dos son de mundos distintos, vamos, su madre es una prostituta, y tú eres una mujer que se encarga de limpiar la reputación de empresas y famosos como modo de vida.

— Ese es mi problema no el tuyo.

— ¿Qué crees que dirían los medios de comunicación al recibir, no solo de estas fotografías, sino muchas otras que poseo, sumadas a la historia que les relataría...?

— Seguramente que estás chalada.

— Imagínese la imagen vista por toda la sociedad, por toda la NHL, por aquellos que quieren renovar el contrato con el pero de seguro se detendrán ante la certeza de que Chase es un hombre que no tiene corazón. Con tantos millones de dólares en su cuenta bancaria es incapaz de preocuparse por su madre, que siendo prostituta llevaba el pan a la casa, y cuando le pide un pequeñísimo favor, que consiste en que él se haga una prueba de compatibilidad para saber si puede donarle un riñón, y salvarle la vida, Chase se niega. Fatal publicidad para los Chicago Warriors que se jactan de hacer tantas obras de beneficencia para la ciudad.

Alicia no iba a indagar sobre el asunto del riñón, porque sea como fuere, un deportista que trabajaba día a día en una pista de alto impacto físico lo perdería todo si se quitaba un riñón. Estaba segura de que Chase se haría la prueba por alguien que valiera la pena, y esa persona jamás sería Nellamy Linard. Se limitó a escuchar las barbaridades que salían de la boca de Eve.

Alicia la observó ya con la paciencia en sus últimos niveles de tolerancia.

— Interesante.

— Ohhh, ¿te das cuenta? —preguntó, haciendo un puchero que fingía pesar—. No lo sabes todo, y hay muchos más detalles al respecto. Qué mal que en una pareja existan tantos secretos, ¿verdad?

Alicia puso los ojos en blanco. El tiempo corría, y ya el largo pasillo estaba casi vacío, lo que implicaba que Chase debía estar buscándola.

— Dime lo que quieres para dejar a Chase en paz.

Eve sonrió.

—El círculo de la vida de Chase empieza y siempre acaba conmigo a su lado, no importa de qué manera. Tú solo eres una intermitencia, entonces — sacó una pequeña tarjeta llegar abatió un número en ella y se la extendió—, tienes 24 horas para romper con él, de forma convincente, o puedes considerar asumirme como responsable de acabar con su carrera cuando yo vaya los medios de comunicación y deje fluir todo aquello que sé sobre él, Alana, Nana y Nellamy. Adiós renovación de contrato, adiós carrera de hockey en la NHL.

Alicia sabía que no la estaba amenazando en vano. Como también sabía que jamás antepondría su corazón a la felicidad de Chase. Esa felicidad, desde antes que se hubieran conocido, para él siempre sería el hockey; y no estaba resentida por ello. Con el pasado de Chase, y con lo que le acababa de decir la cretina mujerzuela que tenía ante ella, no podría quitarle el hockey. Jamás. Dios, la sola idea de no volverlo a ver y hacerse odiar por él era una nueva dimensión de dolor.

—¿Cómo sé que si yo hago mi parte, tú cumplirás tu palabra de no ir a los medios de comunicación y perjudicar a Chase? — le preguntó Alicia.

—La recompensa que yo recibiré bien vale mi silencio. Y en realidad no tienes salida, mujer. Cuando Chase no esté a tu lado, entonces sabrá que yo volveré para consolarlo y demostrarle lo bien que estamos juntos. Seguirá jugando hockey, se olvidará de ti, y tú de seguro podrás encontrar alguien de tu mismo abolengo.

Alicia soltó una carcajada.

— Eres una escoria.

Eve se encogió de hombros.

—Quizá, pero tú solo tienes veinticuatro horas para decidir si esta escoria a quien estás hablándole deberá conceder una entrevista especial a la prensa o si la prefieres lejos, mientras Chase disfruta de más triunfos, lejos de problemas y con un fabuloso contrato millonario hasta que se retire de la liga profesional.

Alicia no se dignó a responderle, giró sobre sus pasos, y empezó a alejarse.

No le importaba si la tal Eve continuaba observándola; tampoco le hacía gracia pensar en esas fotografías que había visto, menos imaginársela a la mujer aquella con Chase. Dios, qué situación tan nefasta... Esos habían sido

los diez minutos de conversación más asquerosos de su vida, considerando su pasado con los abogados y el juicio de su padre era bastante decir. Lo que más necesitaba era un control remoto que le permitiese poner el mundo en pausa.

Llevaba la cabeza hecha un lío.

Tenía un día completo para salvar a Chase, y también pensar en cómo iba a ser capaz de recoger los pedazos de su corazón. Su carrera como relacionista pública estaría en jeopardy, porque sabía que Chase podría perder el control de nuevo o cometer estupideces. Sin embargo, era consciente de que en la vida había sacrificios que valían la pena si ello implicaba la felicidad de la persona que se amaba. Alicia podría reubicarse, abrir su propia agencia o inventar alguna cosa para salir del paso financieramente, pero, ¿qué sería de Chase sin el hockey?

CAPÍTULO 17

Chase terminó de charlar con Garnett MacTavish, aunque su cabeza estaba en otro sitio: Alicia. Sabía que estaba esperándolo en alguna parte del estadio, y no quería pasar mucho tiempo lejos, en especial si el cretino de Burrien todavía se encontraba en los alrededores. Por otra parte, MacTavish merecía de su tiempo, porque el hombre era quien pagaba su salario y tenía la decisión final sobre su permanencia o no en el equipo para próximos años. El tipo era astuto en los negocios, y era bien conocido en el circuito que poseer un equipo de hockey en la NHL constituía parte de un capricho de millonarios, sin embargo, Chase podía aseverar, sin temor a equivocarse, que el magnate no escatimaba en inversión para que los Chicago Warriors tuviesen lo mejor en todos los ámbitos, incluso la flota de aviones privados que les era permitido utilizar a cualquier jugador en situaciones de emergencia.

—Me alegra ver que tu compromiso con la organización va en serio —le dijo abriendo la puerta de la gigantesca oficina que pertenecía a Presidencia, ya habían dialogado durante casi veinte minutos apenas Chase salió de las duchas y tuvo una charla con sus compañeros, además de algunos periodistas que pidieron un poco de su tiempo. Por supuesto, no podía haber faltado la fotografía oficial con las Damas de la Cruz Roja, coordinada por Trentos y su staff.

—Tú siempre confiaste en mí, Garnett, y los Warriors me han dado la posibilidad de crecer profesionalmente. Lamento los incidentes de mala prensa, a veces... —se encogió de hombros—, solo soy humano.

El empresario asintió.

—Por cierto, Alicia me ha enviado informes sobre tu desempeño con las actividades que Push Fire planificó en conjunto con el equipo de Trentos. No existe más que plenos comentarios impregnados de profesionalismo, tanto los puntos positivos como aquellos a mejorar. Entre esos puntos, Alicia ha destacado tu necesidad de entrenarte un poco más en la forma de dirigirte a la prensa; la tonalidad no debe dar a entender que te fastidia atenderlos. —Chase frunció el ceño—. Lo puedo comprender, porque soy una persona muy privada, pero, muchacho, ya sabes que esto es parte del día a día que viene alineado con ser un atleta de élite.

—Lo tomaré en consideración...Ella no comenta conmigo los informes, y tampoco he recibido quejas de la organización, al menos desde el departamento de comunicación o del entrenador.

—Sostuvimos una reunión días atrás, y preferimos que fuese yo quien hablase contigo. Ya te he dicho todo lo que necesitaba. Por otra parte, me gustaría manifestarte que Alicia es una persona cabal, y la conozco desde hace muchos años; es la mejor amiga de mi hijo.

Él no sabía ese detalle, pero le era irrelevante cómo había llegado Alicia a su vida; lo que contaba era que estaba a su alrededor, y no iba a dejarla marchar. Chase conocía al hijo del dueño, pero no podía decir que fuesen amigos. Apenas y habían intercambiado un par de palabras a lo largo de los años.

—No he visto a Brentt hace mucho tiempo por Chicago. Imagino que debe estar liado con sus propios negocios.

Garnett frunció el ceño.

—Ese hijo mío prefiere los negocios lejos del ámbito deportivo a veces, ¿qué se le puede hacer? —preguntó con una sonrisa.

—Todos tenemos pasiones diferentes.

—Es así... Por cierto, Chase, te quería mencionar que si lo que dicen en los medios de comunicación poseen un toque de verdad, y quieres a Alicia, entonces no la dejes ir porque esa muchacha vale su peso en oro —le dio una palmada en el hombro—. Realmente espero que las negociaciones para renovar tu contrato se concreten en mutuo beneficio. Mi equipo legal estará en contacto. Tenemos grandes planes para tus próximos años con nosotros.

Chase asintió, aunque no pensaba hacer ningún comentario sobre Alicia. No era de incumbencia de nadie, ni siquiera de la persona que tenía ante él.

—Gracias por tu voto de confianza, Garnett.

—Te lo has ganado, muchacho, te lo has ganado.

Sin más, sintiéndose ligero, Chase salió a buscar a Alicia.

Garnett acababa de darle su visto bueno e interés en renovarle el contrato con los Warriors. Ese era un inmenso paso, y cuando Buck se enterase, las tuercas empezarían a girar alrededor de las cláusulas para que su equipo de abogados trabajase y estuviese preparado para negociar con el staff en la NHL. Estaba pletórico.

Necesitaba celebrar, abrazar a Alicia, besarla y decirle que todo iría bien con su contrato. Se sentía eufórico, y ella era gran parte de la razón; era el motivo de su éxito en lo relacionado a la percepción de su imagen ante el

dueño de los Warriors. Aunque, siendo sincero, su alegría podría ser más completa si pudiera encontrarse con Burrien y romperle la nariz a ese hijo de perra.

Pasó por la sala personal en la que solían esperar los invitados especiales a los partidos, pero no encontró a Alicia. Intentó llamarla, pero ella tenía el teléfono apagado. Eso no pintaba nada bien. ¿En dónde estaría? Continuó su camino hasta que encontró a uno de los guardias que custodiaban la salida hacia la calle y por la que solo circulaba personal autorizado.

—Joel —saludó al guardia—, ¿has visto a mi novia por aquí?

Chase no necesitaba explicar a quién se refería. No era estúpido y sabía que todo Chicago conocía a Alicia Krutcher. Algunos días atrás, la prensa había unido cabos, por supuesto, y salió la historia del padre de ella, así como la relación que tuvo con Burrien en el pasado. Tanto él como Alicia se limitaron a pasar de largo o ignorar las preguntas, incluso ella le dijo que evitara el internet por un tiempo, porque en la oficina de Push Fire su asistente, Margaret, ya se estaba encargando de lidiar con ese embrollo. Le aseguró que la única preocupación que debería existir era su contrato.

—Sí, me comentó que tenía las llaves de tu Ferrari y me pidió que le diese acceso a la zona del parqueadero.

—Gracias.

Joel tan solo asintió y continuó su trabajo observando los monitores que estaban en su escritorio. Le quedaban cinco horas en el turno de vigilancia de ese día.

Chase presionó el botón del elevador. Cuando, semanas atrás, se quejó sobre la falta de seguridad en la zona del garaje, y despidieron a la persona que estuvo en el turno cuando Eve apareció de repente en esa área jodiéndole su existencia. Joel era el jefe de seguridad de todo el conglomerado, y se había disculpado profusamente por el incidente. Renovaron parte del personal, pero Chase insistió en que Joel tenía que permanecer a cargo. Así ocurrió, y desde entonces se habían redoblado los protocolos de seguridad y acceso al edificio.

Bajó hasta el subterráneo y encontró a Alicia apoyada en el capot del Ferrari. Con una amplia sonrisa marcó el paso con velocidad hasta llegar a ella. Sin perder el tiempo, la agarró de la cintura, y bajó el rostro para besar su expresión sorprendida.

Chase tardó solo breves segundos en notar que ella estaba tensa y no respondía a su toque como de costumbre. Se apartó con cautela. La estudió...

No le gustaba esa expresión disgustada, ni tampoco los ojos inflamados.

—¿Alicia? ¿Qué ocurre? —preguntó observando a uno y otro lado, intentando encontrar alguna amenaza que hubiera causado ese estado de contrariedad en ella—. Te he buscado por todas partes, y tu teléfono estaba apagado.

—Llamé a Maya y después me quedé sin batería —explicó—. Ella se va a quedar con Dax durante los próximos días.

Quizá estaba un poco tarado porque acababa de tener un largo partido, demasiada interacción con desconocidos y luego la conversación con el dueño del equipo, porque no lograba unir los cabos para hacer sentido a lo que estaba diciéndole.

—¿Okay...? —murmuró rascándose la barba recortada con esmero.

Había pensado en afeitarse, y quizá lo hiciera esa noche. Su lado más posesivo disfrutaba notar cómo la piel blanca alrededor de la vagina de Alicia quedaba sonrosada cuando le hacía sexo oral, y aunque ella decía que disfrutaba sus atenciones, también era consciente de que en algún momento podía también molestarle la irritación en la piel. No era un bruto, pero debía confesar que nunca antes le preocupó lo que otra mujer sintiera con su barba o sin ella; con Alicia era diferente.

—No quiero que vayamos a mi apartamento —se apartó del capot y de Chase para caminar hacia el lado del copiloto—, hoy prefiero hablar contigo en tu casa.

Él perdió todo rastro de alegría. La siguió para abrirle la puerta, y cuando ella evitó su toque se sintió dolido. ¿Qué habría ocurrido en esas horas? Ni siquiera quería considerar que Burrien pudo habersele acercado y decirle alguna idiotez. En la liga solían comentarse los trapos sucios de los jugadores, claro que sí, y él no era ningún santo. Si ese niño había intentado indisponerlo con Alicia, entonces no perdería el tiempo para ir a buscarlo y decirle un par de cosas... con los puños.

—De acuerdo, entonces será cómo lo desees —dijo cerrando la puerta para ir hacia el lado del conductor.

El viaje lo hicieron en silencio. Chase podía percibir la tensión que emanaba en ondas potentes desde Alicia. No sabía si estaba enfadada o triste. Quizá eran ambas cosas. Mientras conducía intentaba hacer un recuento de todas las últimas interacciones juntos; había hecho su papel cabalmente sobre el hielo, y evitó mandar a la mierda al periodista de ESPN por entrometido, ¿acaso no contaba como punto a su favor? Estaba convencido de que Alicia

había seguido las entrevistas desde donde fuese que se hubiera ido a recluir para evitar que la acosaran. La mujer era experta escabulléndose. Tal vez, él debería pedirle un par de consejos al respecto.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Chase, con un vaso de agua en mano, al tiempo que Alicia lo observaba a pocos pasos.

La cocina y había sido por completo remodelada; los anaqueles eran muy modernos, la alacena estaba llena de productos imperecederos, el frigorífico tenía todo los vegetales frescos, así como proteínas que Chase consumía a diario. Había una pequeña mesa de desayuno de cuatro sillas al fondo de la estancia, y un gran mesón central de mármol en esos momentos se encontraban Alicia y el jugador.

En un inicio, ella creyó conveniente hacer exactamente lo que le había pedido Eve: romper la relación sin preámbulos de por medio. Pero había tenido unos minutos a solas, y le fue posible calmarse. Cuando estaba muy enfadada le era imposible enfrentarse a otra persona, indistintamente de quién fuera, porque lo primordial era tener su cabeza clara para no cometer errores y decir cosas que en realidad no sentía; así evitaba lastimarse, y lastimar a otros.

Alicia abrió su bolsa, sacó el sobre que estaba doblado en dos, extrajo el material que ya había visto anteriormente y lo dejó sobre el mesón.

Él agarró las fotografías, y poco a poco la furia fue creciendo en su interior. Apartó la vista y la fijo en el rostro de Alicia. Se cruzó de brazos.

— Quiero que me explique eso — dijo ella —. Existe una gran diferencia entre observar una fotografía y creer que se trata de algo trucado gracias a la tecnología del Photoshop y otras herramientas, y encontrarte con la mujer de esa toma, acorralada más bien, y que te cuente no solamente lo bueno que tu novio es en la cama, sino todo lo que planea hacer para quedarse con él de nuevo. Entonces, ¿quién es Eve Mareck y cuál es su verdadero rol en tu vida?

— No tiene ningún rol, esa víbora es parte de mi pasado, y cuando está alrededor solo trae problemas. Quizá debí hablarte sobre ella, sin embargo, no lo creí necesario, porque tal como te lo acabo de decir, no representa nada para mí.

— Parecía muy confiada al decir que te conocía al revés y al derecho, y prácticamente que, chasqueando los dedos, tú volverías corriendo a su lado. ¿Cuándo fue la última vez que se acostaron juntos?

Chase estaba tratando de mantener la calma. Le era posible entender de dónde venían las preguntas de ella, y también el tono dolido. Sabía de lo que era capaz Eve, el veneno que era capaz de diseminar a su alrededor, pero había estado tan confiado en su nuevo descubrimiento emocional con Alicia, que no se anticipó a la jugada; no se anticipó a la posibilidad de que la loca mujer podría intentar acercarse a la parte más importante de su vida en esos momentos.

No podía negar que el simple hecho de que ella le hiciera todos esos cuestionamientos, lo decepcionaba un poco, y dejaba claro que había un largo camino por recorrer para confiar mutuamente. Era extraño cómo, a pesar de ser compenetrados al momento de amarse en la cama y ser capaces de casi leer el pensamiento del otro de forma anticipada, la inseguridad podría llegar a penetrar las pequeñas fisuras de una relación sólida. Claro, él y Alicia se conocían semanas, no años, aunque tampoco el tiempo podía ser considerado un factor diferenciador o importante a la hora de hablar de solidez emocional. Por otra parte, ¿qué podría decir él, si apenas había descubierto que era capaz de amar?

—Mucho antes de que tú y yo nos conociéramos... — replicó mirándola a los ojos —. Siento que hayas tenido que enterarte de todo esto por boca de ella —dijo con furia ante la imagen de Eve incordiando a Alicia.

Ella tragó en seco.

— ¿Y ese beso también...? — preguntó sin poder contenerse, porque aquella parte insegura de su ser, y que había sufrido las infidelidades de un hombre en el pasado, la instaba a querer saber, a hurgar y a no usar su lado pragmático.

— No — dijo acercándose —, la foto fue una puesta en escena de ella. Una amiga o conocida de Eve fungió de fotógrafa. Le dejé muy claro que esa fotografía no podía salir en ningún sitio o yo iba a encargarme del asunto y no iba a ser nada agradable, y eso es lo que pienso hacer ahora por haberse atrevido a acercarse a ti. —Alicia no se alejó, y ese era un excelente síntoma considerando las circunstancias—. ¿Me crees cuando te digo que no la besé?

Ella asintió. Aunque no resultaba muy visible, después de haber observado una y otra vez las gráficas —mujer que no era sádica en ciertos aspectos, pues algo llevaba equivocado en el software anti-perras— había visto a Pils sentado en el Ferrari. No consideraba al mejor amigo de Chase el tipo de persona capaz de ser partícipe o cómplice de una situación que pudiera perjudicar a un compañero.

No, no se trataba de decir que los amigos no se ocultaban las infidelidades, sino que —en este caso— la imagen de Chase, como un hombre que había dejado de lado otras mujeres para fijarse solo en una— era un factor determinante para su carrera, en conjunto con su capacidad de dejar de meterse en líos con puños o crear algarabías salidas de tono en bares o en algún tipo de fiesta. Al menos, Alicia reconocía, los hombres tenían conciencia de equipo e inclinaban la balanza para ganar todos, mas no perder. El deporte no podría ser distinto, en especial aquellos que basaban triunfos y derrotas en el trabajo en conjunto; como el hockey.

—Sí, te creo. Chase, pero eso no elimina el dolor que me causó verte tocando a otra mujer —dijo con sinceridad. Carecía de sentido ocultar sus verdaderas emociones, ya habían dejado de lado esa etapa—. No creo que pueda soportarlo si volviese a ocurrir, al menos no en un plano que —se aclaró la garganta—, parecería a otros ojos un affaire. Sé que tienes fans, no me importa es parte de tu trabajo, pero esa foto... Yo...

Chase apretó los labios. Odiaba a Eve por haber creado esa inseguridad en Alicia, así como por provocar una expresión de preocupación en ella.

—Eres la única mujer que me interesa —le dijo con fiereza, tomándole el rostro con ambas manos, y fundiendo su penetrante mirada oscura con la de ella, en esos instantes de un tono verde claro y vulnerable—. No puedo perderte cuando me ha llevado toda mi vida encontrarte, Alicia. ¿Estoy siendo claro? Lo último que debe preocuparte es que exista otra mujer. Tu único interés debe consistir en hacerme saber si te estoy amando lo suficiente para merecer tocarte —se inclinó hacia ella—, y besarte hasta que los dos nos quedemos sin aliento —murmuró a pocos milímetros de esa exquisita boca a la que ahora era adicto.

Ese hombre sí que podía hablar bonito, pensó Alicia, conmovida por la vehemencia en sus palabras. Es que con Chase no era verborrea, no. Él jamás decía ese tipo de cosas a la ligera.

— Chase —susurró—, ¿qué otro fantasma ocultas en el clóset del que no me hayas contado? — soltó un suave suspiro, mientras sentía la frente de Chase apoyada contra la suya —. Puedo entender tu pasado, sé de dónde vienes y lo que te ha costado conseguir lo que ahora posees, pero al parecer Eve es un asunto no resuelto, así como lo es tu madre. — Él frunció el ceño —. Tu ex me dijo lo del examen médico para buscar indicios de compatibilidad de tu riñón con el de Nellamy. Creía que ya no hablabas con ella...

— No hay más fantasmas... Ya te dije que mi madre no es importante; ya sabes todo lo que me hizo padecer, al igual que lo hizo con mi hermana —dijo, apartándose, porque la sola mención de Nellamy lo asqueaba, no por Alicia, sino porque se entrometía en una parte de su vida que era lo más puro que había podido encontrar—. No merece nada de mí, Alicia, ni siquiera la mínima consideración de pensar en un examen médico para salvarle la vida, en especial si consideras que un atleta no puede funcionar sin sus signos vitales y órganos al completo —concluyó, paseándose de un lado a otro.

— A mí no me hables con ese tono condescendiente, porque sé exactamente lo que necesita un atleta de élite para sobrevivir en las pistas mundiales.

Chase suspiró, meneó la cabeza y volvió junto a ella. Le acarició la mejilla, y después bajó la mano lentamente.

— De acuerdo, no fue mi intención hablarte de ese modo... Nellamy y Eve son dos parias y cuando aparecen crean caos en mí. Si haces un recuento de mis escándalos, te puedo decir exactamente que tras toda esa mala prensa hubo algún incidente con una de esas dos escorias — dijo frustrado, pasándose los dedos entre los espesos y sedosos cabellos.

—Tú les das el poder de hacer todo esto contigo, Chase. Quítales el poder que tienen sobre ti, porque o si no van a perseguirte de por vida... —Lo miró con impotencia, porque ese no era un problema que ella pudiese resolver, no le competía hacerlo—. Yo no puedo... Yo no puedo quedarme de brazos cruzados a esperar cuándo podría ser la siguiente ocasión en que alguna de esa dos cree caos a nuestro alrededor. Resulta complicado, porque tengo a Dax, y protegerlo fue el motivo por el que salimos de Seattle. No puedo, no pienso, volver a pasar por ese infierno mediático, Chase... —Él asintió, apesadumbrado, frustrado y con una sensación agrídulce, porque finalmente McTavish le decía que habría luz verde para renovar un contrato profesional, y por otro, la parte que no creyó que pudiese cobrar una importancia tan vital ahora estaba tambaleándose: su relación sentimental—. Necesito seguridad, y tú también. Cierra esos capítulos, déjalos de lado...

Él asintió. Sabía que ella tenía razón. Necesitaba cerrar los círculos para empezar a vivir nuevos, sin las cadenas que lastraban no solo su alegría, sino su energía.

—¿Con qué te amenazó Eve? Siempre trae algo entre manos, nada bueno, por supuesto —quiso saber en un tono derrotado. Sentía que esa conversación era una sentencia. El principio o el final de todo lo que habían construido esas semanas.

Ella miró de reojo las fotografías que continuaban sobre el mesón, al darse cuenta de ese detalle, Chase las metió en el bote de la basura.

— Si no acabo la relación contigo de manera convincente, en un lapso de veinticuatro horas, entonces irá con la prensa no solo a hablar de tu madre y su oficio, el trasplante de riñón, todos los trapos sucios que se le ocurran a ella sobre la historia que ustedes tuvieron juntos, sino también sobre Alana; lo que tú hacías para sobrevivir en las calles hasta que tu abuela les dio un techo, y quién sabe qué otras cosas. Más en concreto: piensa arruinarte antes de que tengas la posibilidad de renegociar tu contrato. Me dejó un número de teléfono para que le avisara que todo estaba hecho... —soltó una risa irónica—, la muy perra cree que tengo que rendirle cuentas. Si no fuese porque estoy trabajando contigo, la tipeja ya tendría un par de dientes en proyecto de reconstrucción.

—Una guerra fuera del hielo, al menos así habrías hecho lo que, como hombre, yo jamás le haría a una mujer. De mujer a mujer creo que es más justo —murmuró él tratando de ponerle un poco de humor a una situación que no lo tenía.

—Prefiero que tengas esto —replicó ella sacando la tarjeta que tenía el garabato de Eve y poniéndosela a Chase en la palma de la mano—. Si acaso decides que merece la pena enviarla a la mierda o continuar soportando sus chantajes emocionales. ¿Qué tiene contra ti que no puedes eliminarla del todo de tu vida?

Chase permaneció en silencio. Se apartó de Alicia y dejó el vaso en el lavavajillas, y la tarjeta a un lado. Desde esa posición se giró para mirarla. No podía decirle lo mucho que se avergonzaba de sí mismo, y el gran sentimiento de culpa por no haber estado cuando su hermana lo necesitó. Alana había muerto sola, porque él prefirió la lujuria al bienestar de ella. Por egoísta. Por imbécil.

— ¿Me amas, Alicia? —preguntó a cambio. Le dolía lo que tendría que hacer a continuación, pero solo así podría existir una oportunidad para ambos, si es que ella todavía lo quería de regreso cuando todo ese período acabase.

— Sabes que sí — dijo con una lágrima rodando por su mejilla —, lo suficiente para saber que tal vez debo dejarte ir.

Él frunció el ceño, pero no dijo nada.

—La vida te ha quitado demasiado, y el hockey es y ha sido tu salvación... —continuó ella—. Yo puedo encontrar otro empleo, y sé que tú amas a los Warriors, apartarte de ellos sería ridículo. De hecho —se sonó la nariz con una servilleta—, hoy tuve un encuentro por primera vez con todas las WAGs y

me di cuenta que sí, en verdad, son una familia de apoyo, cariño y camaradería. Imagino que a nivel de los jugadores el lazo debe ser muchísimo más fuerte.

—Lo es, sí...—dijo él. Alicia acababa de darle una idea perfecta y convincente. Dejarla ir era de momento la única salida para la tormenta que amenazaba su alrededor. Sin embargo, en algo se equivocaba ella. El hockey no era su salvación, sino ella. ¿Cómo podría encontrar la redención, si antes no se enfrentaba a las espinas que llevaba clavadas en el cuerpo?

Chase tenía solo veinticuatro horas para actuar. Si le contaba a Alicia lo que iba a hacer a continuación, entonces le sería difícil hacerlo creíble a los ojos de Eve, porque si algo sabía de su hermosa Alicia era que el nivel de honestidad en ella era muy fácil de leer para alguien astuto o taimado como Eve. Su ex podía oler las mentiras a distancia. Entre dos rivales con igual de piel curtida y heridas de guerra, como él y Eve, mentir era pan comido, así que le tocaba sacrificar lo que menos deseaba lastimar: Alicia.

No podía continuar con Alicia sin antes afrontar sus cadenas de niñez y juventud. Sabía que tenía que arreglar su pasado, sin ayuda de nadie. Le parecía egoísta provocar, indirecta o directamente, que las personas que él de verdad amaba sufrieran por situaciones que no deberían interferir en sus vidas. Además, Chase tenía que pensar en Dax, porque resultaba un asunto de tiempo para que el niño escuchara algo que lo hiriese en lo relacionado a su hermana; no podía permitir que eso sucediera.

Chase se armó de valor. En ninguna jodida competencia había requerido tantos cojones como en ese momento. El amor podía debilitarte, pero también darte la fuerza necesaria para tomar decisiones difíciles.

—Una última pregunta, ¿confías en mí, Alicia?

—Sí...

—No voy a permitir que mi pasado dicte mi presente mi futuro, nunca más...

—Eso está bien —susurró con el corazón latiéndole con fuerza, porque la resolución que veía en la expresión de Chase le decía que quizá ese sería su último momento con él—. Es como debería ser...

—Tal vez tengas razón, y este sea momento de tomar caminos diferentes —dijo él tratando de ser convincente en su tono cauto. No sabía qué le dolía más, tener que lastimarla en ese momento por el bien de ella y Dax o ver las lágrimas rodando por esas mejillas suaves—. Te amo, y no seré capaz de amar a otra mujer como te amo a ti, pero mi entorno es lo que menos necesitas en estos instantes. Dax, tampoco... Tú quieres ascender en tu empresa, y yo

quiero salir airoso de las negociaciones. En un futuro, quizá sea distinto.

Ella se sentía incapaz de discutir, porque creía que le acababan de arrancar el corazón. No entendía cómo continuaba manteniéndose en pie.

—¿Qué ocurre si en el camino llegan otras personas? —preguntó, bajando la mirada—. Porque el tiempo es relativo, y la vida gira en muchas direcciones...

Él le colocó el dedo en la barbilla, y elevó ese rostro que tanto adoraba hacia sí. No creía haber experimentado una situación tan dolorosa como alejarla de su lado. Carecía de importancia si en su cabeza el plan marcaba la circunstancia como algo temporal. Cada hora lejos de ella iba a ser una agonía.

—Intenta no enamorarte de otro, ¿en, princesa? —le dijo con una sonrisa triste.

Alicia no podía continuar más tiempo en ese lugar. Necesitaba salir corriendo, y al mismo instante, la urgencia de abrazarlo era tan fuerte como lo era respirar para un ser humano en la Tierra.

—¿Estás terminando esta relación porque no puedes luchar a mi lado para contrarrestar los efectos de tu pasado no resuelto? —le preguntó—. Luchar el uno por y con el otro es parte de la ecuación...

Él la miró con pesar. Sí, lo sabía muy bien, pero no podía cambiar su discurso, porque eso haría que ella se quedara. No quería involucrarla con Eve más de lo que la víbora de su ex había conseguido. Iba a hacerla pagar por lo que estaba haciendo.

—No, mi amada Alicia, la estoy terminando porque no mereces embarrarte de toda la mierda que traigo conmigo. Porque mereces algo que te haga llorar de alegría, mas no de pesar por circunstancias que te son ajenas y no tienes por qué tolerar.

—Eso es parte de una pareja, Chase... —se apartó—. Intenta no enamorarte de nadie tú tampoco —susurró, antes de dar media vuelta y abandonar la casa dejando en ella su corazón, sus ilusiones y aquellos sueños que su mente había empezado a conjurar a lo largo de esos días inolvidables con él.

Cuando él escuchó el “clic” de la puerta bajó la cabeza. Tomó una profunda respiración y se alistó para lo que serían las próximas semanas.

CAPÍTULO 18

Cinco semanas. Tres días. Veinte minutos. Cincuenta segundos.

Ese era el tiempo exacto que llevaba Alicia sin saber de Chase; al menos personalmente. Los medios de comunicación, en cambio, parecían haber encontrado a su nuevo atleta consentido a quien le dedicaban titulares halagüeños y daban cuenta de su renovada imagen. Se había afeitado la barba, recortado el largo del cabello —aunque todavía mantenía sus rebeldes bucles—, acudía puntualmente a todas las galas más sonadas de la ciudad y a las fiestas más exclusivas; era la sensación del verano, ya no solo para los medios deportivos, sino también para los del corazón.

Quizá ese “romance mediático” también tenía mucho que ver el hecho de que los jugadores en la liga tenían un acceso limitado o nulo, fuera de temporada, con la prensa, y el hecho de que Chase continuase en la ciudad disfrutando del verano, les quedaba perfecto para no dejar de llenar las páginas de deportes o la sección de sociedad. Lo que contaba era la buena prensa. Punto.

Además, Chase se había convertido en el jugador mejor pagado de la NHL.

El contrato de permanencia con los Chicago Warriors tenía una extensión de siete años por un total de ciento cincuenta millones de dólares. A la par, aunque no vinculados en los mismos titulares, se había anunciado que la negociación para el pase de Yves Burrien de los L.A. Wings a los Warriors no se concretó porque el jugador así lo quiso, y también su equipo californiano le había hecho una oferta que lo llevó a firmar la renovación; pero, tal como muchos reporteros comentaban en los plató de televisión, ninguna oferta ese año superaría con facilidad a la conseguida por Chase.

Ahora, Push Fire era la aliada externa indefinida para el equipo de comunicación de los Chicago Warriors, a cargo de Trentos, gracias a la campaña exitosa de Alicia. Sin embargo, ese triunfo —al igual que la oferta de Kathrina de promover la idea de que ascendiese en calidad de socia de la empresa—, le sabía a poco. ¿De qué servía el éxito, el dinero y las brillantes recomendaciones, cuando ella no tenía al irreverente hombre de ojos oscuros a su lado?

No sabía si algún día podría superar la ausencia de Chase o cuánto tiempo

se tomaría él para resolver su vida. Ella era consciente de que no podía suspender la suya, y Maya estaba de acuerdo.

—Han pasado muchas semanas, Al, y no tienes noticias directas de Chase —le había dicho el domingo anterior, mientras Dax estaba en casa de un amiguito. Ellas optaron por darse el gusto de disfrutar una comida en un sitio costosísimo, pero que tenían magníficas críticas culinarias—. Sé que duele, y no sé si te sea suficiente el consuelo de saber de que de verdad te ama; que prefiere lidiar con sus demonios que embarrar su relación contigo cuando sigue teniendo sombras del pasado que lo persiguen... Es momento de tomar decisiones.

—¿Cómo cuáles? —le había preguntado con un nudo en la garganta.

—Marca un tiempo. El verano está avanzado, la temporada de hockey está en pausa hasta casi inicios de septiembre que vuelven los entrenamientos, ¿y tú piensas recluirte en el trabajo y volver al mismo trajinar de siempre con Dax? Creía que empezar a salir, disfrutar de tu juventud era un objetivo a largo plazo. Ser una mujer emprendedora y joven, no significa olvidarte de divertirte y tener una vida sexual sana.

Alicia había asentido con la cabeza, algo distraída y apesadumbrada.

—No puedo acostarme con alguien porque...

—Lo sé —Maya había interrumpido y luego estirado la mano sobre la mesa para apretar con cariño la de Alicia—, porque no amas a otro hombre como amas a Chase. Intenta, entonces, empezar a hacer de cuenta que es probable que él nunca regrese a ti; quizá sus demonios son demasiado astutos y opresores. Las personas, en ocasiones, prefieren regodearse en el dolor porque están acostumbradas a él; porque no saben de qué otra manera vivir...

—Él me ama, Maya... Sé que va a volver a mí...

—¿Cuándo, Al? ¿Cuánto tiempo vas a esperarlo? Esta no es una historia de Penélope y su gran amor, Ulises, al que esperó por años. El tiempo corre, la vida sigue, y tu corazón tal vez nunca deje de amarlo, pero aprenderá a vivir de nuevas ilusiones.

—Hasta el final del verano —había susurrado con pesar—. Le daré hasta el final del verano... Si no sé nada de él, entonces será momento de empezar a sanar poco a poco su ausencia, porque no creo poder olvidarlo.

—Yo tampoco creo que sea posible que lo hagas, ni es lo que te sugeriría, porque cada persona tiene procesos diferentes —había respondido Maya con tristeza—, pero, como te dije, al menos aprenderás a vivir con ello, y marcar un nuevo rumbo.

Alicia había sonreído con tristeza.

—Chase continúa enviando a recoger a Dax los días sábados en la mañana para entrenarlo en el centro comunitario con los chicos de Pullman... Me cuesta un mundo no preguntarle a mi hermano sobre él...

—¿Te ha dicho algo Dax ante el hecho de que no los ve juntos como antes?

—No —había fruncido el ceño—, lo cierto es que mi hermano continúa sonriente como si todo fuese igual... Y no lo es...

—Los niños tienen una capacidad asombrosa de recuperación emocional, y a diferencia tuya, Chase sigue en su vida de algún modo. Así que, en realidad, para mi querido sobrino adoptado en mi corazón, las cosas siguen iguales. Es lo que tiene la edad de la inocencia.

—¿Margaritas? —había preguntado Alicia para cambiar de tema.

El resto de la tarde ambas habían tratado de olvidar comentarios alusivos a situaciones que de momento no tenían solución. Fueron de compras también, hasta que tocó la hora de ir a recoger a Dax a la casa de Johnny Fielding.

Alicia, desde la gran ventana de su oficina, contemplaba el cielo gris de la ciudad. Así era su humor esa jornada, y todas desde que no había visto a Chase. Le causaba tranquilidad saber que no había mención de su pasado o presente. Eso implicaba que, de algún modo, él ya tenía resuelto el asunto con Eve. «¿Qué habría sido de Nellamy?»

Meneó la cabeza y se apartó de la ventana.

Su alrededor bullía de actividad, incluso cuando ya era casi la hora de salida habitual. El tipo de profesión que ejercía no poseía descanso; siempre había una crisis, un cliente en apuros o una situación que era impostergable.

Fue hasta el escritorio para sacar el iPad. Quería aprovechar unos minutos para encontrar sitios interesantes. Sus vacaciones empezarán pronto y quería que coincidieran con el tiempo de su hermano para elegir un sitio que a ambos les gustase.

Un poco de sol quizá era la receta perfecta. Hawaii le apetecía muchísimo. Maya estaría en el viaje que eligieran. Las vacaciones con su mejor amiga casi eran una tradición, no solo durante los días festivos del año —sin importar en qué ciudad viviesen—, sino desde que eran una chiquillas en Seattle. Cuando nació Dax lo incorporaron a los viajes familiares... hasta el día del accidente de sus padres.

No quería pensar en cómo podría empezar a recuperar los latidos normales de su corazón si la ausencia de Chase se continuaba prolongando. De momento, su vida no podía detenerse por otra persona; sin importar cuánto la

amase.

Además, Alicia también debía confesar que era una cobarde, porque enviaba a Margaret en representación suya a la mayor parte de las reuniones en las instalaciones de oficinas de los Warriors. Temía que, si que Chase optaba por ir de repente para alguna gestión o reunión aleatoria, ella no supiese cómo reaccionar al verlo o si acaso él se comportaría distante y eso le dolería todavía más...

Alicia procuraba resolver telefónicamente, o vía Skype, cualquier duda que proviniese de la organización de la que McTavish era propietario, en especial en temas vinculados a la planificación de la nueva temporada, y también la pre-temporada. Ella daba soporte a través de estrategias que creaba con su equipo de Push Fire. «Gracias bendita tecnología.» Sabía que, una vez que empezaran de lleno todas las actividades al final del verano, ella tendría que atender en persona la mayor cantidad de juntas con el grupo que dirigía Trentos.

Esa noche le había prometido a su hermano que verían la última película animada de Pixar. Alicia se relajaba cuando miraba series o filmes con efectos especiales. Además, compartir tiempo con Dax le permitía enfocarse en las cosas bonitas de la vida; en el amor incondicional de una persona que siempre te querría sin importar qué ocurriese a tu alrededor. Ella era la hermana mayor, sí, pero también se sentía como una mamá prestada por nos años hasta que Dax supiese desenvolverse y tomar decisiones de forma independiente.

—¿Alicia? —preguntó Margaret desde el umbral de la puerta con una sonrisa.

De regreso por completo a la realidad, al ruido de las impresoras, los teléfonos y el aroma a café en el exterior de su despacho, ella le devolvió la sonrisa a su asistente. La mujer era paciente, y un gran soporte. Le hablaría a Kathrina para aumentarle el salario, porque era lo justo. Incluso solicitaría un ejecutivo junior adicional para su equipo. Todavía estaba en proceso su adhesión como socia de la agencia, así que necesitaba hacer un poco de presión con sus demandas de personal; desde la firma con los Warriors, el trabajo se había redoblado, no era un pulpo intelectual.

—Margaret, ¿qué ocurre?

—Sé que estás a punto de irte, pero ha llegado una persona que quiere hablar contigo para la posibilidad de trabajar con nosotros. Te acabo de enviar un archivo con la descripción de la compañía.

Alicia frunció el ceño.

—¿La persona ha venido sin más...?

—Le comenté que estabas a punto de irte, pero él insistió. Quiere que revises el archivo, consideres cómo puede resolver el problema.

«Una bienvenida distracción antes de ir a casa», pensó.

—De acuerdo. Necesito veinte minutos y luego te llamaré si es que considero que podemos agregarlo a la cartera de clientes y si no existen conflictos de intereses con los demás socios. Le voy a cobrar la hora de consulta, aunque me tome veinte minutos. Lo más importante, ¿cuál es el nombre de esa persona?

—Jacques Whitley. Me dijo que en el caso de que no estuvieras interesada, él quiere hablar contigo para convencerte de lo contrario. —Alicia se rio—. Sí, lo mismo hice yo... —Margaret se encogió de hombros—. Un hombre persistente.

Alicia asintió y volvió la atención a la pantalla de su ordenador. Buscó en los correos y abrió el archivo. *Corporación de Tabacos Himalaya*. Dio un clic y empezó a trabajar con prontitud. No debería cobrarle la hora completa, pero existían dos factores: el primero, estaba sobre su hora de salida; el segundo, se acababa de presentar a su oficina demandando atención sin pedir una cita. Incluso debería cobrarle por dos, pensó con ironía.

Hizo una pausa, porque necesitaba ponerle rostro al tal Jacques. Cuando apareció la fotografía de un hombre de aproximadamente treinta y cinco años, ojos azules y una sonrisa al puro estilo de James Bond en un bar con la situación controlada, Alicia miró dos veces. Impecable en su atuendo en todas las fotos, elocuente en sus charlas motivadoras en importantes convenciones, exitoso y con una gran influencia en la industria tabacalera, Whitley era el tipo de hombre que, si Alicia no hubiera conocido a Chase, la habría atraído sin remedio.

A medida que avanzaba en la lectura, la situación la intrigaba más en profundidad. La empresa estaba metida en un lío de mil espadas. Complicado. Justo la clase de retos para los que ella vivía.

Revisó en la web, hizo un par de llamadas discretas, y tomó una decisión. Al menos de momento, el caso —bajo sus conocimientos del entorno corporativo de Push Fire y la clase de clientes que tenían en el palmarés— no constituía un conflicto de intereses. No podía esperar a conocer en persona a Whitley.

Tomó una respiración profunda. Se trataba de una demanda colectiva contra Corporación Tabacos del Himalaya, interpuesta por un grupo de Comanche —

indios nativos americanos en este caso de Colorado—, que exigían a la compañía un pago de cien millones de dólares por casos de cáncer de pulmón en menores de edad. Todavía la demanda no salía en los medios, la estaban trabajando a través de conversaciones con abogados; estaba en sus primeras etapas. Entonces el caso estaba en pañales, pensó Alicia. Iba a ser una batalla importante. Tenía que analizarlo en una junta con Kathrina y los socios.

—Margaret, dile al señor Whitley que lo recibiré ahora —dijo por el interfono.

El tener que buscar a Eve, semanas, atrás no fue un escenario agradable para Chase. Menos, cuando ella era la culpable de que no pudiese estar con Alicia. Tal vez, en otra vida, habría sido un asesino a sueldo, porque las ganas que tuvo de ahogarla con sus propias manos fueron demasiado intensas.

—Oh, has venido —había dicho con una sonrisa complacida, mientras abría de par en par las puertas del apartamento en el que vivía, bastante alejado del centro de Chicago—. Te he echado de menos. Jamás imaginé que vendrías a buscarme, pero no sabes la maravillosa sorpresa que es...

—¡Cállate! —le había dicho interrumpiéndola y dando un portazo. No quería escuchar a ningún vecino cotilleando sobre lo que podrían o no escuchar—. Siéntate que tú y yo vamos a arreglar esta mierda que has creado de una buena vez.

Ella había tenido el descaro de mostrarse sorprendida, ofendida, y —muy al estilo de Eve— herida.

—¿Debo asumir que tienes problemas en el paraíso? —le había preguntado acercándosele para acariciarle la mejilla, pero él se apartó a tiempo—. Estás muy sensible, hoy, tesoro.

—Corta la mierda, Eve. Pasaste una línea muy fina al acercarte a Alicia, y rompiste la única oportunidad de que te continuase tolerando, al hablarle.

—¿Es que no siguen juntos? —había preguntado con falso interés, pero la manera en que brillaban de regocijo sus ojos grises decían otra cosa—. Yo no tengo la culpa de que...

Chase la había agarrado de la muñeca, agitándola para que se callara. Ella perdió el equilibrio y cayó sobre el sofá, riéndose e intentando que él cayera sobre su cuerpo. No sucedió de ese modo. Él tenía mejores reflejos.

—Te voy a dejar claro algo. Primero, esa mujer a quien te atreviste a agraviar con tu sola presencia, es la persona a la que amo. Segundo, puedes ir

a contarles a todos los medios de comunicación lo que se te antoje, porque no me interesa. —Ella había mirado a Chase con los ojos abiertos de par en par—. No me avergüenzo de lo que no he hecho. Jamás he hecho nada para dañarte. ¿Por qué continúas en el afán de destruirme a toda costa con tus chantajes emocionales?

Durante un largo rato, Eve había permanecido en silencio. Chase, respiraba agitadamente, porque el autocontrol no era su mayor virtud.

—Jamás me dijiste que me querías... —finalmente había dicho en un hilillo de voz y con lágrimas en los ojos. Unas lágrimas que, por primera vez en todo el tiempo que la conocía, Chase supo que eran reales—. Incluso cuando estuve contigo apoyándote en tus pequeños triunfos, cuando escucha tus sueños, por más de que no los entendiese; cuando ayudaba a Alana, lo hacía más por ti; cuando escuchaba a Nellamy lo hacía en el afán de ganarme tu atención...

Chase se había apartado para sentarse, bajó la cabeza y se pasó los dedos entre los cabellos, mientras Eve hacía lo propio, marcando espacio.

—No se puede forzar el cariño, y con todas las cosas que has hecho y dicho, Eve, francamente... ¿Qué esperabas? Ese día que tuvimos sexo, ¿estabas esperando un hijo de otro hombre! Por Dios, todos tenemos un límite de tolerancia por más jodidos que estemos de la cabeza.

—Tenía muchas emociones encontradas en mí... Siempre te había deseado y querido, incluso creía que estábamos destinados de alguna retorcida manera... Nuestras vidas jamás han sido fáciles... —Ella había suspirado con tristeza y derrota—. Cuando perdí al bebé, y el padre no quiso saber de mí, tú fuiste el único que me mostró apoyo, a pesar de que, por mi culpa, te retuve ante la posibilidad de estar con Alana ese día...

Eso había conseguido que Chase elevara la mirada. ¿Estaba admitiendo...? No, no podía ser posible. Él quería que se lo dijera muy claro; alto y claro.

—¿Estás aceptando una culpa?

—Te culpé a ti, porque era más fácil que culparme a mí misma o que exonerarnos a los dos. Porque una exoneración habría implicado romper todo lazo con el pasado... Habría implicado que tú te olvidaras de mí.

—¿Por eso decidiste jugar con mi cabeza, con mis emociones...? —le había preguntado con resentimiento—. Te apreciaba, y aún así, lo que has hecho ha sido convertir, a lo largo de los años, un deseo de afecto en uno de rabia y odio hacia ti por todas las gilipolleces en las que me he permitido participar cada que apareces en mi vida... El sexo contigo ha sido siempre una forma de castigo... No es eso lo que quiero, no es eso. Ya no lo es más...

Eve había dejado que las lágrimas fluyeran por sus mejillas. Lloró en silencio, y Chase no se movió en absoluto. Pasaron muchos minutos así, sin hablar. Uno junto al otro, pero separados por un abismo infranqueable.

—Lo siento... —había dicho en un susurro—. Yo... No sabía que amaras tanto a esa mujer... No sé qué es amar —Él había leído en su expresión la misma sensación de estar perdido que él solía experimentar desde que dejó a Alicia—. Lo siento...

Él había suspirado.

—Algún día tal vez lo descubras, pero no mientras creas que castigarme o castigar a otro hombre por culpas, emociones o situaciones no resueltas, sea la forma de retener a una persona. Nadie se ata y si crees que eso es sano, entonces debes buscar ayuda. Somos libres, Eve, y quiero serlo... Quiero que tú lo seas... No nos pertenecemos, nunca lo haremos.

Chase había cambiado su tono de voz agraviado y fúrico, por uno inesperadamente comprensivo y empático. Parecía como si, de pronto, pudiera ver a la Eve real, aquella detrás de la aparente suficiencia y bravuconada que solía presentar a otros. Y sentía pena por ella.

—Alicia... Ella, ¿ella, te dejó de verdad...? —había preguntado sin malicia, y limpiándose el rostro con el dorso de la mano.

Llevaba el rimmel corrido. Era la primera vez en años que Chase la había observado en un estado de vulnerabilidad y sincero arrepentimiento.

—Sí...

—Nellamy me ofreció dinero para empezar una nueva vida si conseguía que ustedes dos rompieran la relación... Alicia era el modo de halar la cuerda por el lado más frágil... Solo tuve que pintarle el panorama de un desastre profesional para ti...

Chase había soltado una carcajada de incredulidad. « Nellamy. » Debió haberlo imaginado en un inicio. Ella siempre utilizaba la vulnerabilidad de Eve, haciéndole creer que podía cambiar su vida si conseguía atraparlo. La cretina de su madre había encontrado una víctima contra la cual desahogar su veneno; una persona que, a pesar de tener una familia —disfuncional, pero familia al fin y al cabo—, poseía una altísima necesidad de aprobación y sentido de pertenencia.

—Aléjate, Eve. Nellamy es una hiedra venenosa... Sal de Chicago.

—¿Sabes? Nunca noté que alguien te importase tanto, ninguna de esas chicas con las que salías por unas semanas o pocos meses —había dicho ella con tristeza, y abrazándose a sí misma. Dejar caer el velo de las apariencias

implicaba quedar desnudo en un modo que la forma física jamás equipararía —. Lo siento, Chase...

—Yo también... —había dicho mirándola finalmente.

—Me iré de Chicago... Solo espero que no sea demasiado tarde para ti y Alicia... Yo jamás te habría dejado ir...

—Tal vez, ahora tienes tu respuesta.

Ella lo había observado con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—No me amaste, no me amas, Eve. Lo que sientes es un apego tóxico... Empieza de nuevo. Te deseo mucha suerte, pero si vuelves a cruzarte en mi camino o el de la mujer que amo, vas a tener abogados y un avión esperándote para que te largues de Estados Unidos sin opción. No creas que eres la única capaz de hurgar en los trapos sucios y conseguir algo.

Eve lo había mirado para luego reírse con humor; no existía rastro de sarcasmo.

—Supongo que algo has aprendido de mí...

—Algo —había replicado con la extraña sensación de que acababa de cerrar un capítulo que nunca creyó posible dejar de lado.

—Dale mis saludos a Alana cuando vayas a visitarla al cementerio, yo siempre la llevaré en la memoria, pero no quiero utilizarla como excusa para acercarme a ti de nuevo, ni quisiera que lo considerases de ese modo... Tal vez no sirve de nada ahora, Chase, pero... —había soltado un sollozo quedo, mientras él tenía la mano en el pomo de la puerta—, gracias por... Empezaré a buscar un empleo pronto.

—Adiós, Eve.

Lo último que recibió de ella fue un mensaje de texto diciéndole que estaba embarcándose hacia Tucson para abrir un nuevo modo de sobrevivir y quizá, si tenía suerte, encontrar lo que Chase había hallado con Alicia.

—Buenos días, Chase, ¿estás listo para nuestra sesión de esta mañana? —preguntó el terapeuta, Arides Theonatos, a quien llevaba consultando las últimas cinco semanas, después de Eve. Enfrentarse a sí mismo era la batalla más dura, porque implicaba aceptar errores que no solías aceptar en el día día. Resultaba muy sencillo evadir y escapar. La vida era para valientes.

Cuando se sinceró con Buck sobre su madre, Alicia, Eve, Alana, con detalles que su amigo y mánager, le confesó, tan solo sospechaba a breves

rasgos. Fue cuando Buck le sugirió ir a terapia para intentar analizarse, entender y tomar decisiones.

Cada día extrañaba a Alicia. Le cabreaba ir a los eventos con una de esas mujeres trofeo que trataban de acostarse con él, a pesar de que les decía claramente que no estaba interesado en ellas. Existía la tentación de llevarse a la mujer que quisiera a casa, claro que sí, pero ninguna le valía. De hecho, ni siquiera se tomaba la molestia de intentar experimentar, porque el tiempo que estaba dándose no consistía en dejarse llevar por sus necesidades sexuales, sino para tratar de volver con la mujer que amaba presentándose en la mejor versión de sí mismo. Por él, y por ella.

CAPÍTULO 19

Agosto.

Casi al final del verano en Estados Unidos.

Maui fue un sueño. El maravilloso espectáculo que era el ocaso en Hawaii no tenía parangón y Alicia quiso tener más tiempo alrededor de las islas. Doce días construyó castillos de arena con Dax, nadaron en las aguas cristalinas con Maya, se bañaron en la piscina del resort en el que se habían quedado, hicieron hiking para explorar los alrededores, danzaron al anochecer en las tradicionales presentaciones de los nativos hawaianos y se unieron a otros turistas.

Al caer la noche, terminaban rendidas; ya cuando Dax estaba profundamente dormido, Maya y Alicia, pedían cócteles a la habitación y se quedaban hasta altas horas de la madrugada conversando. Ese viaje había sido una catarsis para ambas. No había nada más magnífico que el contacto con la naturaleza para sanar la mente, pero también para aliviar el corazón.

Apenas regresó a la oficina, Alicia retomó los temas pendientes. Consiguió una pasante muy lista para que ayudase en la organización de eventos externos y también para hacer estudios de opinión con grupos focales. Su hermano todavía no entraba en la escuela, así que estaba inscrito en un curso vacacional de deportes, pintura, además de que continuaba practicando los días sábado hockey con Chase.

—Al... —le había dicho una noche, mientras cenaban.

—¿Sí?

—Chase me pregunta siempre por ti... —Ella tuvo que hacer una pausa para no atragantarse con el puré de patatas. Como no podía hablar, tan solo le había hecho a su hermano una señal con la mano para que continuase—. Le conté de nuestras vacaciones, y que la pasamos increíble, pero también que algunos hombres se te acercaban a pedir que tomaras cosas con ellos.

—Oh, Dax, eso no se cuenta. —Él se había encogido de hombros—. ¿Qué... Qué hizo Chase? —había preguntado sin poder contenerse.

—Solo pareció triste, hizo una mueca, y después empezamos a patinar —había murmurado—, pero cuando le pregunto por qué ya no viene a saludarte a casa, me dice que por ahora está trabajando en ser una mejor persona. ¿Qué

quiere decir eso? Él es una gran persona, por eso es mi jugador preferido.

—Oh, Dax... —había murmurado conteniendo las lágrimas—, tan solo que está ocupado preparándose para la temporada.

—Ah, vale, pues ya después vendrá entonces, ¿cierto?

—Cierto... —había respondido porque no tenía corazón para hacer explotar la burbuja de alegría que representaba para su hermano el hecho de que Chase lo entrenase cada fin de semana, sin falta, y fuese su amigo—. Ahora, ¿qué te parece si me cuentas qué día vas a dejar que te haga cortar ese cabello alborotado que llevas?

—¡Uggg, Al, deja mi cabello en paz! —había dicho, y después empezó a cambiar el tema por uno más divertidos: los nuevos juegos de consola que quería, así como aprender a hacer slime de colores con escarcha.

Durante días la breve charla se repitió en su cabeza una y otra vez.

Aunque procuraba negarlo a ratos, lo cierto es que sentía el aguijón de los celos punzándola cada vez que revisaba el dossier de prensa de los Chicago Warriors, y encontraba a Chase, en fotografías o vídeos, con una mujer distinta del brazo en eventos público. Sabía que muchos eran coordinados por su propia agencia —no solo para él, sino todo el equipo de jugadores al completo, en coordinación con sus agentes, y mantenerlos así en la memoria del público hasta que diese inicio los entrenamientos de la nueva temporada de hockey—, a través de la gestión indirecta de ella con su equipo y el de Trentos, pero esa certeza no borraba el impacto de verlo con otra persona. Estaba fuera de su capacidad de aceptación.

En un inicio —cuando todavía no estaban ajustadas ninguna de las actividades publicitarias para que fuesen ejecutadas por los jugadores—, Alicia creyó que las salidas de Chase, con mujeres a fiestas de altos perfiles, se trataba de un asunto para no dar pie a preguntar sobre ella o lo que habría ocurrido en la relación de ambos, y quizá también dar a entender que él ya había cambiado la página de su vida amorosa, tan rápido como la empezó a escribir meses atrás. El mensaje entrelíneas sugería que él estaba dispuesto a recuperar su título del soltero de oro en la ciudad.

A medida que pasaba el tiempo, Alicia empezaba a creer que tal vez Chase se había dado cuenta de que lo que habían vivido a lo largo de esas semanas juntos no era lo que necesitaba; quizá su descubrimiento persona lo había instado a reconsiderar su interés en ella. Tal vez había regresado a sus viejos hábitos... a Eve. Sin embargo, después de esa breve charla inesperada con su hermano, Alicia empezaba a reconsiderar todas teorías sobre Chase y lo que

podía estar sucediendo en su vida.

Quizá su vida amorosa estaba en pausa, pero no su lado profesional.

Después de un largo debate, Push Fire decidió que declinaría la oportunidad de llevar el caso, en el plano comunicativo y de imagen, de la Corporación de Tabacos del Himalaya. Sí, el dinero que recibirían eran impresionante a modo de honorarios, sin embargo, la mayoría de los socios decidió que sería contraproducente como agencia, porque había niños de por medio —un público en extremo vulnerable—, y una enfermedad catastrófica asociada a un vicio que era imposible de erradicar. No se podía maquillar la realidad, al menos no sin romper con códigos de alta ética que manejaban. El costo-beneficio iba en contra de sus intereses, y ningún cliente valía la propia reputación; no se trataba de ser los pateadores de trasero oficiales de las relaciones públicas, sino de hacer un buen trabajo sin perder los límites básico de decencia humana. Alicia, por haber sido el contacto primario, tuvo que hacer la llamada declinando aceptar a la corporación como cliente, y respaldó su comunicación con un email con copia a los más altos cargos de la transnacional.

La respuesta no se hizo esperar, pero no de la forma que hubiera esperado.

A la mañana siguiente de la llamada, le llegó un ramo de hermosas flores blancas a su despacho. En un principio creyó que eran de Chase, pero reconoció que él no era el tipo de hombre que enviaría flores. Cuando leyó la tarjeta solo sintió pesar. Reconocía que las flores eran bellísimas, pero no le apetecía salir con otro, menos si era una persona que estaba involucrada en un caso tan delicado. Imposible.

Alicia,

Me encantaría conocerte mejor; eres una mujer hermosa que ha cautivado mi atención. Cena conmigo esta noche. Sería un honor que aceptaras.

Atentamente,

Jacques Whitley.

—¿Admirador secreto? —le preguntó Margaret—. Son hermosas.

Alicia asintió mirando el gran ramo.

—Por favor, llama a la oficina del señor Whitley y agrádecele en mi nombre. Dile que no puedo aceptar su invitación, porque es antiético.

—¿Lo es?

—No, Margaret, pero es una salida diplomática.

Su asistente la miró con inquietud.

—¿Alguna vez vas a comentar qué ocurrió contigo y Chase Beckett? Me encantaba verlos juntos en las fotografías. Y, si soy sincera, me aburre tener que buscarle una pareja a él, a los otros Warriors solteros, para los eventos que Trentos quiere trabajar con ellos. Como si ellos no pudiese conseguir sus propias citas.

Alicia se rio.

—Son asuntos de trabajo. Estoy segura de que lo comprenden. Por cierto —dijo mirando la agenda que tenía en el ordenador—, te recuerdo que alguien del equipo, elige tú, debe ir a Vancouver con el camarógrafo de los Warriors para filmar un día en la vida de Boris Javoyen, el defensa que acaban de contratar.

—Vale. Excelente forma de cambiar de tema, pero te diré que te veía más feliz con Chase, que ahora que estás a punto de ser socia de la compañía.

—Hay muchas situaciones de por medio... Gracias por tu apoyo, Margaret.

—Seguro, jefa. Lo que sea por ti —le dijo con una sonrisa antes de salir.

El verano estaba por llegar a su final, y gran parte de los atletas ya estaban empezando a regresar a Chicago para ambientarse de nuevo a la rutina de trabajo, en especial aquellos que eran nativos de otros países. Los entrenamientos, las bromas en los vestidores y los planes para salir de juerga en las noches, en especial para los novatos que acababan de ser contratados por los Warriors, eran ya parte de la agenda en construcción para los siguientes meses. Los jugadores estaban muy motivados.

La organización de los Chicago Warriors esperaba para septiembre la incorporación al completo de la lista de jugadores. El staff administrativo funcionaba como cualquier oficina, de nueve a cinco y con el tiempo de vacaciones reglamentado, pero los requerimientos de la prensa estaban limitados. Solo los jugadores que habían accedido a tener flexibilidad para entrevistas aceptaban concederlas, y gran parte de la responsabilidad sobre lo que decían o no recaía, fuera de la temporada, en los representantes de cada uno de ellos, aunque consultar con el equipo de Trentos era una cortesía que nadie osaba ignorar. La comunicación era la clave, en especial si se trabajaba con veinticuatro personas de élite en el deporte, además de todo el grupo que se encargaba de entrenarlos, llevar los equipos, coordinar los viajes, nutricionistas, los terapeutas físicos, entre otros.

Por otra parte, los fans no sabrían de un primer partido de la NHL hasta octubre que diera el inicio el programa oficial entre todas las conferencias a las que pertenían los treinta y un equipos. Una larga espera. Chase no tenía problema. Estaba en plena forma, recuperando la masa muscular que, normalmente, se solía perder a lo largo de los meses por el ejercicio y tal. Buck y él se habían tomado un respiro; vacaciones más que merecidas. Aunque no salió de Estados Unidos, aprovechó para ir a Las Vegas con Pils y algunos de los muchachos para jugar al Póker o a la ruleta. Los viajes a sitios naturales los hizo solo: al parque Yellowstone, el Antelope Canyon en Arizona, la garganta de Oneonta en Oregon e incluso alcanzó a disfrutar del Parque Nacional Dry Tortugas, en Florida. Se iba los domingos en la tarde y volvía los viernes en la noche para, el día sábado, entrenar a Dax.

Podía decir que estaba relajado, y la terapia con el doctor Arides le ayudaba significativamente. Sabía que no se trataba de un tema temporal, así que pretendía utilizar la psicología —la organización de los Warriors poseía un departamento que se encargaba de esos temas con sus jugadores, pero él jamás se mostró abierto a ello hasta que creyó tocar fondo, hasta que encontró un verdadero motivo que le abriese los ojos; y luego, claro, con el impulso de Buck—, en su vida diaria durante un largo período. Todo tratamiento implicaba un compromiso; él estaba inmerso de lleno.

Chase acababa de salir de la ducha.

Cuando llamaron a la puerta frunció el ceño. No pasaba del mediodía, y Buck, hasta donde tenía memoria, llegaría en la tarde para discutir cómo iban a manejar sus auspiciantes en conjunto con una nueva agencia de marketing que habían contratado para los siguientes años. ¿Se habría confundido?

Bajó las escaleras y abrió.

Dos oficiales de policía estaban, tan serios como podía ser posible, en el umbral.

—¿Chase Paul Beckett? —preguntó el oficial más alto de los dos, y de aspecto más bonachón. El otro oficial poseía un bigote pronunciado y mirada especulativa.

Durante un breve instante, él se quedó en shock.

—Yo... Sí —murmuró—. Oficiales, ¿en qué puedo ayudarlos?

Intentó rebuscar en su memoria todas las posibilidades que pudieran haber desembocado en una visita de oficiales de policía. No había tenido una noche de juerga con demasiado alcohol o algún instante en que hubiese perdido el sentido.

—Buenos días, señor Beckett, no podíamos localizarlo por teléfono, así que nos contactamos con su representante, Buck Kye. Nos dijo en dónde podíamos encontrarlo dada la delicadeza de la situación. No solemos hacer este tipo de visitas, pero considerando su perfil y las repercusiones —el oficial alto de pronto bajó la voz—, y porque somos fans de los Warriors, quisimos hacerlo discretamente. —El oficial de bigotes, asintió.

Uno se llamaba, según las placas en la pechera de los uniformes, J. Harris, y el más bajito, R. Fallon.

—Imagino que son malas noticias... —dijo Chase, confuso.

—Encontramos esta mañana el cuerpo de Nellamy Amanda Linard, entiendo que es su madre. —Chase asintió—. Al parecer alcanzó a llamar a emergencias, pero cuando llegó la ayuda era demasiado tarde. Lamentamos su pérdida.

Él, contrario a lo que hubieran esperado los portadores de esa noticia, no sintió absolutamente nada. Tan solo apretó los labios, y asintió.

—¿Me pueden dar detalles, oficiales? —preguntó mirando a uno y otro.

—Sobredosis, al parecer, pero para proceder con un informe forense más detallado necesitamos que, ahora mismo, acuda al reconocimiento del cadáver. Está en la morgue. Usted estaba en la lista de su familia. La única persona de hecho —dijo R. Fallon—, y por eso estamos aquí.

—Gracias por venir, oficiales.

—Lo escoltaremos.

—Sí, gracias. —Luego subió a buscar sus documentos, el teléfono, y después procedió a dejarle un mensaje a Buck informándole lo ocurrido.

El último eslabón de la cadena de su pasado había desaparecido, literalmente.

Chase hizo cremar el cuerpo de Nellamy. Al entierro acudieron tres amigas de su madre, compañeras de oficio y una vecina, y él. El servicio fue breve, formal, pero Chase no soltó ni una lágrima. No odiaba a su madre, tan solo sentía que ahora estaba, de verdad, en paz. La autopsia había revelado que Nellamy falleció debido a una mezcla de barbitúricos con heroína. Un suicidio.

Él, porque el cinismo vinculado a su madre estaba afilado, sabía que era un llamado de atención para que se sintiera culpable por no haber querido hacerse el examen de compatibilidad ni mover hilos para ponerla primero en

la lista de receptores de riñón. ¿Cruel por negarse a hacerlo? No. Chase había tenido suficiente con Nellamy, y arriesgar su carrera, su futuro, por una persona que jamás lo quiso era simple supervivencia. Sentido común.

¿Por qué la sociedad continuaba diciendo “siempre será tu madre y deberías...”? El deber, el ser, el tener... Todo lo que fácil se decía, pero ¿en dónde habían estado todas esas personas que se encargaban de divertirse juzgando a otras cuando de arreglar los verdaderos problemas se trataba? Dar opiniones desde lejos, mientras otros son los que se debaten por salir adelante sin recibir una soga para sacarlos de la profundidad de la fangosa realidad, es fácil. Lo difícil es comprometerse, cerrar la boca, y empezar a vivir la propia vida para dejar en paz al resto.

Claro que Nellamy siempre sería su madre, porque le dio la vida, porque era el título que correspondía, sin embargo, para Chase carecía de sentido forzar el cariño o la justicia con una persona que no había proveído nada de eso. Había hecho lo que cualquier otro ser humano: un funeral sencillo, digno, y una lápida. Nellamy no sería anónima, y él no volvería a ser víctima de los chantajes emocionales de nadie.

Sí, claro que los medios de comunicación se enteraron de la muerte de su madre, pero no hubo mayor repercusión. Ese no era el tipo de titular importante que generaba ganancias; él era atleta de élite no actor de Hollywood.

Aunque, por supuesto, nunca faltaba alguna persona curiosa, o imprudente, que intentaba hurgar en los detalles tras la muerte de la madre de un millonario y exitoso jugador de la NHL. Por otra parte, Alicia no apareció, y a pesar de que Chase le pidió tiempo para sanar en soledad su pasado, una parte necia de sí había querido que ella le hiciera llegar sus condolencias en persona, pero no ocurrió. A cambio tuvo a Margaret, la asistente y mano derecha de ella, enviando una tarjeta de pésame a nombre de toda la agencia Push Fire; también le ayudó a aplacar las preguntas indiscretas y manejar el asunto con bajo perfil.

Eve no apareció, y fue de agradecer. Después de todo, Nellamy le había causado tanto daño a ella, como a él. No podía culpar que prefiriese mantenerse alejada.

Su vida, al fin, estaba en orden. Tan solo faltaba la pieza más importante. La pieza que conseguía que despertara cada mañana, entrenara, y después soportara largas sesiones de terapia, hablando de su tema menos favorito: él, su vida. No importaba que fuese una vez a la semana, pero era su compromiso

consigo mismo.

Haberle pedido tiempo a Alicia era una de las decisiones más duras que tuvo que tomar, porque estaba ante el incierto panorama —según lo que Dax le contaba espontáneamente cada tanto— de que ella pudiera aceptar salir con otra persona. ¿Cómo se atrevían esos imbéciles a creer que una mujer como Alicia se fijaría en ellos? Tal vez había dejado de largarse a bares o follar chicas simplemente por una calentura, pero su capacidad de romperle los huesos a cualquier que tocara o se atreviese a ponerla mirada en la mujer que amaba, estaba intacta y lista para utilizarse.

Lucharía por Alicia, limpio o sucio o ambos, porque era quien le había enseñado a amar. ¿Cómo se dejaba ir a la persona que tenía su corazón en las manos y el poder de destruirlo con una sola palabra? Estaba listo, no había más sombras, y esperaba que la vida no volviese a darle una bofetada, quitándole todo.

Solo le quedaba jugar su carta más importante. Y para eso tenía un aliado.

Septiembre resultaba un mes interesante por la cantidad de actividades de adaptación para el equipo. Los fines de semana, antes de empezar los encuentros en la liga, los eventos de integración organizados por el staff eran imperdibles. McTavish se gastaba muchísimo dinero en barbacoas, cenas y torneos internos de golf, en un ambiente por completo privado para que los jugadores se integrasen. Todos lo pasaban increíble, y cuando llegaban los días difíciles o surgían conflictos por diferencias, el ambiente creado antes del duro trabajo rendía sus frutos. El trabajar en equipo representaba un esfuerzo adicional, así como la plena conciencia de que ninguno podría ganar si no ganaban los demás, al igual que ocurría cuando perdían o sufrían algún revés. Aplicaba la frase de los famosos Mosqueteros: “Uno para todos, y todos para uno”. No era cliché, sino la realidad.

Chase estaba patinando en la pista del centro comunitario, y esperaba a que Larry —a quien había contratado de forma permanente para cuando no le apetecía conducir— trajera a su alumno preferido. El chaval era talentoso, y si todo salía bien a lo largo de los años, estaba dispuesto a apadrinarlo para que tuviese una oportunidad en la liga profesional de hockey.

Ese día, como todos los sábados a las diez de la mañana, el centro estaba cerrado al público para hacer mantenimiento. Él aprovechaba esas horas previas para entrenar a Dax. Pronto llegaría la temporada de hockey en pleno,

y le sería imposible coordinar todos los sábados los entrenamientos. Tendría que hablarlo con el chaval, porque lo último que deseaba era decepcionarlo. Le dio su palabra que siempre estaría para ayudarlo a mejorar su juego, e indistintamente de lo que sucediese con Alicia, iba a cumplir su palabra.

—Hey, campeón —expresó cuando vio aparecer al niño. Llevaba el nuevo equipo de goalie que le había obsequiado.

—¡Hola, Chase! —exclamó con una amplia sonrisa—. Hoy voy a proteger la net con mucha más energía que la semana anterior, y quiero practicar un poco en el área de la defensa. ¿Puedo? Tal vez ser goalie pueda combinarse...

Dax siempre tenía esa expresión impregnada de ilusión que le recordaba mucho a su infancia, el único lado bueno que había tenido siempre: el hockey. Al menos, hasta que llegó Alicia a su vida, entonces todo cobró un sentido diferente.

—Todo lo que quieras. No hay ningún límite. Recuerda que tienes muchos años por delante para explorar lo que quieres, y ahora estamos aprovechando para darnos cuenta de cuáles son tus fortalezas como jugador. —Dax asintió—. Por cierto, hay algo importante que quiero hablar contigo al finalizar nuestra jornada. Así que, por ahora, manos a la obra. A calentar esos músculos.

—Chase, hoy no puedo quedarme más de la hora —hizo una mueca de enfado por la situación—, tengo que estar de regreso pronto en casa.

Chase solía extender la práctica, porque sabía que Alicia lo permitía, y esta era la primera ocasión que el niño le mencionaba que no podía quedarse más tiempo. A él le gustaba tratar de entender la mente de un chaval de ocho años de edad, y escuchar las ocurrencias o preguntas que solía tener Dax. Sin embargo, en esta ocasión no se trataba de una charla cualquier; la conversación era importante.

Frunció el ceño y se agachó un poco, con las manos en las rodillas, para mirar al niño de forma interrogante.

—¿Ha ocurrido algo? —indagó, preocupado.

Dax hizo una leve negación. Llevaba el casco protector puesto, pero sus movimientos eran firmes.

—Tan solo que Alicia me dijo que tenía algo importante que hacer, y mi tía Maya va a llevarme al museo Fielding, hasta que Al estuviese libre. Así que no puedo llegar tarde a casa o mi hermana no saldrá a tiempo. No quiero que se enfade.

—¿Algo importante, dices? —Dax asintió de nuevo—. ¿Qué, por ejemplo?

Dax se encogió de hombros. Él solo quería aprovechar el tiempo que le quedaba en la pista de hielo. Odiaba que su hermana quisiera que fuese más temprano a casa, porque ese era su tiempo con su amigo Chase. Ni modo.

—Algo de una cita y que tenía que verse muy guapa —hizo una mueca—, cosas de chicas, supongo —miró alrededor con ansias—, ¿empezamos a entrenar, Chase? —preguntó con inocencia, ignorando que su amigo en la NHL iba a convertir esos sesenta minutos de clases de hockey en los más lentos de la historia.

—Tengo un plan mucho mejor que ese, ¿qué te parece si te lo cuento, y lo ponemos en práctica?

Dax lo miró con curiosidad a través del visor del casco.

—Eso está bien, pero solo si implica algo divertido.

Chase esbozó una amplia sonrisa.

—No lo dudes. Ahora, cuéntame, ¿qué tan bien sabes guardar secretos?

El niño lo miró con solemnidad, como si le hubiese preguntado respecto a su más alto nivel de lealtad masculina en una amistad.

—Soy una tumba —replicó, gesticulando con los dedos enguantados la simulación de un candado y lanzando la llave a un lado.

—Dame esos cinco, Dax —pidió riéndose, y el niño estiró la mano—. Recuerda que tú y yo somos un equipo. ¿Vale?

—Sip.

CAPÍTULO 20

Los pendientes de perlas en forma de gotas con chispas de diamantes alrededor eran parte de la colección de alhajas de su madre. Alicia sabía que impresionar a Clay Greyson era esencial, en especial si contaba el hecho de que llevaba dos largas semanas tratando de concretar esa cita, pero ninguno de los dos había tenido espacio en la agenda o se cruzaban sus horarios.

—¿Estás segura de que Larry va a traerlo a la hora acordada? —le preguntó a Maya, mientras su mejor amiga la observaba sentada en la cama—. Debí darle yo misma el mensaje. Tú eres demasiado flexible.

Maya se rio, porque su mejor amiga, debido a la posición en que se hallaba al ser la responsable de Dax, era un poco más seria que cualquier otra persona de su edad. Entendía la situación, claro que lo hacía, sin embargo, para ella el tema de maternidad difícilmente llegaría antes de los 30's.

Prefería seguir divirtiéndose con sus viajes de trabajo, flirteos con guapísimos desconocidos de exóticas facciones, y ser la tía consentidora de su querido Dax. Mientras, se encargaba de implementar en la rutina de Alicia un poco de alegría, y tratar de sacarla de casa cada que le fuese posible. ¿Para qué estaban las mejores amigas, sino para ayudarse mutuamente, verdad?

—Claro, le pedí que no permitiese que el niño se quedara más de lo previsto en la pista, porque tú tenías que acudir a una junta y no podías dejar a Dax sin supervisión, y que yo lo llevaría al museo. Aunque me da pesar por mi sobrino, Al, porque realmente disfruta de sus clases con Chase. —Alicia frunció el ceño, esperand una explicación sobre ese comentario. Maya agregó —: Lo he visto patinar, no solo cuando vamos a verlo a sus clases regulares, y tiene mucho talento. Eso no lo vas a negar. Ahora, no me mires con esa expresión de sorpresa, Dax me invitó un par de ocasiones para que lo viese jugar en el sitio en que entrena con Chase. Obvio, no iba a negarme, así que en ese par de ocasiones tuve tiempo de conversar con el hombre que te tiene atormentada —dijo esto último con ligereza.

—Pudiste decir algo, ¿no?

Maya se encogió de hombros. Se miró las uñas, porque el día anterior se había hecho la manicura. Eligió un tono rosa, pero tan solo para que combinasen con el color de ropa que pensaba utilizar esa semana en la oficina.

—Me dejaste claro que Chase era un asunto que preferías evitar, ¿o es que

estás empezando a desarrollar algún desorden de personalidad múltiple y no me he enterado? —preguntó, mientras Alicia se reía—. Por cierto, ¿estás segura de que no puedes presentarme a uno de esos bombones de los Warriors?

—Eres incorregible.

—Puff. Ya sabes que el sexo sin compromiso es mi segundo hobby, así que puedes utilizar ese detalle como sutil promoción. —Alicia sonrió y meneó la cabeza—. Si se mueven todos en el hielo con esa soltura y fuerza que tiene “el que no debería ser nombrado” —se encogió de hombros, llevándose unas uvas a la boca—, pues, ¡necesito un poco de acción en la cama con un jugador de hockey! No todo tiene que girar a tu alrededor, eh.

Alicia soltó una carcajada.

—Eres ridícula, Maya, los jugadores de hockey son la peor receta para el corazón —replicó observando su reflejo en el espejo—. ¿Crees que se ve bien este vestido? Dios, no sé qué pueda pensar Clay de mí. Es importante... Incluso invertí una alta suma comprándome este Christian Dior.

Maya se incorporó y rodeó a Alicia como si estuviera estudiando su atuendo. Ambas sabían que estaba mofándose de la situación.

—Veamos. El cuello en V resalta tus pechos, las mangas cortas te van bien, y el ajuste en la cintura te hace ver con las curvas propias de un reloj de arena. El azul marino es un color genial para resaltar tu piel. Te has aplicado maquillaje con eficiencia, y pues... —inclinó la cabeza a un lado—, no sé por qué te esfuerzas tanto si tan solo es una cita como cualquier otra. —Alicia se cruzó de brazos—. Te ves muy elegante, pero también casual al mismo tiempo. Cualquiera con dos ojos de frente y sentido estético sabe que ese vestino de verano-otoño es una pieza increíble.

—Gracias, Maya. Ya sabes que no entiendo la moda y por eso me frustra intentar combinar o elegir piezas que hagan sentido en ocasiones como esta.

—Puedes continuar postergando la cita un poco más, no es que el hombre vaya a quedarse con el corazón roto —dijo bromeando.

Alicia la miró con frustración.

—No es cualquier cita, Maya, ni cualquier hombre. Además, voy a llegar tarde —miró su reloj de pulsera—, por más de cuarenta minutos. Qué vergüenza con Clay. Ya no sé qué excusa ponerle para justificar el retraso —dijo señalando el teléfono.

Maya puso los ojos en blanco.

—Entonces, quizá deberías ir tú misma a recoger a tu hermano, en lugar de

esperar a que Larry lo traiga. ¿Quieres que yo te lleve o prefieres llamar a Larry para que venga por ti? —preguntó muy solícita. Alicia la observó con perspicacia—. O puedo pedirte un taxi si tanto apuro tienes... Lo que prefieras, eh. Con esa mirada ningún acusado de crimen tiene posibilidades. Hoy andas muy sensible.

Alicia cerró los ojos brevemente.

—Es septiembre, Maya —dijo dejando escapar una exhalación. Tragó en seco—. El verano ya ha terminado —bajó la mirada y contempló sus sandalias nude de taco magnolia—, y no he sabido de él... Supongo que... —se aclaró la garganta, porque creía que iba a quebrársele la voz—. En fin.

—Creía que confiabas en Chase.

—¿Acaso no fuiste tú quien dio la idea de plantearme un plazo?

Maya la miró con severidad.

—A veces eres lenta, Al, en serio. Si el plazo que tú te planteaste acaba, y sientes que debes ir a verlo o buscarlo, ¿por qué no tomas acciones?

—Porque él necesita aclararse... —susurró.

—El amor tiene muchos lados, Al.

—Dice la experta...

—Deja el sarcasmo —dijo con seriedad—. Sabes en dónde puedes encontrar a Chase, al menos, hoy. Cancela la jodida cita, porque si tanto te ha buscado Clay, entonces quiere decir que retomar la reunión en cualquier momento no será un problema. Por último, si tu amigo de Seattle decide que prefiere otra relacionista pública para asentar su marca de ropa en su primera boutique de Chicago, entonces que lo haga. ¡Solo tú te gastas una fortuna para intentar impresionar a un diseñador de moda que no tiene remoto interés en tu cuerpo!

Alicia bufó. Su mejor amiga no tenía idea de lo que implicaba el negocio de las relaciones públicas en aspectos micro y macro. Menos mal que ambas trabajaban en diferentes mercados profesionales. En el ámbito que Alicia era detallista y preocupada, Maya era relajada y pragmática.

—Es homosexual, no ciego —refunfuñó—, y sí que importa. Hay que vestirse según la función de teatro en la que quieras trabajar. Debo dar la impresión de que me importa su opinión, aunque no sea así. Es como funciona mi mundo.

—Al... No quise desmerecer el esfuerzo de tu trabajo, pero me aflige ver cómo intentas pretender que no te afecta todo esto —dijo acercándose para darle un abrazo—. Claro que Chase te pidió tiempo, y tal vez necesite un poco

más, y si es así, ¿qué pierdes preguntádoselo y tratando de comprender en qué situación están pisando ambos? —preguntó con suavidad.

—Jamás había estado en una situación como esta, ¿sabes?

—Por eso cada relación es única, así que, mejor cuéntame, ¿te llevo a recoger a tu hermano, entonces, y cancelas la cita con Clay? De todas formas, el hombre tiene que tomar un avión hacia Nueva York en tres horas, no es que vino en exclusiva por ti. Estaba de pasada. Puedes volar a Seattle si realmente quieres considerar tenerlo en tu lista de clientes o tomarte un café para que te cuente por qué vestir de verde es una mala opción durante esta temporada de moda.

Alicia se rio, porque Maya podía ser seria y ridícula al mismo tiempo.

Por otra parte, Clay tan solo le dijo que su día disponible en Chicago era ese sábado, y que ninguna relacionista pública podría entender su negocio, porque ninguna había sido candidata a Miss Washington ni entendía el concepto de la moda para revistas importantes. Era un gran halago, así que, de seguro que estaba muy interesado en su perfil profesional como para aceptar recibirla en Seattle o hallar la forma de asociarse para adherirlo a la lista de Push Fire.

Alicia, sin embargo, necesitaba a Chase más que cualquier cliente, más que cualquier halago o éxito.

Meses atrás, ella pudo haberlo perdido todo cuando aceptó poner fin a la relación. De hecho, Kathrina tuvo en sus manos la posibilidad de despedirla de Push Fire, porque Alicia no acabó el plazo trazado para trabajar toda la agenda de relaciones públicas, abriendo la posibilidad de que perdiesen el contrato con los Warriors. Fue una gran suerte que eso no ocurriera, y que Chase hubiese mantenido un perfil bajo hasta que logró sentarse en la mesa de negociación y firmar su contrato millonario por siete temporadas más en la NHL con el mismo equipo.

La incertidumbre, sumada a la tristeza, fue una mezcla letal en esos meses. Aunque, si alguien le preguntase si arriesgarlo todo, para que Chase estuviese bien y curase las heridas de su pasado, valdría la pena, lo más seguro es que ella respondiese con un simple y sincero “sí”.

—Iremos a recoger a mi hermano, y le diremos a Larry que no hace falta que lo haga. —Maya sonrió—. Y tienes razón, si Clay me cancela la reunión, porque ya no puede esperar más, entonces...

—¡Está en su hotel, Al! —interrumpió—. Si no quiere esperarte es porque no le da la gana, y si tú decides postergar la cita porque hay algo más

interesante que hacer hoy, es tu pleno derecho —dijo Maya agitando las llaves del automóvil.

Alicia se rio con suavidad y agarró la bolsa. Se cercioró de que todo estuviese en orden antes de salir de casa.

—Supongo que podría ser la persona mejor vestida en un día ordinario en el museo Fielding —murmuró esbozando una sonrisa.

—O puedes ostentar el título de “La tortuga del mes”, si no te das prisa, Alicia Krutcher —rezongó. Tenía un plan que llevar a cabo, y su mejor amiga estaba retrasándolo; si todo salía bien, entonces Alicia iba a estar en deuda con ella de por vida, pensó Maya, oprimiendo varias veces el botón del elevador.

Clay Greyson era amigo de Alicia desde que ella empezó a posar para revistas a raíz del concurso Miss Washington. Muy famoso y fresa, odiado por muchos reporteros debido a sus ridículas demandas para conceder entrevistas, aunque adorado por los conocedores de las pasarelas. Su talento era impecable. De hecho, muchos empezaban a llamarlo el nuevo Karl Lagerfeld.

Chase iba a darle una gran comisión a Larry. El tipo condujo como alma que llevaba el diablo para cumplir con lo que le había pedido, ida y regreso desde y hacia el centro comunitario. El plan de Chase era sencillo, pero no creyó que tuviera que ponerlo en marcha antes del tiempo que había considerado adecuado: el siguiente fin de semana, para ser exactos.

Podía aseverar que corría con suerte de tener acceso, y llevarse bien, con la mejor amiga de Alicia. Escribirle un mensaje de texto y poner en marcha su idea fue sencillo. Después, llamar a Buck y sacarlo de su mañana de golf no fue rápido, aunque, por supuesto, él se comprometió a ayudarle yendo a la casa para sacar de la caja fuerte su bien máspreciado para que Larry lo recogiera.

Chase sabía que tenía que hacer todo bien esta ocasión. Para bien o mal, la muerte de Nellamy generó retrasos en las diligencias y su agenda. Sin embargo, la noticia de Dax —que le cayó como un balde de agua fría— comentándole, inocentemente, que Alicia pretendía tener una cita con otro hombre fue el catalizador para empujarlo a apresurar su tan estudiado plan de un momento a otro.

Ahora solo le restaba esperar. La parte más complicada, por supuesto.

En el centro comunitario, los encargados de la limpieza ya no estaban. Solo

quedaban Dax y él. En el exterior estaba el equipo de seguridad, pero eso era todo. Decir que estaba ansioso era poco. El riesgo que iba a tomar era inmenso, aunque no se asemejaba al vacío que lo había embargado en las noches sin Alicia.

—¿Crees que venga? —preguntó Dax, arrugando la nariz.

Estaban sentados en la zona cercana a la valla de plástico templado que protegía la pista, y que daba justo a uno de los dos pasillos por el que pasaban los jugadores para entrar y salir de los camerinos.

—Maya dijo que encontraría la forma —replicó Chase—. Esperemos que sea posible, campeón. O tendremos que cambiar de plan.

Dax asintió con la expresión de una persona por completo involucrada en una tarea muy importante. Y es que, en esta ocasión, lo era.

—Mi tía es la mejor, ¿verdad? Ella también sabe guardar secretos.

—Seguro, y por eso tendrá siempre una consola de Play Station con los mejores juegos para cuando te visite —dijo observando cómo el chaval, al igual que él, miraba a uno y otro lado por si la única puerta habilitada ese día se abría de repente.

—¡Yeiii! Eso sería increiiible. Cuando Johnny se entere va a flipar colores.

Chase se había extendido más de dos horas en la práctica con Dax, a propósito. Incluso, después salieron a comer un helado tomándose tu tiempo, mientras esperaba a que Larry tuviera listo el encargo que le había confiado. Buck era partícipe de la situación, porque, ¿cuándo existía una ocasión en que su representante y gran amigo no estuviese apoyándolo?

Aprovechó el momento en la heladería para hablar con Dax de forma sincera sobre un tema que, si resultaba un éxito, cambiaría la vida de ambos. No existían palabras precisas para decirle a un niño sobre la posibilidad de que, por el resto de su vida, tuviera que compartir el cariño de la única persona que había sido su constante emocional durante los últimos años.

Chase se armó de valor y utilizó el único recurso que era válido: la honestidad.

— ¿Cómo te sentirías ante la idea de verme más seguido? —El niño frunció el ceño, y Chase se apresuró a agregar—: Digamos casi todo el tiempo, viviendo en la misma casa que tú y Alicia.

Saboreando el helado de chocolate, Dax pareció meditar la pregunta, y al mismo tiempo se entretenía masticando con gusto las grageas.

—O sea, ¿en nuestro apartamento? —preguntó confuso.

—En mi casa para ser más exactos... —dijo con suavidad.

Dax abrió los ojos de par en par, comprendiendo.

— La verdad es que te quiero un montón y me caes muy bien. Sería súper guay que vivieras con nosotros. Además —continuó Dax—, eres el mejor en el deporte.

—Tú también me caes bien, y claro que te quiero, Dax, no podrías ser parte de mi gran plan si no fuese así —replicó. El niño asintió con una sonrisa.

—Chase, ¿lo que tú quieres es ser el novio de mi hermana? —El jugador de los Warriors asintió, y el niño se encogió de hombros—. Si te voy a ver más tiempo, y mi hermana va a sonreír más seguido, entonces sería increíble.

Chase logró tomar una respiración sin sentir el pecho oprimido.

Si algo había aprendido en la vida era que resultaba injusto que los adultos creyeran que por ser pequeños, en el caso de Dax a los ocho años de edad, los niños carecían de una capacidad de comprensión muy alta. Nunca tuvo una figura paterna o un ejemplo masculino que le explicara ciertas cosas, así que tuvo que aprenderlas por sí mismo o de lo que escuchaba o veía a su alrededor. Sin embargo la única persona que de verdad lo hizo sentir escuchado y atendido fue su abuela, Nana, y su hermana, Alana. ¿De adulto? Buck, y la familia de él, pues siempre lo trataron como uno más del grupo, y no como un extraño.

Sabía que Dax llevaba auestas una realidad por completo distinta a la suya, pero si en algo podrían parecerse era que ambos era huérfanos de padre y madre. La responsabilidad y necesidad de hacer sentir seguro a ese niño, que lo estaba mirando en esos instantes con admiración y aprecio, le parecía primordial.

—Me alegra escuchar eso, y por eso quiero que sepas que jamás seré capaz de remplazar el cariño que tiene tu hermana por ti, ni tampoco cambiará cuán importante eres para ella. Indistintamente de lo que ocurra a lo largo de la vida, quiero que tengas la seguridad de que siempre podrás contar conmigo, ¿vale? Porque el plan no puede salir adelante sin tu entera aprobación. Eres una parte importante de él.

Dax dejó de lado la servilleta con la que se limpió la boca. Apoyó el codo sobre la mesa, y después la mejilla sobre la palma de su mano derecha. Miró a Chase.

—Lo sé, Chase, Al siempre me recuerda que me quiere mucho. No entiendo del todo el pasado, pero soy feliz con lo que tengo, y si tú quieres formar parte de mi familia como el novio de Al, pues eres bienvenido.

Chase tuvo que hacer acopio de un gran autodominio para no quedarse

boquiabierto y permitir que sus ojos se empañaran, porque ese pequeño niño le estaba enseñando una gran lección. Le estaba abriendo los brazos, entregándole su confianza sin restricciones, y haciéndole entender — sin proponérselo —, que tenía que ser feliz sin más cuestionamientos tan solo porque podía. Así de simple. Dax acababa de darle una razón más para no fallarle.

—Eso significa mucho para mí. Gracias, campeón.

Dax asintió.

—¿Sabes? Aunque me ha sido muy difícil, he cumplido la promesa que te hice de no hablarle de ti a Alicia todo este tiempo, a pesar de que no entiendo el porqué... Ustedes los adultos son demasiado raros. —Chase no podía contradecirlo, porque era la simple verdad—. Hay cosas de adultos que son demasiado aburridas... —miró la oferta del menú de la heladería con ilusión, y después posó su atención en su jugador preferido—: Oye, porfa, ¿crees que puedes comprarme más helado? Pero tú guarda otro secreto y no se lo cuentes a Al, ¿vale?

Chase soltó una risotada. Ese chaval era un caso especial.

—No hay problema —le hizo un guiño—, además, los amigos se guardamos estos grandes secretos.

«Ahí tenía un claro ejemplo de cómo funcionaba la mente de un niño.»
Prioridades: consola de juego, helados, amigos, súper héroes, y deporte. Chase se acercó a la caja para comprar, y cuando regreso al asiento, Dax le agradeció y empezó a devorar el dulce sin más preámbulos.

—Tengo una pregunta adicional... —murmuró Dax con la boca todavía llena. En esta ocasión no utilizó la servilleta para limpiarse, sino el dorso de la mano.

—¿Sí...? Cuéntame —lo alentó pasándole la servilleta, y el niño la utilizó.

—Me parece guay que te quieras quedar más tiempo con mi hermana, pero, ¿no se supone que tienes que preguntárselo a ella primero? O sea, no es gran cosa, hay chicos en mi escuela, ewww, que tienen novia. Pero están en cursos más grandes; mi mejor amigo — Johnny —, y yo, hemos jurado jamás tener novia. ¡Qué horrible, las chicas son latosas! La única chica que me cae bien es Al.

Chase soltó una carcajada. «Paso a paso », pensó. Decirle a Dax que quería que Alicia fuera su novia era el modo introductorio, y también una forma de autoprotegerse en el caso de que ella — y no podría culparla — decidiera que estaba mejor sin él. Obviamente, haría todo lo posible para demostrarle que

intentarlo de nuevo sería un reto que ninguno de los dos podía dejar escapar.

—Quería pedirle la opinión al hombre de la casa, es decir, tú. Ahora que ya tengo tu consentimiento, sí, claro que le voy a preguntar a tu hermana qué le parece la idea de quedarse conmigo y ser mi novia. — Dax asintió—. Y cuando seas más grande de seguro tu opinión sobre las chicas cambiará.

—Prometo solemnemente que no —replicó, convencido. Pronto, perdió todo interés en conversaciones de adultos, y procedió al tema que más le gustaba y que compartía con Chase: hockey.

Chase podía llevar a Dax a la pista de los Warriors, pero creía que era importante que se diera cuenta que los privilegios llegaban con esfuerzo. A medida que aumentara el compromiso del niño con el deporte, él empezaría a llevarlo a más sitios, conectarlo más en profundidad con el hockey. De momento, le parecía genial que pudiera relacionarse con otros chavales de su edad de diferentes estratos socioeconómicos. Le gustaba poder darle un poco de su pasado, la parte buena, y también ofrecerle un vistazo de lo que podría ser su futuro si acaso decía ser jugador profesional.

Alicia y Maya entraron al coliseo, pero esta última al divisar a Dax le hizo una seña. El niño, de inmediato se apartó de Chase, y subió las escalinatas hasta las dos mujeres que representaban un apoyo incondicional para él.

—¡Hey, Dax! —dijo Alicia abrazándolo. Le revolvió el cabello—. ¿Ya habías terminado la práctica hace rato? —le preguntó sin mirar hacia donde estaba Chase, porque su corazón estaba tratando de marcar un paso calmado ante la inminente interacción que ocurriría con él.

—Sí, pero ya tengo que irme con la tía Maya. —Miró a su hermana—: Te ves linda, Al, y porfa, di que sí —dijo con candidez.

Ella no entendía a qué se refería.

—¿Sí...? —dijo a modo de respuesta, y manteniendo la sonrisa.

—Bueno, nos tenemos que ir —intervino Maya haciéndole de la mano a Chase desde donde se encontraban. Agarró la maleta de Dax y se la colgó al hombro. Miró a su mejor amiga—: No te preocupes por el regreso. Me quedaré con mi querido sobrino el resto del día y la pasaremos pipa. Intenta tú hacer lo mismo.

De un segundo a otro, Alicia estuvo a solas.

Desde su posición podía ver a Chase patinando en la pista. Sus nervios estaban a flor de piel. Casi podría jurar ser capaz de escuchar los violentos

latidos de su corazón, mientras trataba de ignorar el picor en los dedos por el afán de tocarlo de nuevo, sentir su calidez y aspirar su aroma natural entremezclado con la cara colonia.

CAPÍTULO 21

Chase era un hombre elegante en traje formal, y un espécimen digno de admiración en la pista de hielo porque parecía estar rodeado de un aire de salvaje sensualidad. Resultaba más que solo agradable a la vista, mientras daba vueltas con los patines, en esos instantes, como si no fuese consciente de que ella estaba alrededor.

—¿Estás a gusto sin saludarme? —le preguntó Alicia, mientras empezaba a bajar las escalinatas para acercarse a la pista de hielo.

Él se detuvo abruptamente. Conocía que ella era una persona paciente a ratos, pero si algo le fastidiaba era que la ignorasen. Chase había contemplado esa posibilidad para instarla a tomar el primer paso. Giró sobre sí para mirarla.

De lejos, Alicia era un sueño erótico en carne y hueso; de cerca, Chase tuvo que hacer un gran esfuerzo para no arrodillarse ante su belleza. Apretó la mandíbula ante la idea de que se había vestido así para otro hombre. Empezar una conversación, al menos de la clase que tenía en su mente, con un reproche no era un acierto.

—Me complace verte —dijo acercándose—. ¿Quieres patinar conmigo?
Ella frunció el ceño.

—No sé patinar, y nunca lo he intentado tampoco...

—¿Te gustaría saber lo que se siente estar sobre el hielo?

Alicia se miró las sandalias de tiras finas. No era la bienvenida que esperaba. Y, para ser honesta, ese día era por completo inesperado en todos los sentidos.

—De acuerdo...

Con agilidad, Chase la tomó en brazo y ella de inmediato le rodeó el cuello para sostenerse. Estar en sus brazos era como regresar al sitio seguro; el hogar que su corazón necesitaba, y el oasis para su sed de él.

—¡Chase! —exclamó cuando él empezó a patinar con ella a velocidad—. No me dejes caer, por favor.

Patinar era su segunda naturaleza, así que era imposible dejar que Alicia se lastimase. Estuvieron dando vueltas, la escuchó reír y eso aligeró la angustia que llevaba dentro desde hacía varios días.

Sostener el cuerpo suave y curvilíneo lo embargó de lujuria, pero también

de calma. Sus sentidos volvían a estar en armónica sincronía, y sabía que ninguna mujer podría encajar tan bien con él como lo hacía ella en esos instantes; siempre.

—Te extrañé, mucho más de lo que mis palabras son capaces de expresar —dijo, Chase mirándola, mientras se detenía abruptamente en el centro de la pista, esparciendo hielo alrededor.

La bajó con suavidad hasta que ella estuvo sobre la pista, y él le sostuvo las manos entre las suyas, no solo para evitar que resbalara, sino porque no quería dejar de tocarla ni un momento.

—¿Lo hiciste?

—Sí... —apretó la mandíbula—, pero no me agradó saber que ibas a tener una cita hoy. Quien quiera que sea más le vale que yo no conozca jamás su cara, porque créeme, tengo guardados algunos movimientos que no logré aplicarle a Burrien el otro día en ese evento de caridad. Me contuve para no agraviar mi reputación cuando quedaba poco tiempo para que se acabara el período de trabajo con Push Fire. Pero ahorita no tengo nada que me lo impida.

Alicia tuvo la audacia, a juicio de él, de reírsele en la cara.

—Espero que no sea ese el motivo por el que estoy aquí esta media mañana —dijo ella—. Porque venir a contarte, después de tantos meses, quién me invitó a salir de un momento a otro, no creo que sea mi idea de reencuentro.

Chase soltó un sonido de frustración. Las palabras de ellos creaban un eco en el estadio vacío. Al menos, él sabía, que contaba con una gran ventaja por poder hacer y deshacer alrededor como mejor le pareciera. Nadie iba a interrumpirlos.

—No me respondiste —dijo, frustrado, mirándola con intensidad.

¿Cómo era posible que una mujer se volviese más guapa ante sus ojos? Sabía que no era la fiebre que lo invadía cuando Alicia estaba presente. Solo era la verdad.

—No sabía que habías hecho una pregunta —replicó haciéndole un guiño.

Así que, Dax o Maya, cualquiera de los dos cómplices (ya lo descubriría ella luego), le habían ido con el cotilleo a Chase de que tenía una cita. Solo que, ninguno de los dos, se molestó en aclararle de quién se trataba. Vaya par.

—¿Quién era ese cretino? Ahí tienes tu pregunta.

Alicia volvió a reírse.

—Chase, no era una cita romántica —dijo con suavidad, apartó las manos de las de él, y le acarició las mejillas. Ahora se afeitaba, y estaba más sexy

que nunca—. Se trataba de un asunto de trabajo. No mezclo esos aspectos de mi vida desde que conocí a un jugador de hockey súper gruñón, sexy e irreverente.

Él sonrió de medio lado.

—¿Es así? —murmuró cerrando los ojos ante el toque de esos dedos cálidos.

—Me vestí con más esmero para él, se llama Clay Greyson, porque es diseñador de modas —se aclaró la garganta, y bajó la voz como si estuvieran ante un gran público, en lugar de estar solos en medio de un inmenso coliseo que podía albergar diez mil personas. Agregó—: Y no le gustan las mujeres, y antes de contratar una persona para que lleve su imagen corporativa le resulta importante saber cómo se viste. Clay y yo somos amigos desde Seattle.

Chase soltó una exhalación de alivio. Sonrió ampliamente esta vez.

—Vaya... —colocó sus manos sobre las de ella.

—Sí —dijo Alicia sonriéndole también.

Él se aclaró la garganta.

—Quería verte, quería hablar contigo mucho antes de hoy, pero ocurrieron muchas situaciones que me retrasaron —confesó—. Nellamy murió de una sobredosis, pero antes tuve una seria conversación con Eve. Después, estuve enganchado con una serie de eventos sociales, y también asistí a terapia.

—Oh, Chase, siento lo de Nellamy... Margaret me lo comentó, pero no quería importunarte. Sé que ella fue uno de los motivos por los que nos separamos, para que tú pudieras meditar al respecto. De verdad, lamento su muerte en esas circunstancias.

—Yo, no. Fue un suicidio —replicó sin resentimiento.

—Vale... —susurró.

Él enlazó los dedos con los de Alicia.

—La parte más difícil, cada día, fue contener las ganas de ir a buscarte, Alicia; tener que ir del brazo con esas mujeres por las que no sentía nada, no te llegaban ni a la suela de tus zapatos, fue aburrido; salí con ellas para el bien común del equipo y de mi reputación; y si a ello le sumas la angustia de no saber si podrías acceder a verme de nuevo cuando pudiese volver a ti, entonces debes creerme si te digo que mi terapeuta merece un premio...

—¿Terapia? Vaya, ese es un gran paso, me alegro mucho. Muchas personas la descartan, porque cree que los hace ver frágiles. Y yo creo que es todo lo contrario. Buscar ayuda es un referente de valentía y decisión de querer cambiar y mejorar.

—La continuaré, no soy tan soberbio para creer que dos o tres meses de terapia serán suficientes para asimilar mi vida, pero sí te puedo decir que estoy listo para empezar a crear mejores memorias, mejores recuerdos, contigo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, asintió. No iba a dejar escapar ningún pensamiento ni pregunta que se le cruzara por la cabeza. Le importaba un bledo si era o no apropiada en el contexto de la conversación.

—Chase, los eventos sociales durante el verano no incluían las fiestas —se atrevió a decir. Si él tenía derecho a sentir celos, ¿por qué ella no? —. Así que, no creo que salir con todas esas mujeres del brazo haya sido una tortura.

—Lo fue —dijo sin un ápice de humor—. Buck me decía que era importante que continuara mostrando un lado sociable, y además, tuve una charla con Margaret. Ella me instó a mantenerme en el ojo público. Los eventos a los que asistía eran supervisados por ti, pero organizados por Trentos. A menos que haya mentido.

—Eso no implica que no me haya incomodado verte con todas esas rubias, pelirrojas, pelinegras que parecían querer algo más que solo una fotografía contigo. Estás en todo tu derecho de salir, conmigo o sin mí, y eso no evitará que surjan emociones en mí. Creo que es normal —murmuró—. Chase, ¿ocurrió algo entre tú y ellas, alguna noche o tarde...? —Intentó apartar la mirada, pero él le sostuvo la barbilla para que no lo hiciera.

—¿Quieres saber si me acosté con alguna de esas mujeres?

—Estarías en todo tu derecho, yo solo...

—No —dijo con ferocidad, interrumpiéndola—. Solo eran temas sociales sin importancia. Deberías saberlo, si tú eres la relacionista pública en la ecuación. Ninguna mujer podía compararse contigo. Ninguna mujer me vale. No quiero a nadie más a mi alrededor. ¿Me crees...?

Conmovida, Alicia esbozó una tenue sonrisa.

—Creo en ti, sí. Tan solo soy consciente de que no estabas en la obligación de serme leal...—susurró—. Y el tiempo que me pediste podría haberse extendido o simplemente jamás volviese a verte, al menos no en un plano personal al final de todo este proceso. No te habría culpado si hubieras decidido que preferías estar alejado de mí o incluso si hubieses decidido darle a Eve una oportunidad de recapacitar —se encogió de hombros, y Chase hizo una mueca ante la mención de su ex amiga y ex amante—, no lo sé... La única certeza es que no existe un poder en el mundo que me detenga en mi afán de quererte.

La expresión de Chase se suavizó. Alicia lo seguía queriendo, pero no tanto como lo hacía él. Jamás sabría cuánta falta le hacía cada segundo que estaban juntos.

—¿Y tú? —preguntó él a cambio—. Dax me contaba que durante a Hawaii unos mequetrefes se atrevieron a invitarte a salir. También me alegro que les dijeras que no.

Ella se rio. Chase era adorable cuando estaba celoso.

—No, no salí con nadie. Tuve invitaciones, pero, ¿acaso no las tenemos todos? El punto es que no accedí a ninguna de ellas.

—Bien. Eso estuvo muy, pero que muy bien —replicó Chase en tono posesivo. Se sentía con más confianza.

—¿Qué pasó con Eve...? —quiso saber ella.

—Tuvimos una conversación que quizá debimos tener tiempo atrás. Me sorprendió que hubiera recapitulado tan rápido y aceptado sus errores... Tal vez fue el momento adecuado. —Alicia solo escuchaba con atención—. Está fuera de Chicago y fuera de mi vida.

—Me alegra... mucho.

—Imagino que te estás preguntando qué rayos haces aquí a solas, conmigo —comentó él, cambiando de tema.

—Más bien estoy tratando de pensar cómo voy a ahorcar a Maya por haberme metido en este lío cuando sabía lo mucho que extrañaba verte. Pudo habérmelo dicho esta mañana...

Chase se encogió de hombros. No importaba cómo se llegaba a una situación como aquella, el punto simplemente era llegar al objetivo.

—Llegó el final del verano, y según mi gran amiga Maya —Alicia sonrió con esa mención de Chase—, era el tiempo que tú te habías planteado para decidir cambiar la página o no. No es una recriminación, por cierto, porque tampoco podías estar en limbo, ni tampoco era lo que pretendía; por eso me di prisa tratando de juntar toda la mierda que llevaba encima de mi pasado y enterrarla para siempre lejos de mí. Así que, con la noticia de Dax, de que pretendías salir con un cretino, tuve que acelerar mi plan e involucrar a Maya.

Ella se mordió el labio, y después su sonrisa se fue ensanchando.

—Mi hermano es un cotilla.

—Nah, el chaval sabe que soy lo mejor para ti.

Alicia soltó una carcajada.

—Estás muy confiado en ti mismo.

Él se encogió de hombros.

—No, solo estoy confiado en lo que siento por ti —le dijo—. Te amo, y cada día sin ti ha sido un infierno.

—Oh, yo te amo a ti, tanto, tanto. Me has hecho mucha falta —susurró con los ojos llovidos de lágrimas sin derramar—. Hay algo que necesito saber, Chase... ¿Has encontrado lo que buscabas en soledad? ¿Necesitas más tiempo? —preguntó con cautela y la voz temblorosa—. Sé que este es un escenario inesperado, pero...

—Lo que necesito está frente a mí. El tiempo en soledad ha expirado —zanjó—. Tú eres mi redención.

Ella podía escuchar la voz de Chase todo el día sin cansarse. Le gustaba la oscura promesa que escondían sus palabras de cariño; le gustaba todo él. El temblor que sentía en su cuerpo no tenía que ver con el frío de alrededor, sino con la intensidad de las emociones que la embargaban. Le era difícil mantener la calma.

—Dices las cosas más bonitas...

—También beso muy bien —replicó, y Alicia se rio—. Espero que no te hayas olvidado de ese gran detalle.

—Tal vez necesite un recordatorio —susurró atrapada en esos ojos que habían perdido la oscuridad del tormento, y ahora la observaban con clara intensidad.

—Sí, tal vez, pero antes yo necesito una respuesta —dijo Chase rebuscando en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Cuál es la pregunta? —susurró.

—Este centro es un sitio que cambió mi vida muchos años atrás. Cada vez que venía a practicar lo hacía con entusiasmo, porque lo entregaba todo; hallaba la forma de construir poco a poco una realidad que necesitaba con fervor y también porque era mi escape a una vida complicada. En mi cuenta bancaria no tenía ni un duro. Mi casa era de las más humildes alrededor. Robaba a veces para tener medicinas para mi hermana o hacía estupideces para obtener dinero. —Alicia dejó que las lágrimas que había contenido todo el rato se deslizaran por sus mejillas—. No tenía nada más que mis ilusiones, el sueño de alcanzar alguna vez la Copa Stanley y lograr patinar como único modo de ganarme la vida y ser parte de la NHL.

—Oh, Chase...

—Hoy, tengo todo lo que me propuse conseguir: una carrera, dinero, reconocimiento, y sueños cumplidos. Sin embargo, la única posibilidad de que todo lo que poseo cobre sentido es saber que tú me amas. Que aceptas mi

pasado, pero estás dispuestas a crear conmigo un futuro diferente. —Cuando encontró el anillo de la Stanley Cup que recibía cada jugador que había ganado la copa, se lo entregó. Estaba revestido de diamantes y oro blanco, poseía grabado el apellido Beckett—. Este es mi bien máspreciado, y la prueba material de que cumplí mis sueños. Te lo entrego a ti .—Ella lo tomó con emoción e incapaz de emitir palabra alguna, porque tenía un nudo en la garganta; Chase estaba desnudando su alma ante ella—. Y este —él introdujo la mano en el bolsillo derecho del pantalón, sacó un precioso anillo de diamantes en corte princesa rodeado de esmeraldas que había comprado muchas semanas atrás—, es el anillo con el que te pido —se arrodilló ante ella—, que cambies mi vida de nuevo, para siempre. Alicia Krutcher, hazme el honor de convertirte en mi esposa, y llena mis días de retos, y sonrisas; llena de brillo mi oscuridad; y forma una familia a mi lado... ¿Te casarías conmigo?

Alicia se rio entre lágrimas. Jamás nadie le había dicho tantas palabras sinceras, y que calaran profundo en su alma.

—Nunca podría encontrar a alguien a quien pueda confiarle mi corazón más que a ti, Chase. Te amo, estoy enamorada de ti, y sería un honor casarme contigo.

Él se incorporó, consciente de que sus ojos estaban empañados de lágrimas. Deslizó el anillo en el dedo de Alicia y después besó el dorso de su pequeña mano.

—El honor, mi vida, es todo mío —susurró antes de besarla.

La lentitud sensual con la que él tomó su boca, la instó a suspirar tenuemente. Sentía regresar a casa, a su paraíso personal: ella. La tomó en brazos y patinó con Alicia hasta la orilla de la pista y la sentó sobre la varanda. Se sentía el hombre más afortunado del mundo. A la mierda el hockey, si tenía a Alicia le bastaba, pensó, mientras le devoraba la boca con dedicación, mostrándole su empatía y amor.

Ella no protestó, pues estaba más que feliz de besarlo, al fin, después de tanto tiempo. Saborearlo era un boleto al éxtasis, porque él sí que sabía cómo besar. Su cuerpo era masilla en las manos de Chase.

El tono íntimo de ese beso era distinto a los anteriores, pues era el primer capítulo de la historia de sus vidas, juntos. ¡Iba a casarse con él! Su boca se tornó hambrienta, y sus gemidos al igual que los de él resonaron alrededor; su lengua ardientes se enlazó a la de Chase, probándolo con libertad, posesión y amor. Lo quería todo con él. Le rodeó el cuello con los brazos, y la forma en que él le tomaba el rostro con fiera pasión, hacía que se le erizara el vello de

la nuca. Su cuerpo estaba ardiendo, su sexo tan húmedo que era capaz de sentirlo más vívidamente que nunca; sus pezones estaban erectos y duros. Necesitaba a Chase, lo necesitaba, ahora.

—Mi vida, creo que tenemos que irnos —dijo él de repente, deteniéndose a regañadientes.

Ella parpadeó varias veces, sin comprender, todavía en una nube de exquisito placer. Él le sonrió, y le apartó con sus manos un mechón de cabello del rostro.

—¿Por qué? Estamos solos... ¿Verdad? —preguntó mirando a uno y otro lado. Alicia tenía el vestido subido hasta el inicio de la ingle, la respiración agitada, mientras los cabellos de Chase estaban alborotados. Las mejillas de ambos estaban sonrosadas, por el esfuerzo y el frío.

—Estamos solos, sí, pero no pienso hacer el amor con mi futura esposa, mientras se me congela el trasero.

Ella soltó una carcajada. «Ah, su Chase, siempre irreverente.»

Se ajustaron la ropa y salieron con rapidez del centro.

Chase no sabía cómo carajos iba a llegar rápido a su casa sin sufrir un colapso físico, porque la deseaba tanto que dolía, pero la amaba todavía más, y quería tener una cama para recuperar el tiempo perdido, una y otra vez. Quizá, en otra ocasión, podría empezar a inaugurar sexualmente ciertos sitios interesantes. Tenía toda la vida.

De momento, su prometida merecía una esmerada atención entre las sábanas. Y eso, además de su amor, iba ofrecerle.

Sus cuerpos eran más elocuentes que las palabras. No necesitaban decir más de lo que ya se habían expresado mutuamente. Chase abrió la puerta de la casa y subieron las escaleras con rapidez. La vibración sexual que emanaba de uno y otro era intensa.

El fuego que brillaba en sus miradas les parecía más que suficiente declaración de intenciones mutuas esa tarde. Se tenían el uno para el otro durante el resto del día. Chase la llevó de la mano hasta su habitación, feliz de tenerla a su lado, y en esta ocasión, porque tenía la certeza de que era suya para siempre. Aquella era su habitación que solo compartiría con ella.

Empezaron a desnudarse con lentitud. Como si fuese la primera ocasión que se observaban de verdad. Y quizá lo era, porque era un inicio distinto; sin sombras ni arrepentimientos; sin secretos, sin miedo.

—Qué hermosa eres... —susurró Chase, mientras le quitaba el vestido.

Ella sonrió, al tiempo que hacía lo propio con la ropa de él. Cuando no hubo ninguna barrera entre los dos, Chase la tomó en brazos y la dejó sobre la cama. Era la mejor imagen del mundo en esos instantes.

—Bésame, Chase... —murmuró atrayéndolo hacia sí, y su boca buscó los besos lentos que tanto le gustaban. Él le devolvió la caricia tomándose su tiempo, sin prisa.

Con una sonrisa pícara, Alicia se acomodó hasta quedar sobre él. Chase enarcó una ceja, porque era dominante en todos los sentidos, el sexo no era la excepción, sin embargo, entregarle el poder a la mujer que amaba también poseía un toque afrodisíaco en sí mismo.

—Acomódate contra el cabecero —pidió Alicia.

—Como la señorita ordene... —le hizo un guiño. Antes de acceder estiró los dedos para acariciar provocativamente los pezones erectos. Ella jadeó—. A menos, por supuesto, que me dejes tomar el control y pueda hacer algo más que rozar con mis dedos esos preciosos pechos.

Ella esbozó una sonrisa.

—Eso no va a ocurrir. —Podía sentir el miembro grande y erecto vibrando. Al notar el brillo de la pre-eyaculación, le acarició el glande—. Obedece, Chase.

Él soltó una carcajada entremezclada con un gruñido. Con las almohadas debajo de los hombros, él apoyó la cabeza contra el respaldo de la cama. Solo entonces, Alicia volvió a colocarse a horcajadas. Sin barreras físicas ni emocionales el deseo parecía haberse multiplicado por mil.

Chase enterró los dedos en los cabellos de Alicia, y la atrajo para besarla. En la posición en que ella se encontraba le era fácil mover sus caderas de forma provocativa, seduciendo con su resbaladiza humedad el sexo firme de arriba abajo, sin llegar al punto que más quería: deslizarse hasta tenerlo anclado en su cuerpo. Le era difícil controlarse, pero reconocía que provocar a Chase le creaba una sensación de júbilo, y no existía nada mejor que la anticipación para hacer que el orgasmo fuese más potente. Aunque con ese hombre tan sexual que tenía bajo su dominio, el toque más mínimo creaba electricidad.

Él le acarició las piernas torneadas y suaves, después le recorrió los caminos del exterior de los muslos, al tiempo que se besaban con fervor. Sus lenguas se entrelazaban, sus gemidos se fusionaban, mientras el palpito de sus sexos marcaban un ritmo incapaz de controlar. Se besaron profundamente, con salvaje anhelo; seduciéndose y atormentándose. Las manos de Chase estaba

por doquier, pero Alicia necesitaba probarlo, paladearlo, saborearlo.

—Cariño, no creo que dure mucho más... —murmuró él, entre besos.

—Haz un esfuerzo —replicó Alicia con picardía, antes de apartarse de esa boca seductora que la besaba con pericia, para bajar con sus labios por el pecho de Chase.

Lamió la piel, salada y única; le acarició los brazos con la yema de los dedos, mirándolo, al tiempo que descendía por su cuerpo con músculos definidos. A medida que ella se movía, Chase le sostenía los cabellos con firmeza intentando detenerla, pero al mismo tiempo instándola a no hacerlo.

Le dio mordiscos suaves cuando llegó al vientre bajo, y elevó la mirada. La intensidad de esos ojos grises la instó a continuar su exploración. Sus uñas le recorrieron las abdominales, mientras su boca llegaba hasta el sitio más perfecto de esa masculinidad. La erección de Chase era enorme, y las venas que marcaban su longitud estaban tan atentas como el miembro en sí mismo. Trazó con la lengua su extensión, dura y cálida, y empezó a succionarlo con avaricia. Sus manos acariciaron los testículos, para después masturbarlo. La combinación era erótica, provocativa, sensual, y Chase tuvo que agarrar con fuerza las sábanas para no hacer lo mismo con ella y lastimarla. Esa mujer iba a ser su esposa. «Dios, iba a tener una vida fabulosa.»

Ese fue el último pensamiento coherente de Chase, antes de que Alicia empezara a lamerlo, tomarlo al completo, hasta lo más profundo que era capaz; con glotonería. Los sonidos que hacía ella, mientras disfrutaba el sabor y textura de su pene, lo estaban volviendo loco y ansioso.

—Suficiente —dijo Chase. Ella se detuvo, aún con el miembro en la boca, y sonrió mirándolo con una inocencia que no existía—. Mujer, eres mi perdición. Y me encanta —gruñó.

—Si tú lo dices... —dejó, con lentitud, que el miembro saliera de su boca. Le encantaba paladearlo, pero no tanto como sentirlo en su interior, llenándola.

—Ven aquí —le dijo, mientras la tomaba hasta colocarla sobre él, y mientras Alicia se movía para ubicarse de la forma más cómoda, Chase notó el brillo exquisito de ese pequeño canal que le causaba tanto placer—. ¿Quieres tener el control? No hay problema, pero no intentes que yo llegue al clímax sin ti —dijo, antes de acariciarle los labios íntimos con los dedos, para después introducirle un dedo, luego, dos.

—Chase... —susurró—, te necesito dentro. *Ahora.*

Él sonrió de medio lado, sin más preámbulos, apartó los dedos de la

húmedad, y después bajó sin esfuerzo el cuerpo de Alicia, hasta que ella estuvo por completo anclada sobre su miembro. Sentía cómo le latía el corazón, de prisa.

Alicia sentía los senos más pesados, ansiosos de recibir caricias de las que habían sido privados todos esos meses. Chase movía las caderas a un ritmo lento, disfrutándola, sintiendo el placer de ensancharla cada vez que, con sus dedos aferrados a las caderas, la subía y bajaba, tan resbaliza y cálida como estaba. Sin embargo, solo bastó una mirada para que él comprendiese lo que necesitaba.

—Parece que estas preciosuras necesitan atención —dijo mirándole los senos con lujuria—. ¿Qué opinas? —preguntó sin hacer nada al respecto, pero solo por el único placer de torturarla como ella había hecho al tomarlo con su boca.

—Que si sigues hablando pienso acabar esto con mis propios dedos —murmuró con frustración, y eso consiguió que el brillo pícaro en la mirada gris se incrementara—. Dios, eso te gustaría, ¿verdad?

—Más tarde puedes cumplir con esa promesa... —replicó antes de instalarse a inclinarse un poco más para poder tomarle los pechos con sus labios. Los rozó primero, y ella se puso rígida, conteniendo brevemente la respiración. Después, empezó a lamer la aureola hasta cubrir por completo el pezón erecto; lo sintió ponerse más firme en su boca, y luego empezó a succionar, hambriento, y lamer con ímpetu. Cuando los gemidos de Alicia, y los movimientos de las caderas de ambos estaban en su punto más frenético, Chase tomó el otro pecho para aplicar la misma intensidad de atención y caricias. Las sensaciones en ambos creaban suficiente electricidad para experimentarla recorriéndole las espinas dorsales.

—Chase...

—Lo sé, dulzura, lo sé... —jadeó, antes de dejar los exquisito pechos, para besarla en los labios con frenética pasión.

Empezaron a moverse, agitados, ansiosos por llegar al clímax, por alcanzar juntos aquel punto de placer sin retorno. Ella la dirigía con las manos agarrándole las nalgas. Alicia cerró los ojos, mientras él estaba concentrado en los movimientos ondulantes de sus cuerpos.

Cuando sintió las paredes íntimas llegando al primer espasmo, Chase aceleró sus embestidas. En esta ocasión, giró hasta poner a Alicia bajo su cuerpo, sin apartarse de ella, y sus movimientos se volvieron más fuertes, exigentes, poderosos. Los jadeos de ambos llenaron la habitación, al igual que

la fricción de sus cuerpos. Ella le rodeó las caderas con las piernas, sintiéndolo más profundamente en su interior. Empezaron a estremecerse, y pronto aquel nivel de placer, que muchos llamaban Nirvana, los arrasó sin tregua. Alicia dejó escapar un sollozo, y Chase se dejó caer levemente sobre ella.

—Te amo... —le susurró a Alicia al oído, mientras los dos trataban de recuperar el resuello. Se incorporó sobre los codos para mirarla—: Jamás lo olvides.

Ella sonrió con lágrimas en los ojos, y le rodeó el cuello con los brazos.

—Jamás.

EPÍLOGO

Doce meses después...

Se habían casado un mes atrás, en una preciosa ceremonia en Wandering Tree Estate, en North Barrington, a una hora en automóvil desde Chicago. El sitio era un sueño, y solo organizaban un matrimonio por semana; Alicia lo había elegido por el maravilloso lago que poseía la propiedad, además del nivel de privacidad que ofrecía debido a la aislada ubicación. Las invitaciones se extendieron para doscientas cincuenta personas. Quienes asistieron fueron en su mayoría deportistas que habían crecido en la NHL a lo largo de los años con Chase; también estuvo el dueño de los Chicago Warriors y los más altos directivos del staff. Para Alicia, su matrimonio también fue un momento en que tuvo la oportunidad de agradecerle a Brentt por la oportunidad de abrirle las puertas para ofrecerle su plan de trabajo a Garnett McTavish, porque, sin saberlo, Brentt había conseguido cambiar su vida sin pensarlo.

Buck y su esposa eran infaltables, y pasaron un momento maravilloso, pues fue Buck el encargado de dar el discurso durante el brindis. El matrimonio Kye era la familia elegida de Chase, quienes lo habían ayudado a lo largo de su carrera, y que celebraran ese momento fue lo más natural. También estuvieron algunos ejecutivos de Push Fire —Alicia ejercía ahora como una socia de la agencia—. Y claro, la adorable señora Andrews estuvo más que feliz de ser quien entregase a Alicia en el altar, junto a Jim, mientras Dax ejercía de padrino de Chase.

La Dama de Honor fue Maya, y también quien organizó la boda con todos los detalles. De hecho, la oferta de cuidar a Dax durante el tiempo que duraba el viaje de novios, y unos días adicionales, para que los flamantes esposos pasaran juntos al regreso fue hecha con todo el cariño. Para Maya, el tener a Dax, era lo más divertido; sin responsabilidades de hermana mayor alrededor, lo consentía y daba rienda suelta a su niña interior: iba a los parques de juegos electrónicos, lo acompañaba a las clases de hockey, comían helados, y también ejercía de tutora con los más novedosos juegos para la Play Station. «Si alguna vez se casaba, su esposo tendría que entender que dejar la consola de juego de lado no era negociable, ni la salida con Alicia una vez por mes a

desahogar el estrés con cócteles en un bar de moda.»

—Hey... —dijo Alicia, mientras él arreglaba las flores en la tumba de Alana. Él se incorporó—. Gracias por dejarme acompañarte por su cumpleaños.

Él la miró y le sonrió. Se apartó de la lápida de su hermana, y abrazó a su esposa.

—Estoy seguro de que se habrían llevado muy bien, y Nana —miró la tumba de su abuela que estaba al lado—, te hubiera adorado. —Le besó la mejilla.

—Deben estar muy orgullosas del hombre en que te has convertido —le dijo entrelazando los dedos con los de él. Empezaron a caminar hacia la salida.

—Uno muy sabio por haberte elegido —replicó, haciéndola reír.

El día había estado tranquilo, sin demasiado viento, pero en el momento que ambos estaban prestos a abandonar el parque de descanso, una ventisca fresca se formó alrededor de ambos. Alicia y Chase se miraron.

—¿Crees que...? —empezó a preguntar Alicia mirando hacia atrás sobre el hombro. Frunció el ceño.

—Quizá es una forma de ellas de hacernos saber que están conscientes de que hemos venido —replicó con la mano alrededor de la cintura de su hermosa esposa.

—Tal vez —murmuró con una sonrisa volviendo la vista al frente, y avanzando hacia el sitio en el que habían aparcado.

El tiempo juntos había sido estupendo, pero también hubo peleas. Se compenetraban fantásticamente en la cama y fuera de ella, sin embargo, sus personalidades eran dominantes y solían chocar en más de una ocasión. Aprender a ceder era la parte complicada, y ambos lo sabían. El amor era siempre más fuerte que las diferencias de criterios, menos mal.

Alicia no era el tipo de mujer que necesitaba de un hombre a su lado asegurándole que todo estaba bien o siendo su proveedor monetario. Chase no se habría enamorado de ella de haber sido el caso.

Cada uno estaba enfocado crecer en su carrera, así les era posible tener un tiempo de respiro en pareja, lo cual no implicaba que dejaran de extrañarse, porque lo hacían —muchísimo—, sino que aprendían a valorar mucho más cada momento que podían pasar juntos. Durante la temporada activa de hockey, en esta ocasión los Chicago Warriors llegaron a la segunda ronda de los Playoffs, pero perdieron ante los Washington Capitals. No fue una mala

racha, si consideraban que el año anterior no pudieron llegar a los Playoffs. La lucha para mejorar los pronósticos en la siguiente temporada era la meta hasta que lograran alzar la Copa Stanley.

Los viajes de Chase fuera de Chicago, para enfrentarse a otros equipos, solían ser a veces de una semana de duración. Alicia intentaba ocupar su tiempo, y pasarla con su hermano y Maya, salir al cine o buscar restaurantes novedosos para probar nuevos platos. No obstante, el vacío que quedaba con la ausencia de su esposo, no lo podía copar nadie; lo mismo le ocurría a Chase. Cuando terminaba de jugar, se duchaba y llegaba al hotel, lo primero que hacía era hacer videollamadas con Alicia. Ella se había convertido en su solaz, y tenía la capacidad de salvarlo de sí mismo, así como de brindarle un espacio de seguridad emocional que jamás había conocido.

Por otra parte, Dax había asimilado bastante bien la transición de ser quien tenía toda la atención de su hermana al ciento por cien, a compartirla con Chase. El joven matrimonio procuraba que el niño sintiera que era importante, pero también lo era aprender a respetar el tiempo de los adultos. La tarea no era tan fácil, en especial cuando Dax entrara en la adolescencia, pero irían poco a poco.

De momento podían cantar victoria, porque Chase se había convertido en un referente de cómo funcionaba el punto de vista masculino para el niño. Dax seguía practicando hockey con avidez, aunque la idea de ser jugador profesional todavía no estaba en su lista; aún debían pasar un par de años hasta que tuviera la certeza de que jugar hockey para el resto de su vida era su llamado genuino.

En el caso del padre de Alicia y Dax, continuaba en la cárcel. Lo habían desterrado de sus corazones y sus vidas. A veces era necesario cerrar los círculos que causaban dolor, para abrir nuevas puertas.

Los próximos días, Alicia y Dax, iban a hacer un viaje de hermanos. Iba a cumplir una promesa que le debía. Lo llevaría a Disneylandia, en Orlando, Florida.

Tres años después...

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Chase, preocupado, mientras le secaba el sudor de la frente a Alicia. Eran las cuatro de la madrugada.

Estaban en la sala de partos, ella había roto aguas dos horas atrás, pero no

estaba lo suficientemente dilada para que saliera el bebé. Ninguno quiso saber si era un niño o una niña. Así que estaban ansiosos por descubrirlo. Chase sabía que ella tenía dolor, y se sentía impotente al no poder hacer nada para ayudarle en esa tarea.

—De momento creo que sobreviviré —dijo mirándolo.

Él sonrió.

—Más te vale, señora Beckett, porque no podría vivir sin ti —le susurró dándole un beso suave e impregnado de pasión.

—Me gustaría replicarte con algo bonito, pero estoy con dolor y es tu culpa... Grrrr... —jadeó cuando una contracción fuerte la hizo apretar la mano alrededor de la de Chase—. Deberías tener tú este bebé...

—Lo último que supe es que querías más y más penetraciones profundas —le dijo al oído para que la enfermera no escuchara.

Alicia sonrió de medio lado.

—Pervertido.

—Ese soy yo, pero así me amas —le dijo acariciándole la mano con los dedos.

—Vamos a ver qué te respondo sobre eso al final de esta jornada, Beckett —replicó cerrando los ojos del dolor.

Él se rio con suavidad.

—Estás gruñona. No queremos un bebé gruñón —dijo.

Ella lo miró achicando los ojos.

—¿Sabes? En este momento tengo los instintos asesinos a niveles máximos...

—¿Es una advertencia? —le preguntó él sonriéndole de medio lado.

Otra contracción la instó a cerrar los ojos.

—Chase... —susurró de repente, con lágrimas sin derramar por el esfuerzo —, necesito que este bebé salga pronto...

Él la miró con angustia, después hizo lo mismo con la enfermera.

—¿Cuánto tiempo más tiene que esperar?

—Lo siento, señor Beckett, todo depende de que llegue al punto de dilatación exacto para que pueda empezar el proceso de parto...

—No pasa nada, mi amor, es normal... —susurró Alicia, interviniendo.

—¡Adelántelo, dilátelo o haga lo que tenga que hacer, entonces, por amor de Dios! ¿No se da cuenta que está sufriendo? —preguntó desesperado a la enfermera de turno, al ver el estado en el que se encontraba Alicia.

Jamás la había visto sufrir de esa manera, y cualquier pequeño detalle que

la contrariase, le causaba a él una intensa necesidad de confortarla y crear un entorno apacible. Él era el tipo de hombre que resolvía problemas, y en este caso no podía hacer nada por la única persona que constituía su mundo. Sabía que era normal lo que estaba atravesando Alicai, pero no impedía que la impotencia lo invadiese con cada jadeo o mueca de dolor de su esposa.

La enfermera, con la experiencia de tener padres primerizos —y también los experimentados— tan solo asintió, y le prometió que así sería. Sin embargo, no se movió de su posición, y se limitó a presionar el botón para llamar a una de sus compañeras que estaba ayudándola a monitorear a la paciente. Chase había separado toda el ala del hospital para Alicia. Podían llamarlo ridículo, exagerado o lo que quisieran, pero ese era su momento, y no quería que nadie interrumpiera el parto.

En el exterior esperaban Dax y Maya, además de la señora y el señor Andrews. Pils estaba alrededor, se había casado con Callie cinco meses atrás. También Buck y su mujer esperaban las buenas noticias, pero cuando Chase les comentó que el parto todavía llevaría unas horas más, decidieron bajar a la cafetería del hospital para tomar un aperitivo. Iban a volver dentro de una hora.

Cuatro horas después, Josh Beckett llegó al mundo con un intenso llanto, mientras sus padres lo contemplaban con adoración. La habitación estaba rodeada de globos y flores de felicitaciones de todas las personas que apreciaban a los nuevos padres. Después de que Pils, Callie, Buck y su esposa, se marcharon, tan solo quedaron Maya y Dax. El hermano de Alicia se hizo fotos con su sobrino, y le prometió que iba a cuidarlo y protegerlo. Maya tan solo observó embelesada al bebé, y sintió que —quizá— podría reconsiderar su idea de no tener hijos. Su novio, sí claro que tenía ahora una pareja estable, se llamaba Miro, y estaba más que encantado de tener una familia; aquel era un tema que todavía debían discutir.

Cuando quedaron a solas de nuevo, Alicia cerró los ojos.

—Es perfecto, nuestro hijo es tan perfecto —susurró Chase con su bebé en brazos. Miró a Alicia, quien sonreía apaciblemente desde la cama con los ojos cansados—. Gracias por este regalo. Ustedes son la recompensa de la vida por todo lo que perdí. Soy un hombre afortunado...

—Lo somos ambos, Chase —dijo Alicia con ternura, estiró los dedos y su hijo aferró la pequeña manita alrededor del índice, con determinación—. Hemos creado una familia con Dax, y ahora con nuestro pequeño hijo.

Como si fuese la clave para pedir comida, en ese momento el bebé empezó

a llorar. Alicia sonrió, y con suavidad Chase colocó a su hijo hasta ayudar a su esposa para que colocara la boca del bebé en el pecho. Pronto, el pequeño Josh empezó a mamar con avidez.

—No voy a defraudarte —dijo Chase mirando a su hijo.

Alicia no emitió ningún comentario, porque sabía que esa era una declaración de amor y propósito de padre a hijo. Ella tan solo sentía las oleadas de amor que emanaban de esa nueva conexión con su bebé, y el lazo indestructible de por vida.

Cinco años después...

Acostados en la cama, desnudos y saciados después de una merecida maratón de pasión, Chase tenía a Alicia abrazada. Su mano sobre el abdomen, y su rostro aspirando el dulce aroma del shampoo y el perfume de su esposa. Su piel era tan suave y su calidez placentera.

El reloj marcaba las seis de la mañana. La casa estaba en silencio. Tenían un poco de tiempo a solas.

—Hey —le susurró Chase al oído, besándole la mejilla.

—¿Mmm? —murmuró moviéndose. Sonrió cuando sintió la erección contra el trasero. Ah, su esposo no había perdido el ímpetu sexual; tres hijos después, el sexo era mejor que nunca entre ambos—. Estamos atentos esta mañana...

—Para ti, siempre, dulzura —dijo él con una sonrisa, mientras sus manos subieron hasta tomarle los pechos. Le acarició los pezones con dureza, y la escuchó gemir. Le encantaba el contacto de su cuerpo, tocarla, y hacerla llegar al clímax.

Alicia giró su cuerpo ligeramente hacia atrás y se acomodó para que la boca de Chase se encontrara con la suya. Se besaron un largo instante, mientras las manos masculinas recorrían las curvas de ella. Le tomó una pierna y la acomodó hasta que su miembro erecto estuvo justo en la entrada húmeda.

—Mmm... Sí, así... Oh... —le pidió mientras él acariciaba su pubis.

—Prefiero estar dentro de ti —murmuró Chase antes de introducirse en ella desde atrás, porque la penetración era más profunda e íntima de esa manera. Alicia cerró los ojos y empezó a mover su cuerpo al compás de las embestidas de Chase. Sentía la posesiva mano sobre uno de sus pechos, mientras las palpaciones de anhelo se incrementaban en intensidad.

—Ah, sí... Más rápido, cariño —pidió ella.

—Sí, señora Beckett —susurró antes de dar un último empujón que consiguió llevarlos al clímax—. Te amo... —dijo antes de cerrar los ojos y abrazarla con fuerza.

A medida que volvían a la realidad, Alicia supo que no importaba la edad que ambos tuviesen, las circunstancias fáciles o difíciles por la que hubieran atravesado, siempre anhelaría a Chase. Su humor negro, sus sarcasmos, sus flirteos, sus irreverencias, pero en especial, su inmenso amor por ella, sus hijos y Dax.

—Y yo te amo a ti —replicó ella con una sonrisa, girándose entre los brazos masculinos, para mirarlo—. ¿Todo bien?

Él le dio una palmada en el trasero.

—Más que bien —dijo él—. Ya que somos tan geniales en esto de ser padres, en especial el proceso de concebirlos. —Alicia soltó una carcajada—. Me he planteado la idea de tener un hijo más... ¿Qué opinas?

Alicia sonrió. Estaba consciente de que él era un padre estupendo, y adoraba a sus hijos, pero lo cierto es que el último embarazo había sido muy complicado. No tuvo un parto natural, como en el caso de Josh, sino una cesarea.

La recuperación después de la operación le costó horrores. Su nivel de tolerancia al dolor era bajo, y hubo días que todo parecía estar en su contra. No sabía si sería capaz de volver a pasar por algo así.

—Mmm... ¿Sinceramente? Creo que tres son más que suficientes... —dijo—. No creo que pueda resistir otro embarazo como el anterior...

Él asintió. La decisión del cuerpo de una mujer era de ella, y él tan solo acababa de hacerle una consulta. Si Alicia no quería más hijos, le parecía bien. No insistiría.

—De acuerdo, mi vida, es un tema zanjado —murmuró, besándola.

—¿No estás enfadado? —preguntó, mordiéndose el labio inferior.

Cuando veía lo responsable y amoroso que era él con sus hijos, le enternecía el corazón. La forma en que se llevaba con Dax era increíble; ambos habían creado un sólida relación, y no podría describir en palabras cuán afortunada se sentía por el hombre en que Chase se había convertido con el paso de los años.

Rhys, el hijo de Maya y su esposo Brandon, cuando venía de visita era recibido como uno más de la pandilla por Chase. Su mejor amiga era feliz en su rol de madre, aunque se había ligado, porque dijo que un hijo le bastaba.

A ambas amigas les habría gustado poder compartir con los Andrews todos sus hijos al mismo tiempo, pero la pareja había fallecido en el transcurso de los años anteriores. Maya, Alicia y Dax habían sentido la falta de ellos, y siempre estarían agradecidos por el cariño que les brindó esa pareja de ancianos en vida.

—Imposible —dijo Chase con sinceridad—. Antes que nada está tu bienestar, y tú eres quien lleva nueve meses a nuestros bebés. Yo puedo querer muchas cosas, pero jamás a costa de tu felicidad o deseos, Alicia. Eso llévalo claro. Cerramos la fábrica con estos tres diablillos. Y Dax que también cuenta como un hijo —replicó haciéndole un guiño.

Alicia lo abrazó. Él mantenía un físico admirable. Su esposo era el sexo en pantalones. Qué hombre, por favor. No se cansaba de mirarlo, tocarlo, y amarlo.

—Será mejor que bajemos a preparar el desayuno —dijo él, agarrando a Alicia en brazos para llevarla al cuarto de baño—. Aunque, antes, dejaremos que la niñera haga un poco de trabajo extra, mientras los dos nos damos un baño.

—¿Seguro que solo será eso? —preguntó ella, riéndose, mientras él abría el grifo para calibrar el agua.

—Depende de qué tan bien te comportes.

Ella sonrió, malévolamente.

—Oh, eso tendrás que descubrirlo —dijo agarrando un poco de jabón líquido, y empezando a acariciar a Chase—. ¿Qué tal voy? —preguntó al cabo de un rato contra los labios de su esposo, cuando él estaba por completo erecto, mientras ella estaba masturbándolo con las manos.

—Eres mi perdición...

—O tu redención.

—Ambas pueden ir de la mano, ángel mío, ambas...

Su hijo de cinco años, Josh, estaba todavía dormido. No tardaría más de unos veinte minutos hasta que sus gemelas de tres años, Maia y Savannah, empezaran a pedir la atención de sus padres.

Cada día tenían menos tiempo para pasar juntos, en especial desde que Alicia había renunciado a Push Fire para abrir su propia agencia: Beckett Corporation Agency. Solo trabajaba con deportistas de élite, pues era el tipo de negocio que realmente le apasionaba. Margaret continuaba siendo su

asistente y mano derecha, pero también contaba con un equipo estupendo de diez ejecutivos que manejaban los clientes. Todos exigentes, por supuesto.

Dax estaba en esos instantes de vacaciones con unos amigos en California. Acababa de cumplir diecisiete años, y había optado por convertirse en un ingeniero industrial, en lugar de jugador de hockey profesional, para tristeza de Chase, quien ya se había retirado de la NHL poco tiempo atrás.

En su último año, Chase logró alzar la Copa Stanley con los Chicago Warriors, y desde su retiro trabajaba esporádicamente dando charlas de motivación en universidades, así como en su distribuidora local e internacional de implementos profesionales de hockey. Al haber sido un jugador reconocido, los clientes que pagaban por los equipos sabían que estaban comprando implementos de alta gama y que Chase, personalmente, se encargaba de que el control de calidad fuese exhaustivo. Sus contratos eran por cientos de miles de dólares.

—Gracias por darme una familia, Chase —le susurró Alicia, mientras observaba a su hijos, Josh, Savannah y Maia, alrededor de la mesa—. Soy feliz.

Él le hizo un guiño.

—No más que yo —replicó.

Con una carcajada, Alicia meneó la cabeza.

—Eres muy competitivo, ¿dónde está tu lado romántico?

—Cuando estos pequeñajos estén tomando la siesta —miró de reojo a la niñera que parecía muy concentrada en su desayuno—, entonces te voy a demostrar, una y otra vez, lo romántico que soy —dijo deslizando la mano bajo la mesa hasta alcanzar el bordillo de la falda para acariciarle la piel desnuda.

—Compórtate... —replicó riéndose.

Él se encogió de hombros, pero su atención pronto cambió de enfoque cuando una de las gemelas lo llamó.

—¡Papaaaá! —gritó Savannah.

—Dime, tesoro.

—No quiero esto —señaló el plato con huevos duros, y pan tostado. También tenía mermelada y mantequilla, además del vaso de leche.

—¡Yo tampoco! —intervino Maia, porque no había cosa que dijera su gemela, sin que ella lo repitiese. Ambas tenían el cabello oscuro de Chase, y los ojos verdes de Alicia. En el caso de Josh, el niño había sacado los rasgos de su padre, al completo.

—A mí sí me gusta, ¡yo quiero lo que mis hermanas no se van a comer! — dijo Josh mirando a sus padres con determinación.

Chase y Alicia se miraron, riéndose. Así empezaron la mañana, con la rutina de ser padres, y el agri dulce proceso de saber que poco a poco crecerían sus hijos. Solo había dos factores que jamás cambiarían en la vida de Chase y Alicia, lo habían decidido, sin saberlo, el día que se besaron por primera vez: amor y pasión.



SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países

de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Reckless, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: @KristelRalston

Facebook: KristelRalston, Books

Web: www.kristel-ralston.com

